LIBRO dot.com

EL JINETE MISTERIOSO

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

El sol de septiembre, menos cálido, si no menos brillante, que el de los meses de julio y agosto, marchaba rápidamente hacia su ocaso tiñendo sus rojizos rayos las abruptas márgenes del Colorado. En las frondosas hondonadas comenzaba a concentrarse un denso vaho purpúreo. Surcaban el terreno tortuosas veredas que descendían desde las alturas hasta los valles, cruzando a trechos las oquedades iluminadas por el dorado sol otoñal, la cárdena hoja-rasca de las viñas cubría en gran parte las grises laderas de Peñas Blancas, montaña tachonada de rocas blancuzcas y coronada de picachos que en invierno resguardaban el valle de los vientos norteños.

Una muchacha cabalgaba por los montes, con la prisa de quien regresa alegremente al hogar. Iba por un caminillo que pasaba muy próximo a un altozano desde el cual muchas veces se había detenido para otear desde allí las tierras que le eran familiares. Hacía, sin embargo, bastante tiempo que no llegaba hasta aquel lugar, asociado en su mente a los momentos más serios de su vida. Allí fue donde, siete años atrás, había tomado una resolución heroica para complacer al viejo ranchero, su tutor, a quien ella había llamado siempre papá, y que en realidad había sido en toda ocasión lo mismo que un padre para ella.. Para complacer al viejo, la muchacha había accedido a ir a un internado en Denver. Cuatro años había pasado en aquella ocasión lejos de sus amadas colinas grises y de sus oscuras montañas. Desde su vuelta, tan sólo una vez había subido hasta aquella altura, y el día aquel fue también para ella de triste recuerdo. Tres años habían transcurrido desde entonces y las penas v adversidades de la adolescencia parecían perderse en la noche de los tiempos. Era va una mujer de diecinueve años y encontrábase cara a cara con el primer gran problema de su vida.

El camino atravesaba un grupo de álamos temblones de troncos blancos y hojas amarillentas y movedizas, y, continuando por unas verdes praderas de abundante hierba y fragantes flores silvestres, llegaba hasta los lindes rocosos del macizo montañoso.

Apeóse la joven y soltó la brida. El potro, acostumbrado a las caricias, adelantó el hocico en solicitación del esperado halago. Cuando se convenció de la inutilidad de la espera bajó la cabeza y se puso a pacer la apetitosa hierba. La muchacha no tenía ojos más que para mirar las florecillas que le sonreían como pálidas estrellas entre la verde alfombra que se extendía a sus pies.

-Margaritas -murmuró pensativa, contemplando las que consiguió reunir en apretado ramo. ¡Como no le dieron ellas la clave del' misterio que envolvía su nombre y su nacimiento...! Las miró un rato y su mirada se dirigió luego, soñadora, hacia el lejano horizonte.

-Margarita -dijo en voz alta como si necesitara oírse para ahondar en su pensamiento-; así me llamaron los que me encontraron de niña, dormida entre las flores silvestres.

Eso era toda cuanto del misterio que rodeaba su nacimiento le había revelado el hombre a quien ella había llamado siempre papá. De un modo vago había tenido siempre, sin embargo, conciencia de algo misterioso y extraño en relación con su primera infancia, de algo cuya explicación jamás había podido averiguar.

-Margarita, he ahí mi único nombre -exclamó con la melancolía propia de quien pretende vanamente penetrar las sombras del pasado.

Apenas hacía una hora que, al atravesar el pórtico del rancho de Peñas Blancas, Guillermo Bellounds, el hombre que había cuidado de ella toda la vida, mirándola con la paternal ternura de siempre, mas con una expresión distinta en sus ojos, le había dado la noticia. Le

parecía estar viendo al viejo ranchero, fornido y cariancho, rudo, con sus cicatrices, con su pelo entrecano y sus grandes ojos azules de viva mirada.

-Margarita -le había dicho el buen hombre-, he de darte una sorpresa. Jaime ha escrito, para anunciar su próxima llegada.

Bellounds mostraba la carta, y su mano temblaba cuando la pasó en el hombro de la muchacha. La rudeza de aquel hombre habíase trocado en suavidad y delicadeza. Jaime era su hijo. Tres años había durado su ausencia. Habiendo salido de la casa pocos días antes del regreso de Margarita, siete años hacía que los dos jóvenes no se habían visto. Pero ella le recordaba perfectamente: un muchachote fuerte, cerril, guapo y violento, que le había hecho casi insoportables los años de la infancia.

-Sí, hija mía, Jaime está a punto de llegar -dijo Bellounds con voz helada por la emoción- Y con este motivo, Margarita, he de decirte una cosa.

-Di, papá -contestó ella asiendo con cariño la férrea mano que él' le había colocado en el hombro.

-Pues precisamente he de decirte, ante todo, eso que no soy tu padre. He procurado portarme siempre contigo como si lo fuera. Te he querido como si hubieras sido mi propia hija; pero no eres sangre de mi sangre ni carne de mi carne. Ha llegado el momento de darte a conocer la verdad.

Y el ranchero contó brevemente toda la historia. Diecisiete años antes, unos mineros que trabajaban en las montañas de Middle Park habían encontrado a una criaturita dormida entre las' margaritas que bordeaban el camino. Poco después, los indios habían dado una batida por allí arrasándolo todo. Pero los mineros se habían llevado ya la criatura a su campamento, donde la alimentaron y cuidaron, dándole el nombre de Margarita. Más tarde los mineros entregaron la niña a Bellounds.

-Margarita -dijo el ranchero-, nunca te hubiera dicho esto si no tuviera para ello motivos importantes. Yo me voy volviendo viejo. Puedo morirme cualquier día y comprendo que no me decidiría nunca a repartir mi propiedad dejándote una parte a ti y el resto a Jaime, por lo cual he pensado que lo mejor será que te cases con él. Además, tú siempre has logrado de él lo que yo no he podido conseguir nunca. Con una mujer como tú, Jaime, quién sabe...

-¡Papá! -exclamó Margarita-. ¿Cómo quieres que me case con Jaime, cuando apenas si me acuerdo de él?

-¡Qué importa eso! ¡Qué importa eso! -comentó Bellounds riendo-. Ya le recordarás cuando le veas. Mañana, o tal vez esta misma noche, estará aquí.

-Pero, yo no le amo - murmuró la atribulada muchacha.

Las rudas facciones del ranchero se contrajeron en un impulso de cólera; sus ojos echaron llamas. La sensata objeción de la joven había herido sus sentimientos paternales. Todo lo consentía menos que le tocaran al hijo.

-No deja eso de ser una contrariedad -contestó malhumorado-. Claro que no puedes interesarte mucho por él si no le amas. Quizá cambies, quizá salgas de esa indiferencia y llegues a quererle; mas, sea como sea, te casarás con él.

Y expresada de tal modo su voluntad inapelable, se alejó sin añadir palabra. Margarita se marchó valle arriba a todo correr de su potro, en busca de aislamiento. Un rato hacía que estaba quieta en el borde del terromontero cuando, súbitamente, se dio cuenta de que habían interrumpido su soledad. El ruido que hacía el ganado que triscaba y galopaba abajo en el valle y arriba en las laderas de la montaña de Peñas Blancas la había sacado de su ensimismamiento. Frente a ella pacía un gran rebaño de toros y vacas de distinta coloración. Con sus carreras, los novillos y terneros llenaban el aire de espesas nubes de polvo; a su paso, el grueso del rebaño apisonaba la hierba dejándola tronchada y tendida como si por encima de ella hubiese pasado un rodillo. Las vacas mugían y trotaban detrás de sus terneros. Melodiosos y claros sonaban los gritos de los cowboys. Las reses conocían las voces y

únicamente los toros más silvestres la oían, continuando desobedientes su marcha cuesta arriba.

También Margarita conocía los gritos y sabía distinguir por ellos al cowboy que los daba. Gritos chillones y estentóreos, mezclados de juramentos; pero gratos, al fin y al cabo, a los oídos de la muchacha. De trecho en trecho, a lo largo de la pendiente, un jinete atravesaba como un rayo el espacio sin árboles que unían los diversos grupos de álamos. El polvo flotaba en el ambiente y los gritos repercutían por todos los ámbitos aun después de haber desaparecido de la vista caballo y jinete.

-Me gustaría saber dónde está Wilson - murmuró Margarita recordando, mientras miraba a uno y otro lado para descubrir al muchacho, el cambio extraño que había notado en él de algún tiempo a aquella parte. El cambio era innegable; pero ella no atentaba a qué atribuirlo. Uno por uno fue reconociendo a todos los jinetes del valle y Wilson Moore no estaba entre ellos. Preciso era que hubiera quedado en la parte alta de la montaña, v Margarita se volvió para recorrer con la mirada toda la ladera hasta el grupo de altos y apretados álamos que coronaban la cumbre. A lo lejos, hacia su izquierda, resonó desde un accidente del terreno un grito que ella reconoció en seguida. Una caterva de vacas coloradas bajó al galope la pendiente, levantando polvo, tronchando y aplastando la maleza, haciendo rodar las piedras y atronando el aire con sus mugidos.

El grito se repetía cada vez más claro, cada vez más sonoro.

Margarita vio un blanco potro que destacaba su perfil elegante sobre el azul del firmamento. El precipicio que se abría cerca de las patas de la bestia demostraba que su jinete era un hombre de un valor a toda prueba. Margarita le hubiera reconocido por su modo de montar, si no le hubiera distinguido antes por su erguida y esbelta figura. El cowboy vio a la muchacha y sin pérdida de momento lanzó al caballo ladera abajo después de hacerle encabritar, caracolear y dar algunos tornillazos. Margarita le hizo un signo con la mano y el cowboy espoleó al animal, desapareciendo un instante detrás de un grupo de álamos, para reaparecer al poco rato por el lado derecho y continuar por mejor camino hasta el mogote en donde le aguardaba Margarita.

La muchacha le vio acercarse sin atinar a comprender por qué el instinto le hacía ver algo extraño en aquel encuentro con un hombre con quien había jugado en la niñez, que fue siempre para ella un buen amigo, casi un hermano. Hacía muchos años que aquel hombre, que se había hecho cowboy sólo por lo mucho que le gustaba la vida al aire libre, estaba al servicio de Bellounds. A diferencia de la mayoría de los cowboys, se educó en un colegio y poseía cierta cultura. Por tal causa, su familia, incapaz de comprender sus gustos, le importunaba muchas veces instándole a que se volviera a Denver, donde ella residía.

A medida que se acercaba, Margarita sentía más y más una emoción extraña. ¿Cómo oiría el muchacho la noticia del cambio que iba a experimentar ella en su vida? Este pensamiento, esta duda, hacíanle sentir viva ansiedad. Pero ella y él no eran más que dos buenos amigos. Bien era verdad que últimamente habían dejado de ser, sin que hubiera motivo para ello, lo que hasta entonces habían sido.

Al llegar junto a la muchacha, el cowboy se apeó del caballo con la ligereza y gracia peculiares en él. Era alto, delgado, esbelto y fornido. Manteníase erguido como un indio. Sus ojos eran pardos, sus facciones regulares y su piel bronceada. Como todos los hombres acostumbrados a vivir al aire libre, su rostro denotaba serenidad y energía. La seriedad de su expresión acreditaba, además, una tristeza oculta.

-¿Qué hace usted aquí, Margarita? -le dijo por todo saludo-. ¿No teme usted que algunas reses desmandadas la atropellen?

-No; ya sabré apartarme si vienen por aquí.

-Hay algunos toros bastante malos en esa manada y, si vienen por aquí, Pronto, que les teme, echará a correr y usted tendrá que volverse a pie. No olvide que Pronto es un animal medio indómito.

-No hay miedo -contestó ella, y hubo una pausa tras la cual él volvió a preguntar

-¿Qué ha venido usted a hacer por aquí?

-He venido a coger margaritas. ¡Mire! -Y presentándole el ramo le preguntó-: ¿Le gustan a usted? -Sí, me gustan las margaritas -contestó cogiendo unas cuantas.

-Yo me llamo como ellas.

-Difícilmente hubieran podido encontrar un nombre más apropiado para usted.

-¿Por qué?

-Porque es usted delicada y graciosa como estas flores, y tiene la piel blanca como sus pétalos.

-Eso es un piropo, Wilson. Es la primera vez que le oigo hablar así.

-También a usted la encuentro hoy diferente.

-Es posible-asintió ella volviendo la vista hacia el sol poniente-. Hoy he averiguado que no tengo derecho a ir por el mundo con la cabeza alta. Nadie sabe quién soy, de dónde procedo.

-¿Qué importancia puede tener eso? -exclamó Moore.

-Bellounds no es mi padre. Yo no tengo padre. Soy una espúrea a quien de niña encontraron dormida entre las flores. Siempre me han conocido por Margarita Bellounds, pero éste no es mi apellido. Es imposible saber cuál es el mío verdadero.

-Conocía su historia desde hace tiempo, Margarita -contestó el cowboy con gravedad-. Todo el mundo la conoce en el rancho. El viejo Guillermo quiso ocultársela a usted por el cariño que le tiene, porque él la quiere a usted de verdad. Todos la queremos aquí. Es lástima que no tenga usted madre ni hermana; pero no debe usted entristecerse por eso.

-¡Oh, no es lo que usted se figura lo que me tiene atribulada! Siempre he echado de menos la compañía de una madre; pero, a pesar de todo, he sido feliz en mi orfandad. Otra cosa es lo que me inquieta.

-No la entiendo a usted.

-Porque no he acabado de contárselo todo.

-¡Hable, hable usted! -rogó el cowboy.

La misma turbación que había sentido antes volvió a apoderarse de Margarita. No acertaba a explicarse por qué la incertidumbre del efecto que produciría en Wilson la noticia la preocupaba tanto. Sin embargo, lo que Wilson Moore pensaría de su casamiento con Jaime Bellounds no podía menos de preocuparla seriamente.

-Jaime Bellounds llega esta noche o mañana -dijo tras breve vacilación.

E incapaz de mirar en aquel momento a Wilson a la cara, volvió la cabeza hacia los pinos que elevaban a lo lejos su verde copa hacia el azul del cielo. El silencio de Wilson, sin embarga, la obligó a mirarle. La cara del cowboy estaba ligeramente demudada. El bronceado de su piel se había teñido de rojo y el caído labio inferior dejaba ver la blancura de los dientes. Cuando Margarita le miró, él se puso a enrollar cabizbajo el lazo; mas, de repente, levantó los ojos y, fijándolos abiertamente en ella, le dijo no sin cierto embarazo:

-Hace meses que espero la llegada de ese tronera.

-¿Nunca ha sentido usted simpatía por Jaime? -preguntó Margarita a media voz. No hubiera querido hacer la pregunta, pero las palabras salieron solas de los labios.

-No, nunca hemos simpatizado.

-¿No ha olvidado usted la pelea que tuvieron, hace años?

La rapidez del gesto hizo desenrollar el lazo.

-La pelea en que él salió vencido, ¿cómo olvidarla?

Y el rojo desapareció de sus mejillas.

-Sí, usted le venció, bien lo recuerdo. Y Jaime le odió a usted desde entonces.

-Poco tuvieron que cambiar sus sentimientos para ello, porque no era mucho do que me quería.

-Usted nunca me había hablado de Jaime de este modo -protestó ella.

-Tiene usted razón. No me gusta hablar mal a espaldas de los demás; pero a veces las palabras acuden a la boca y no es posible reprimirlas.

En la actitud del cowboy se produjo un cambio manifiesto. Margarita 1o notó y no pudo menos de sentirse incomodada. Siempre había tenido confianza en él; pero en aquel momento la situación era algo violenta. Por un lado hubiera querido expresarle la satisfacción con que veía el encono, y por otro le daba vergüenza confesarlo. Le parecía darse cuenta de que la amistad de Wilson era para ella algo mucho más preciado de lo que hasta entonces había creído, y figurábase que estaba perdiendo aquélla amistad por causas imposibles de adivinar.

¡Hemos sido siempre tan buenos amigos! -exclamó repentinamente con triste expresión. -¿Quiénes? -hubo de preguntar Moore.

-¿Cómo quiénes? ¡Usted y yo, si no me equivoco!

-¡Oh! -exclamó él procurando dulcificar su voz, pero sin poder evitar cierto tono de desaprobación-. ¿A qué viene ahora eso?

-No sé; últimamente he creído perderle.

-Temor desprovisto de fundamento -dijo él con acento que denotaba una buena dosis de amargura. Margarita atribuyó la frialdad al amor propio y le preguntó quejosa

-¿Por qué ha variado usted tanto conmigo?

-¿A qué viene esa pregunta? -interrogó él a su vez. Esta salida acentuó en Margarita la sensación de la pérdida del amigo. Ella, por lo visto, había vivido de ensueños, mientras él se había nutrido de realidades. No acertaba ella, sin embargo, a analizar sus sueños, ni a comprender su significación. Le parecía haber sido una niña que había envejecido repentinamente. La necesidad de una madre, que tanto la había acuciado en sus años de infancia, volvía a dejarse sentir con vehemencia en su pecho. Alguien en quien reclinar la cabeza, alguien en quien confiar, alguien a quien acudir en aquellas horas de angustia en que la fatalidad había llamado a su puerta. ¡Cuánto necesitaba a la madre!

-Sí, quiero saberlo -insistió como si algo irresistible dentro de ella la obligase a hablar-. Usted ha variado, y aunque tal vez valiera más que ignorase el motivo, quiero saberlo y exijo que -me lo diga.

-No, no; dejemos eso -contestó Moore, enrojeciendo de nuevo y volviéndose, por no mirarla, a atar el lazo al arzón de la silla. Era evidente que la pretensión de Margarita le disgustaba.

-Papá quiere que me case con Jaime -dijo la muchacha, cambiando así de conversación y volviendo a su naturalidad.

-Lo sabía desde hace meses -declaró Moore secamente.

-¡Usted! ¿Cómo es posible? -exclamó asombrada Margarita.

-Lo sabía -replicó Moore sin más explicaciones.

-Pero eso no era razón bastante para alejarse de mí como usted lo ha hecho -declaró ella en tono de reconvención amistosa.

Él se rió y ella entonces le preguntó con la mayor ingenuidad:

-¿Y ya no me quiere usted desde que sabe que me be de casar con Jaime?

-¡Margarita! Una muchacha como usted de diecinueve años, próxima a casarse, no debiera hacer esas preguntas.

-Bien veo que me ha perdido usted todo el cariño que me tenía antes. De lo contrario, no me habría ofendido.

-Si usted dice que la he ofendido, dice lo que no es cierto -aseveró él con calor.

Nunca habían estado tan próximos a la querella como entonces. Margarita sentía algo que nunca había hecho agitar su pecho hasta aquel momento, una mezcla de temor, ira, enfado y contrariedad. El aplomo de Wilson la irritaba, y presa de la mayor agitación le preguntó:

-¿Es decir, que yo miento?

-Sí, usted miente si dice que la he ofendido. Apenas había pronunciado estas palabras Moore, cuando recibió un bofetón en la cara. Palideció y tembló de coraje.

-¡Oh, perdóneme, perdóneme! No me he dado cuenta de lo que hacía -imploró Margarita, arrepentida. Moore se frotó la mejilla. El golpe no le había podido producir gran dolor, pero la sacudida moral había sido intensa y sus ojos llameaban de indignación. Dominó, sin embargo, su cólera y dijo:

-No le apene lo hecho, no tiene importancia. No es la primera vez que me abofetea usted. La otra fue por haberla besado, ¿recuerda? Le pido perdón por haberle dicho que mentía. Lo que sucede es que tanto usted como yo estamos hoy fuera de quicio.

Aquello aflojó la tensión. Moore no sabía si marcharse o si correr el peligro de prolongar todavía la conversación.

-Sí, es verdad, no sé lo que nos pasa -dijo Margarita riendo, pero furiosa consigo misma y no muy lejos de las lágrimas-. Olvidemos la rencilla y seamos buenos amigos.

La cara de Moore adoptó una expresión más grave, más seria que nunca.

-¿Sabe usted, Margarita, en dónde ha estado Jaime Bellounds estos tres años?-preguntó eludiendo la formalidad de las paces.

-No; hay quien me ha dicho que ha estado en Denver, otros que en Kansas. Nunca he querido preguntárselo a papá, porque sabía que Jaime había salido de casa disgustado con él. Supongo que debe de haber estado trabajando intensamente; haciéndose hombre.

-¡Dios quiera que lo que usted supone resulte cierto! -exclamó con amargura el cowboy.

-¿Y usted, sabe acaso dónde ha estado? -preguntó súbitamente Margarita presintiendo que la agitación y la turbación de Wilson pudieran ser hijas de algún misterio del cual' tuviera él clara noticia.

-Sí; lo sé -contestó Moore con los dientes apretados, como resistiendo a la tentación de hablar demasiado.

Margarita desistió de seguir preguntando, pues tenía suficiente entendimiento para comprender que podía haber cosas que no fueran fáciles de decir.

-Wilson -dijo precipitadamente-, yo debo a papá todo lo que soy. Él ha cuidado de mí, me ha tenido en un buen colegio. Ha sido siempre muy bueno conmigo y yo le quiero como se merece. Sería en mí una ingratitud v un mal pago a sus beneficios el negarme...

-¡Oh, Guillermo es el mejor de los hombres! -interrumpió Moore repudiando honradamente todo conato de deslealtad hacia su patrón-. No hay en Middle Park y aledaños quien no le deba algún beneficio. Es un hombre de lo más cabal. Sería perfecto si no tuviera la gran debilidad que siente por su hijo, ese...

Margarita le tapó la boca con la mano.

-Ese hombre que ha de ser mi marido -dijo, completando así la comenzada frase.

-¿De manera que está usted decidida a casarse con él? -preguntó el cowboy.

-Naturalmente. ¿Cómo podría excusarme? Nunca he pensado en desobedecer.

- ¡Margarita!

Este nombre salió de la boca del cowboy con un acento tan desgarrador que la muchacha sintió una emoción extraña.

-Margarita, ¿cómo puede usted amar a Jaime Bellounds si desde la edad de doce años no ha vuelto a verle? Diga, ¿cómo puede amarle?

-¡Oh, no le amo! -replicó la muchacha.

-¿Cómo está usted, pues, decidida a casarse con él?

-Es lo menos que puedo hacer por papá. Él está convencido de que yo soy la única persona capaz de hacer sentar la cabeza a su hijo.

-¡Hacer sentar la cabeza a Jaime! -exclamó Moore vehementemente-. ¡Usted, tan delicada, tan tierna, tan inocente, haciendo sentar la cabeza a un energúmeno! ¡Dios mío! ¡Usted casada con un jugador y un borracho!

-¡Por favor! -imploró Margarita.

-¡Un tahúr, un hombre que hace trampas cuando juega! -exclamó Moore con una expresión que denotaba el profundo desprecio que le inspiraba tan feo vicio, que era antes un muchacho mal criado -manifestó Margarita tratando de justificar de algún modo al hijo del hombre a quien ella amaba como a un verdadero padre-. Pero ahora ha estado trabajando durante tres años, se habrá corregido de sus defectos y volverá hecho un hombre.

-¡Bah! -exclamó Moore despectivamente.

Margarita sentíase desfallecer. ¿Dónde estaban las fuerzas de la valiente muchacha capaz de cabalgar o andar, sin cansarse, multitud de kilómetros? Era ridículo sucumbir a la angustia de una leve lucha interior, y, haciendo un gran esfuerzo, logró por fin vencerse ocultando su debilidad al cowboy.

-Esas palabras son impropias de usted -dijo-. Yo le creía más generoso. ¿Se me puede censurar justamente? ¿Soy yo, acaso, la que he escogido mi destino?

Moore desvió la vista y, de pie, con una mano sobre su caballo, guardó silencio un momento. Se montó luego, de un salto, y retuvo al animal, que relinchó, tascó el freno y piafó amenazando encabritarse.

-Olvide mi mal humor -rogó mirando a Margarita-. Retiro todo lo que he dicho. Es la envidia lo que me ha hecho hablar.

-¡La envidia! - exclamó Margarita, asombrada.

-Sí, la envidia que le ciega a uno y le vuelve loco. ¡Ojalá no sepa usted nunca lo que es!

-Pero, ¿de qué tiene usted envidia?

-¡Oh, eso sería largo y difícil de explicar! Yo soy un paria separado de su familia, un vagabundo, un sin hogar, un hombre sin porvenir, sin fortuna... Jaime, en cambio, es un joven apuesto y rico. Tiene un padre que le adora. Tiene tierras, caballos, ganado... Y por si no fuera bastante todo eso, ahora se casará con usted.

Dicho esto, espoleó al animal para lanzarlo al galope. Antes de alejarse se volvió y dijo:

-He de reunir el ganado disperso y ya es muy tarde. Usted hará bien en volverse de prisa al rancho.

Y continuó su carrera, haciendo rodar las piedras por la ladera de la montaña,

Margarita permaneció un momento en donde él la había dejado, perpleja, con el rostro encendido.

-¿Envidia? ¿Y yo de por medio? ¿Qué habrá querido decir? ¿Qué habrá querido significar? - se preguntó llena de confusiones.

La lógica interpretación de las palabras de Wilson fue, sin embargo, como una llamada a las puertas del corazón de la muchacha. Pero el instinto de defensa de la mujer se apresuró a cerrarlas sofocando desde el principio los sentimientos de halago, esperanza, temor y misterioso anhelo que habían comenzado a agitarse en su pecho.

Pronto pacía tranquilamente a poca distancia; lo cogió por la brida y de un brinco se colocó en la silla. Sus manos estaban frías. El viento había cesado de agitar los álamos, pero las hojas amarillentas se desprendían una tras otra cubriendo el suelo con una alfombra de tonos cálidos. A lo lejos, hacia el oeste, se divisaba el hogar.

Delante de sí tenía Margarita una de las puestas de sol más hermosas de las regiones del Colorado. Las tierras que se extendían ante sus ojos cautivaban por su bella coloración aterciopelada, y los lejanos álamos parecían arder en llamas. En el cielo, la estrecha faja de

azul palidecía entre las nubes, y los destellos rojos de un sol que asomaba ya por otros continentes ponían en las cumbres sus pinceladas de arrebol.

-¡Qué hermoso! -exclamó la joven poniendo en su admiración todo el entusiasmo que le inspiraba su amor a la Naturaleza. Aquel espectáculo de sublime v misteriosa hermosura le arrebataba el alma. Todo aquel pedazo de mundo le pertenecía. A lo lejos, bajo un picacho de la montaña, estaba el sitio en donde la habían encontrado abandonada en medio del bosque. Ella y la Naturaleza se pertenecían, pues, recíprocamente. Sumida en la contemplación de todas aquellas bellezas que tanto amaba, la luz gloriosa que teñía de púrpura la cresta de las colinas le infundía fuerzas y optimismo.

Después de correr un rato, Pronto dio muestras de inquietud juntando las orejas y moderando el trote.

-¿Qué es eso, Pronto, qué te pasa? -le preguntó Margarita.

La oscuridad era cada vez más densa y el caballo veía a duras penas dónde ponía las patas. Las sombras subían como si salieran al encuentro de Margarita a medida que ésta descendía por la pendiente. El potro tenía muy finos los sentidos y no le pasaba nada inadvertido. Margarita tiró de las riendas hasta pararle.

Toda estaba en silencio. Los risueños colores de la fronda desaparecían bajo el manto negro que lo cubría todo. Abajo, en el valle, adivinábase el viejo rancho con sus galpones alrededor y los potreros extendiéndose hasta los campos de heno, húmedos y grises a la luz del crepúsculo. Una luz brillaba únicamente, lo mismo que un faro, en medio de la dilatada penumbra.

Soplaba un aire helado. Desde el otro lado de la loma llegaba el eco de los lejanos mugidos; pero no eran las reses las que asustaban al valiente potro. Prestó Margarita oído atento a todas los ruidos y no tardó en percibir un aullido que hizo dar un bote a su cabalgadura.

-No hay para tanto, Pronto; no es más que un lobo -dijo la valerosa amazona halagando con la mano al caballo para tranquilizarlo.

El aullido sonó fuerte y vigoroso al principio, suave y melancólico como un lamento, como un sollozo, después. Una manada de coyotes respondió con sus voces al primer aullido que sonó entre las sombras. Aquella era una algarabía infernal, un coro de lamentos capaces de helar la sangre al más templado; pero el pavoroso concierto sonaba como una melodía en los oídos de Margarita, y la intrépida muchacha continuó su marcha menos temerosa de la noche y sus amenazas que de lo que le aguardaba en el rancho de Peñas Blancas.

II

La noche envolvía con su negro manto el valle. Margarita creía que Wilson la esperaría, como de costumbre, para cogerle el caballo, pero se llevó chasco. La habitación de los cowboys estaba a oscuras, prueba evidente de que nadie había llegado aún. Desensilló ella misma la montura y la soltó para dejarla pacer a sus anchas la fresca hierba.

Las ventanas del baja y largo rancho brillaban desde lejos, en la oscuridad, como faros. Margarita se preguntaba llena de inquietud" si Jaime Bellounds 'habría llegado ya. Pero, puesto que al fin y al cabo tendría que encontrarse con él, era mejor pasar la prueba cuanto antes. Se acercó de puntillas a las relucientes ventanas y continuó hasta el pórtico; pero retrocedió, y volvió a acercarse, y tornó a retroceder hasta dominar las últimas vacilaciones de su espíritu. Por último puso las manos en la puerta y empujó. La puerta estaba dura y tardó en ceder.

Margarita entró en una espaciosa estancia iluminada por una luz puesta sobre una mesa y por unos cuantos leños chisporroteantes colocados entre los morillos de un enorme hogar. La pieza, algo oscura en sus extremos, estaba sobria pero cómodamente amueblada.

Bellounds, el dueño del rancho, hallábase sentado, en mangas de camisa, en su butaca, con sus grandes y manos junto al fuego. Era un hombre de unos sesenta años, fuerte y musculoso, de aspecto resuelto y pelo gris.

Al entrar Margarita en la estancia levantó él la cabeza, desapareciendo la tristeza que se hubiera podido advertir en su actitud.

-¡Hola, muchacha, por fin llegas! El cocinero me ha avisado ya que la cena está a punto. Vamos a sentarnos a la mesa - fueron las palabras que pronunció en cuanto vio a la joven.

-¿No ha venido todavía Jaime, papá? - preguntó Margarita.

-No; únicamente ahora, hace un rata, he sabido de él por uno de las vaqueros de Baker que ha llegado de Kremmling y ha venido aquí para decirme que Jaime está celebrando su vuelta con abundancia de vino. Por lo tanto, es inútil esperarle hoy. Quizá le tengamos con nosotros mañana.

Bellounds dijo esto con voz natural, sin dar muestras de pesadumbre. Franco hasta la exageración, jamás la verdad vacilaba en sus labios. Pero Margarita, que le conocía a fondo, sabía perfectamente hasta qué punto tenía que apenarle aquella noticia. Indignábale la desatenta conducta del' mal hijo; pero juzgó prudente no exteriorizar su opinión.

-Se comprende que Jaime experimente gran alegría al volver a casa. Estos tres años pasados fuera de ella le habrán hecho desear vivamente el regreso- fue su único comentario.

-Hace frío, papá -dijo Margarita acercando las manas al fuego-. He salido poco abrigada y estoy aterida. Ya tenemos el otoño aquí y el aire está helado. Las hojas secas empiezan a caer dando al suelo su tonalidad amarillenta. Me gustaría el otoño si no fuera el embajador del invierna.

-¡Qué quieres! Las estaciones se suceden y el tiempo vuela. ¿Dónde has estado esta tarde?

-He llegado hasta 1'a ladera oeste del otero. Está aquello tan lejos que es rara la vez que voy hasta allí,

-¿Has encontrado a alguno de los vaqueros? Hoy los he enviado para bajar el ganado de la montaña, porque se me han muerto algunas reses últimamente y creo que ha sido por haber comido alguna hierba venenosa. Se hinchan y se mueren. No es el primer año que sucede esto; pero nunca había llegado a perder tantos animales en tan pocos días.

-¡Oh, qué desgracia! -exclamó la joven. Y luego, contestando a lo que Bellounds le había preguntado, añadió-: Sí, he encontrado a Wilson Moore en la falda de la montaña.

-¡Ah! ¡A Wilson Moore! Bueno, vamos a cenar. Sentáronse a la mesa, magníficamente dispuesta en honor del huésped que se esperaba y que no llegó. Margarita sirvió al viejo sus platos favoritos, escudriñando con disimulo su arrugado semblante. Adivinaba que, le sucedía algo; pero ni en su expresión ni en su proceder pudo la muchacha descubrir nada anormal. El anciano cenó aquella noche con su buen apetito de siempre.

-De manera que has encontrado a Wilson. Y qué, ¿continúa yendo detrás de ti? - preguntó de improviso Bellounds.

-No; no he visto que haya venido nunca tras de mí -contestó Margarita.

-Pareces ya una mujer y continúas siendo una niña. Wilson está enamorado de ti desde tu infancia. ¡Como que por eso únicamente permanece en el rancho trabajando para mí!

-No puedo creer tal desatino, papá -exclamó Margarita sintiendo agolpársele la sangre en las sienes-. Lo mismo has creído otras veces de otros, y siempre te has equivocado.

-Pues esta vez no me equivoco. No hay más que ver cómo le llamean los ojos cada vez que ve a algún otro muchacho acercarse a ti.

-Pues yo no recuerdo ni un solo acto de él que me autorice a creer que le intereso más de lo justo -declaró Margarita con ganas de ponerse a reír por no llorar.

-Siempre serás una inocentona. Más vale así, sin embargo, y no que me hayas salido una de esas coquetas que tanto abundan, que únicamente piensan en volver locos a los hombres. A ti te parecerá que Wilson nunca se ha fijado en ti; pero yo, por lo que pudiera ser, le dije, hace cosa de tres meses, que se apartara de tu camino porque no habías de ser para ningún triste cowboy sin fortuna.

-¿Y te parece bien, papá, tratar con tanta dureza a quien no te dio jamás motivo para ello? Poco quieres al pobre muchacho, a pesar de ser uno de los más fieles servidores que tienes.

-Confieso que no le quiero -contestó Bellounds cambiando de color-, aun cuando no hay mejor jinete que él. Es quien mejor maneja el lazo. No es bebedor, ni pendenciero; es honrado y servicial; es ahorrador; entiende y conduce el ganado como pocos. Es un chico que llegará a ser un rico hacendado algún día.

-No comprendo, entonces, por qué no le has querido nunca -murmuró Margarita, sorprendida y medio avergonzada de la alegría que había sentido al oír alabar a Wilson.

-Tengo razones especiales para ello - refunfuñó el viejo poniéndose a comer de nuevo.

A Margarita le pareció que adivinaba las causas de su irracional aversión. Sí; probablemente, Guillermo Bellounds aborrecía a Wilson porque éste se había mostrado siempre superior en todo a Jaime. Los dos muchachos habían sido siempre rivales en todo lo que se refería a la vida del rancho. Wilson poseía en grado máximo las cualidades que Guillermo Bellounds hubiera deseado para su hijo.

-¿Confiarás a Jaime, ahora, la administración del rancho? -preguntó Margarita.

-Antes le pondré de mayoral al frente de todos los cowboys, y, si sale airoso de la prueba, entonces veremos.

-¿Cómo quieres que Jaime pueda dominar a todos los cowboys? -preguntó Margarita.

-Sí, entre ellos hay algunos bastantes díscolos; pero todos acatarán su autoridad, excepto Wilson, que tal vez prefiera marcharse, de lo cual me alegraré infinito.

-Pues a mí me parece que será una lástima que pierdas a tu mejor vaquero cuando, precisamente, te he oído decir varias veces que tenías escasez de hombres.

-Es cierro -asintió Bellounds-, necesito hombres y hace poco escribí a Meeker para ver si allí encuentro alguno. Lo que más necesito de momento es un hombre que conozca los perros y sea capaz de matar los lobos, los pumas y los osos que están destruyéndome el ganado.

-Sólo para cuidar los perros que estás comprando necesitarías varios hombres. Compras cuantos te ofrecen. Los tienes de todas las razas. Todo el mundo se ríe de tu manía.

Sí, y los mismos que ahora se ríen me estarán luego agradecidos, cuando limpie de fieras estos parajes -declaró Bellounds-. No te extrañe, pues, que esté dispuesto a adquirir todos los perros que hagan falta para exterminar los coyotes y pumas que me arruinan... ¡Pero necesito un cazador...!

-¿Por qué no encargas a Wilson de la jauría? ¿Acaso no es él un buen cazador?

-¡Bien, muchacha, magnífica idea! -dijo el viejo ranchero-. De manera que deseas que retenga aquí a Wilson.

-Sí, papá.

-¿Por qué? ¿Tanto te: interesa?

-Claro que sí, papá. ¿Cómo no he de apreciarle si es un amigo de la infancia?

-¡Ah, vamos! ¡Un amigo de la infancia! ¿Y estás segura de no quererle demasiado, dadas las circunstancias?

-Sí, estoy segura - aseveró Margarita sonrojándose.

-Bien, me alegro de que así sea. Por mí, Wilson puede hacer lo que le dé 1a gana: irse o quedarse, lo que quiera. Si quiere quedarse le confiaré el cuidado de la jauría. Aquella noche, Margarita se retiró más pronto que de costumbre. Su cuarto era un aposento bonito y sencillo, arreglado por ella misma. Por el pequeño ventano entraba muchas veces la nieve hasta su misma cama. Tenía la muchacha gran cariño a aquel retiro. Era la primera noche fría de aquel

otoño. Había en el aposento una buena chimenea; pero Margarita no se había preocupado aún de que trajeran leña y no pudo encender el fuego, juzgando, por lo tanto, que lo mejor: sería arroparse con las mantas de la cama, se desnudó y se acostó.

No tardó Margarita en entrar en calor y la oscuridad de la habitación le pareció deleitosa. Presentábasele la perspectiva de una noche sin dormir. Necesitaba pensar; nada hubiera podido moderar la actividad de su cerebro y lo único que deseaba era poner orden en el torbellino de sus ideas. Cosa rara e inexplicable: Wilson Moore se había convertido en el centro de todos sus pensamientos. En vano trató de rechazar de su mente la imagen de su amigo; la imagen persistía.

En la oscuridad de su cuarto veía Margarita a Wilson galopando en su caballo blanco por los cerros y collados hasta acercársele, y le oía pronunciar su nombre, «¡Margarita! », con pena, ironía, desdén y encono.

-No debo acordarme más de él -se decía-. ¿No voy a casarme pronto?

Esta idea la hizo estremecer.

-Sí, me casaré pronto, porque debo, porque quiero casarme -se dijo casi en voz alta -. Es lo menos que debo a papá... Pero me casaré sin amor, sin amor...

Ante todo quería ser buena, leal, solícita, amable; quería mostrar la gratitud que sentía por el afecto y el hogar que ella, la pobre huérfana, había encontrado allí. Guillermo Bellounds no tenía ninguna obligación de socorrer a una niña desconocida. Si la prohijó fue sólo por ser bueno, generoso y noble. Era un hombre que no se cansaba de practicar el bien. Ella no podía mostrarse ingrata con él. Pero el precio de los beneficios recibidos comenzaba a parecerle excesivo.

-Toda mi vida queda arruinada -murmuró llena de confusión.

¿En qué consistiría el cambio que había de operarse en su vida? Lo que para otras muchachas de su edad no tenía ningún misterio, para Margarita era un enigma. No había tenido madre que la instruyera en las cosas de la vida, y las pocas mujeres que de vez en cuando habían estado en casa de Bellounds no habían sido expansivas, o su estancia no se había prolongado lo suficiente para establecer la base de una verdadera amistad. Su mismo paso por el colegio de Denver la había dejado ignorante en lo que respecta a los problemas de la mujer.

-Si me caso con Jaime -se decía- tendré que vivir con él. No podré seguir ocupando este cuartito tan querido. Perderé la libertad. No volveré a ser feliz, ni a estar sola.

La imposibilidad de volver a encerrarse en sus soledades era lo que más la asustaba, y, sin que ella pudiera evitarlo, despertaba en su pecho voces y actitudes de rebeldía.

El aullido de los coyotes sonaba lúgubre, lastimero, insistente. Pero, lejos de causar pavor a Margarita, tenía para ella la virtud de calmar sus nervios, de mitigar el fuego de su cabeza. Era como un arrullo que le recordaba la dorada y purpúrea puesta de sol, los senderos de la montaña, las alturas inaccesibles, los boscajes y toda la belleza selvática del país que la había visto nacer. Se amodorró pensando que a la mañana siguiente recomendaría a Wilson que no matara todos los coyotes, que dejara unos cuantos en obsequio de ella.

Guillermo Bellounds se había establecido en Middle Park en 1860. La civilización no había llegado allí entonces. Indios, alces, gamos, antílopes y búfalos habitaban aquel país remoto. Las alturas estaban plagadas de osos. El valle rodeado de montañas, que tan a propósito para la cría de ganado había parecido a Bellounds, era lo que algún primitivo explorador llamó Middle Park.

Gran parte de aquellas tierras estaba cubierta por praderas en las que las flores silvestres crecían en abundancia entre la alta y fresca hierba. Bellounds vio en seguida las ventajas que aquellos pastos ofrecían para la cría de ganado y pensó en establecerse allí, a cuyo fin comenzó por buscar la amistad de Piah, el jefe de los indios. Este noble piel roja mostróse

siempre hospitalario con el hombre blanco, y su tribu no se levantó nunca en guerra contra los invasores.

En 1868, Bellounds convenció a los indios para que abandonaran Middle Park. En las laderas de las montañas abundaba la madera. En su subsuelo se habían encontrado vetas auríferas y argentíferas. Era un país al que los buscadores de oro, dos ganaderos v los hombres que pensaban vivir explotando la riqueza de los bosques acudían en gran número. El verano era demasiado corto ara que maduraran los cereales, y las noches demasiado- frías para que el trigo pudiera llegar a desarrollarse. De no ser así, Middle Park se hubiera poblado rapidísimamente.

Durante los años que siguieron a la partida de los indios, Guillermo Bellounds adquirió varios ranchos, imprimiendo a todos ellos vida próspera. El rancho de Peñas Blancas levantaba su graciosa masa a unos treinta kilómetros de Middle Park. Su prosperidad databa únicamente de pocos años a aquella parte y Bellounds lo había elegido por vivienda porque estaba enclavado en la parte más agreste del país, porque aquel hombre, a medida que avanzaba en edad, volvía a apetecer más y más la dichosa soledad de los primeros días. En la época del regreso de su hijo a Middle Park, Bellounds era rico en tierras ganado, pero no tenía ahorrado ningún dinero y, probablemente, no llegaría a tenerlo nunca, porque estaba siempre dispuesto a dar y nunca se acordaba de exigir lo que se le debía. Se fiaba de todo el mundo y cifraba todo su orgullo en no haber sido traicionado nunca por indios ni por blancos. Bellounds era uno de los gloriosos primeros pobladores del Oeste y tenía sobre los demás la ventaja de haber demostrado que los indios, cuando no se les atacaba ni amenazaba, sabían responder a los sentimientos de amistad.

El día en que debía llegar su hijo, Bellounds no se entregó a sus quehaceres. Se le vio andar por los campos y las dehesas, anduvo por los montes y los cerros, dio infinitos paseos por delante de su casa atalayando desde todas partes la línea blanca que marcaba, cerca del horizonte, el camino de Kremmling. De cuando en cuando entraba en su casa y permanecía un rato en el interior del rancho.

Una de estas veces volvió a salir precisamente cuando a las puertas del rancho paraba un carricoche tirado por caballos cubiertos de polvo y de sudor. Y en el vehículo vio a su hijo. Algunos cowboys llegaron corriendo para saludar al mayoral, conocido de ellos.

Jaime Bellounds ni siquiera se dignó mirarlos. Tiró al suelo su equipaje y descendió del carricoche sin apresurarse.

-¡Por fin, Jaime, por fin vuelvo a tenerte a mi lado! -exclamó el ranchero adelantándose para recibir a su hijo.

En su voz había una inflexión de ternura; pero éste fue el único signo de emoción que el viejo ranchero dejó transparentar.

-¡Hola, papá! -contestó el recién llegado, sin muestras de extraordinaria alegría, cuando abrazó a su padre. Jaime Bellounds era alto, con un cuerpo que prometía ser tan fornido como el de su padre. Pero se inclinaba algo hacia delante al andar. La blancura de su tez indicaba que había estado poco al sol y al aire. El parecido entre padre e hijo era innegable; pero si bien la mirada de éste denotaba atrevimiento, acusaba, por otra parte, falta de energía.

El encuentro del viejo ranchero con su hijo no fue todo lo cordial y efusivo que hubiera sido de suponer, a causa de la actitud hosca y reservada de Jaime. Los efectos del vino, en cambio, caso de ser verdad las noticias que en este sentido llegaron hasta el rancho de Peñas Blancas, habían pasado por completo, y el chico estaba tan sereno como si nunca hubiera bebido.

-Entremos - dijo Guillermo Bellounds.

Cuando estuvieron dentro y éste hubo cerrado las puertas del rancho, Jaime miró a su padre agresivamente.

-¿Saben todos en dónde he estado? -preguntó con amargura, mientras en su cara se retrataba el orgullo herido y la vergüenza.

-Nadie lo sabe. El secreto ha sido absoluto -respondió el viejo ranchero.

La sorpresa y la satisfacción transformaron al joven.

-¡Oh, oh! -exclamó-. ¡He aquí una noticia consoladora! -Se sentó y se cubrió la cara con sus temblorosas manos.

-Jaime, hoy empieza para ti una nueva vida - dijo el anciano con solemnidad-. De estos tres últimos años no hay que volver a hablar nunca más.

Jaime levantó los ojos y su actitud cambió como por encanto al oír esto.

-Tu equivocación fue enorme. En vez de aleccionarme, estos tres años me han hecho mucho daño. Pero puesto que nadie sabe dónde he estado, procuraré olvidarlos.

-Nadie sabe nunca con seguridad si acierta o si se equivoca. Tal vez me equivoqué; pera Dios sabe que quise acertar. Tú... pero, no, no recordemos. Echemos un velo. Lo pasado, pasado. Vas a empezar a trabajar como mayoral de todos los cowboys de Peñas Blancas, y si lo haces bien, te encomendaré la administración entera del rancho. Yo empiezo va a ser viejo, hijo mío, y el último año mi fortuna ha menguado considerablemente. La hacienda es hermosa; pero he perdido mucho ganado. Entre los ladrones, las fieras y las hierbas venenosas, las reses han quedado diezmadas. ¿Te crees tú capaz de levantar la hacienda?

-Sí. Pero no esperaba que tu confianza llegara a tal extremo; por mi parte aplaudo tu decisión y te prometo que no tendrás que arrepentirte. ¿Cuántos cowboys conocidos quedan todavía?

-Creo que el único conocido tuyo que queda es Wilson Moore.

-¿Todavía está aquí ese carantamaula? ¡Despáchalo de una vez! ¡No quiero verle!

-Pienso encargarle de la caza de las fieras que destruyen el ganado. He de decirte que los vaqueros que tenemos ahora son díscolos y difíciles de manejar. Hay que estar vigilándolos constantemente, sin quitarles el ojo. Tendrás, pues, que levantarte muy temprano y no volver a casa sino entrada la noche. Te espera un duro trabajo.

No pareció Jaime Bellounds percatarse de la seriedad extraordinaria que encerraban las palabras de su padre.

-Yo me haré respetar y obedecer -dijo-. Ya sabrán con quién tendrán que habérselas. Estoy impaciente por montar y salir al encuentro de toda la pandilla.

Acarició se Bellounds la larga y canosa barba y miró a su hijo con mezcla de orgullo y duda.

-Bien están esos arrestos, hijo; pero tu ausencia ha durado tres años y necesitas consejo. Créeme, Jaime, trata bien a los caballos. Antes los tratabas mal; eras excesivamente cruel con ellos. Hay cowboys que les clavan las espuelas hasta ensangrentarles los ijares, y les pegan hasta enloquecerlos. Pero ése es un mal sistema. Los caballos tienen su sensibilidad y más se consigue de ellos por las buenas que por las malas. Con nuestros servidores sé también prudente y suave, no te expongas a que se nos marchen; mira que en la actualidad estamos faltos de hombres, que los buenos servidores escasean y sería muy difícil sustituir a los que se nos marcharan. Así, pues, mis consejos se resumen en éste: trata bien a los hombres y a los animales.

-Sin embargo, a ti te he visto también algunas veces maltratar a los caballos y andar a tiros con los hombres.

-Sí, es verdad; pero ha sido únicamente en casos muy especiales. Son procedimientos que no te aconsejo.

Muy duro hubiera tenido que tener el corazón un joven para no rendirse ante la bondad' de tal padre, y Jaime Bellounds le pasó al suyo un brazo alrededor del cuello, diciéndole

-Papá, seguiré tus consejos al pie de la letra. Espero que no tendrás motivos más que para estar orgulloso de mí; pero no te extrañes si no hago milagros desde el principio.

-Esperaré lo que sea menester. Y ahora, dime: ¿te acuerdas de Margarita?

-¡Ya lo creo! Me han hablado ya de ella en Kremmling. ¿Dónde está en este momento? -preguntó Jaime con interés.

-No sé; por ahí anda. Jaime, lo he pensado bien y quiero que te cases con ella.

-¡Casarme yo con Margarita! -exclamó Jaime.

-Sí; tú eres mi hijo y ella es mi hija adoptiva. No quiero dividir mi hacienda, ni quiero tampoco que ella se quede sin su parte. Margarita es una muchacha buena, linda, encantadora, capaz de hacer feliz al hombre que la tome por esposa. Yo he tomado ya mi resolución en este punto.

-Pero Margarita no me ha querido nunca, papá -objetó Jaime.

-Antes ella era una niña y tú te complacías en hostigarla. Ahora es una mujer y tú te desvivirás por complacerla. Ésa es la diferencia. No creo que vayas a oponerte a mis deseos.

-¡Quizá ! - respondió Jaime -. Depende eso en gran parte del modo como ella me reciba. ¿Estás seguro de que no sospecha dónde he estado estos tres años?

-¡Seguro!; absolutamente seguro.

-Y la boda, ¿tendrá que realizarse pronto?

-Sí; en cuanto Margarita esté dispuesta. Es una muchacha excelente, pero algo extraña y tímida. Date maña en conquistar su cariño porque su corazón es un tesoro superior a todos los metales preciosos que encierran estas montañas. No tendría prisa en que te casaras si no creyera que el matrimonio ha de ayudarte a rectificar tu vida y a permanecer en casa. Por eso quiero que te cases en seguida.

-¡Casarme en seguida! -exclamó Jaime echándose a reír-. Espera, por lo menos, a que la vea.

Mientras padre e hijo sostenían esta conversación, Margarita estaba sentada en las bardas de un corral con toda la atención puesta en la escena que se desarrollaba delante de ella.

En el corral, dos cowboys se las habían con un potro ensillado. Uno de ellos tenía en sus manos un saco con herraduras y herramientas; lo dejó caer al suelo con un ruido metálico que hizo encabritar al potro, relinchando y abriendo los ojos hasta ponerlos en blanco, como si adivinara lo que significaba aquel ruido.

-¿Sabe usted lo que va a ver, señorita Margarita, ahí sentada? -preguntó el más alto de los dos cowboys, un muchacho delgado, ágil y fuerte, de cara encendida y mirada viva y penetrante.

-Claro que sí; pero supongo que no seréis crueles con el animalito.

Joaquín se rascó la cabeza y miró a su compañero, un muchachote desgarbado a quien todo parecía habérsele ido en piernas.

-Ya lo oyes -dijo éste-, hay que colocar estas herraduras a Whang con el mayor cuidado.

Joaquín hizo una mueca y se volvió a hablar a su potro.

-La ley es ley para todos, Whang, y ahora vamos a ver si sabes portarte como un valiente.

El nervioso potro no pareció quedar muy convencido con aquel discursó, porque lanzó una mirada llena de recelo al orador.

-Mira, Joaquín, puesto que éste es el último trabajo que la señorita Margarita nos ve realizar, hemos de hacerlo sin mortificar al potro, tal como ella nos ordena -dijo el otro cowboy.

-¿Por qué decís eso? - preguntó extrañada Margarita.

Joaquín la miró sonriéndose con sorna, y la cara de Manuel adoptó una expresión que Margarita interpretó como el anuncio de alguna diablura.

-Hemos oído decir que el nuevo patrón ha llegado hoy.

-¿Jaime Bellounds, queréis decir? -preguntó Margarita-. Pues habéis de saber que aunque él haya llegado yo continuaré acercándome a menudo a presenciar vuestros trabajos.

-Mucho nos complace oír eso -declaró Joaquín-,«pero me temo que no pueda ser».

-El impetuoso Jaime será el mayoral de todos los cowboys y se casará con usted - añadió Manuel.

-¡Ah!, ¿eso os figuráis? -repuso Margarita con voz cariñosa-. Pues si ello sucediera yo os haría compañía durante el trabajo con más frecuencia que nunca.

-Imposible, señorita Margarita -replicó Joaquín-, porque no pensamos trabajar más en Peñas Blancas.

Margarita presintió esta desgracia tan pronto como se habló del regreso de Jaime, porque conocía a los cowboys y sabía que no era posible que se dejaran dominar por un patrón que no les inspiraba simpatía.

-Si os vais, muchachos, me daréis un gran disgusto -suspiró Margarita.

-Todavía no nos hemos ido, señorita - explicó torpemente Manuel- Joaquín está siempre acordándose de su Wyoming y por eso habla así.

Volvieron los dos vaqueros a su tarea y Joaquín quitó la silla al caballo, dejándole la brida. Con este ardid consiguió engañar al animal, acostumbrado a estarse quieto mientras le quitaban los arreos. Whang no se atrevió sino a piafar con cierta timidez, y Joaquín, obrando con presteza, le pasó una cuerda por los remos delanteros y se la ató fuertemente a la altura de las rodillas. Cuando el animal comprobó el engaño se puso a relinchar con furia, echando espuma por la boca y encabritándose. Pero Joaquín continuaba atándole los remos delanteros mientras el animal batía con ellos desesperadamente el aire. De repente Joaquín dio un tirón tan fuerte y tan hábil que el brioso potro cayó como una mole inerte, cosa que Manuel aprovechó para asir la brida, tirar de ella y sentarse rápidamente sobre la cabeza del animal. Mientras tanto, Joaquín, sin perder tiempo, ataba con maña los cuatro remos del animal fuertemente, dejándolo así inutilizado e incapaz de efectuar el menor movimiento.

Estas operaciones disgustaban enormemente a Margarita; pero la compasiva muchacha se quedaba a presenciarlas porque sabía que los cowboys no martirizarían al animal mientras ella estuviera allí.

Para Margarita, el momento más interesante era aquel en que el potro, al que habían puesto herraduras por primera vez, se miraba alarmado las patas :para averiguar lo que le habían hecho. Había algo casi humano en aquella inteligente mirada, mezcla de temor, indignación y furia.

Los vaqueros desataron las patas del animal y Whang se levantó y empezó a dar botes.

-Es una fechoría lo que te han hecho, Whang -le dijo Margarita-. Si yo fuera tu dueña, nunca te hubieran hecho eso. No lo habría permitido.

-No le hable, señorita, que no le ablandará. Es muy salvaje este potro y, excepto yo, nadie más es capaz de montarlo. ¿Quiere usted probar? -le preguntó Joaquín.

-¿Con este vestido? -preguntó Margarita riendo.

-Es verdad que va usted muy elegante; usted sabrá por qué -contestó Manuel recogiendo las herramientas del suelo.

-Ya te lo diré - exclamó Joaquín, acercándose a su compañero para decirle unas palabras al oído.

En aquel mismo instante, Margarita oyó pasos detrás de, ella; se volvió y vio a Jaime Bellounds. Era el impetuoso Jaime de siempre, y Margarita le reconoció perfectamente a pesar de estar más alto, más desarrollado y más pálido. Margarita había temido aquel encuentro; pero se había preparado y lo único que sintió fue cierta sacudida en su dignidad al verse sorprendida por Jaime en las bardas de un corral. La cosa ya no tenía remedio y Margarita, en vez de saltar al suelo, se limitó a arreglarse las faldas y a alisar las arrugas del vestido.

Joaquín cogió al potro de la brida para sacarlo del corral y Manuel se dispuso a seguirle. Era evidente que ambos muchachos querían escabullirse; pero Jaime lo evitó.

-¡Hola, muchachos! -les dijo con imperio y sin tenderles la mano.

Joaquín murmuró unas palabras ininteligibles y Manuel dijo

-Buenos días, patrón.

-¡Hermoso potro! -exclamó Jaime, adelantándose con tan pocas precauciones, que el animal, asustado, dio un enorme bote que casi arrastró a Joaquín.

Margarita vio la mirada de reprobación que le dirigieron los dos cowboys. Miró luego a Jaime y se fijó en sus botas de altos tacones, adornadas en su parte superior; en sus pantalones oscuros y ceñidos, en su grueso cinturón con hebilla de plata y en su camisa blanca y fina con cuello abierto. Iba sin sombrero.

-Voy a ponerme al frente de vosotros -dijo a los cowboys-. ¿Cómo os llamáis?

Tan peregrina pareció a Margarita la idea de preguntar a aquellos muchachos cómo se llamaban, que le faltó poco para echarse a reír; pero se contuvo.

-Yo me llamo Manuel Archibald Billings -contestó Manuel suavemente.

Archibald era un nombre que nadie le había oído nunca.

Bellounds se dirigió entonces hacia Margarita. Los cowboys bajaron la cabeza y se retiraron.

-Como en el rancho no hay más que una muchacha, tú debes de ser Margarita - fue el saludo de Jaime.

-Sí, y tú sin duda eres Jaime -contestó ella saltando al suelo y tendiéndole la mano, que él retuvo hasta que ella la retiró.

-Estás desconocida -le dijo Jaime mirándola de pies a cabeza- Es curioso. Me he acordado de ti muchas veces; pero la imagen con que te me representaba no corresponde a la realidad. La Margarita que yo recordaba era delgada, pálida, toda ojos.

-Han transcurrido muchos años desde entonces -con-testó ella-. ¡Siete, nada menos que siete años! Se cambia mucho en siete años a nuestra edad. No obstante, yo a ti te hubiera reconocido en seguida. Eres el impetuoso Jaime de siempre.

-¡Oh, no! ¡Soy otro! -aseguró Bellounds repudiando su vida pasada-. Papá quiere que me ponga al frente de todo esto. Necesito ser un hombre y lo seré, porque no quiero volver a decepcionarle.

-Es de esperar -contestó Margarita.

Era para ella un consuelo oírle hablar así, seriamente, noblemente.

Hubo un momento de silencio durante el cual pudo fijarse en el hijo del ranchero analizando los rasgos de su rostro. En su palidez había una sombra de pena y descontento. La lucha entre los impulsos de un violento carácter y los propósitos de una voluntad bien inspirada habían dejado huellas de sufrimiento en la fisonomía. Su boca y su mandíbula inferior no mostraban la misma energía de las de su padre. Sin darse cuenta, Margarita comparaba a Jaime con los demás hombres que conocía y no podía hallar en él lo que admiraba en Joaquín Montaña, o en Manuel Billings, o en Wilson Moore.

-Ésta ha sido mi segunda larga ausencia del solar paterno -dijo Bellounds-. La primera vez me ausenté para entrar en el Colegio, en Kansas. Felices tiempos aquéllos. Tan bien lo pasé que no quería volver a casa. Los tres últimos años, en cambio, han sido un infierno.

Su cara mudó de expresión y se tiñó súbitamente de intenso rubor.

-Has trabajado sin descanso, ¿verdad?

-Peor, mucho peor que haber trabajado hasta caer, hasta no poder más.

La perspicaz mirada de Margarita se dirigió inmediatamente a las manos. La muchacha quedó asombrada al verlas casi tan finas como las suyas propias. ¿Qué género de trabajo había sido el suyo?

-Bueno, si has de trabajar ahora en el rancho de papá será preciso que aprendas a tratar a los cowboys y que no vuelvas a tus antiguos hábitos.

-¿Te refieres a mi afición a la bebida v a las cartas? Pues te aseguro que ayer volví a beber y a jugar después de tres años; pero por primera y última vez.

-Con eso nos tendrás contentos a papá y a mí, y tú mismo serás más feliz.

Margarita comprobó con agrado que había en el muchacho un fondo de bondad =bajo los perversos impulsos de la adolescencia.

-Papá quiere que nos casemos -dijo él de repente, con cierta timidez y una amable sonrisa- ¿No tiene gracia que tú y yo, que acostumbrábamos ser como el perro y el gato, acabemos casándonos? ¿Te acuerdas cuando te tiré de un empujón a un lodazal y cuando te hice caer de espaldas, del golpe que te di en la cara con una col podrida?

-Sí me acuerdo -contestó Margarita como en sueños-. ¡Ha pasado, sin embargo, tanto tiempo!

-¿No habrás olvidado tampoco las veces que te destrozaba la ropa y tenías que volver a casa casi desnuda? de eso creo haberme olvidado.

-Y de la pelea con Moore, ¿te acuerdas?

Margarita nada respondió a esto, disgustada de la pregunta y, sobre todo, de la intención malévola con que Jaime la hacía.

-Es una cuenta antigua que tengo que arreglar con él -continuó Bellounds-. Por de pronto, no quiero que continúe aquí.

A lo que ella, con la vista vuelta hacia las verdes montañas y sintiendo aumentar en su interior la indiferencia que Jaime le inspiraba, repuso secamente

-En el rancho, sin embargo, se necesitan los trabajadores como él.

-Ante todo querría saber una cosa: ¿te ha hecho Wilson alguna vez el amor?

Esta pregunta no sólo irritó a Margarita, sino que le hizo experimentar un cúmulo de sensaciones raras e imposibles de definir. ¿Por qué temblaba y vacilaba sin atreverse a contestar?

-No - respondió por fin -. Wilson no me ha hecho nunca el amor.

-Me extraña. Tú solías tener par él una manifiesta preferencia. A mí, en cambio, me detestabas. ¿Tanto han cambiado tus sentimientos desde entonces?

-Claro que sí; aunque me parece una exageración decir que yo te odiaba.

-Papá dice que no tienes inconveniente en casarte conmigo; ¿es verdad eso?

Margarita asintió con la cabeza. La pregunta, en verdad, no la había impresionado parque la esperaba. Pero en su interior se levantaron voces de protesta. Ella había accedido a la pretensión del viejo; pero comprendía que no podría obligar nunca a su naturaleza a ver con agrado a un esposo que ella no deseaba.

-¿Y nos casaremos pronto? -quiso saber él con un anhelo manifiestamente expresado en el tono de su voz. -Yo preferiría que no fuese demasiado pronto -contestó Margarita, sintiendo impulsos de salir corriendo para huir de Jaime, que cada vez se acercaba más a ella.

-¿Y por qué esperar? Papá cree que el casamiento me conviene -declaró Bellounds en un rapto de impaciencia que reveló toda su profundo e invencible egoísmo.

-¿No sería mejor aguardar a que nos conociéramos un poco? Después del tiempo que hemos pasado separados se puede decir que somos como dos personas que se ven por primera vez.

-Margarita, yo estoy lleno de amor por ti -declaró él de repente, con vehemencia.

-¿Cómo es posible? -preguntó ella sin poder creerla.

-Sí; el recuerdo de las mil diabluras con que te hice sufrir cuando eras niña, y el de encontrarte ahora tan bonita, tan mujer, tan llena de vida, y las mismas palabras de mi padre al prometerme que serias mía, mía..., todo eso ha despertado en mi alma un mundo de esperanzas y ha encendido una verdadera pasión en mi pecho.

Margarita le miró sin sorpresa, pues recordaba de qué modo, cuando niño, solía concebir rápidas y vehementes pasiones por las cosas que deseaba y que su padre le prometía. Nada de particular tenía que aquel temperamento tan impulsivo e impetuoso se hubiese enamorado tan repentinamente de ella.

-¿No preferirías, sin embargo, esperar a que yo te fuese queriendo un naco? Porque, ya lo ves, tan de prisa es imposible que yo sienta también por ti el amor que tu dices tenerme va. Todo vendrá si tu conducta es digna de estima, si sabes corresponder como buen hijo al cariño que papá te tiene, y si sabes conquistar mi corazón con tus bondades.

-Sabré conquistarlo. Lo conquistaría aun cuando tú estuvieras pésimamente dispuesta; aun cuando me odiaras -exclamó Jaime en un rapto de pasión.

-Hablaré de este asunto con papá -declaró ella-, y nos casaremos cuando él diga.

Él la besó rápidamente y la hubiera abrazado si ella no le hubiese apartado con la mano, al propio tiempo que le decía

-¡Cuidado, Jaime! Comprende que pueden vernos.

-¿Y qué? ¿No estamos prometidos? -replicó él con ansias infinitas de posesión-. No hay motivo para palidecer ni asustarse tanto. No te voy a comer. Sólo quería tenerte un rato entre mis brazos. ¡Pensar que volvía a casa tan a regañadientes y ahora me encuentro con una dicha, con una felicidad tan incomparable!

Y can un cambio muy propio de su carácter, trocó inopinadamente el aire atrevido v dominador por una actitud más sumisa.

-Margarita -dijo-, de mí nadie pudo esperar nunca nada bueno; pero quiero corregirme. En mi vida de honradez que empieza ahora no quiero que haya deslealtades. Necesito revelarte un secreto antes de que nos casemos. No quiero exponerme a que lo averigües tú luego y me odies por no habértelo dicho a tiempo. ¿Te imaginas tú en dónde he estado estos tres años?

-No- contestó Margarita.

-Pues voy a decírtelo; pero me has de prometer antes que el secreto quedará entre los dos y que ni siquiera a mí mismo me lo recordarás cuando nos casemos.

Hablaba atropelladamente, con signos evidentes de la más viva emoción. Margarita recordó entonces lo que le había dicho Wilson Moore. Indudablemente Wilson sabía dónde había estado Jaime, y experimentó el deseo de decirlo, aunque resistió la tentación por delicadeza. La deducción no podía ser otra sino que Jaime había pasado aquellos tres años en algún lugar vergonzoso.

-La intención basta en este caso, Jaime. No es preciso que me digas nada. Hayas estada donde hayas estado, es igual para mí. Si es un secreto y he de olvidarlo, vale más que ni siquiera lo sepa. Cállate; no quiero saber nada. Aprecio tu buen deseo, reconozco tu propósito y no es menester más.

Bellounds experimentó una confortante sensación de sorpresa, alivio, alegría y gratitud, que le transformó en otro hombre.

-¡Oh, Margarita -exclamó-, si no te amara ya desde antes, bastaría esto para que te amase desde ahora con toda el alma! Estaba dispuesto a revelarte toda la verdad' de mi vida durante estas tres últimos años; pero las palabras hubieran quemado mis labios a medida que hubieran ido saliendo de mi boca. Me has evitado un bochorno permitiéndome guardar el secreta que necesitaba revelarte, pero que no te hubiera podido confiar sin violentarme. Ahora te diré únicamente una cosa, Margarita: si tú me amas harás de mí otro hombre.

III

El viejo ranchero creyó prudente esperar a que se concluyera de marcar el ganado para nombrar a su hijo mayoral de los vaqueros. Esto dio ocasión a que Jaime mostrase que si su espíritu de intolerancia cambió durante su ausencia había sido para empeorar. Bellounds tuvo que sostener con él una discusión en la que se vio obligado a gastar mucha saliva para

convencerle de lo que a ningún joven nacido al oeste del río Colorado hubiese sido necesario explicar. El otoño era la época más difícil y laboriosa en el rancho de Peñas Blancas y era preciso que durante el tiempo que duraban los trabajos que se realizaban en dicha estación del año mandase a los vaqueros un hombre verdaderamente experimentado. Jaime accedió, por fin, de mala gana a las pretensiones de su padre.

La mala suerte quiso que al muchacho se le ocurriese ir, después de la discusión que tuvo con su padre, a los corrales, en donde acababan de reunirse algunos cowboys que, tras haber velada toda la noche, se habían pasado lo que llevaban de día trabajando. Estaban cubiertos de polvo, exhaustos y fatigados.

-Lo que es a mí no vuelven a verme más el pelo en este rancho -dijo uno de ellos-. Nunca he tenido reparo en trabajar como dos; pero trabajar como tres o como cuatro, día y noche, sin una hora de descanso, es demasiado, y yo no lo resisto.

-A tenderse, muchachos, y a dormir hasta que os despierte -les dijo Wilson Moore-, porque aún queda mucho que hacer hoy y conviene recuperar fuerzas.

-¿Y tú, Wilson, no estás cansado? -preguntó Bludsoe, un muchachote patizambo que parecía renco o baldado.

-¿Yo? ¡De ningún modo! -contestó irónicamente Moore-. ¡Bludsoe, tienes cada pregunta! ¿Cómo quieres que sienta cansancio si en estas últimas cuatro noches he podido dormir en junto por lo menos cinco horas?

En aquel momento entró en el corral Jaime Bellounds. Los vaqueros no se dieron por enterados de su presencia. Joaquín estaba ocupado en vendar una pata a su caballo. Bludsoe ordenaba su silla y sus arreos. Manuel daba a su caballo un cariñosa palmada de despedida.

Moore esperaba un caballo de refresco y un muchacho mejicano llegó con varios potros entre los cuales estaba el potro pío que Wilson solía montar con preferencia a otros.

No pasó inadvertida para Bellounds la alegría del animal cuando vio a Moore. Era evidente que le conocía y que sentía cierta atracción por su jinete.

-Hay muchos terneros que perseguir hoy, Manchado - le dijo éste mientras le ensillaba y le ponía la brida. Manchado era un potro fino y hermoso, de mucha sangre y nervio, capaz de tirar al suelo a muchos excelentes jinetes.

Jaime Bellounds admiró su estampa de frente y de costado, demasiado cerca para que el animal no mostrara algún recelo.

-¡Magnífico potro, Moore! -exclamó con el aire de un experto en caballos-. ¿Cómo se llama?

-Manchado -contestó secamente Moore disponiéndose a montar.

-¡ Un momento, muchacho! -ordenó Jaime con imperio -. Este animal me gusta y quiero mirarlo un rato más.

Y acercándose bruscamente arrebató las riendas de la mano de Moore. Manchado se encabritó asustado y Bellounds le dio con las riendas un tirón terrible, acercándose todavía mas a él. Manchado retrocedió relinchando y pugnando por librarse de aquella mano extraña. Esta resistencia del animal exasperó a Jaime Bellounds, quien, rojo de cólera, entregado nuevamente a uno de los arrebatos de su antiguo carácter violento, exclamó

-¿Acabarás, maldito?

Y el nuevo tirón que le dio con ambas manos dejó ensangrentada la boca de la pobre bestia. Manchado cedió por fin, temblando, con las orejas amusgadas, retratados en su mirada el dolor y el espanto. De su boca goteaba la sangre al suelo.

-¡Yo te enseñaré a obedecer! -le dijo Bellounds. Y volviéndose a Wilson:

-Moore -le ordenó -, préstame tus espuelas. Quiero montar este caballo.

-No presto mis espuelas, ni mi caballo -contestó el animoso cowboy dando un paso hacia Jaime Bellounds. Todos los vaqueros miraban con interés, mas sin osar intervenir ni decir palabra.

-¿Es tuyo este caballo? - quiso saber Jaime, con el rostro encendido por la cólera.

-Como si lo fuera, pues yo soy el único que lo monta.

-Pero, ¿es propiedad tuya o de mi padre?

-El potro pertenece a tu padre, como todos los demás animales de Peñas Blancas; pero yo lo he desbravado, lo he domado, y yo soy el único que lo ha montado hasta aquí.

-Siendo así, Moore, el potro no es tuyo, sino mío, y lo voy a montar ahora mismo. Muchachos, prestadme cualquiera de vosotros unas espuelas.

Nadie se movió ni dio muestras de querer obedecer.

-Montaré sin espuelas - declaró lleno de rabia y de despecho.

-Bellounds, mejor sería que no lo montaras ahora -advirtió lacónicamente Moore.

-¿Por qué? ¡Me gustaría saberlo! -declaró Bellounds con el tono de quien no está dispuesto a tolerar que nadie se oponga a sus deseos.

-Porque es el único caballo que me queda -contestó el vaquero-, y estamos marcando el ganado. Hudson, el mayoral, quedó ayer herido y yo debo ocupar hoy su puesto. Tenemos que enlazar muchos terneros, y, si tú montas a Manchado, el animal se excitará más de lo justo, porque es espantadizo y nervioso.

El argumento era tan razonable que cualquiera se hubiera convencido. Bellounds, sin embargo, no quiso dar su brazo a torcer.

-Tal vez te convenga recordar, Moore, que yo soy el amo de Peñas Blancas -exclamó con altivez.

Estas palabras hicieron tomar al vaquero una determinación radical.

-Está bien -contestó, y acercándose al caballo lo desensilló con mano rápida, poniendo silla y cincha en el suelo.

Bellounds se quedó como quien ve visiones. Con cara de pasmo permaneció un rato mirando a Wilson, incapaz de comprender. Mas en seguida su temperamento estalló

-¿Qué intentas con eso? -gritó amenazador-. ¡Vuelve a ensillarlo inmediatamente!

-No pienso hacerlo. , Esta silla es mía. Sesenta dólares pagué por ella en Kremmling el ano pasado. De esta silla, al menos, tú no eres el dueño. ¿Estamos?

-¡Sí, estamos! -replicó Bellounds con rabia-. Ahora te voy a decir una cosa: quedas despedido.

-Llegas tarde -dijo Moore con ironía-. Soy yo quien decidí marcharme cuando vi la brutalidad con que tratas a los caballos.

-Bueno, el caso es que me veré libre de ti ,y me alegro, porque de ningún modo quisiera tenerte conmigo.

-Hoy mismo abandonaré el rancho, «Impetuoso».

El apodo debió parecerle un insulto a Bellounds, porque echando lumbre por los ojos, exclamó

-¡Te prohíbo que me llames "Impetuoso"! Moore hizo ver que se extrañaba.

-¿Por qué? -preguntó-. Es como te llamamos por aquí. Todos tenemos un apodo. A mí me traman «Profesor». ¿Por qué no se te ha de llamar a ti también por el apodo?

-Porque no quiero que llamen por un nombre que no es el mío. No se lo toleraré a nadie, especialmente a ti.

-¡Ah, ah! -contestó Moore con ironía-. Pues me temo que la gente continúe llamándote «Impetuoso».

-¡Cállate, deslenguado! -ordenó Bellounds fuera de sí-. Te callas o te rompo la cara de un puñetazo.

-¿Olvidas -contestó Wilson con calma- que éste es un país libre, y que el tiempo de los esclavos pasó ya?

-Siempre te he odiado -rugió Bellounds lanzando a Moore un puñetazo que le hizo vacilar; pero el vaquero tenía demasiada resistencia para caer por un solo golpe en la cara, y

reponiéndose en seguida lo devolvió con tanta fuerza que Bellounds fue a parar contra el vallado, y si no cayó cuan largo era, fue porque se apoyó en él.

-¡Estás loco, «Impetuoso»! -exclamó Wilson al devolverle el puñetazo-. ¿Crees que podrás vencerme después de los tres años que has pasado donde tú sabes? Como una furia del infierno saltó esta vez Bellounds dispuesto a todo. Golpeó furiosamente; pero Moore desvió todos los golpes y puso fin a la acometida de un puñetazo que alcanzó a Bellounds en mitad de la cara. Bellounds cayó al suelo, levantándose al cabo de un rato con torpeza. Con ojos que parecían querer salírsele de las órbitas miró a todos lados como buscando algo. Su mandíbula inferior oscilaba a tenor de los esfuerzos que el energúmeno hacía para recuperar la respiración y el habla.

-¡He de matarte, Moore! -fue su amenaza tan pronto como pudo articular palabra.

Volvió a mirar con ojos ávidos a su alrededor. Bludsoe era el único que llevaba revólver. Bellounds lo vio y fue tan rápido en echarle mano, que Bludsoe no pudo impedir que lo sacara de la funda.

-¡Suélteme, quiero este revólver, he de matarle! -vociferaba Bellounds, mientras Bludsoe se esforzaba en arrancarle el arma de las manos.

Bellounds y Bludsoe lucharon. Bludsoe, por fin, consiguió apoderarse del revólver e intentó lanzarlo a gran distancia; pero Bellounds logró detener el movimiento del brazo y el arma cayó a los pies de los combatientes.

-¡Cogedlo, pronto, pronto! ¡Que alguien coja pronto el revólver; de lo contrario este diablo matará a Wilson Moore! -gritó Bludsoe.

Con extrema rapidez, Manuel se adelantó y dio un puntapié al revólver en el' preciso instante en que Bellounds iba a apoderarse de él. En seguida Joaquín cogió el arma del suelo, mientras Manuel' ayudaba a Bludsoe a sujetar a Jaime, luchando con éste y diciéndole al mismo tiempo

-¡Alto ahí, Jaime Bellounds! ¿Qué es eso? ¿No ves que Wilson no lleva armas? ¡Deténte, o te vamos a dar entre todos una soberana paliza!

-¡Cuidado, que aquí llega el viejo! -anunció Joaquín. El ranchero hizo entonces su aparición. Llegó sin precipitarse, con la cabeza alta y la mirada serena y penetrante como la de un águila.

-¿Qué ha pasado aquí? -preguntó con voz, ronca. Los vaqueros soltaron a Jaime. Éste, en cuanto se vio libre, se apartó precipitadamente con ánimo de abandonar el lugar de la escena.

-¡Alto ahí, Jaime! -ordenó Guillermo Bellounds. Pero el muchacho no le hizo caso. En su odio y su furia no veía sino la figura detestada de Wilson, ni oía otras voces que las que vibraban en su pecho clamando venganza.

-Una discusión sin importancia, patrón -explicó Joaquín ocultando tras la espalda el revólver de Bludsoe.

-Joaquín, eres un embustero -le replicó el amo. Joaquín, sin atreverse a insistir, bajó la cabeza.

-¿Qué es eso que ocultas? -preguntó el ranchero-. ¡Anda, vamos, pocas andróminas ; venga el revólver

Sin intentar resistencia alguna, Joaquín entregó el arma.

-El revólver es mío, patrón - explicó Bludsoe.

-¿Y por qué lo escondía Joaquín? -preguntó el viejo.

-Acababa yo de prestárselo - dijo Bludsoe-. Me había puesto a discutir con otros vaqueros y, por si acaso, no quería tener el revólver conmigo.

¡Cuán propio de los cowboys el esforzarse por encubrir a Jaime Bellounds! Pero era imposible engañar a un hombre como el' viejo vaquero, que tanta experiencia tenía de las cosas y de los hombres.

-No intentes engañarme, Bludsoe, porque no lo conseguirás - dijo Guillermo con calma. Y devolviendo el revólver a su propietario, continuó-: Supongo que mentís para no herir mis sentimientos con alguna tropelía de mí hijo. Contadme inmediatamente lo que ha hecho.

Bellounds se fijó en Wilson Moore. En la cara de éste se observaban claramente los indicios de la reciente pelea y los signos de contenidas violencias.

-Yo no le mentiré a usted, Bellounds, puede usted estar seguro de ello -afirmó Wilson.

-Eso espero de ti - declaró el viejo -. Explícame, pues, lo que ha ocurrido.

-Ha herido a mi caballo. De no ser así, no me hubiera salido de mis casillas.

Los ojos del viejo ranchero lanzaron fuego. Siempre había amado a los caballos y muchas veces había reñido de palabra, y aun de obra, con los vaqueros porque éstos se habían mostrado brutales con las pobres bestias.

-¿Cómo le ha herido? - preguntó visiblemente contrariado.

-¡Mire usted la boca del animal!

El modo de acercarse el ranchero a un caballo era muy distinto del de su hijo. Examinó, además, la boca del pobre bruto con las precauciones debidas, a pesar de ser conocido de Manchado y no mostrar el animal, por esta causa, recelo ni temor alguno. Pronto se dio cuenta Bellounds del daño causado a la pobre bestia.

-¡Un corte enorme en la lengua! ¡Qué vergüenza! Dime en seguida cómo ha sucedido esto.

-Estaba yo acabando de ensillar a Manchado cuando llegó Jaime y, encaprichándose de él, ha querido montarlo. Manchado es espantadizo y le asustan las caras desconocidas, ya lo sabe usted. Cuando Jaime lo ha cogido por la brida ha empezado a encabritarse y a retroceder. Entonces Jaime le ha dado un tirón y le ha partido la lengua. Al ver manar la sangre de la boca de mi caballo predilecto he sentido ganas de saltar sobre Jaime y romperle la cara a puñetazos. Pero he sabido contenerme. Jaime ha insistido en su propósito de montar a Manchado, a lo que yo me he opuesto porque, como sabe usted, Hudson se hizo daño ayer y yo tengo que ejercer hoy funciones de mayoral. Manchado me era completamente necesario. He tratado de hacérselo entender así a su hijo; pero él me ha dicho que el caballo era suyo y no ha querido atender a razones.

-¿Suyo? -interrumpió Bellounds.

-Sí; ha reclamado el caballo como de su propiedad. El caballo, en realidad, no es mío, y por lo tanto no he podido impedir que hiciera con él' lo que quisiera. Pero la silla sí es mía, y cuando la he reivindicado descinchando al caballo, Jaime ha empezado a gritar y a amenazarme, diciéndome que él era el amo aquí y que yo quedaba despedido. Yo le he prometido abandonar el rancho hoy mismo. La discusión se ha agriado y yo le he llamado impetuoso. Él ha sido el primero en pegar. Hemos luchado. Llevaba yo la ventaja cuando él se ha precipitado sobre Bludsoe arrebatándole el revólver. Ésta es la historia de todo lo sucedido.

-¡Tan cierto como yo he nacido vaquero -añadió Bludsoe-, que si no le quitan el revólver de las manos, su hijo de usted, patrón, mata hoy a Moore!

El viejo ranchero se acarició la barba con calma, como si el relato no le hubiese afectado excesivamente.

-¿Qué dices tú a todo eso, Montaña? -preguntó a Joaquín, como si la opinión de los cowboys tuviera para él un valor inapreciable y hubiese de ayudarle a formar el juicio de lo ocurrido.

Digo, patrón-contestó Joaquín obedeciendo de mala gana al requerimiento -, que Jaime tenía antes mal carácter, pero que ahora lo tiene peor.

Tras de lo cual, Bellounds se revolvió hacia Moore y le dijo:

-Wilson, es una desdicha que Jaime y tú hayáis chocado tan pronto; pero la cosa era de esperar. Comprendo que Jaime no ha tenido razón. Al caballo podía y debía considerársele como tuyo de acuerdo con nuestros usos y costumbres. Quizás en rigor, y con la ley en la

mano, el caballo podía considerarse como de mi propiedad; pero desde este momento es tuyo de hecho y de derecho, porque yo te lo regalo.

-Muchas gracias, Bellounds. Tenga la seguridad de que le agradezco el regalo -expresó Moore -. Guillermo Bellounds no desmiente nunca la fama que tiene de noble y generoso.

-Y ahora - añadió el viejo ranchero -; he de pedirte, como especial favor, que te quedes por lo menos hasta que hayáis concluído de marcar.

-Está bien, me quedaré en obsequio a usted -asintió Moore. Y volviéndose hacia Manuel, le dijo-: Manuel, me parece que tampoco esta noche podrás dormir. Sígueme.

-¡Todo sea por Dios! -suspiró Manuel dirigiéndose a recoger su equipo de montar.

Al atardecer, Margarita se sentó aquel día bajo el pórtico para contemplar la puesta del sol. Contra su costumbre, había pasado la mayor parte del día sin salir de casa. La única vez que había visto a Jaime, éste trataba de adiestrarse en el manejo del lazo mientras se dirigía a los prados. Jaime montaba como todo individuo nacido en el Oeste; pero carecía de maña para el manejo del lazo. Tampoco había visto Margarita al viejo Bellounds desde la hora del almuerzo.

Mas sin verle, le había oído pasearse arriba y abajo por la casa.

Mientras contemplaba Margarita el oro que los últimos rayos de sol lanzaban sobre las laderas de las montañas y la corona de llameante grana que ponían en las cumbres de la cordillera, escuchaba, en dulce arrobamiento, el lejano mugir del ganado. ¡Cuantos encantos tenía para ella todo aquello! La brisa ligera y fresca acariciaba sus mejillas, ardorosas de lo mucho que la muchacha había llorado en la soledad' de su cuarto, y contribuía a la dulce paz de aquellas horas deliciosas.

De repente, la joven se fijó en un jinete que marchaba al paso por un sendero entre los prados, llevando de la brida a otro caballo. Margarita reconoció en el jinete a Manuel, e inmediatamente después, en el caballo que el vaquero conducía, a Pronto. Esto le pareció muy extraño; pero su alarma subió de punto cuando notó que Pronto cojeaba. Salió precipitadamente al encuentro del vaquero llegando a las puertas del corral antes que él.

-¡Oh, Manuel! -exclamó-. ¡Pronto viene herido

-Sí, señorita, ésa es la verdad; viene herido. Manuel procuró pronunciar estas palabras como quien quita importancia a la cosa; pero por su preocupación y embarazo, Margarita comprendió que algo grave había ocurrido. El cowboy tema la cara del color de la tierra; y estaba tan cansado que a duras penas podía mantenerse a caballo.

-¡Oh, Manuel! -exclamó Margarita con el alma en un puño-. ¡El pobre animal está cubierto de sangre!

-Sí, señorita; es preciso curarle en seguida. Vaya usted a buscar vendas y trapos.

Tan de prisa fue Margarita en busca de lo que hacía falta, que cuando volvió apenas si podía respirar. Pronto, relinchando de dolor, yacía en el suelo y Manuel le examinaba las heridas.

-¡Menos mal! -exclamó el vaquero-. No es nada incurable; ¡pero de buena ha escapado! Ahora, ayúdeme usted, señorita, a vendarle.

-Sí, te ayudaré, aunque me cueste presenciar la cura. Muchas veces he ayudado a curar a los caballos, pero nunca he tenido que ver curar a Pronto.

-Poco le ha faltado para morir destripado por un toro -explicó Manuel-, y si no hubiera sido porque alguien le salvó, a estas horas el pobre animal estaría muerto.

-¿Quién le salvó, Manuel? ¿Has sido tú? ¡Ah, nunca podré pagarte el favor que me has hecho!

-¡No, no he sido yo! -confesó Manuel.

-¿Quién ha sido, pues? Dímelo; necesito saberlo.

-Ha sido Wilson; pero me ha hecho jurar que no se lo diría a usted, así que le ruego no me descubra.

-¿Wilson ha sido el que ha salvado a Pronto, y tú no querías decírmelo? Manuel, no me lo niegues, algo grave ha sucedido. Lo veo en tu cara. Tú no eres el mismo de siempre.

-Le confieso, señorita, que algo ha pasado. ¿Le han contado ya lo ocurrido esta mañana?

-No. ¿Qué ha ocurrido? ¡Di!

-Puede usted preguntárselo al patrón. Lo sucedido esta mañana ha sido la causa de lo que después ha pasado con Pronto. El impetuoso Jaime, que estaba todavía furioso por la discusión de la mañana, se ha metido con su caballo en el potrero donde estábamos marcando al ganado, y con su lazo ha empezado a perseguir a los potros. Uno de los primeros en ser alcanzado por el lazo ha sido Pronto, que, asustado, ha salido a todo galope, saltando por encima del vallado y lanzándose a la carrera por el campo libre con el lazo al cuello y arrastrando la cuerda. Un toro le ha visto y se ha puesto a perseguirle. La carrera de las dos bestias ha sido emocionante. De repente, la cuerda que pendía del cuello de Pronto se enredó en unos arbustos, y el animal quedó prisionero. Wilson, entonces, para salvar al caballo, pidió un fusil, con ánimo de matar al toro; pero nadie teníamos ni siquiera un revólver. Wilson entonces lanzó su propio caballo al galope, sobre el toro, llegando a tiempo de salvar a Pronto. Esto es todo lo sucedido.

-No, Manuel; eso no es todo lo sucedido. Me ocultas algo más -exclamó Margarita adivinando, con su femenino instinto y su conocimiento de los cowboys, que Manuel le callaba lo más grave.

Apurado por las preguntas de Margarita, acabó Manuel por confesar que salvó Wilson a Pronto apartando de él al toro en el momento en que éste empezaba ya a cornearle, y que en el empeño cayó debajo de su propio caballo quedando un buen rato con una pierna debajo de él.

-¡Oh! -exclamó horrorizada Margarita-. ¿Y está muy grave?

-No sé; no me obligue a hablar. Continuemos curando al caballo. ¿Cómo quiere que le cuente nada si me lo han prohibido?

-Manuel, has de revelarme todos los detalles, si no quieres que te odie -conminó con imperio Margarita-. Confiésame la verdad entera: ¿es grave el estado de Wilson?

-Sí, bastante. No; es decir, no; muy grave, no. Un pie magullado. Pero nada más; palabra. Le corté la bota y le vendé el' pie, que estaba completamente aplastado. Se lo han llevado a Kremmling para curarle.

-¡Ah! -exclamó Margarita sin hallar palabras para expresar su dolor.

-El impetuoso Jaime ha cometido hoy dos fechorías -comentó Manuel filosóficamente-. Señorita Margarita, no sé cuáles serán los sentimientos de usted respecto a ese individuo; pero una cosa quiero decirle para su gobierno: ¡es un mal sujeto! Si antes era insoportable, ahora es insufrible. ¡Vaya una idea la de perseguir a Pronto en aquellos momentos! A ningún hombre nacido en el Oeste se le habría ocurrido. Guillermo Bellounds es un hombre inteligente; pero está ciego por-lo que respecta a su hijo. ¡Hum! Auguro malos días para el rancho de Peñas Blancas.

IV

Únicamente un hombre pareció interesarse en Meeker por el empleo que el ranchero Guillermo Bellounds ofrecía. Ni joven ni viejo, este hombre de simpático aspecto, pero con la tragedia retratada en su cara, llamábase Benjamín Wade y había llegado a Meeker con dos caballos y su equipaje.

-¿De dónde viene usted? - le preguntó el mesonero admirado de ver cómo cuidaba Wade de sus caballos antes que de sí mismo.

La pregunta tuvo que ser repetida.

-De Cripple Creek -fue la contestación-. Estaba allí encargado de la cocina de algunos mineros, y en mis ratos libres me dedicaba a buscar oro.

-¡Hum! Me temo que no encuentre usted por estos contornos ninguna ocasión de ganar tanto dinero.

-¡Sí, buenas ganancias en Cripple Creek! -suspiró Wade con melancolía.

-¿Por qué dejó usted su empleo?

-A propósito del reparto del mineral extraído se originó un día una lucha tan terrible que yo fui uno de los pocos que quedaron con vida. Los poquísimos supervivientes decidimos entonces abandonar Cripple Creek y separarnos. Escuche usted...

Wade sentóse en un cajón de madera, se quitó su ancho y viejo sombrero y empezó a hablar.

Un hombre que estaba allí sin hacer nada se aproximó para escuchar. Poco tiempo después, un minero se acercó a aumentar el grupo. Por fin, el viejo Kemp, el patriarca de la aldea, también se decidió a escuchar con la mayor atención.

Wade parecía estar dotado de un extraño magnetismo, de una lengua mágica.

Era un hombre de escasa estatura, pero enjuto y musculoso. Llevaba un traje usado, sucio, viejo. Al quitarse el ancho y ribeteado sombrero dejó al descubierto una cabeza admirablemente formada.. Su cara, de chupadas mejillas, era pálida, y su alta y espaciosa frente estaba cubierta de sudor. Excepto el bigote, de puntas caídas, el resto de la cara estaba afeitado. La nariz era enorme y los hundidos ojos estaban sombreados por espesas e hirsutas cejas. Estos rasgos, sin embargo, no hacían sino contribuir en parte a dar personalidad al hombre, siendo lo más característico de ella la indefinible y misteriosa expresión de melancolía retratada en su rostro.

En la narración de Wade iban mezclados el oro, la sangre y la muerte. Parecía complacerse aquel hombre misterioso en analizar con insuperable minuciosidad los más truculentos detalles. A medida que avanzaba en el relato, su fisonomía cambiaba, perdiendo parte de su aspecto trágico.

Sus oyentes le escuchaban moviendo de vez en cuando la cabeza con pavor. Las historias terroríficas eran frecuentes en las márgenes del Colorado; pero tan dramáticas como aquélla, se habían oído pocas. Dos de los oyentes abandonaron el grupo sin decir palabra. El viejo Kemp escudriñaba los rasgos fisonómicos del narrador como si tratara de identificarlo en sus recuerdos.

-Bien, bien -exclamó el mesonero-. No prosiga usted con sus historias, que esta noche acabaríamos todos por soñar con asesinatos, sangre y cabezas cortadas. Diga, forastero, ¿piensa quedarse mucho tiempo en, Meecker?

-He venido en busca de trabajo.

Esta respuesta hizo que el mesonero enterase a Wade de que Bellounds necesitaba hombres y brazos.

-El viejo Guillermo Bellounds fue el primer colono que llegó a Middle Park, entablando en seguida amistad con !os indios -dijo Wade.

-Exacto. ¿Conoce usted a Guillermo Bellounds?

-Le vi una vez hace veinte años.

-¿Ha estado usted alguna vez en Middle Park? Bellounds posee allí varios ranchos - dijo el mesonero. -Ahora ya no vive en Middle Park -añadió Kemp-. Vive en Peñas Blancas, más allá del Gore, hace unos ocho o diez años.

-Conozco perfectamente todo este país -dijo Wade.

-Es una de las regiones más bonitas de la cuenca del Colorado. Magnífico país para el ganado; abundante en pastos, pero demasiado alto para la producción del grano. ¿Dice usted que ha estado alguna vez en Middle Park?

-Sí; estuve una vez, hace tiempo -contestó Wade fijando sus cavernosos ojos en el espacio, como si algún recuerdo lejano surgiera de pronto en su mente.

-En tal caso no hay peligro de que le dé a usted una información falsa. A muchos no les gusta Middle Park; pero a mí, sí. Pero sea el país lo que sea, lo que yo le digo a usted es que si sabe guisar, o maneja bien el ganado, o es capaz de hacerse útil de cualquier modo en un rancho, puede estar seguro de hallar una buena colocación en Peñas Blancas. Creo, sin embargo, que lo que con más urgencia necesita Guillermo Bellounds es un hombre capaz de cazar los lobos y los pumas que infestan el país. ¿Es usted cavador?

-¿Eh? -preguntó Wade como distraído, e inclinando la cabeza para oír mejor.

-Pregunto si es usted un hombre diestro en las armas y entendido en perros.

-Bastante, bastante-respondió Wade.

-Siendo así, es seguro que se coloca usted.

-Iré a Peñas Blancas. Gracias. Le quedo muy agradecido.

-No hay de qué. A Bellounds es a quien hago más bien el favor. Supongo que pasará usted la noche aquí. -No acostumbro dormir bajo techado. Pero le compraré a usted lo que necesito para hacer mi cena -contestó Wade yéndose a ocupar de sus caballos.

Mientras el viejo Kemp hacía su camino, meneaba la cabeza como si luchara con recuerdos rebeldes. Una hora después, cuando Benjamín Wade le saludó en la carretera al adelantarle, el viejo Kemp se dio una palmada en la frente y se dijo:

-¡Claro está que le conozco de antiguo!

Otro día, cuando volvió a ver a su amigo el mesonero, le dijo con visible interés

-Aquel individuo era Benjamín Wade.

-Así me dijo que se llamaba.

-¿Pero no sabe usted quién es Benjamín Wade?

-No, y nos está usted intrigando con tanto misterio. Espero que no será algún forajido o algún sujeto de cuidado.

-Todo lo contrario. Le llaman Desdichas Benjamín Wade. Le conocí en Wyoming, siendo él entonces mayoral de una diligencia. Pero no supe quién era en realidad sino varios años después, en Boulder. Allí llegó Wade en cierta ocasión cubierto de heridas, siendo asistido por Samuel Cols. Samuels Cols ya no vive; era un buen amigo de Wade y me contó de él un sinfín de cosas interesantes. Según Cols, ese Desdichas Benjamín Wade es :un hombre admirable, capaz de hacer todo lo que convenga mejor que nadie. Su puntería, sobre todo, es prodigiosa. No permanece nunca mucho tiempo en un mismo sitio. Jamás provoca el drama; pero el drama y la tragedia le salen al paso, parecen esperar por todas partes que él llegue para estallar. Según Cols, Wade tenía la aprensión de ser un hombre funesto, una especie de sembrador de desgracias. De ahí "Desdichas», su remoquete. Cols juraba, sin embargo, que Wade era el mejor hombre del mundo. Un corazón de oro, dispuesto siempre a salvar o ayudar a alguien, a hacer donación de su dinero o de su tiempo, siempre pensando en los demás y no en sí mismo... Cuando le oí contar aquella terrible historia de Cripple Creck me rompía la cabeza queriendo precisar el recuerdo. Porque yo había oído ya contar otra historia parecida, aunque peor todavía, al mismo Benjamín Wade; pero la memoria no me respondía. En fin, que Benjamín Wade es un hombre que vive con la preocupación constante de ser funesto y que tiene la manía de contar historias truculentas, empezando a relatarlas así que halla quien quiera oírlas.

Al ponerse el sol, Benjamín Wade cabalgaba por las márgenes del Río Blanco a la sombra de los montes Flat Top.

Extasiábase, al marchar, con la belleza del país. Colinas cubiertas de verde y fresca hierba, con boscajes de temblorosos álamos y oscuros abetos, por encima de los cuales se levantaban gloriosas, como :las murallas de una inmensa ciudad, las ingentes masas de las montañas coronadas por el resplandor del sol poniente. En las alturas, la nieve de los ventisqueros añadía su nata de albura al paisaje. Wade no se hubiera cansado nunca de mirar y admirar tanta belleza.

El valle terminaba al comienzo de una selva a cuyo extremo se alzaba un modesto rancho de madera. Tomó Wade por la trocha qué conducía al rancho y al llegar a él salió a su encuentro un hombre con el pelo enmarañado y un rifle en las manos. El modo escrutador de mirar a Wade acreditaba al hombre acostumbrado a vivir en las soledades de un país salvaje.

-Buenas tardes -fue el saludo con que recibió a Wade.

-Buenas tardes -contestó éste-. Si no me equivoco, usted es Blair, y no estoy muy lejos de las fuentes del río.

-En efecto ; el lago Trapper está a unos cinco kilómetros de aquí.

Yo soy Benjamín Wade, y me dirijo a Peñas Blancas para trabajar en el rancho de Guillermo Bellounds.

-Apéese y entre. Los hombres de Guillermo Bellounds nunca pasan por aquí sin detenerse.

-Muchas gracias, se lo agradezco -respondió Wade-; pero si usted no lo toma a mal continuaré el camino. Lo que sí le aceptaré es un poco de carne de venado, ya que hace tiempo que no he podido cazar ninguno.

-Pues hay muchos alces y gamos por esas montañas. Esta misma mañana he visto un rebaño de :más de treinta. Entró Blair en el rancho y volvió a salir con un muslo de venado que ató al baste de la acémila de Benjamín Wade.

-Mi pobre mujer tiene dolor de muelas. ¿Tendría usted, por casualidad, un poco de tabaco? -Seguramente; para fumar y para mascar. Nunca viajo sin él.

--Bueno, pues déme usted un poco, principalmente para mascar-pidió Blair con evidente satisfacción. -¿Conoce usted a Bellounds? -preguntó Wade mientras entregaba el tabaco.

-¡Ya lo creo! Todo el mundo conoce a Guillermo Bellounds. Es imposible encontrar un patrón mejor que él en todo el Oeste.

-¿Qué familia tiene?

-No puedo decírselo con exactitud -contestó Blair-. Oí decir que había perdido a su mujer hace años. Tal vez se haya vuelto a casar. No sé.

-Siga usted bien, Blair -dijo Wade disponiéndose a marchar.

Vaya usted con Dios y buena suerte. Tome usted por el sendero de la derecha, y haga trotar un poco a los animales si quiere acampar antes de que se le haga de noche.

No tardó Wade en entrar en el bosque de abetos, llegando luego al borde de un límpido riachuelo. Los caballos pusiéronse a beber levantando infinidad de burbujas en torno de sus patas. Cuando salieron del agua para proseguir el camino, el ruido que con los cascos produjeron en las resbaladizas rocas del fondo asustó a unas palmípedas, que salieron del agua despavoridas

-Menos mal que por aquí abunda la caza -murmuró Benjamín Wade-. Éstas son las primeras aves que he visto este otoño. ¡Buen guisado me voy a ofrecer el mejor día!

Retuvo el caballo e hizo un movimiento como si se dispusiera a apearse; pero lo pensó mejor y abandonó la caza, como si le diera pena matar a un animalito tan delicado y manso.

Continuó su camino llevando del ronzal al caballo de carga. Aun cuando el terreno no era escabroso, el trote muchas veces se hacía imposible, porque a trechos el sendero estaba casi borrado. Poco a poco, el bosque iba haciéndose más oscuro y espeso, y el aire se saturaba cada vez más con la fragancia del pino y del abeto. El ruido del agua al rozar con las rocas del fondo era como un especie de música para los oídos del jinete. A veces disminuía, otras dejábase oír con mayor claridad. De pronto, el bosque comenzó a despejarse y Benjamín

Wade; saliendo de entre los árboles, continuó su marcha a través de un terreno cubierto sólo de arbustos, césped y flores. Un ancho y claro pantano ofrecía un aspecto fantástico con su superficie coloreada por los rayos del sol que hasta ella llegaban después de filtrarse por entre las hojas de los árboles. En el centro del pantano bullía el agua removida por las corrientes interiores que lo alimentaban. Por encima de ella saltaban las truchas jugando o cazando a los mosquitos, que perseguían con avidez, dejando tras de sí, al sumergirse, una serie de círculos concéntricos. Toda esta belleza impresionaba profundamente a Wade, hombre de gran sensibilidad, capaz de apreciar como el que más todos los encantos de la obra divina de la Creación.

-Yo he nacido para vivir en los bosques y en las selvas -se decía a sí mismo, extasiado ante aquel panorama de singular hermosura-. El fresco de la brisa que acaricia mis mejillas, los suaves olores de la flora campestre y el silencio solemne de esta soledad me entusiasman.

Cuando llegó a presencia del lago Trapper, la luz crepuscular era la única que alumbraba sus pasos. Como un espejo reflejaba el lago en su quieta superficie las indecisas formas de los abetos y los perfiles de la cordillera. Las truchas saltaban gozosas agitando el agua, salpicando y produciendo un sordo ruido al caer. El sendero bordeaba las rientes orillas del lago, adornándose de trecho en trecho con algunos grupos de árboles. Por el ruido de las pezuñas conoció Wade que había sorprendido y puesto en fuga a algunos venados que se habían acercado al lago para beber. El ruido de una cornamenta vigorosa rozando con las ramas de los árboles le dio a entender que entre los que huían había algún corpulento alce. Al otro lado del lago vio una hoguera y junto a ella la tienda de un indio.

Eligió sitio para acampar y desensilló su caballo, quitó a la acémila la carga, y después de poner a cada animal las maniotas, les dio a ambos una palmada en las ancas, dejándolos en libertad. Debajo de un abeto preparó su yacija, envuelta en un hule. Desató luego sus paquetes y fue sacando de ellos los utensilios que le hacían falta. Todos sus movimientos eran metódicos, hábiles, precisos, tan habituales en él, que se movía sin pensar en lo que estaba haciendo. Tardó algún rato en encontrar la leña necesaria para la cena, y cuando logró encender el fuego, la noche había descendido ya sobre la tierra, v las llamas hacían danzar fantásticamente las sombras de los árboles.

Mientras se le calentaba el agua se lavó las manos, cortó varios pedazos de carne y preparó las demás vituallas. Asó luego la carne aproximándola al rescoldo, formado con unas cuantas ramitas que hizo arder aparte. También coció el pan y se preparó el café. El olor de la leña, junto con la fragancia de la Naturaleza y el tufillo de la carne que se asaba, todo contribuyó a abrirle el apetito. Y cenó con la alegría del hombre acostumbrado a peores .refacciones.

Despachada la apetitosa colación, fregó Benjamín Wade sus trebejos y volvió a empaquetarlos con cuidado, después de lo cual sus movimientos fueron menos mecánicos. La hora del descanso había llegado. Como hombre acostumbrado a vivir en despoblado, echó todavía una mirada a su alrededor por si se había olvidado algo, y sus ojos se detuvieron en sus armas, arrumadas a la silla de montar. El rifle, limpio y reluciente por el mucho uso y los cuidados, era marca «Henry», y el revólver, «Colt», de gran calibre. Wade frotó el primero con las manos, pasándole después un trapo engrasado, tras de lo cual lo acercó al calor de la lumbre para secarlo, pues estaba todavía húmedo de un ligero chaparrón que había caído poco tiempo antes. De modo muy diferente trató al revólver. También lo frotó y secó con cuidado, pero con menos cariño que al rifle.

Una vez secas las armas, se preparó Benjamín Wade la yacija debajo del árbol que había elegido para que cobijara su sueño, colocando primero un extremo del hule, y encima el petate, y sobre él las dos pieles de carnero que solía utilizar como colchón, y luego las mantas, tapándolo todo con el otro extremo del hule.

Con esto concluyeron sus tareas. Encendió su pipa y se sentó junto al fuego para descansar un rato antes de echarse a dormir. El silencio de la noche, sólo interrumpido por el dulce

murmullo del agua al chocar las leves ondas en las orillas del lago, y los tenues y leves sonidos de la Naturaleza, el murmullo de la suave brisa, el zumbido de los insectos y el aullido de algún lobo eran un sedante para Benjamín Wade.

-Guillermo Bellounds necesita un cazador - se decía nuestro hombre con la mirada fija en las ascuas -. Ese empleo me conviene. Viviré constantemente en las selvas, lejos de la humanidad. Si en el rancho de Peñas Blancas, en cambio, me viera obligado al trato continuo con la gente, no podría permanecer al servicio de Bellounds mucho tiempo.

Dio un suspiro y una nube de melancolía ensombreció su rostro. Dieciocho años hacía que había abandonado a la mujer que amaba, con la niña fruto de sus amores. Desde entonces no pudo descansar junto al fuego de su campamento sin que surgiera en su pecho la angustiosa agonía del remordimiento. ¡Oh, celos locos! Tarde había descubierto y comprendido el fatal error. A partir de aquel momento emprendió una búsqueda desde las márgenes del Colorado hasta unos doscientos kilómetros más allá a través de las montañas. Todo para no recoger más noticias qué las de los asesinatos cometidos por los indios. Era indudable que su mujer había perecido.

Este era el secreto de Benjamín Wade.

Y ninguna tortura hubiera podido igualar al dolor de su remordimiento. Con el corazón lleno de amargura vagaba por el mundo, sin consuelo. Todo el bien que intentaba hacer parecía trocarse y convertirse en mal. Tomara la dirección que tomara, sus pasos se encaminaban siempre a algún abismo oculto y disimulado. La fatalidad' parecía no ponerle en contacto sino con hombres y mujeres en cuyas vidas él tenía que determinar algún trágico suceso. Había trabajado, había dado de lo suyo, había luchado, se había sacrificado, había combatido, había sufrido y había hecho en favor de la humanidad todo lo posible para contrarrestar el mal que en una hora de locura había inferido a una mujer y a una niña. No obstante, a pesar del continuo esfuerzo por reparar el daño, por dar su vida en expiación, por buscar a Dios y alcanzar de Él el perdón, la paz no volvía a su espíritu.

Sus ideas variaban, y fluctuaban sus sentimientos; pero en su memoria permanecía invariable la imagen de una mujer, bonita y suave, con ojos azules y tez blanca como los pétalos de una margarita.

-Mi hija tendría ahora unos diecinueve años -se decía-, y sería una muchacha hermosa, como su madre. ¡Es raro, pero a medida que me voy haciendo viejo me acuerdo cada vez más...

Gemía el viento al agitar las hojas de los abetos; las nubes pasaban veloces por el firmamento ocultando v dejando ver las estrellas; sorda y monótona sonaba el agua por el desaguadero del' lago. Del fuego no quedaba sino el rescoldo, de modo que las chispas no podían saltar sobre las mantas, y las rojas ascuas brillaban como carbunclos en los oscuridad. Wade, por fin, se dispuso a acostarse. Corrió el hule y las mantas y colocó el fusil de modo que pudiera quedar cubierto. Púsose la chaqueta a guisa de almohada y debajo de ella colocó su revólver. Luego, quitándose las botas, se metió en la cama sin desnudarse y, como todos los hombres acostumbrados al despoblado, se durmió inmediatamente.

Para Wade, lo mismo que para muchos hombres familiarizados con las inmensidades del Oeste, el peligro de dormir solo en mitad de la selva era más bien un aliciente. Pero apenas si se daba cuenta el mismo Wade del gusto que suscitaba en él la proximidad de unos peligros que la costumbre le hacía considerar como remotos.

Las sombras jugaban por encima de Benjamín Wade, los abetos movían lentamente sus copas, la pinaza seca se desprendía de sus ramas y caía al suelo como lluvia„ el viento soplaba cada vez con menos intensidad a medida que la noche avanzaba. De cuando en cuando, los caballos dejaban de pastar, los insectos suspendían su: zumbido y el incesante murmullo del agua se enseñoreaba de la noche.

La aurora encontró a Wade ya en marcha, remontando la montaña en busca del' puerto de la cordillera. Marchaba al paso por un camino sinuoso formado por las huellas de otros viajeros. Aun cuando había pocos colonos en aquella parte, siempre había algún viajero que iba de campamento en campamento, o que se trasladaba de un valle a otro. Por este -motivo Wade encontró siempre el camino suficientemente marcado.

A medida que ascendía; los abetos eran más raquíticos., hasta que por fin desaparecieron. Pronto llegó a una altura en donde faltaba por completo la vegetación y, continuando su camino, llegó a una amplia meseta cubierta por la hierba y las flores silvestres que pueden crecer a once mil pies de altura. Un viento azotador barría la alta planicie. El sol asomaba tímidamente su pálida cara por Oriente, cuando las nubes empezaron a arremolinarse y, desapareciendo totalmente el astro del día, comenzó a nevar. Al principio con parsimonia, como si todo hubiese de quedar en cuatro ligeros copos que habían de fundirse apenas llegados al suelo; mas luego la nevada fue arreciando. Wade cabalgaba por el lomo de una montaña contemplando las bellezas de una borrasca de nieve no exenta de amenazas y peligros. Por fortuna, la borrasca no tardó en amainar. Las nubes se despejaron y la nieve que cubría la hierba y las flores fue derritiéndose gradualmente bajo la caricia suave del sol matinal.

Wade pasó el puerto y emprendió el descenso por desnudos y rocosos vericuetos, no tardando en llegar, sin embargo, adonde el suelo comenzaba va a cubrirse de verdura. El viento frío y las desabrigadas alturas quedaron detrás de él. Una hora después entraba de nuevo en el bosque riente y seco, fragante y silencioso.

Más adelante, y cerca de una clara corriente que brillaba reflejando alegremente los rayos del sol mientras los caballos descansaban, Wade miró á su alrededor. La Naturaleza no le cansaba nunca, ni de un poco de paz disfrutaba algunas veces su alma atribulada, esta paz provenía de los lugares solitarios, las augustas colinas; de los atardeceres, y los animales de la selva.

La última de las colinas que Wade pasó antes de llegar al Valle estaba sombreada por algunos pinos diseminados. Libre del espeso toldo de los árboles, la hierba crecía allí abundante y lozana. Las flores matizaban el suelo con sus delicados colores y perfumaban el ambiente con su fragancia.

-¡Qué raro aprecio de la vida siento cada vez que contemplo estas flores silvestres que tanto abundan en nuestras praderas; o me detengo a observar un castor en su trabajo, o mito el paso de un alce! -exclamó Benjamín Wade saboreando las delicias de aquella Naturaleza. Él mismo no comprendía cómo, a pesar de toda la amargura de su alma, podían aquellas cosas proporcionarle tanto consuelo.

Él riente valle con su fresca, hierba y su susurrante arroyo descendía y se ensanchaba cada vez más. Wade continuó cabalgando hasta dejar la falda de la montaña muy lejos detrás de sí. En lontananza, al otro extremo de una dilatada llanura, se levantaba otra cordillera dibujando el perfil de sus picachos sobre el fondo azul del cielo. Por la tarde, Wade llegó a Elgeria, un pueblo chiquitín pero importante por radicar en un punto muy transitado y ser el lugar adonde los mineros y vaqueros acudían a. hacer sus compras. El pueblo no constaba sino de una calle, tan ancha y corta, que más que calle parecía una plaza. Wade se detuvo en la posada adonde iban a parar las diligencias. Antes de proseguir su viaje le pareció conveniente dar algún descanso v algún alimento a sus caballos v reparar él mismo sus fuerzas en la posada.

Era la posadera una mujer rolliza, de aspecto simpático Y escasa estatura, locuaz y amable, deseosa siempre de recibir forasteros, más por el placer de servirles que por la consideración egoísta del provecho. Aunque Wade no había estada nunca en Elgeria, pronto se enteró de todo lo relativo a la población, a los mineros que trabajaban en las colinas circundantes y a dos únicos sucesos que rompían la monotonía de aquel lugarejo; la llegada y la partida de las diligencias.

Librodot

-Éste es un pueblo llamado a prosperar -observó Wade.

-Pues yo gano ahora menos que antes -contestó la posadera-. No nos iba mal en vida de mi marido, cuando no teníamos, como ahora, un competidor que se nos lleva los clientes ofreciéndoles bebida y juego. En mi casa no se juega, ni se viene a beber. No obstante, creo que no puedo quejarme, porque al fin saco para vivir.

-¿Quién es su competidor?

-Un tal Smith. Pero yo sospecho que no es ése su verdadero nombre. Aquí ha venido gente que me ha dicho que... Pero al fin y al cabo, ¡qué me importa!

-Cuando alguien cambia u oculta su nombre es que hay algo -sentenció Wade.

-Diga, forastero, ¿permanecerá usted aquí algunos días, o proseguirá en seguida su camino?

-Proseguiré. Voy a Peñas Blancas, en donde pienso trabajar en el' rancho de Guillermo Bellounds. ¿Le conoce usted?

-Sí, le conozco. Es el mejor amigo que teníamos en Kremmling. Viví allí varios años con mi marido, retenidos por los negocias que él tenía. Bill Bellounds poseía una gran cantidad de ganado. Nosotros nos vinimos luego aquí, en donde perdí a mi marido y en donde voy defendiéndome con esta posada.

-Todo el mundo habla bien de Bellounds - observó Wade.

-A nadie oirá usted, hablar mal de él -aseguró la buena mujer, con calor-. Bellounds no tiene sino un defecto, y aun de los más excusables.

-¿Qué defecto es ése?

-Ser ciego para todo lo que respecta a su hijo, una mala cabeza, a quien todos llaman el Impetuoso. Antes venía aquí a menudo; pero últimamente su padre debe haberlo enviado lejos. El muchacho es de lo más mal criado que existe. La madre murió hace ya muchos años, y yo, que la conocí antes de morir, puedo asegurar que tenía muy mal carácter; el hijo debe de haberlo heredado. Bellounds la quería, y cuando ella murió, él depositó todo su amor en el hijo. Pero tanto cariño no ha servido sino para estropear al chico, y Jaime, que así se llama el muchacho, no hará jamás nada bueno.

Wade movió la cabeza como hombre que se hace cargo de la situación y vislumbra mil derivaciones.

-¿Es hijo único?

-Hay en el rancho una chica; pero no es hija de Bellounds. La adoptó é1 cuando apenas tendría la niña uno o dos años. La madre de Jaime la detestaba, quizá porque pensaba que la chiquilla había de heredar parte de la fortuna que, de otro modo, hubiera correspondido íntegramente al chico.

-¿Cómo se llama esa niña? -preguntó con interés Wade.

-Margarita. Aquí estuvo el último verano con el viejo Guillermo. Se hospedaron en mi posada. Por cierto que Bellounds y Smith tuvieron en aquella ocasión un altercado en mitad de la calle. La muchacha es preciosa y aún más buena que bonita. El viejo Guillermo me dijo que probablemente la casaría con su hijo. ¡Pobre chica! A menos que Jaime cambie mucho, ese casamiento la hará muy desgraciada. Yo se lo manifesté así a mi amigo; pero el buen Guillermo Bellounds no puede oír nada que vaya contra su hijo.

-Margarita... -musitó Wade-. ¡Bonito nombre!

-He conocido varias muchachas que se llaman así.

-¿Vivía usted en Kremmling cuando Bellounds adoptó a la muchacha?-preguntó Wade.

-No -contestó la posadera-. Bellounds la adoptó mucho antes de mi llegada a Middle Park. Pero conozco la historia. Varios buscadores de oro hallaron a la niña solita en las montañas. Según los mineros, debió de quedar abandonada por los indios que seguramente mataron a sus padres. Guillermo Bellounds adopto a la niña y desde entonces la ha tratado lo mismo que si fuera hija suya.

-¿Qué edad' puede tener ahora? -preguntó Wade con un singular cambio en la voz.

-Margarita tendrá, si no me equivoco, unos diecinueve años.

Bajó Benjamín Wade la cabeza y sus facciones quedaron ocultas por las anchas alas de su sombrero. La buena posadera no advirtió el temblor que se apoderaba de el, ni la emoción que le embargaba, ni la palidez de su semblante. Y siguió hablando hasta que alguien la llamó.

Salió Wade a la calle y, con la cabeza baja, paseó hasta llegar junto a un riachuelo en un prado de abundante pasto. Tenía ante sí una posibilidad que llenaba su cabeza de un sinfín de encontrados pensamientos. Quizá Margarita Bellounds fuera su hija. Su corazón saltó de alegría a impulsos de esta esperanza. Pero el gozo duró poco. ¡Demasiada felicidad para él! La coincidencia, sin embargo, dejó en su pecho un extraño sentimiento profético de una tragedia que debía desarrollarse en Peñas Blancas. Wade estaba dotado por la Naturaleza de cierto poder de adivinación, de cierta extraña facultad de penetrar el velo de lo futuro. Pero no podía ejercer esta virtud a voluntad. Estos presentimientos, o adivinaciones del futuro, surgían en él inopinadamente, como un mensajero en la noche. Mas cuando surgían no se podía sustraer a ellos. Le dominaban, se le hincaban en el cerebro. Y en este caso, más que nunca, parecían anunciarle el drama que se preparaba. El viejo Guillermo, víctima de un amor ciego por su hijo; Jaime, el sujeto de pasiones violentas, pródigo, dilapidador, jugador y camorrista; Margarita, la muchacha de origen desconocido, buena y agradecida, en la que la fatalidad había de cebarse más que en nadie. Wade revolvía en su mente mil desenlaces; pero ninguno de ellos era el que estaba escrito en el libro del destino. Este punto permanecía oscuro. Nunca había tenido un presentimiento más persistente y tenaz, ni una impotencia mayor para prever los últimos detalles de lo que presentía. Hacía tiempo que su alma no podía albergar otra esperanza sino la de reparar algún día, de algún modo, el daño que había hecho a su mujer. Por eso, de la emoción que experimentaba, no nació para él ninguna esperanza consoladora. Se estremecía, no obstante, de jubilo ante la perspectiva de ver a Margarita.

-Tal vez sea mi hija -meditaba-. Tal vez, tal vez... ¡Lo sabré en cuanto la vea!

Al volver a la posada miró, de paso, al bar de la fonda regentada por Smith. La sala estaba llena de holgazanes cuyas caras eran como libros abiertos para Benjamín Wade. La curiosidad le obligó a no moverse hasta ver al hombre que se hacía llamar Smith. Wade había tenido ocasión de conocer a casi todos los primeros pobladores de la región oeste del río Colorado, y reconoció inmediatamente a Smith, con su fornido corpachón y la cicatriz que le desfiguraba un ojo. El mismo Wade era quien se la había hecho a aquel hombre, cuyo verdadero apellido no era el de Smith y cuyas fechorías y maldades eran más numerosas que los cabellos de su cabeza.

Wade pasó de largo sin que Smith le vislumbrase. Aquel encuentro representaba para él mucho menos de lo que hubiera representado diez años atrás, Porque ya no era el individuo fogoso que recorría varias leguas para deshacerse de un enemigo, o para castigar a un malhechor. Muchos hombres había en el oeste del Colorado que habían intentado matarle; pero la mayoría pagaron con sus propias vidas el atrevido intento.

Aquella noche acampó Wade al pie de las colinas de Elgeria, hacia el Este, y al día siguiente, a la salida del sol, halló a los caballos ramoneando la hierba cubierta de escarcha. Continuó el camino hasta llegar a un valle en el que se levantaba un solitario rancho y prosiguió por una vereda que marchaba casi paralela al curso de un arroyo. El agua era de un color que daba a las rocas, a la arena y al musgo el aspecto del oro. No vio signo alguno de caza por aquellos contornos. Únicamente algún que otro grajo remontaba el vuelo graznando, al huir de algún vecino sospechoso. Deslizábanse gozosas las aguas del arroyo sobre un lecho de musgo, bajo la oscura sombra de los abetos. A medida que Wade avanzaba en dirección de las fuentes, el agua fluía en menos cantidad, hasta acabar por perderse entre la hierba, en el

Librodot

húmedo suelo. La vereda continuaba internándose por un bosque de pinos. Llegó Wade al mediodía a una eminencia desde la cual pudo contemplar un verde y frondoso bosque que se extendía por una suave pendiente al extremo de la cual se divisaba una selva en la que pensaba pernoctar.

Deseoso de comer carne, escudriñó Wade la espesura con ánimo de descubrir algún gamo; apeándose y adelantándose a sus caballos por si el ruido de éstos le espantaba la caza, anduvo avizorando el bosque, hasta llegar a la selva, sin ver una sola pieza.

La selva estaba cubierta de hierba alta y tierna, rodeada, en un radio de varios kilómetros, por un cinturón de arbolado. La suave pendiente del suelo hacía suponer que en la parte baja tenía que haber agua. La hierba, sin embargo, alta y lozana, cubríala en todo caso. Tomó Wade la dirección de la probable agua, sin apartarse demasiado de la derecha, por que quería acampar en las proximidades del bosque. Al trasponer un pequeño terromontero descubrió que al otro lado de los árboles continuaba la selva. Vio allí caballos paciendo en amigable camaradería con los alces, y a lo lejos, hacia donde la selva lindaba con un estrecho valle, divisó las toscas e ingentes formas de los bisontes. Éstos fueron los -Primeros en desaparecer. Los alces se fijaron luego en él y también huyeron en masa, los machos delante y las hembras detrás. ¿Cómo averiguar si los caballos eran salvajes? Porque aunque no habían huido como los alces, permanecían inquietos y asombrados. Detrás de ellos se elevaba un montículo cubierto de pinos. A medida que se acercaba a él, Wade iba advirtiendo que este montículo estaba despegado del resto del bosque, como una isla en un lago. De repente, Wade vio una columna de humo que se elevaba por encima de las copas de los árboles.

Del centro de la selva partía un arroyuelo que serpenteaba hasta llegar al pie del montículo para contornearlo. Wade advirtió en este arroyuelo inequívocas huellas de haber andado por allí los buscadores de oro. Algunas huellas eran recentísimas, de aquel mismo día.

El montículo tenía varias áreas de extensión, y los pinos que lo cubrían eran de escasa altura. En la parte lejana se levantaba un modesto rancho de madera. Wade se dispuso a encontrar a un solitario buscador de oro en el momento de preparar su cena. Al acercarse al rancho salió de su interior un perro ladrando furiosamente, y detrás del perro un hombre alto de largo pelo gris que le llegaba a los hombros. Las arrugas de su cara y el tinte bronceado de su tez denotaban la vida al aire libre, y su mirada tranquila y serena proclamaba la honradez y el valor de su espíritu.

-Buenas tardes, forastero -fue su saludo cuando tuvo a Wade a unos cuantos metros de su cabaña.

-Buenas tardes, amigo -contestó Wade-. ¿Puedo depositar mis paquetes aquí?

-Ciertamente; colóquelos usted donde quiera - asintió el solitario.

-Yo soy Benjamín Wade, y me dirijo a Peñas Blancas para trabajar en el rancho de Guillermo Bellounds -dijo Wade presentándose a sí mismo.

-Tanto gusto. Hace poco que he llegado a estos parajes; pero conozco a Bellounds. Me llamo Luis y estaba en este momento preparando mi cena, que se quemará si no voy a cuidar de ella. Suelte usted a sus caballos y entre.

El olor de la carne aumentó a Wade el apetito. La cabaña era vieja y no podía ofrecer sino un modestísimo refugio a su poseedor. El hogar de la chimenea, sin embargo, era de -Piedra y estaba bien conservado. En el centro de él ardían y chisporroteaban en aquel momento unas cuantos leños hechos ascuas.

-Me parece sentir el olor de la carne de búfalo -dijo Wade con gran satisfacción-. ¡Cuánto tiempo hace que no la pruebo!

-Sí, hoy tengo carne de búfalo para la cena. No es un animal que se pueda cazar muy a menudo. Los alces, en cambio, y, sobre todo, los gamos, abundan de tal modo que en cuanto cae un poco de nieve por las alturas se presentan aquí en manadas. También hay algunos osos.

Wade habló poco mientras esperaba la cena. Después, mientras el otro le servía, volvió al tema de la caza. -Si tanto abundan los gamos, forzosamente habrá también pumas y lobos.

-¡Ya lo crea! Todos los días veo huellas. Pero creo que hay muchos más por la parte de Peñas Blancas. Si Bellounds no contrata a algún cazador que las extermine, serán las fieras las que le exterminarán el ganado a él.

-Precisamente a contratarme como cazador voy yo a Peñas Blancas.

-¡Magnífico! -exclamó Luis-. Le felicito. Bellounds es un excelente sujeto. ¡Ah, también yo tendré que combatir a las fieras, aunque mi puntería no es más que mediana! Aquí he venido a establecerme para criar ganado.

-¿Por qué me gasta usted esa broma? Eso es bueno para engañar a quien no sepa lo que es buscar oro; pero no a mí. ¿Cree usted que no he reparado en las señales de sus búsquedas por el arroyo vecino?

-Tiene usted buen ojo, amigo Wade. Pero usted comprenderá que es preciso tomar precauciones. Los que no querría de ningún modo qué sospechasen que yo busco oro son unos malos vecinos que he visto alguna vez merodear por estos contornos. Últimamente he podido enterarme de que han vendido en Kremmling ganado robado más allá de Elgeria.

-En donde hay ganado hay siempre abigeato -sentenció Benjamín Wade.

De todos modos, le ruego no diga usted nada de ello a Bellounds, porque podría suceder que yo estuviese equivocado. Continuaré mis pesquisas y, si logro comprobar algo, yo mismo iré a Peñas Blancas a participar a Bellounds lo que haya podido descubrir, porque le debo algunos favores.

-¿Cuánto hay de aquí a Peñas Blancas? -preguntó Wade dando una chupada a su pipa.

-El camino es malo y es preciso dar rodeos; pero puede hacerse muy bien en un día. Bonito país, con sus altos picachos, sus montañas, sus lagos y sus valles. En ningún otro sitio he visto más hierba que allí.

-¿Conoce usted al hijo de Bellounds?

-No; ni siquiera sabía que lo tenía. Conozco, en cambio, a la muchacha desde el primer día que estuve allí. Me herí en una mano y me llegué al rancho de Bellounds en demanda de auxilio. La muchacha me atendió como un verdadero médico. Unos días después vino aquí un vaquero llamado Wilson Moore a traerme una medicina que no tenían en el rancho cuando yo fui a pedir ayuda. Es un muchacho muy simpático que me parece no mira a la chica con malos ojos.

Benjamín Wade se sacó la pipa de la boca y se rió al ver confirmadas sus sospechas.

-¿Por qué se ríe usted de lo que le digo? -preguntó medio sorprendido.

-Me río -explicó Wade- porque lo que usted me dice de ese muchacho es cosa que ya había adivinado. La juventud es la juventud, y también tuve yo mi época.

Se agachó Luis para coger un tizón con que encender su pipa, y terminada la operación, miró a Wade con interrogante curiosidad.

-Supongo que no será ésta la última vez que nos veamos -le dijo tendiéndole la mano al verle dispuesto a marcharse.

-Seguramente, porque la persecución de las fieras me ha de traer por aquí alguna vez, v porque deseo también echar el ojo a esos merodeadores de quienes me ha hablado. Mucho gusto, señor Luis. ¡Buenas noches!

V

Cuando Benjamín Wade hubo traspuesto el lindero del bosque se encontró con toda la comarca de Peñas Blancas delante de sí a la hora en que las luces acusaban mejor los relieves y las tonalidades del paisaje.

-¡En mi vida he visto mayor hermosura! -exclamó deteniendo su caballo.

El sol, desde su ocaso, enviaba sus rayos de oro y fuego a las pendientes de las colinas. Diseminados por aquella inmensidad salvaje, varios grupos de álamos coronaban las alturas, o bordeaban algún curso de agua que reflejaba fantásticamente los purpúreos y brillantes rayos del sol. Una niebla sutil envolvía el valle. El rancho de Peñas Blancas quedaba oculto a la vista, con gran parte del terreno bajo en donde estaba enclavado. Los picachos de las cumbres se levantaban como vigías iluminados por los últimos destellos de luz. Los colores cálidos del otoño adquirían su máxima belleza en aquella hora encantadora. La oscura frondosidad de los bosques contrastaba de un modo maravilloso con el claro color de las peñas.

Wade contempló el panorama mientras la luz se lo permitió. Los dorados haces de rayos solares palidecieron y se extinguieron; el rosado resplandor de las artemisas se trocó en grisácea plata. Wade continuó entonces su marcha hacia el valle. El camino serpenteaba entre artemisas. A medida que descendía, la hierba era más abundante. Una vez asustó a una bandada de aves que salieron huyendo y se perdieron entre la arboleda. El crepúsculo le sorprendió en la última estribación de las montañas frente por frente de los pastos del valle, con el rancho a unos siete u ocho kilómetros de distancia.

Wade acampó a orillas de un arroyo que pasaba por las proximidades de un grupo de álamos. Aunque tenía grandes deseos de ver a Margarita, no sentía prisa por llegar al rancho de Peñas Blancas. La noche le envolvió en su oscuridad. Una manada de coyotes se aproximó a él formando un semicírculo entre las sombras oscilantes que proyectaba el fuego. Aullaban y gemían como duendes amenazadores, a pesar de lo cual Wade se durmió tranquilamente así que se tendió y cerró los ojos.

A la mañana siguiente, bien entrado el día, Wade volvió a montar y continuó el camino en dirección del rancho de Peñas Blancas. Advertíase a primera vista que aquella hacienda pertenecía a un antiguo colono aferrado a las primitivas ideas y costumbres. Los potreros y corrales eran de nueva construcción, pero de modelo antiguo. Wade observó que sería difícil que los merodeadores y ladrones pudieran robar ganado de aquellos corrales. Un largo sendero se dirigía, siguiendo el arroyo que cruzaba los corrales y potreros, desde los pastos a una cabaña de agradable aspecto, vecina al rancho. Un cowboy conducía varios caballos a través de una plaza en uno de cuyos extremos se levantaba el rancho y en otro una serie de cabañas, cobertizos y galpones. El cowboy vio al forastero y aguardó a que llegara cerca de él.

-Buenos días - le deseó Wade al acercársele.

-¿Cómo está usted? -fue el saludo del vaquero.

E inmediatamente se miraron los dos con la curiosidad, exenta de recelo, propia de los hombres del Oeste.

-Me llamo Benjamín Wade -dijo éste-. Vengo de Meeker en busca de trabajo. Me han dicho que aquí hallaré un buen empleo.

-Yo soy Manuel Billings -contestó el cowboy-. Hace varios años que trabajo en este rancho. Creo que el patrón le admitirá a usted con mucho gusto.

-¿Podría verle?

-Seguramente. Acabo de estar con él -contestó Billings atando los caballos a un poste. Y dando algunos pasos hacia Wade, añadió

-Me parece que no le disgustará le dé alguna información.

-Se lo agradeceré muchísimo.

-Aquí faltan brazos -declaró el cowboy-. Al empezar a marcar las reses, Hudson, nuestro mayoral, tuvo que ceder su puesto a Wilson Moore por haberse lastimado. Wilson Moore también está lesionado, y el patrón nos ha puesto como mayoral a su hijo. Tres de los nuestros se han marchado por no querer reconocer su autoridad, porque el hijo de Bellounds tiene un carácter insufrible. Montaña, Bludsoe, yo y otros compañeros nos quedamos porque no sabemos dónde ir; pero no porque le queramos. El padre, en cambio, es el mejor hombre del mundo. Lo que debo advertirle es que si usted quiere quedarse aquí, tendrá que hacer el trabajo de dos o tres hombres.

-¡Oh, el trabajo no me asusta! -replicó Wade.

-Bueno, pues apéese y entre -dijo Billings afectuosamente.

Y sirviéndole de guía cruzó con Wade la plaza, dobló la esquina del rancho y, atravesando un pórtico en el que los asientos y las mantas denotaban la mano de la mujer, llegaron a la puerta, de la que salían, por estar abierta, las voces del interior. Primeramente las quejas altaneras y petulantes de un joven; luego la respuesta paciente, grave y reposada de un viejo.

Manuel Billings golpeó con los nudillos en la puerta.

-¿Qué se ofrece? -preguntó Bellounds.

-Aquí hay un hombre que desea verle a usted, patrón -contestó Manuel.

Se oyeron unos pasos y el ranchero apareció en la puerta. Wade conocía a Bellounds v le encontró bastante envejecido.

-Buenos días, Manuel, y bienvenido sea usted, forastero -dijo el ranchero fijando en Wade su mirada inquisitiva e inteligente, de hombre que sabe leer en el rostro de las personas.

Manuel se retiró discretamente al otro extremo del pórtico cuando otra figura, parecida a la del padre, asomaba a la puerta y examinaba al forastero con ojos menos penetrantes y francos.

-Me llamo Wade y vengo de Meeker con la esperanza de encontrar un empleo en el rancho de usted -fue la presentación del recién llegado.

-Muy contento de conocerle -contestó Bellounds tendiéndole la mano-. Aquí nos será usted de gran utilidad. ¿En qué se distingue usted principalmente?

-Temo no distinguirme en nada.

-Siéntese, forastero -dijo Bellounds ofreciéndole una silla, y, sentándose él en un banco, continuó-: Cuando llega un muchacho en busca de trabajo y me asegura que todo lo sabe hacer a la perfección le miro con incredulidad. Pero usted es un hombre, Wade, y hace tiempo que está en el Oeste. Tengo gran necesidad de gente diestra aquí. Háble me con franqueza, porque nadie puede hablar por usted, v estamos tratando un punto que requiere claridad.

-Sé hacer todo lo que conviene en una granja -continuó Wade con sencillez-. Entiendo bastante de carpintería y albañilería. Soy diestro en materia de embalajes. Conozco las labores del campo. Sé ordeñar y hacer mantequilla. He cocinado multitud de veces. Sé leer, escribir v no calculo mal. Conozco algo de talabartería...

-¡Basta, basta! -exclamó Bellounds riendo-. Diga que sabe hacerlo todo y acabará antes. Sin embargo, lo que yo actualmente necesito con más urgencia es un cazador. -A eso iba; no me ha dejado usted acabar.

-¿Entiende usted de perros? -preguntó con interés Bellounds.

-Sí. Me crié en Kentucky, en donde todo el mundo tiene perros, y he estado durante varios años encargado de numerosas jaurías...

Bellounds le interrumpió.

-¡Es una gran fortuna haberle encontrado! También manejará usted bien las armas, es de suponer. ¡Dios sabe el tiempo que hace que no se ha disparado por aquí un buen tiro! Yo

tenía antes buena puntería; pero mi vista se ha debilitado y mi hijo no acierta con un buey a cincuenta pasos. Entre los cowboys tampoco hay ningún buen tirador; por eso aquí, en donde abundan tanto los alces que casi se les podría cazar con lazo, se pasan meses sin que se mate uno.

-Pues yo, sí, señor, tengo buena puntería -declaró Wade sonriéndose y bajando la cabeza -. Veo que no se acuerda usted de mí.

-No; confieso que no le recuerdo -repuso Bellounds abriendo sorprendido los ojos.

-Soy Wade; Benjamín Wade -dijo éste pronunciando clara y lentamente su nombre.

- ¡ Cómo! - exclamó Bellounds recordando-. ¿Es usted Desdichas Benjamín Wade?

-El mismo. No me favorece mucho el apodo; pero no me gusta hacerme pasar por quien no soy.

-«¡Desdichas!» Cierto que el apodo no es una recomendación; pero no todos los apodos están justificados. Wade, yo he oído hablar muchas veces de usted. A unos bien, a otros mal... La mayoría, sin embargo, le alaban y yo me alegro de haberle encontrado.

-¿Quedo, pues, colocado?

-Sí, señor.

-Gracias. Esto representa para mí la solución de un problema, porque me cuesta encontrar las colocaciones y me cuesta más todavía conservarlas.

-Se comprende, por las desgracias que anuncia su apodo. Pero yo, Wade, hace muchos años que habito el Oeste y estoy, acostumbrado a juzgar rápidamente a los hombres por la impresión que en mí causan desde el primer momento, y hasta la fecha nunca me he llevado chasco -declaró Bellounds.

-También yo me siento inclinado a dejarme llevar de la primera impresión -replicó Wade -. Reconozco, sin embargo, que no siempre se puede uno fiar de los hombres. Pero puesto que usted me anima a ello, le diré que la gente podrá hablar bien a mal de mí, como quiera; mas aquí, a solas y de hombre a hombre, le diré que no he cometido sino una mala acción en la vida.

-¿Cuál es esa mala acción? ¡Sepamos!

-Maté a un hombre que era inocente -replicó Wade con temblorosos labios-, y... y lancé a la muerte a la mujer que amaba.

-Todos hemos cometido grandes errores en la vida - arguyó Bellounds comprensivamente-. También yo he cometido uno, casi tan grande como el de usted; así, Dios nos perdone y nos ayude a todos.

-Le contaré a usted... -dijo Wade.

-No necesito que me cuente usted nada -interrumpió Bellounds-. Lo único que desearía es que me confesase en qué se fundan los que le llaman a usted «Desdichas» para justificar el desagradable apodo.

-Se fundan en las desgracias y sucesos infaustos que mi presencia parece provocar por todas partes -contestó Wade bajando la cabeza apenado.

-¡Oh, oh! -exclamó el ranchero con la voz alterada por los latidos de su corazón generoso -. No será tanto, amigo Wade. En todo caso, lo que haya sucedido antes no es indicio seguro de lo que ha de suceder en el futuro, y yo no tengo ningún temor de lo que ha de suceder si le contrato. Lo dicho, Wade, usted se queda aquí a limpiar de fieras y alimañas estos contornos. ¿Cuánto quiere usted ganar?

-Aceptaré lo que usted me ofrezca.

-Pago cuarenta dólares al mes a cada cowboy; pero evidentemente usted querrá ganar más.

-No, señor; acepto los cuarenta dólares.

-Pues ni una palabra más -dijo Bellounds.

Vio luego a su hijo en el umbral de la puerta y le llamó para presentarle al recién llegado.

-Ven, Jaime -le dijo-, y da la mano a Benjamín Wade, cazador y hombre capaz de desempeñar todos los oficios. Wade, le presentó a usted a mi hijo, a quien acabo de nombrar mayoral de los cowboys. Usted, sin embargo, recibirá las órdenes directa y únicamente de mí, no de él.

Wade miró a Jaime Bellounds a la cara, contestó a su saludo y le estrechó la mano.

-Diga a Billings que le conduzca a su aposento. Ya sé que los hombres como usted duermen al aire libre; pero eso no puede- hacerse aquí en invierno. Instálese usted, pues, en el lugar que le destino y aguárdeme, que no tardaré en ir a buscarle para ir con usted a girar una visita a la jauría. Por cierto que cuando la vea se va usted a quedar bizco, y no de admiración.

Dio Wade las gracias y poniéndose el sombrero se alejó, oyendo al alejarse los pasos ligeros de una mujer en el otro extremo del pórtico.

-Buenos días a todos -dijo una voz argentina que llegó como una caricia hasta los oídos de Wade.

-Buenos días, Margarita -contestó el ranchero.

A Benjamín Wade el corazón le dio un salto en el pecho. Aquella voz fue como un grito para su memoria dormida. Wade no tuvo fuerzas para volverse y mirar a Margarita. ¡Ah! Los antiguos sueños persistían, mucho más tristes por haberse convertido en parte en realidades. Con el alma henchida de emoción cruzó Wade lentamente la verde plaza en donde el cowboy le esperaba. Sus ojos no despedían la luz característica en ellos y el corazón le latía como si quisiera salírsele del pecho.

-Wade, a mí no me gusta apostar; pero apostaría ahora doble contra sencillo a que se ha entendido usted perfectamente con el viejo Guillermo.

-En efecto, no se equivoca usted. Haga el favor de conducirme a mi aposento.

-Sígame -dijo Manuel, y mientras indicaba el camino preguntó- : ¿Va usted a cuidar ganado o a cazar coyotes?

-He quedado contratado como cazador.

-Eso será, supongo, de sol a sol; pero por la noche se le empleará a usted en otras cosas. ¿Ha visto usted al hijo del patrón?

-Sí, allí estaba, y Bellounds, al presentármelo, manifestó claramente su propósito de ser él quien me diera siempre directamente las órdenes, no teniéndolas que recibir yo nunca de su hijo.

-Eso le facilitará a usted mucho su trabajo -exclamó Manuel como respondiendo a una impresión pesimista. Pasaron por delante de varios barracones, cobertizos y graneros, y atravesando otro arroyo de rápida corriente, a orillas del cual los sauces comenzaban a amarillear, vieron la nueva cabaña que había de albergar a Benjamín Wade. Era pequeña, con' puerta y una ventana. En el frente tenía su correspondiente pórtico. Estaba situada esta cabaña en una elevación cerca del arroyo y desde ella se divisaba el rancho a unos cuatrocientos o quinientos metros de distancia. Al otro lado del arroyo y algo más alto que la cabaña había un terreno cercado con una valla formada por estacas de álamo entrelazadas. Los ladridos que en discorde concierto salían de aquel lugar indicaban que allí se encerraba la jauría.

Manuel ayudó a Wade a desempaquetar y a colocar sus cosas en el aposento que se le destinaba. Componíase la nueva vivienda de un solo espacio en el que había un montón de astillas y trozos de madera, restos del material empleado en la construcción de la cabaña, que habían quedado allí para que sirvieran para encender y alimentar la chimenea, cuya amplitud hacía pensar en la crudeza dé los inviernos.

-¡El suelo es de madera! -ponderó Manuel para impresionar al recién llegado-. ¡Mayor lujo, ni en la ciudad

Demasiado lujoso para mí -replicó Wade.

Bien; voy ahora a ocuparme de sus caballos -dijo Manuel-. Mientras tanto, arregle usted sus trebejos. Créame un consejo y pida a la señorita Margarita que le proporcione algunos

muebles. Es la hija del viejo Guillermo y siempre se ocupa en proveernos de todo lo que nos hace falta. Luego iré a buscar a los compañeros.

-¿Fuma usted? -preguntó Wade-. He traído tabaco de Leadville.

-¡Fumar! ¿Yo? Daría ahora mismo un caballo por un cigarro. Fumo cuando puedo. ¡Una vez al año, creo!

-Aquí tiene usted un paquete que guardo desde hace tiempo -dijo Wade ofreciéndoselo a Billings-. Es tabaco español; demasiado fuerte para mí.

Los ojos del vaquero no habrían brillado con mayor intensidad en presencia de un lingote de oro.

-¡Bravo! -exclamó-. Es usted un ángel bajado del cielo. ¡Cómo se van a alborotar los compañeros! ¡Oh, me olvidaba de que sólo quedan Joaquín y Bludsoe! Dividiré el tabaco con ellos. No ha podido usted llegar más a punto. Me moría de ganas de fumar y desde ahora todo lo que es mío es suyo.

Y salió de la cabaña silbando un aire alegre de la tierra. Wade se quedó sentado sobre uno de sus líos, en mitad del aposento, con la cabeza baja y las manos entrelazadas. Los pasos de un hombre entrando en la cabaña le sacaron de sus meditaciones.

-¡Eh, Wade! -exclamó la voz afable del ranchero-. ¿Qué le parece su residencia?

-Demasiado buena para un viejo acostumbrado al raso, como yo -contestó Wade.

-¡Vieja! ¡Si usted es todavía joven! ¿Qué seré yo entonces si usted ya es viejo? Sesenta y ocho he cumplido ya. No hay remedio, el tiempo pasa para todos. Bueno, ¿qué necesita usted para estar aquí con toda comodidad?

-Yo con poco me contento.

-Bueno, bueno; veo que tiene usted petate y mantas, y además todos los utensilios necesarios para prepararse la comida. Tráigase una mesa y una silla de la próxima vivienda. Los muchachos que la habitaban se han ido y puede usted disponer de cuanto ha quedado en ella. Vea si hay alguna mecedora. Allí encontrará usted, con seguridad, madera y herramientas, por si quiere usted construirse un armario o cualquier otro mueble.

-¿Podría usted proporcionarme un espejo? -preguntó Wade-. Tenía uno, pero se me rompió.

-¡Ah, es muy posible que mi hija se lo proporcione! Es muy buena y no consiente que a ninguno de mis hombres les falte nada. Seguramente vendrá por aquí y entonces podrá usted pedirle el espejo. ¿Quiere usted que vayamos ahora a dar un vistazo a la jauría?

Bellounds se dirigió al corral en donde estaban los perros, y la ligereza con que saltó de orilla a orilla del arroyo demostró que todavía quedaba gran vigor en aquel cuerpo y mucha fuerza en las piernas. La puerta del corral estaba hecha con planchas de madera suspendidas de un alambre. Cuando Bellounds la abrió se oyó el correr de muchos perros que acudieron acompañando su carrera de estridentes ladridos. Wade vio con sorpresa cuarenta o cincuenta sabuesos, la mayoría pardos, negros, ceniza, sucios, escuálidos, hambrientos, mal cuidados.

-Juré que compraría todos los perros que se me ofreciesen hasta limpiar de alimañas Peñas Blancas - explicó el ranchero.

-Algunos hay aquí que no parecen malos -manifestó Wade-. Y nunca hay demasiados. Adiestraré dos jaurías, para que una descanse mientras la otra caza.

-Va usted a tener trabajo para dominar a tanto animal como hay aquí -dijo Bellounds.

-Cosa fácil en cuanto logre que me conozcan todos -declaró Wade-. ¿Han cazado ya alguna vez? -Algunos cowboys han intentado adiestrarlos; pero no les han hecho seguir más que las pistas de los gamos o de los alces; nunca la de un puma. Billings los llevó un día a la caza de coyotes; pero fueron los coyotes los que estuvieron a punto de vencer a los perros. Y, por fin, a mi hijo Jaime se le metió en la cabeza que era cazador y puso a toda la jauría sobre la pista de un puma, cuyas huellas recientes descubrió hace pocos días. Bueno, la jauría quedó considerablemente reducida. Aquella noche, y al día siguiente, y dos o tres días

después, los perros extraviados fueron llegando, alguno de ellos herido; pero unos veinte, por lo menos, se han perdido definitivamente.

-¡Todavía pueden volver! -contestó Wade riendo-. ¿Está usted seguro de haber comprado algunos buenos ejemplares?

-Sí, pagué una vez cincuenta dólares por dos sabuesos. Se los compré a un amigo de Middle Park cuya jauría había matado varios pumas que rondaban por allí. Son perros excelentes, acostumbrados a la caza del puma, del jaguar y del oso.

-Haga el favor de separármelos -rogó Wade.

Con un enjambre de animales alrededor de él, moviéndose, empujándose, saltando uno por encima de otro, ladrando y dándose dentelladas, era muy difícil separar de los demás los dos perros que convenía considerar aparte.

Por fin consiguió Bellounds retenerlos y Wade dispersó al resto de la jauría.

-El más grande se llama Sansón; el otro, fina -explicó Bellounds.

Sansón era un perro enorme, gris y leonado, con manchas negras, largas orejas y ojos grandes y mayestáticos. Jim era un perro también de gran tamaño, aunque al lado de Sansón casi resultaba pequeño. Excepto alrededor del hocico y de los ojos, el resto del cuerpo era negro. Jim tenía muchas cicatrices. Era viejo, pero no hasta el punto de haber comenzado a perder vigor. Por su actitud seria, concienzuda y reposada, parecía, entre aquella multitud de perros saltarines e inquietos, un grave anciano en medio de un tropel de alocados jóvenes.

-Si son lo que parecen, tenemos aquí dos estupendos perros con este par de sabuesos -sentenció Wade atándolos con una cuerda-. ¿Hay en la jauría algún otro animal notable?

-¡Aquí, Denver! -gritó Bellounds.

Un perro blanco con manchas leonadas acudió presuroso, a la llamada del ranchero.

-Este Denver es un perro en el que tengo gran confianza -dijo Bellounds-. Y aquí tenemos otro, Kane. Es un media sangre muy fiero, de muy mal genio. ¡A ver, Kane, aquí, aquí inmediatamente!

Como no acudió el perro en seguida, Bellounds le buscó por el corral hasta que lo encontró dormido en un rincón. Kane era el único perro de la jauría con bonita estampa. Mitad sabueso, mitad perro de pastor. Su oscuro pelo tenía tendencia a enrizarse y su cabeza recordaba las líneas del mastín. Sus orejas, en cambio, largas, finas y caídas, eran de sabueso. Kane no se presentó dispuesto a entablar amistad con Wade. En sus ojos, oscuros y graves, brillaba el recelo.

Wade retuvo a Kane, Jim y Sansón y los condujo, no sin que se atizaran algún mordisco entre ellos, fuera del corral. Denver, más dócil, siguió por su propia voluntad los pasos de Bellounds.

-Los tendré conmigo -dijo Wade-, y los educaré para que guíen la jauría. Bellounds, estos perros no están suficientemente alimentados.

-Ya lo sé, y le aseguro que este asunto me ha preocupado mucho más de lo que usted pueda imaginar -declaró Bellounds-. ¿Qué entienden de eso los vaqueros? El otro día, los pobres animales por poco se comen a Bludsoe de puro famélicos. Wilson, que era quien los cuidaba, está ahora mal herido. Manuel es el que mejor los ha atendido. Nos desharemos de los perros que a usted no le gusten y de este modo disminuiremos la jauría.

-Sí, vale más que hagamos una selección. Creo que la preocupación de la jauría ha terminado ya para usted. -Para eso se queda usted aquí, Wade. Su obligación es limpiar de fieras y alimañas estos contornos: lobos, pumas, coyotes... Y además, tiene que cazar usted los osos que de vez en cuando asoman por aquí en los inviernos, con las nieves. Pídame todo lo que necesite para ello; se lo haré traer de Kremmling, adonde envío a comprar cosas con frecuencia. Ahora he de pedirle a usted un favor, y es que si mi hijo le incomoda alguna vez, tenga paciencia con él, porque aunque algo voluntarioso, no es malo en el fondo.

Librodot

Wade comprendió que Bellounds le había pedido un favor que tenía para él una significación especial.

-Yo, Bellounds, suelo tener paciencia con todo el mundo -aseguró Wade-. Quizá podré todavía ayudar a su hijo a reformar su carácter, pues antes de llegar aquí sabía ya que se trata de un muchacho algo violento, y, por lo tanto, estoy preparado.

-¡Oh, si usted hiciera eso, no sé cómo podría agradecérselo! -contestó emocionado el ranchero -. Jaime ha estado ausente durante tres años. Ha regresado hace una semana. Cuando le envié fuera, lo hice con la intención de ayudarle a ser hombre; pero no estoy seguro de que haya cambiado. De ordinario es un buen muchacho; únicamente cuando se exalta o se deja llevar de sus ímpetus comete alguna violencia, pero ya irá reformándose. El trabajo acabará domándolo.

-La juventud es la juventud -sentenció filosóficamente Wade-. Yo no olvido nunca que fui muchacho.

-Tampoco yo. Bueno, Wade, lo dejo a usted. Margarita seguramente no tardará en venir a visitarle. Siendo la única mujer que hay en el rancho, se ha impuesto ella misma la obligación de velar para que a nadie falte nada. ¡Ah! He de advertirle que quiere mucho a las perros.

Se marchó Bellounds lentamente, con la cabeza erguida, reflejando su plateada melena los rayos del sol.

Wade se sentó en los peldaños de su cabaña, meditando lo que el ranchero había dicho de su hijo. Recordando la fisonomía del joven, Wade comenzó a evocar otros momentos. Estaba seguro de haber visto a Jaime antes en alguna parte. A Wade la memoria no le fallaba nunca con respecto a las fisonomías; pero a veces le costaba trabajo acordarse de nombres y lugares. Empezando por lo más próximo, fue repasando en su memoria todo lo que había visto en Meeker y Cripple Creek, en donde estuvo trabajando varios meses, hasta llegar a su última visita a Denver.

-Debe de ser en Denver en donde yo vi a Jaime por primera vez - musitó, esforzándose por recordar todas las caras que había visto allí. Si esto, claro está, era imposible, recordó, sin embargo, un gran número. Después de evocar los rostros, evocó los lugares que por una razón u otra le habían llamado más especialmente la atención, y, de repente, en uno de ellos vio al pálido y hosco Jaime Bellounds.

-¡Allí, nada menos que allí! -exclamó Wade sin atreverse a dar crédito a sus recuerdos -. Es inverosímil; no obstante, no, no me equivoco, mi recuerdo es bien preciso. Y no ha podido estar en tal sitio sin conocimiento de Bellounds. ¡No quiso sacar de allí a su hijo! Quizás él mismo fue quien lo puso ... Sí, tal vez fue él mismo, porque Bellounds es hombre capaz de recurrir a los mayores extremos para reformar a su retoño.

A pesar de lo extraordinario del caso, Wade no quiso continuar meditándolo mucho rato y lo desechó de su mente, convencido de que no era sino una circunstancia más encadenada a la serie de los hechos y circunstancias que debían provocar su intervención en las cosas que habían de suceder en Peñas Blancas. Desechada de su imaginación la figura de Jaime, las ideas de Wade pasaron a la dulce esperanza de ver pronto a Margarita. La presencia de la muchacha tenía que ser para él, a la vez, interesante, agradable y consoladora. Cuanto más pronto la viera, mejor. De tantas y tan violentas emociones estaba tejida su vida, que creía que ya nada podía sacudirle, nada podía impresionarle profundamente. ¡Y, sin embargo, de sobra sabía él que a nadie, sino a sí mismo, debía achacar la responsabilidad de todos sus males! Quizás allí, en Peñas Blancas, experimentaría impresiones v emociones superiores a cuantas habían formado el hilo de su existencia. Era posible, y en modo alguno contrario a la naturaleza de las cosas. Y aun cuando no era hombre capaz de asustarse por nada, preparábase interiormente para cuanto pudiera ocurrir, a fin de que el desarrollo de los sucesos no le cogiese desprevenido.

Excepto Kane, que permanecía de pie mirando al nuevo amo con la expresión de un can capaz de reconocer a los hombres por la traza, los otros tres perros se habían echado a los pies de Wade.

Wade, mientras tanto, tenía fija la mirada en el sendero qué bordeaba el arroyo perdiéndose en los sauces. Más allá de este grupo de amarillentos árboles divisábase el rancho; el hombre vio salir del pórtico a una muchacha rubia que llevaba algo en los brazos, que desapareció detrás de los sauces. Wade supuso que se dirigía a verle y, sin pensar nada más, concentró toda su atención en la vista.

Cuando la muchacha volvió a aparecer, estaría a unos cien metros de distancia. Wade la observó con su fina y penetrante mirada; la sangre parecía querer salírsele de las venas y de las arterias latiéndole fuertemente en la cabeza cuando vio a la esbelta joven, vestida con traje de montar, que se le acercaba con el paso vivo y determinado de las personas acostumbradas a vivir al aire libre. Aquel andar, aquel cuerpo, impresionaron hondamente a Wade. « ¡Dios mío, cuánto se parece a Lucía! », exclamó, y siguió mirándola con fijeza para distinguir cuanto antes los rasgos de su rostro, iluminado por el sol. Los cabellos de la muchacha flotaban acariciados por el viento. Margarita se dirigía a él, pero ¡cuánto tardaba en llegar! Los segundos eran siglos. Unos cuantos pasos más y su cara se hizo perfectamente perceptible. De repente, el corazón de Wade sufrió un terrible golpe, porque, como si fuese víctima de una alucinación, vio el rostro de su mujer, de la Lucía de su juventud. Surgía del pasado para acercársele, sacudiendo vivamente las cuerdas de su corazón. ¿Era aquélla una pesadilla? ¿O se había vuelto loco? La muchacha se acercaba con la cabeza erguida. Cuando ella le vio, el terror se apoderó del corazón de Wade.

Los tres perros se pusieron de pie, dando saltos, ladrando y moviendo el rabo, para dar la bienvenida a Margarita. El mismo Kane pareció hacerse más sociable.

-Soy Margarita Bellounds -dijo la muchacha. Aquella voz apaciguó todas las tormentas. Era una voz real; no era una alucinación. Era la voz de veinte años antes. Cesaba el dolor, la gran pesadilla de su vida. Salió de su ensimismamiento y, acostumbrado a los momentos difíciles, dominó su turbación y, como si en su pecho el corazón le latiese normalmente, saludó a Margarita con la mayor naturalidad.

-Buenos días, señorita -le dijo-. Le agradezco que haya venido a verme.

Ambos se miraron. Ella, con la sagacidad peculiar en toda mujer y la curiosidad propia de la persona que vive en despoblado y para quien la llegada de un forastero es un acontecimiento. Él, con la intensidad y la emoción de quien descubre en las facciones de una cara nueva los antiguos rasgos de un ser querido e inolvidable.

-¿Está usted enfermo? -le preguntó ella al notar su palidez.

-No; muy cansado nada más -respondió Wade secándose las gatas de sudor que le corrían por la frente-. He tenido que hacer mucho camino para llegar aquí.

-Soy el ama de la casa -dijo Margarita con una sonrisa- y por eso he venido a darle a usted la bienvenida y a expresarle mi deseo de que se encuentre a gusto en Peñas Blancas.

-Seguramente que me gustará vivir aquí -contestó Wade devolviendo la sonrisa-; pero si fuera joven me gustaría mucho más.

Ella se rió.

-Jóvenes o viejos, los hombres son todos iguales.

-No pienso yo lo mismo -dijo Wade con un dejo de melancolía en su voz.

-¡No; tal vez tenga usted razón en eso! Aquí le traigo varias cosas para su vivienda. ¿Puedo entrar?

-Sí; entre y excúseme si no la recibo mejor -dijo Wade levantándose-. ¡Hace tanto tiempo que no recibo la visita de una mujer!

Entró ella en la cabaña y Wade, desde la puerta, vio el interés con que lo miraba todo.

-Dije a papá que le pusiera a usted...

Librodot

-Señorita, su papá me ha dicho que fuera a buscar lo que me hiciera falta a la cabaña próxima. Todavía no he ido; pero ya iré.

-Bueno; dejaré aquí todas estas cosas y volveré más tarde - dijo dejando un paquete en el suelo -. Me permitirá usted que procure poner un poco de orden en la habitación. Es increíble cómo tienen todas las cosas los hombres acostumbrados al raso cuando han de vivir bajo techo.

-Me parece que voy a tardar mucho en aprender a arreglarme el cuarto, porque de ese modo la veré a usted más a menudo por aquí.

-¡Vamos, ahora resulta que sabe usted decir galanterías! -dijo Margarita riendo.

El timbre de su voz, la inclinación de su cabeza, su gesto, su mirada, hicieron tal impresión en Wade, que le dejaron sin poder articular palabra, y para ocultar su emoción se volvió hacia los perros. Ella le siguió, y ambos salieron al exterior de la cabaña.

-Me gustan mucho los perros -dijo Margarita acariciendo a Denver y provocando así los celos de Jim y de Sansón-. Con éstos hago muy buenas migas; en cambio, con Kane, ese perro tan hermoso, no consigo entablar amistad. Si no me tiene miedo, por lo menos me mira con desconfianza, con recelo. El caso es que no quiere saber nada de mí.

-Es un perro receloso porque, sin duda alguna, está acostumbrado a los golpes.

-¿Usted no pega a los animales? -le preguntó ella con vehemencia.

-No, señorita; no es ése el mejor modo de dominar a los perros ni a los caballos.

En los ojos de la muchacha resplandeció la alegría.

-¡Con cuanto placer oigo eso! -exclamó-. Precisamente acabé por no volver a visitar a los perros, a pesar de lo que me gustan, porque casi siempre había uno u otro pegándoles, y no quise volver a verlo.

Wade le puso la traílla entre las manos y le dijo Aguántelos, hágame usted el favor; de este modo, cuando salga con un poco de carne para ellos, no se precipitarán sobre mí para arrebatármela.

Y entró en la cabaña, recogió toda la carne de gamo que le quedaba y, cogiendo un cuchillo, volvió a salir al pórtico. Cuando los perros vieron la carne quisieron abalanzarse sobre él dando aullidos y tirando de la traílla con tal fuerza, que a Margarita le costó gran trabajo contenerlos.

-¡Alto ahí, hay que tener paciencia! -ordenó Wade sentándose en un peldaño y comenzando a cortar la carne-. Toma tú, Jim; a ti te sirvo primero porque eres el más viejo y el que más hambre tiene. Ahora te toca a ti, Sansón; toma...

Sansón, sin embargo, no aguardó a que le echaran la carne. Dando un salto trató de arrebatársela, por lo cual Wade, dándole una palmada, le dijo

-¿Qué es eso, Sansón? ¿Eres algún lobo para precipitarte sobre la carne de esa manera?

Sansón tardó un rato en volver a la dentellada, pero por fin volvió a tratar de arrebatar la carne, y Wade le dio otra palmada, sin violencia ni enfado, pero con energía, para demostrar a Sansón que tenía que obedecer.

Sansón ya no volvió a intentar apoderarse de la carne. Denver tuvo que recibir algunos manotazos antes de decidirse a obedecer al nuevo amo, y Kane se negó rotundamente a recibir la carne de las manos del desconocido. Gruñía, mostraba los dientes y aullaba acuciado por el hambre; pero sin adelantar un paso por solicitarla.

-Con Kane es preciso tener algunas precauciones -dijo Wade-. Es un perro que parece algo dispuesto a morder.

-Es tan hermoso que no puedo convencerme de que tenga malas intenciones -replicó la muchacha-. Le tratará usted bien, ¿verdad? ¿Procurará usted dominarle ron maña y sin castigarle?

-Haré lo que sepa.

-Papá está muy contento de tener al fin un verdadero cazador en Peñas Blancas. Yo me alegro y lo siento a la vez, porque no me gusta que los pobres terneros mueran devorados por los pumas y los lobos. Y es terrible saber que los osos se atreven incluso con los toros v las vacas. Pero me gusta oír por la, noche el aullido de los lobos y los coyotes, y no puedo menos de desear que no los mate usted todos, que deje unos cuantos para que interrumpan el silencio de la noche...

-No es fácil exterminarlos por completo, señorita -replicó Wade-. Estoy casi seguro de limpiar la comarca de pumas y osos, pero los lobos y los coyotes no pueden exterminarse. No hay animal más matrero que el lobo. Hace algunos años era yo cocinero de un rancho al borde de los llanos, que se extienden al norte de Denver, y al poco tiempo de trabajar allí comencé a oír historias terroríficas de un lobo enorme que hacía mucho tiempo que rondaba por allí. La gente trataba de cazarle; pero cuanto más le perseguían, más se burlaba de todos y mas destrozos causaba por la noche entre el ganado. Era aficionado sobre todo a las terneras y no amanecía día que no apareciera alguna degollada y medio devorada por el feroz animal. Se pusieron en movimiento todos los cazadores y tramperos del país; pero todo fue inútil. El truculento lobo seguía haciendo de las suyas. Cada noche mataba, por lo menos una ternera. Y tenía tan buenas patas que muchas noches trabajaba en varios ranchos a la vez. En cierta ocasión le mató a mi amo nada menos que once terneras en una sola noche. Entonces fue cuando yo me ofrecí para matar al lobo. El patrón se rió de mí, pero a mis instancias, me dejó marchar. Me llevé cierta cantidad de carne, una manta, mi rifle, un par de zapatos rara la nieve y me puse sobre la pista del lobo... Por fin di con él y lo perseguí hasta que lo tuve al alcance, y logré matarlo.

-¡Estúpida bestia! - exclamó la joven brillándole en los ojos el entusiasmo y el interés -. ¡Es lástima que un animal tan magnífico tuviera que morir de ese modo Las fieras son crueles y hay que exterminarlas. ¡Ojalá no fuera así!

-La vida es cruel, señorita. No está en nuestra mano el evitarlo -replicó Wade tristemente.

-Papá me ha dicho que es usted un hombre que ha pasado por muchos trances y que sólo con recordar su vida puede explicar un sinfín de interesantes historias.

-¿Le gustan a usted los relatos emocionantes? -preguntó Wade con curiosidad.

-Sí, me gusta oír aventuras. Debí nacer hombre. Es raro, no soy capaz de hacer daño a ningún ser viviente, ni siquiera puedo ver maltratar a un animal, y, sin embargo, los relatos que más me gustan son los de sucesos sangrientos. Las únicas historias que no me gustan son las de indios. Sólo el pensar en indios me pone enferma. Algún día le contaré una historia...

Wade no supo qué responder a esto.

-Ahora debo marcharme -dijo Margarita dando algunos pasos. Después, vaciló un poco y, volviéndose, dijo con una amable sonrisa

-Espero que seremos buenos amigos.

-Indudablemente, señorita Margarita; ése es mi mayor deseo.

Sonrió ella de nuevo y dirigió a Wade una mirada llena de simpatía. La deliciosa entrevista había servido para acercar de un modo sutil y suave sus espíritus.

Cuando Margarita hubo desaparecido, la violencia que Wade tuvo que hacerse para no exteriorizar las emociones de su corazón dio lugar a un aplanamiento de los nervios, y, recogiendo el buen hombre los perros, entró con ellos en la cabaña, cerró la puerta y, apoyándose exhausto en la pared, exclamó con los ojos levantados al cielo

-¡Gracias, Dios mío!

VI

El oro, el bermellón y la púrpura de los atardeceres de septiembre comenzaron a palidecer al llegar el equinoccio de otoño. La lluvia derretía la escarcha y el viento arrancaba luego las hojas para colorear con ellas los valles, cubrir la superficie de los estanques y alfombrar los senderos. Cuando se levantó el tiempo, y los rayos del sol volvieron a besar la superficie de la tierra, muchos álamos aparecieron completamente pelados, los sauces destacaban su amarillez entre las artemisas y las viñas no lucían ya sus encendidos colores.

A cosa de tres kilómetros del rancho de Peñas Blancas se alzaban, en un repliegue, dos cabañas, vivienda de un ganadero llamado Andrews, que había trabajado con Bellounds, y que se había establecido luego por cuenta propia. Vivía con su mujer todavía joven, sus hijos y un hermano que le ayudaba a cuidar el ganado. Andrews y los suyos eran los únicos vecinos que tenía Bellounds en quince o veinte kilómetros en dirección de Kremmling.

Margarita tenía amistad con la señora Andrews y muchas veces iba a visitarla para estar un rato de conversación con ella o jugar un poco con los niños.

A. fines del mes de septiembre despertáronse en Margarita los deseos de ir a visitar a la señora Andrews para saber noticias de Wilson Moore, pues si algunas habían llegado hasta Peñas Blancas, a ella nadie se las había comunicado. Jaime Bellounds había ido a Kremmling, volviendo en el mismo día, pero Margarita no quería en modo alguno preguntarle a él nada que tuviese la más mínima relación con el cowboy herido.

Preguntó al recadero que iba a Kremmling a comprar las cosas que necesitaba Bellounds y la respuesta que obtuvo fue una evasiva, lo cual no sólo irritó a la muchacha, sino que le dio a entender que, por algún motivo u otro, no se tenía que pronunciar delante de ella el nombre de Wilson Moore.

En su excitación, sintió impulsos de ir a poner el caso en conocimiento de su nuevo amigo Wade, confiándole no sólo su deseo de tener noticias de Wilson, sino también otras cosas que cada día le oprimían más el pecho, como, por ejemplo, la pena de advertir que la llegada de Jaime Bellounds había servido para distanciarla del hombre a quien tanto quería y a quien daba el preciado nombre de papá. Era evidente, en efecto, que desde que Jaime estaba en el rancho, ella no buscaba ya al viejo Guillermo con la frecuencia de antes y él hacía lo posible por no encontrarse con ella. Pero Margarita pensó que tal vez se equivocaba, porque cuando Bellounds la encontraba a la' hora de comer, o donde y cuando fuere, se mostraba con ella tan afectuoso como siempre. No obstante, no era el mismo. La atmósfera del rancho había cambiado y la frialdad flotaba en el ambiente. Pero juzgando que no había aún bastante intimidad entre ella y Wade, determinó al fin indagar por sí misma lo que necesitaba saber, sin necesidad de recurrir a él.

La casualidad quiso que cuando salía del rancho para ir a visitar a la señora Andrews se encontrara con Jame Bellounds.

-¿Adónde vas? - preguntó lleno de sospechas y recelos.

-Voy a visitar a la señora Andrews -contestó ella.

-No; imposible, ¡no vas! -replicó él en tono autoritario.

Margarita sintió una indignación imposible de reprimir. Le miró con ojos iracundos; pero él sostuvo la mirada. ¿Qué pensaron uno y otra? Nada; mas para ella era evidente que cada vez le repelía más aquel hombre destinado para esposo suyo. Las semanas que él llevaba en el rancho habían sido para ella las más largas, las más aburridas, las más desagradables de su vida.

-¡Iré! -repuso Margarita con decisión y energía.

-¡No! -insistió Jaime con violencia-. ¡No quiero que vayas a charlar con la mujer de Andrews !

-¡Ah! ¿no quieres? -preguntó Margarita recalcando la pregunta y considerando en su interior cuán poco la entendía su novio.

-Eso he dicho.

-Todavía no eres mi marido, Jaime.

-Pronto lo seré. ¿Qué significan unas semanas? -comentó él, calmándose un poco.

-He empeñado mi palabra, es verdad, y suelo cumplir lo que prometo; pero no he dicho cuándo, y si continúas hablando así, tal vez pasen muchos días, y semanas, antes de que me decida a designar el día del casamiento.

-¡Margarita! - gritó él llamándola con verdadera desesperación en su voz, al ver que ella se marchaba. Margarita se detuvo, asustada al ver que Jaime se estaba enamorando locamente de ella.

-Voy a llamar a papá, para que él te haga quedar en casa -dijo Jaime volviéndose a dejar llevar de su violento carácter.

-Si haces eso, demostrarás tener bien poco entendimiento.

-Sé por qué quieres ir al rancho de Andrews. Quieres ir allá para entrevistarte con ese renco de Moore. ¡Que no te pille yo nunca con él! -exclamó Jaime hecho una furia.

Margarita le volvió la espalda y huyó de él corriendo. Necesitaba perderle de vista, irse a cualquier parte, a cualquier lado. Todo, menos permanecer un instante más en presencia del hombre que de tal modo la ofendía.

-¡Oh!, no es sólo su temperamento; es algo más, es algo más, es su carácter, su corazón, su instinto... Es malo, malo... ¿Qué adelanto con obstinarme en no reconocer una verdad tan evidente? ¡Oh, mi vida está arruinada, arruinada!

Su ira, sin embargo, no duró mucho. La dominó, lo mismo que dominó su pena, y, más tranquila y dueña de sí, se reprochó acremente las réplicas enérgicas que habían provocado la cólera de Jaime, y se propuso ser más comedida en lo sucesivo.

-Pero, ¡es que tiene el don de irritarme! -exclamó como buscando una excusa y una justificación ante sus propios ojos-. ¿Por qué ha reprochado a Wilson su cojera? ¡Oh, eso ha sido vil, vil! Por lo visto Wilson tarda en curarse; tal vez quede cojo para toda la vida. Pero, ¿por qué me ha dicho que yo deseo ver a Wilson? ¡Eso no es cierto, no es cierto...! Mas, ¡oh, sí, es cierto, deseo verle...!

Y en aquel momento la muchacha se dio cuenta de que había dentro de ella otra Margarita, apasionada, vehemente, que quería vivir y no se avenía a ser dominada ni absorbida por nadie.

Antes de que la joven se diera cuenta de que estaba siguiendo el camino que conducía al rancho de Andrews, se encontró con él ante su vista. Para no llegar allí excitada como estaba, moderó el paso, tratando de distraer su mente con otros pensamientos.

Los niños fueron los primeros en verla y salieron a su encuentro, de tal modo que cuando ella llegó con ellos al rancho no podía estar sino alegre y sonriente. La señora Andrews, coloradota y fuerte, tenía todo el aspecto de la mujer estoica del colono de los primeros tiempos. La alegría, la sorpresa y la curiosidad se retrataron en el rostro de la buena mujer a la vista de Margarita.

-¡Cuánto me alegro de verla! -fue su saludo de bienvenida-. ¡Hacía tiempo que no nos favorecía con su visita

-Muchas veces intentaba venir, pero siempre lo dejaba para otro día-explicó la muchacha.

Y en seguida ambas mujeres empezaron a hablar del próximo invierno con su soledad, y de los niños, y de mil otras cosas de escaso interés.

-Es verdad que piensa usted casarse con Jaime Be? -preguntó la señora Andrews. señora-contestó Margarita sonriendo.

-No soy su madre, ni tengo ningún derecho sobre usted; pero me gustaría decirle...

-No, por favor, no me lo diga -suplicó Margarita.

-Muy bien; creo, como usted, que será mejor que no diga nada. Tal vez ame usted al Impetuoso Jaime.

no le amo. Al menos como se debiera amar al marido. Pero procuraré quererle. Y aunque no lo consiga, mi deber me manda casarme con él.

-Alguien tendría que hablar al padre de usted para convencerle -manifestó la señora Andrews.

-¿Sabe usted que tenemos un nuevo trabajador en el rancho? -dijo Margarita cambiando de conversación. -¿Se refiere usted al cazador Desdichas Benjamín Wade?

-Si; pero detesto ese apodo absurdo -respondió Margarita.

-Es un apodo arbitrario como la mayoría de los que se ponen por aquí. Dos veces ha estado aquí Wade; una, un día que pasaba con la jauría; otra, la otra noche. Es un hombre muy simpático. En casa todos le apreciamos mucho.

-Me satisface oír eso -repuso Margarita-, porque yo también le aprecio y estimo de veras. Tiene una expresión de gran tristeza en la cara

-¿Expresión de tristeza? ¡Ya lo creo! ¡Como que ese hombre ha sufrido mucho en la vida! Yo me reí cuando le vi por vez primera; pequeño, cojitranco, medio zambo y astroso, con su cara de alma en pena. Pero a poco de tratarle ya no me acordaba para nada de su facha.

-Es verdad; su aspecto es un poco extraño, pero se olvida uno de él en cuanto se le trata con un poco de intimidad-contestó Margarita con calor.

-Usted y yo, como mujeres, somos demasiado sentimentales -manifestó la señora Andrews -. Los hombres de casa le aprecian por sus muchas habilidades. A Tomás le arregló el fusil, que tenía estropeado desde hacía mucho tiempo. Nos puso en marcha el reloj, que no quería andar y que ahora va mejor que nunca. Y, finalmente, nos curó una vaca enferma que Tomás daba ya por muerta.

-También en casa ha salvado muchas reses. Papá está satisfechísimo. Bien sabe usted que se han perdido muchas cabezas de ganado a causa de esa hierba venenosa que crece en nuestros prados. ¡Cuántas bestias muertas vi en mi última cabalgada por las montañas! ¡Lástima que Wade no llegara a tiempo de salvarlas! Le pregunté cómo hacía para curarlas y me contestó que él era médico.

-Veterinario, querría decir -repuso la señora Andrews riendo-. Según Tomás, cuando Wade vio nuestra vaca enferma dijo en seguida que había tragado la hierba venenosa la cual, al beber el animal, empezó a producirle gran cantidad de gases, hinchándole el vientre. Wade le clavó el cuchillo en el costado, los gases salieron el animal se curó rápidamente.

-¡Vaya una manera cruel de curar! Pero, en fin, si el animal se salvó, eso es lo importante.

-Los animales se salvan así si la cuchillada se les puede dar a tiempo -explicó la señora Andrews.

-A propósito de curas - dijo Margarita derivando la conversación hacia lo que le interesaba -, ¿sabe usted si en Kremmling curaron bien a Wilson Moore?

-No -contestó la señora Andrews-. En Kremmling no había aquel día ningún médico y como no se podía trasladar al herido a Denver sin hacerle sufrir demasiado, la señora Plummer le hizo la primera cura, muy bien, por cierto; yo la presencié y doy fe de ello.

-¡Oh, qué alegría! -exclamó Margarita-. ¡No quedará cojo, no tendrá que andar con muletas!

-Creo que no. Usted misma podrá verlo, porque Wilson está aquí. Llegó anteanoche y se aloja con mi cuñado en la otra cabaña.

-¡Oh! -exclamó Margarita presa de una emoción en la que la sorpresa, la alegría y la alarma entraban por partes iguales. Y alternativamente palidecieron y se encendieron sus mejillas.

-Aquí está-confirmó la señora Andrews mirando afuera-. No puede andar lejos. Hace un rato se paseaba con muletas.

-¡Con muletas! -exclamó Margarita con desaliento. con unas muletas que él mismo se ha construído. No le veo ahora desde aquí. Tal vez la haya visto venir v se ha escondido en su habitación para que usted no le viera, porque le da mucha pena que le vean con las muletas.

-Entonces, lo mejor será que me vaya inmediatamente Margarita, deseosa de salir cuanto antes de aquella difícil situación; porque, ¿qué iba a suceder si le encontraba? ¿Sospecharía él el motivo que la había llevado a ella allí? El corazón empezó a latirle con violencia.

-¡Como usted quiera! Ya sé que usted y Wilson tuvieron una disputa; es una lástima, pero si usted quiere irse... Espero que volverá antes de que caigan las primeras nieves. ¡Adiós!

Margarita se despidió de prisa de la señora Andrews y salió de la cabaña con el alma llena de sobresalto. Y casi junto a la esquina de la segunda cabaña, por delante de la cual tenía que pasar, y antes de que tuviera tiempo de serenarse, divisó a Wilson Moore andando con ayuda de las muletas. El, al verla, se apresuró a doblar la esquina de la cabaña para sustraerse así a su vista. -¡Wilson! -exclamó ella involuntariamente.

La palabra había salido de sus labios y no había posibilidad de recogerla. Inútil arrepentirse de haberla pronunciado, porque Wilson, al oírse llamar, se detuvo y se dirigió lentamente al encuentro de la muchacha.

De repente, Margarita recobró el ánimo y, con una osadía y decisión tan grande como grande había sido su temor, avanzó hacia él.

-Wilson Moore, intentabas huir de mí -le dijo en tono de amable reproche.

-¡Tú por aquí, Margarita! ¡Qué placer! -exclamó él como si no hubiera oído la reconvención.

-No te puedes imaginar el disgusto que tuve cuando supe que estabas herido-ponderó ella-. ¡Y ahora tengo una alegría tan grande al verte! Pero, Wilson, estás pálido, demacrado... ¡Debes de haber sufrido mucho!

-Sí, he sufrido bastante -asintió Moore.

Hasta entonces Margarita le había visto siempre la cara bronceada, reflejando salud; pero entonces le veía por primera vez reflejando dolor y paciente resistencia. Parecía más viejo.

-No me has escrito ni una sola línea -le dijo ella, quejosa-. Nadie me daba noticias tuyas. Los cowboys me aseguraban que no sabían nada. Papá se enfadaba cuando le preguntaba. A Jaime nunca me hubiera atrevido a preguntarle, así es que he venido hoy expresamente para saber de ti, pero sin sospechar que iba a encontrarte.

¡ Con qué expresión de profunda gratitud la miró él al oír estas palabras

-No esperaba yo menos de ti, Margarita -aseguró-. Sabía que mi accidente tenía que haberte causado sincera pena; pero ¿cómo querías que te escribiera?

-Tú salvaste a Pronto-declaró ella con un ligero temblor de voz-. ¡No te lo agradeceré bastante! -¿Qué hubiera podido hacer yo en aquella ocasión, sino procurar salvarlo? Supongo que ya estará curado.

-Casi. No tardará en estar completamente bien. Si no es par ti lo pierdo, gracias a la mala pasada de Jaime Bellounds.

Margarita bajó los ojos con tristeza, y Moore desvió de ella la mirada.

-Supongo que el viejo Guillermo está bien de salud Moore cambiando de conversación.

-¿Has participado a tu familia el accidente? - preguntó Margarita dejando sin contestar la pregunta de Moore.

-¡Oh, Wilson, tendrías que haberles escrito!

-¿Escribirles yo para pedirles ayuda cuando les necesito? ¡N o, mi orgullo no me lo permite!

-Wilson, tú te volverás pronto a Denver, con tu familia, ¿no es eso?-preguntó Margarita con interés.

-No - contestó él rotundamente.

-¿Qué vas a hacer entonces? Ya ves que tardarás todavía algún tiempo en poder trabajar.

-Nunca más podré volver a montar. Por lo menos, no como antes -declaró Moore trágicamente.

-¡No! -exclamó Margarita, colocando con delicadeza y ternura la mano en una de las muletas-. ¡No puedo creer tal desdicha!

-Pues me temo que sea así. Mala rotura, Margarita. Menos mal si no tengo que andar con muletas toda la vida.

-¡Oh, tendrías que hacerte cuidar por tu familia! Sí, tendrías que hacerte cuidar. ¿Piensas permanecer aquí con los Andrews?

-No; bastante tienen ellos con sus propios pesares. Iré a vivir de la tierra. Has de saber, Margarita, que poseo ciento setenta áreas de terreno.

-¿Piensas establecerte? ¿Dónde? -preguntó Margarita, asombrada.

-Allá, en aquel bonito valle que tú conoces, que se extiende al pie del promontorio rojizo. Hay allí un manantial excelente. Ya has estado alguna vez conmigo. Viviré en la cabaña que construyeron allí los antiguos buscadores de oro.

-Conozco el lugar. Es un valle delicioso; pero, Wilson, ¡tú no puedes vivir allí! -exclamó angustiada la muchacha.

-¿Por qué no? ¡Me gustaría saberlo!

-¡En aquella covacha! Si aquello no es sino una mala choza, medio derruída, sin chimenea, con el techo medio hundido y las paredes agrietadas. Wilson, no me harás creer que estás decidido a vivir allí solo.

-Claro que sí. ¿Pues qué crees? -preguntó con sarcasmo-. ¿Crees que me voy a casar? Primero, que nadie iba a querer a un cojo, y segundo, que aunque encontrara a una muchacha que estuviese conforme en cargar conmigo, yo no querría casarme.

-¿Quién..., quién cuidará, pues, de ti? - preguntó Margarita poniéndose colorada.

-Yo mismo -declaró Moore-. ¡Por Dios, Margarita, no me creas tan inútil! Tengo amigos que me ayudarán a efectuar en la cabaña las reparaciones necesarias. Y, ahora que me acuerdo; han quedado varios objetos míos en Peñas Blancas y he de ir cualquier día a buscarlos.

-¿De veras, Wilson, vas a establecerte cerca de Peñas Blancas, para vivir allí, cuando...?

No pudo terminar la frase. Una congoja, un temor, un presentimiento de inevitables desastres formó un nudo el¡ su garganta y ahogó en ella las palabras.

-Sí, allí viviré -aseguró Wilson-. ¡ Qué extraño giro toman las cosas! ¿verdad?

-Muy extraño -contestó Margarita, y fue separándose lentamente de Moore sin añadir ninguna palabra más.

-¡Adiós, Margarita! -le dijo él al ver que ella se marchaba.

Durante todo el camino Margarita fue analizando lo delicado de su situación, y para que nada faltara, cuando llegó al rancho se encontró con Jaime Bellounds, que la estaba esperando con la cara desencajada y los ojos echando llamas.

-Papá quiere verte-le dijo con el mismo acento de amenaza de pocas horas antes.

-Por tu modo de anunciármelo -replicó ella con despecho -supongo que tendrá que decirme algo importante.

Jaime Bellounds ni siquiera se dignó contestar. Sentóse bajo el pórtico en donde había estado esperando y volvió la cabeza con gesto displicente.

-¿Dónde está papá? -continuó Margarita.

A esta pregunta contestó Jaime señalando con el dedo la segunda puerta, o sea la que daba entrada a la pieza que el ranchero usaba como despacho y almacén. Cuando Margarita pasó cerca de Jaime, éste le cogió la falda.

-Estás enfadada, Margarita? -le preguntó con angustia.

p-l Claro que sí l -replicó la ofendida muchacha.

-No vayas a ver a papá así -imploró Jaime-. También él está enfadado y las cosas podrían enredarse. De sobra sabía Margarita a qué extremo de súplica humildad llegaba Jaime cuando había hecho algo malo y temía las consecuencias. Por eso se apartó de él sin responder y llamó a la puerta del despacho.

-Adelante -dijo el ranchero.

Margarita entró.

-¡Hola, papá! Jaime me ha dicho que querías hablarme.

Bellounds estaba sentado frente a una mesa vieja, con la cabeza inclinada sobre un libro de cuentas y un lápiz en la mano.

-¿De dónde vienes? - preguntó a la muchacha echándole una mirada que la sobresaltó.

-He ido a visitar a la señora Andrews -contestó Margarita.

-Has ido tan sólo para visitarla a ella?

-¡Claro! - respondió Margarita, disgustada por la pregunta.

-¿No fuiste al rancho de Andrews a ver a Wilson Moore?

-¡No!

-Apuesto a que me dirás que no sabías que él estaba allá.

-No lo sabía -certificó Margarita.

-Bueno, pero ¿le has visto?

-S í, le he visto y he hablado con él; pero por casualidad.

-¡0 h, oh, Margarita! ¿No me engañas?

La sangre afluyó a la cabeza de la joven como si le hubieran dado un golpe.

-¡Papá! -exclamó en tono de protesta.

Pero Bellounds no se dejó intimidar por aquel grito honrado. Estaba mal predispuesto; su actitud era desconfiada, hostil.

-¡Contesta! -exigió sin hacer caso de la angustia de la muchacha -. ¿Tratas de engañarme, o no?

-No sabría engañarte aunque lo intentara -declaró Margarita.

Bellounds clavó en ella sus ojos como tratando de leer sus más recónditos pensamientos.

-Pero tú has visto a Moore -insistió.

-Sí; ya te lo he dicho; le he visto -confirmó ella.

-¿Y le has hablado?

-Sí. sí...

-Mira, Margarita, he de decirte que no me gusta que le hayas visto y hablado, ni me gusta tampoco el modo como me estás hablando.

-Lo siento, porque la cosa no tiene remedio.

-¿Qué te ha dicho Wilson Moore?

-Hemos estado hablando casi exclusivamente de su herida.

-¿Y de qué más? -preguntó Bellounds con voz ronca.

-De lo que intenta hacer ahora.

-¡Ah! ¿Te ha dicho que piensa ir a establecerse en Sage Creek?

-Sí; me lo ha dicho.

-¿Le has aconsejado tú en ese sentido?

-¿Yo? ¡De ningún modo!

-Margarita, no hace mucho tiempo me dijiste que Moore no se te había declarado nunca. ¿Todavía insistes en creer que no está enamorado de ti?

-Nunca me lo ha dicho; nunca lo he creído y ahora tengo la seguridad de que no lo está.

-También me dijiste antes que él no te interesaba. ¿Podrás ahora decirme lo mismo?

-¡No! -contestó Margarita bajando la voz y la cabeza. Temblaba al influjo de fuerzas desconocidas. Por soberbia u orgullo no hubiera eludido nunca las preguntas del hombre a

quien quería, a quien llamaba padre y a quien tan agradecida tenía que estar. Pero notaba dentro de ella una frialdad extraña.

Bellounds, cabizbajo y pensativo, no se atrevía a continuar preguntando, igualmente temeroso de oír demasiado o de ceder a los nuevos impulsos de su ternura. Pero la última respuesta de Margarita le mortificó de tal manera, que, arrojando el lápiz con rabia, y poniéndose en pie para dominar mejor a la muchacha, le dijo:

-Tú has sido para mí como una hija. He hecho por ti cuanto he podido. Y te he querido cuanto pueda querer un padre. Pues bien, no necesitamos gastar más saliva. Conoces mis deseos de que te cases con Jaime, cuento con tu palabra; pero te la devuelvo. Desde este momento eres libre de casarte o no, en la inteligencia de que, cualquiera que sea el partido que tomes, yo seguiré queriéndote como hasta aquí. Lo que te pido es que decidas pronto una cosa u otra. ¿Quieres casarte con Jaime, o no?

-Quiero. Te lo he prometido y, aunque tú me devuelvas la palabra, yo quiero mantener mi promesa.

-Bueno; me das con ello una gran alegría -declaró el ranchero-. Dime ahora cuándo quieres que se realice la boda.

Margarita sintió que las fuerzas la abandonaban y que todo comenzaba a girar en torno de su cabeza. Hubo un momento en que creyó tener necesidad de agarrarse a algún sitio para no caer.

-Señala tú mismo el día, papá. Cuanto más pronto sea, mejor.

-Gracias, hija mía. Te aseguro que si no estuviera convencido de que esta boda os conviene tanto a Jaime como a ti, jamás exigiría de ti tamaño sacrificio. Fijemos para la ceremonia la fecha del primero de octubre, aniversario del día en que te encontraron en el bosque.

-Conforme, papá; me casaré el primero de octubre -asintió Margarita. Besó a Bellounds, en reconocimiento de lo mucho que le debía, y en seguida salió de la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

Al verla, Jaime se dirigió apresuradamente a su encuentro con el ansia retratada en su semblante.

-Margarita -le preguntó atropelladamente-. ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido? ¡Cuéntame

-He prometido casarme contigo el primero de octubre. Jaime, al oír esta inesperada noticia, lanzó una exclamación de incontenida alegría, y con explosiones de júbilo casi salvaje, cogió a Margarita entre sus brazos y le dijo:

-Margarita, estoy loco de amor por ti. Por no habértelo podido expresar hasta ahora, mi carácter ha sido acerbo, violento... Hoy, al verte volver del rancho de los Andrews, en donde Wilson Moore se hospeda, he sentido unos celos horribles, horribles... De buena gana le hubiera matado. Nunca he comprendido como ahora, con este ataque de celos, lo que te amo.

Tenía la cara del color de la grana, las venas de su cuello estaban hinchadas, los ojos, inyectados, echaban lumbre, y, loco de pasión, trató de besarla en la boca, sin conseguirlo, porque ella se defendió con denuedo. Los besos cayeron en las mejillas, las orejas y el cabello.

-¡Déjame! -imploraba Margarita-. ¡No tienes todavía derecho!

Haciendo un supremo esfuerzo se desprendió de él y apretó a correr metiéndose en su cuarto, pero sin poder cerrar la puerta, porque cuando iba a hacerlo él lo impidió con el pie.

Jaime, feliz con la promesa de casamiento y furioso con la huída de Margarita, estaba muy excitado y fuera de sí.

-¡Déjame entrar! -clamó furibundo.

-¡No! -dijo Margarita con tal dignidad, con tal entereza, con tanta energía, que el chico no tuvo más remedio que comprender que sus pasiones tenían que quedar supeditadas a ciertas consideraciones morales.

-¡Está bien! -exclamó suspirando-. No insisto. Te ruego que olvides el modo que he tenido de demostrarte mi amor. He perdido el dominio de mí mismo. ¿No es esto excusable después de haber tenido tanto miedo de perderte? Tú eras lo que yo deseaba mas en el mundo y lo que menos esperaba lograr. ¡Cuánto temor, cuánta incertidumbre! Pero, ahora..., ¡el primero de octubre! Te prometo no volver a jugar más, ni a beber, ni a armar camorra, ni a importunar a papá con exigencias de dinero. No me gusta cómo administra el rancho, pero aceptaré sus indicaciones y respetaré sus órdenes mientras viva. Soportaré incluso que ese cojo que tantos celos me inspira, viva a pocos kilómetros de aquí. Haré todo, soportaré todo lo que tú quieras y me mandes.

-En ese caso, vete ya -ordenó Margarita.

Jaime obedeció y, cuando quedó sola, la muchacha se encerró por dentro y se echó en la cama vencida por el exceso de emociones. Lloró como una criatura que ve el fin de su felicidad, y, una vez pasada la congoja de los sollozos, un tanto desahogada ya, trató de reflexionar sobre lo sucedido. Una y otra vez, con férrea insistencia, repasó en su mente la petición del viejo Guillermo, los mandatos

imperiosos de su gratitud y su deber para con él, la determinación que ella había tomado, su promesa y la repulsión y el disgusto que le inspiraba Jaime. Todo esto tenía-la desolada, amedrentada, a ella, tan brava y entera, que había tenido el valor de confesar al ranchero lo que ni a sí misma se había atrevido a confesarse.

-Ahora comprendo -se dijo después de dar mil vueltas a una idea que vino, se volvió a marchar v volvió a acudir a su mente una porción de veces-. Ahora comprendo que si Wilson me hubiese querido, yo le habría querido también a él... ¡Oh, pero el caso es que me interesa, oh, sí, me interesa y me gusta! ¡No he podido negárselo a papá! Me gusta, pero no 'e llego a querer, lo que se llama querer... ¡Nunca he pensado en querer a nadie! ¡Qué cosa tan rara; parece como si de repente dejara de ser niña para ser mujer! ¡Oh, no puedo comprender estos extraños sentimientos que se agitan dentro de mí!

Margarita trataba de analizar los sentimientos que le embargaban el alma, sin llegar a percatarse con claridad sino de que no lamentaba la palabra que había empeñado, y, de que en su corazón de mujer joven se agitaban una serie de sentimientos que acabarían por presentarle como incompatibles el deber y la felicidad. En su soledad, cuando el agobio de estos pensamientos hacíala estremecer, acordábase, sin poderlo remediar, de su nuevo amigo Wade. Wade tenía para ella la dulzura de una mujer, y su dolorido rostro era un trasunto fiel de las pruebas y trabajos que había tenido que sufrir. ¿Cómo podría, no obstante, Margarita, acudir a él a contarle sus cuitas? ¡A un recién llegado, un hombre rudo y montaraz, cuyo nombre iba precedido de un apodo poco a propósito para inspirar confianza! Pero el recuerdo de la reciente brutalidad de Jaime Bellounds le hizo sentir como nunca la necesidad de tener un alma amiga, y en aquella horrible soledad de afectos y de amistades, el nombre de Benjamín Wade surgía como una posible tabla de salvación en la mente de la afligida muchacha.

VII

Los coyotes despertaron a la mañana siguiente a Margarita, con sus siniestros aullidos. Por primera vez en su vida se estremeció la muchacha al oírlos. Los mismos pensamientos de la

víspera volvieron a agolparse en su mente; pero ella los rechazó con energía. No quería pensar más en lo pasado; después de la determinación tomada convenía pensar únicamente en el cumplimiento del deber.

A la hora del almuerzo, el viejo Guillermo, de mejor humor que durante aquellas últimas semanas, le participó que Jaime se había ido a Kremmling para ocuparse de los arreglos necesarios para la boda.

-También tú tendrás que ir a Kremmling y a Denver para encargarte el ajuar. A las mujeres les gusta ir bien vestidas el día de la boda -dijo Bellounds.

-¡Oh!, ya sabes, papá -contestó Margarita-, que nunca he pensado en galas y ahora no tengo ganas de salir de Peñas Blancas.

¿Qué le importaba a ella llevar un traje u otro el día de su casamiento? Con esta idea fue a su ropero a revisar lo que tenía allí, y fue grande su desilusión, porque no solamente no encontró un traje para el día de su boda, sino ni siquiera uno suficientemente presentable para ir con él a Denver. No quedaba más remedio que realizar algunas composturas aprovechando lo viejo y Margarita se paso todo el día cosiendo.

Con la atención puesta intensamente en el trabajo, la atribulada muchacha llegó a tranquilizar considerablemente su espíritu, tanto que en su candidez llegó a pensar que dedicándose de lleno a las tareas de la casa todavía podría encontrar en ellas una apariencia de felicidad.

Con gran sorpresa por parte de la joven y gran disgusto por la del viejo Guillermo, Jaime no volvió al rancho al día siguiente. El anciano le esperó hasta bien entrada la noche y únicamente entonces se convenció de que su hijo no volvía, lo cual le puso de un humor endiablado.

Margarita, en cambio, hubiera querido que la ausencia de Jaime se hubiese prolongado hasta el mismo primero de octubre, fecha que, por otra parte, le parecía excesivamente próxima. Al tercer día de la ausencia de Jaime, Margarita salió a caballo nana hacer un poco de Ejercicio. No pudiendo utilizar a Prona, montó otro caballo de mucha sangre. Cuando volvía al rancho, después del paseo, se desvió algo del camino directo, para no pasar junto a las viviendas de Wade y los cowboys. Desde su visita al rancho de los Andrews no había vuelto a ver a nadie, y, en contra de lo que deseara aquella noche, al que menos quería encontrar era a Wade.

De pronto, inesperadamente, se encontró con Wilson Moore, que iba sentado en un carro cargado. El caballo, al ver el armatoste, se asombró clavando las manos en el suelo, deteniéndose con tal violencia que por poco desmonta a la muchacha; pero Margarita le alzó la cabeza con las riendas y dándole enérgicamente con la espuela dominó pronto a la alfana.

-¡Bravo, Margarita! -le dijo Wilson saludándola-. Veo que cada día montas mejor.

-¿Cómo estás, Wilson? -le preguntó ella sin hacer gran caso del elogio.

-Todo lo bien que se puede estar con una pata coja.

- ¡Oh, no digas eso; odio esa palabra! Además, tu pie se curará y te permitirá andar como antes.

-Así lo espero; sobre todo si no recibo ningún otro golpe -manifestó lleno de optimismo Wilson.

-Has de tener mucho cuidado -recomendó Margarita.

-Sí, pero no sé estar sin hacer nada. ¡Si supieras lo que me cuesta pasarme el día leyendo! La inacción es lo que más me apura. No me importaría el dolor si a. pesar de todo pudiera moverme. Por cierto, Margarita, que ya no estoy con los Andrews.

-¡Cómo! ¿No?

-¡Claro! Me he trasladado ya a mi cabaña de Sage Creek Valley. ¡Es magnífica! Tomás Andrews, Alberto y Wade me han ayudado a realizar en ella las reparaciones necesarias para que quedara habitable. Wade es un excelente sujeto y tiene unas manos que lo saben hacer

Librodot

todo. Conmigo no ha podido portarse mejor. No sólo me ha ayudada en todo cuanto le ha sido dable, sino que se ha preocupado de mis problemas, de mis asuntos, interesándose tanto por mí que su interés me ha servido de gran consuelo.

-¿Ha tenido que consolarte? Dime, Wilson, ¿por qué ha tenido que consolarte? - preguntó Margarita sin ambages.

-¿Por qué? Porque es demasiado para un hombre quedarse cojo de repente y perder a la vez a la muchacha predilecta -contestó en un rapto de sinceridad el cowboy.

Margarita sintió una punzada en el corazón y miró a Wilson, y luego al carro. Las guarniciones, las mantas y demás trebejos propios de los cowboys le dieron a entender que Wilson había ido al rancho a buscar sus cosas para trasladarlas a su cabaña.

-¡Qué coincidencia más infortunada! -exclamó-. ¡Y vaya una ocurrencia que los dos hemos tenido al venir al mismo tiempo

Y luego, volviendo a lo que había dicho Wilson, repuso:

-A mí me parece que si yo fuera hombre y estuviese enamorado de una muchacha se lo diría.

-¡Oh, yo creí que la muchacha de quien yo estoy enamorado lo sabía ya! -replicó Wilson.

-¡Pues no lo sabía, pues no lo sabía! -aseguró Margarita.

-¿Por qué lo dices? -preguntó, sorprendido.

-¡Porque ahora comprendo que era yo la muchacha!

-¡Sí, tú, Dios me asista! -exclamó Wilson con sincera emoción.

-¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo dijiste?-exclamó Margarita con el corazón desgarrado. -¿Para qué? ¿No supiste adivinarlo tú? ¿No te lo decían todos mis actos, todos mis gestos? ¿Pudiste ser tan inocente, tan ciega, que no lo comprendieras, que no lo vieras? ¡No puedo creerlo!

-¡Nunca adiviné que tú, tú...! -exclamó vencida por la trágica y gloriosa verdad.

-¿Acaso hubieran cambiado las cosas? -preguntó Wilson, sin atreverse a creer que Margarita hubiese podido corresponderle.

-¡Claro que sí! ¡Por completo! -suspiró ella lamentando lo tardío de la confesión.

En aquel momento oyó el galope de un caballo. Wilson se volvió a mirar y exclamó

-¡Qué mala suerte! Es nada menos que el Impetuoso Jaime.

Pocos segundos después llegaba Jaime Bellounds montado en un caballo cubierto de sudor y de espuma. Apeóse v lanzó las riendas lleno de coraje.

-¡Me lo figuraba! -vociferó echando lumbre por los ojos.

Margarita fijó en él los suyos asustados, con señales de gran agitación.

-¿Por qué has llorado? -preguntó Jaime.

-No he llorado -contestó ella.

Jaime dirigió su mirada provocativa alternativamente a Wilson y a la joven, quienes hubieron de notar que estaba bajo los efectos del alcohol.

-¿En dónde está papá? -preguntó.

-No sé; no está aquí -respondió Margarita.

En el demudado semblante de Wilson Moore se acentuó la palidez. Cogió el cowboy las riendas y se dispuso a marchar.

-He venido en busca de mis cosas -quiso explicar antes de marcharse-. He encontrado, por casualidad, a Margarita y me he detenido a hablar con ella unos minutos.

-Excusas de mal pagador -objetó Bellounds-. Lo cierta es que te he pillado haciendo el amor a Margarita. Te lo he conocido en la cara. ¡Eres un embustero!

-Bellounds -replicó Moore-, la verdad es que estaba diciendo a Margarita lo que yo creí que ella había adivinado ya; lo que debí decirle mucho antes.

-¡Oh, oh! ¡No quiero saberlo, no quiero saberlo! ¡Eso no me importa! Lo que quiero es registrarte el carro.

Librodot

-¿Cómo? -preguntó sin atreverse a dar crédito a sus oídos el cowboy soltando las riendas como si hubiese perdido súbitamente la sensibilidad de las manos. -¡Que no quiero que te vayas mientras yo no haya visto todo lo que llevas! -repuso Bellounds acercándose al carro y tirando de una jáquima.

-¡Haz el favor! -clamó ofendido Wilson-. Todo lo que hay en este carro es mío. ¡Quita inmediatamente las manos de aquí!

Se apoyó Bellounds en el carro y miró a Moore con intención aviesa.

-¡No me fío, Moore! Te creo capaz de robar todo lo que caiga a tu alcance y necesito ver lo que te llevas antes de permitir que te alejes de aquí.

-¡Jaime! ¿Cómo te atreves...? -exclamó Margarita con acento y ademán de protesta.

-¡Tú te callas! Te callas y te metes en casa -ordenó despóticamente Bellounds.

-¡Me estás insultando! -replicó Margarita protestando de la humillación.

-¿Te irás? -gritó exasperado Bellounds.

-¡No! -repuso valientemente la muchacha.

-Mejor -dijo entonces el energúmeno-, así presenciarás la escena.

Y volviéndose a Wilson le ordenó

-Wilson Moore, muéstrame inmediatamente todo lo que llevas en el carro, a menos que quieras que yo te lo tire al suelo.

-Bellounds, de sobra sabes que no puedo hacer lo que me pides -replicó, Moore-. Y voy a darte un consejo lo mejor que puedes hacer es dejarme marchar, no sólo por ella, sino por ti.

A esto contestó Bellounds arrebatando con rápido y brusco movimiento las riendas de manos de Moore, diciendo:

-¡Cállate, cojo del diablo, si no quieres que te arranque la lengua de cuajo!

Resultaba evidente que sus deseos de registrar el carro eran sólo un pretexto para mortificar y buscar camorra, pues mientras revolvía los bártulos no hacía sino espiar a Moore, deseoso de descubrir en él algún movimiento que diera pie a la violencia. De sobra lo comprendió así Wilson, y conteniéndose por prudencia, se limitó a mover la cabeza mirando a Margarita para manifestarle cuánto deploraba él una situación que no estaba en su mano evitar.

-¿Me haces el favor de alcanzarme las riendas, Margarita? -suplicó-. Con mi pie herido no me es fácil bajar a cogerlas. Tan pronto las tenga en la mano emprenderé la marcha.

Se adelantó Margarita para complacer a Moore, mas Bellounds saltó del carro y agarrándola de un brazo la empujó otra vez hacia atrás. Toda oposición producía en él el mismo efecto que un trapo rojo a un toro. Margarita retrocedió huyendo tanto de su mirada como de su contacto.

-¡No te mezcles en este asunto, o te demostraré quién es aquí el amo! -rugió Jaime, furioso.

-Me parece que te extralimitas -replicó ella. Mientras tanto, Wilson había descendido penosamente del carro y, apoyándose en las muletas, llegó hasta donde Bellounds había tirado las riendas, agachándose para cogerlas. Jaime empujó a Margarita a mayor distancia y luego se acercó a mirar cara a cara a Wilson Moore.

-¡Por fin te tengo! -le rugió con voz ronca v rencorosa, inspirada por su indomable temperamento. Su cara estaba lívida, congestionada por la rabia. Sus manos le temblaban como hojas sacudidas por el viento.

-¡Por fin te tengo! -repitió- ¡Embustero, hipócrita! Ahora sé que eres mi enemigo, que has tratado de birlarme la novia menos de una semana antes del día de la boda. En todo has sido siempre mi enemigo y te odio desde que mi padre tomó partido por ti en contra mía, enviándome fuera de casa por causa tuya.

Dijo Jaime todas estas cosas con brutal, primitiva y feroz franqueza. Nunca era dueño de sus palabras cuando se encolerizaba, y en aquella ocasión mostró en toda su monstruosidad los sentimientos de odio que rezumaba su corazón.

-¡Te felicito por lo valiente que eres con un hombre que no puede tenerse en pie sin muletas! -le dijo Wilson Moore con sarcasmo.

-¡Ojalá tuvieras los dos pies rotos! ¡Del mismo modo te daría!

Y, uniendo la acción a la palabra, le dio en plena cara un puñetazo formidable. Wilson, sin embargo, supo apuntalar a tiempo, firmemente, las muletas, evitando así la caída.

Cuando Margarita vio esta brutalidad y advirtió cómo palidecía Wilson, que estaba a punto de caer, exhaló un grita y, llena de horror, quedó como clavada en el suelo, sin poder moverse.

-Tienes suerte de que no llevo un revólver conmigo en este instante -dijo Wilson al salvaje-. Bien has debido advertirlo tú antes, o nunca te hubieras atrevido a hacer lo que has hecho.

-¡Te haré tragar esas palabras! -gritó el otro. uniendo todas sus fuerzas, dio otro tremendo puñetazo a Moore:

El vaquero, entonces, levantó en alto una muleta y amenazando con ella a su furioso enemigo, le dijo:

-¡Como te acerques otra vez, te parto la cabeza! No estás borracho, no; he de decírtelo delante de esta desgraciada muchacha, que el ciego de tu padre quiere que se case contigo; no estás borracho, no; eres malo, ruin. Te aprovechas de mi inferioridad para luchar conmigo ahora que sabes que tengo un pie roto. ¡Pero si intentas tocarme otra vez, cobarde, te aplastaré los sesos con esta muleta! ¡Egoísta, canalla, villano, cobarde, mala persona!

-¡Te he de matar! -rugió Bellounds, lívido de coraje, abalanzándose sobre el lisiado.

Moore esgrimió la muleta, pero como sin ella conservaba difícilmente el equilibrio, Bellounds tenía sobre él una gran ventaja, de la que se propuso sacar partido; hizo un esguince, la muleta pasó rozándole la cabeza, pero sin acertarle, y entonces empujó con fuerza a Wilson y le tiró al suelo, golpeándole luego furiosamente antes de que pudiera levantarse.

Margarita presenció la escena presa del mayor pavor. Cuando Wilson cayó, la muchacha cerró los ojos para no perder el sentido. Oyó ruido de lucha, golpes, insultos. Al principio, la lucha parecía sostenerse lejos de ella; luego, pareció ir acercándose. Al abrir los ojos vio que el caballo de Moore se alejaba paso a paso de aquel lugar de combate. Durante los momentos subsiguientes, la lucha continuó sosteniéndose sin apreciable ventaja por ninguna de las dos partes. A pesar de lo horrible de aquella feroz contienda, esta vez no pudo menos de mirarla con fijeza. Pegábanse los dos jóvenes con furia loca; uno, unas veces encima, otras veces el otro. Pero al cabo de un rato la ventaja se declaró francamente en favor de Bellounds. A Moore le iban faltando las fuerzas. La lucha, para él, suponía un doble esfuerzo y cada vez que rodaba debajo de su enemigo corría el riesgo de quedar definitivamente fuera de combate. En una de las alternativas de la lucha, Bellounds se montó encima de él, le sujetó como pudo e intentó acabar con su enemigo golpeándole fuertemente el pie enfermo. Moore dio un grito de dolor y se defendió como pudo; pero nada logró. Cuando le vio definitivamente vencido, Bellounds se levantó y, sañudo e implacable, le dio vigorosos puntapiés en los vendajes del pie, hasta que el dolor hizo perder el sentido a Moore. Margarita presenció la crueldad temblando de horror; pero sin poder moverse, sin poder gritar. Deseaba saltar sobre Jaime para arañarle, para golpearle, para matarle, para apartarle de Wilson; pero sus músculos estaban paralizados. En su angustia, ni siquiera pudo volver la cabeza para no presenciar aquello. Lejos de conmoverse con el desmayo de Wilson, Bellounds se montó sobre él y continuó golpeándole con los puños. Su mirada era de odio; su cara, de asesino.

Librodot

Margarita oyó voces y pasos de gente que se aproximaba, lo cual le devolvió el uso del habla. Y gritó en demanda de auxilio. Pronto hizo su aparición el viejo Guillermo Bellounds y detrás de él llegó corriendo el cazador Wade.

-¡Está matando a Wilson, papá! -chilló Margarita.

-¡Alto ahí, demonio! -ordenó el ranchero.

Jaime Bellounds se puso en pie. Jadeante, con el pelo en desorden y la cara descompuesta, su aspecto en aquel momento había de resultar repugnante hasta a su mismo padre. Moore yacía en el suelo, sin sentido. Su rostro conservaba la última mueca de dolor y el vendaje del pie estaba teñido de sangre.

-¡Horror! -exclamó el honrado ranchero mirando con indignación a su hijo-. ¡Te has ensañado con ese pobre inválido !

Jaime Bellounds no respondió palabra. A pesar de todo, su odio no había quedado satisfecho. Con infernal alegría se volvió a Moore y le dijo:

-¡Ya tienes lo tuyo!

Y en seguida se alejó del lugar de la escena.

Mientras tanto, Wade se había arrodillado al lado del cowboy, lo mismo que Margarita. El ranchero, en cambio, parecía haber perdido el movimiento.

-¡Oh, oh, es horroroso! -exclamó Margarita-. Está pálido y lleno de sangre.

-Señorita, lo mejor que podría usted hacer ahora sería retirarse. Yo cuidaré a Wilson Moore. Haga usted el favor de ir a buscar agua y una toalla -le dijo Wade con un acento que tuvo la virtud de calmar algo a la muchacha.

Cuando ella se levantó para ir corriendo en busca del agua pedida notó una mancha de sangre en la mano con que había acariciado el rostro del cowboy, y con una emoción extraña tocó con sus labios aquella sangrienta mancha. Cuando volvió apresuradamente con las cosas que le había pedido Wade, oyó que el ranchero le decía:

-Parece muy serio el daño.

-Sí, muy serio -fue la contestación de Wade.

Para que éste pudiera lavarla con más comodidad, Margarita sostuvo la cabeza de Wilson apoyada en su pecho. Tenía el cowboy el rostro lleno de arañazos, golpes y contusiones, y de muchos sitios, tan pronto como Wade pasaba la toalla empapada en agua, brotaba de nuevo la sangre.

Margarita miraba aquel rostro ensangrentado v su corazón latíale al influjo de sentimientos de ternura que ella no acertaba a explicarse, y cuando Wilson entreabrió los ojos acabando por fin por abrirlos del todo, la generosa muchacha sintió una emoción que le estremeció todo el cuerpo.

Sonrió Wilson primero a ella, luego a Wade, y por fin elevó los ojos para mirar a Bellounds.

-Me ha vencido -dijo con voz débil- Me ha golpeado el pie hasta que me he desmayado. Pero me ha vencido; es inútil negarlo.

-Tal vez te haya vencido, Wilson; pero poco podrá vanagloriarse de haber vencido a un inválido como tú - declaró el ranchero.

-Jaime estaba medio borracho, patrón -explicó Moore débilmente-. Tenía, además, cierta razón para proceder como lo ha hecho, porque me ha encontrado hablando con Margarita, y hemos discutido y en 'la discusión le he dicho una porción de palabras ofensivas.

Se quedó el ranchero callado durante un rato y finalmente encogióse de hombros y se metió en su casa. Entre tanto, Wade, secundado por Margarita, ayudó a Wilson a levantarse y con suma dificultad pudieron ambos subirle al carro.

-Ahora, señorita -dijo Wade-, váyase usted a su habitación y procure serenarse. Piense que aún hubiera podido ser peor y esté segura de que yo llevaré al herido a su casa y le cuidaré lo mejor que sepa.

Moore sonrió tristemente y mirando a la muchacha le dijo:

-Siento mucho lo ocurrido, Margarita; perdóname.

-¡Perdonarte yo a ti! ¿Por qué te he de perdonar?

-Por haberte encontrado. Por haberme parado a hablar contigo. Por haber provocado la cólera de Jaime con mis palabras. Sí, yo, yo tengo la culpa de lo ocurrido por no haberme sabido callar.

-¡Oh, Wilson, no lamentes nunca este encuentro! Te aseguro que sentiría que lo lamentaras; pero si tu pie, ahora, no se cura, yo nunca, nunca...

-¡Oh, calla, calla! -suplicó Wilson.

-Sí, tienes razón, más vale callar-asintió ella, y corriendo hacia el rancho, atravesó el pórtico y entró en el comedor con el pecho jadeante y la mirada asustada. Era evidente que el ranchero estaba riñendo a su hijo; pero, al entrar ella en la habitación, el buen viejo calló.

-¡Jaime Bellounds -exclamó ella-, no eres un hombre ; eres un cobarde y un bruto!

Se quedó unos minutos mirándole con furor e indignación, y después, sin que nadie pronunciase una palabra más, salió precipitadamente de la estancia para encerrarse en su aposento.

VIII

Margarita no volvió a salir de su habitación aquel día, porque no quería que nadie pudiese leer en su rostro sus sufrimientos. Ni ella misma alcanzaba a formarse una idea de lo que le costaba rehacerse. Llegó a sobreponerse, sin embargo, hasta el punto de recuperar aquella noche el sueno perdido la anterior.

¡Cosa rara! Margarita se levantó sin temblar ante la idea de volver a ver al ranchero y a su hijo. Los últimos acontecimientos no sólo habían determinado un cambio en ella, sino que le habían infundido valor y fortaleza. Cuando se sentó a la mesa para almorzar advirtió la ausencia de Jaime. El viejo Guillermo la saludó con más afabilidad, que nunca.

-Jaime está arrepentido -declaró.

-¿De verdad? -comentó Margarita.

-Sí; dice que fue el exceso de bebida. Eso, y 1o que tú dijiste. Peor fue lo que le dije yo luego; pero lo tuyo, lo tuyo fue lo que le irritó. Los celos le cegaron. Ha puesto de tal modo su corazón en ti, que es terrible.

-¡Vaya un modo de expresar sus afectos! -replicó la joven como único comentario.

-Fueron los celos y la bebida -explicó el ranchero en su deseo de atenuar las culpas de su hijo.

- ¡ Pues me había prometido no volver a beber! -repuso Margarita.

Bellounds movió la cabeza con pesadumbre.

-¡Ah! -exclamó- Jaime promete las cosas con mucha facilidad, y con ánimo de cumplirlas. Pero sucumbe luego a la tentación y olvida la promesa. Esta vez, sin embargo, se comprende su debilidad, porque sus amigos le obligaron a festejar con ellos la proyectada boda, y fue milagroso que no, volviera hecho una sopa.

-Papá, tienes un corazón de oro -le dijo Margarita. ¿Cómo hubiese podido, en efecto, ver sin conmoverse el empeño con que el padre defendía al hijo?

-Dime, Margarita. ¿Después de lo sucedido mantienes todavía tu palabra?

-Sí.

-Temía que hubieras cambiado y no quisieras ya casarte con él.

-Cuando prometo una cosa, la cumplo, y mis promesas no están nunca sujetas a ninguna condición. -Hay ocasiones en que uno tiene el derecho de retirar sus promesas -dijo el ranchero con acento de profunda honradez.

-Nunca he retirado ninguna de las mías.

-Yo sí; no muy a menudo, es verdad; pero alguna vez, sí... Es necesario, hija. Surgen a veces circunstancias en que no hay posibilidad de cumplir lo prometido. ¡Y una muchacha... ! ¡Como si yo no comprendiera de qué modo los sentimientos de una muchacha pueden cambiar en una noche! De todos modos, yo debo declararte que cualquiera resolución que tomes merecerá mi aprobación, ya que por mi parte creo de mi deber dejarte en completa libertad para mantener o para retirar tu palabra.

-Papá, ser casándome hijo, con Jaime crees tú que podré ay ¿puedo yo rechazar la boda: -declaró Margarita.

-Hija, no se conoce nunca bastante a las personas. Ahora empiezo a comprender todo lo buena que eres todo lo que vales. Mis amigos me han acusado siempre de no ver sino a mi hijo, de no respirar sino por su boca. Siempre Jaime, siempre él, y únicamente él para mí. He sido ciego y sordo para sus defectos. Por fin abro los ojos.

Pero me queda una suprema esperanza: su casamiento. Crea que si se casa contigo el chico cambiará. -Entonces no hablemos más, papá; la boda está fijada para el primero de octubre y no hay por qué cambiar la fecha -confirmó Margarita.

Después de esta conversación, la joven se retiró de nuevo a su habitación a continuar el trabajo que había comenzado. Lo suspendía, sin embargo, muchas veces para mirar vagamente, a través de la ventana, las rocosas laderas del monte.

Más tarde, cuando salió a dar un paseo a caballo, vio a Manuel trabajando en la herrería.

-Buenos días, señorita. ¡Por fin se la vuelve a ver a usted! -le dijo saludándola.

-Casi me da vergüenza volver a ver ahora a mis buenos amigos, después de tantos días sin visitarlos - declaró ella.

-Con nosotros siempre está usted cumplida -aseguró el cowboy-. Está usted pálida...

-Tengo ganas de montar a Pronto. ¿Crees que se le puede montar?

-Sí, móntelo usted; le conviene un poco de ejercicio; de lo contrario, engordará demasiado.

El cowboy acompañó a Margarita a la puerta del potrero y llamó a Pronto con un silbido. El potro acudió, trotando, ansioso indudablemente de reanudar las antiguas correrías con su ama. Manuel lo ensilló apretando la cincha con gran cuidado.

-Creo que será mejor no apretarle demasiado la cincha -dijo-. Tenga usted cuidado y recuerde que la silla está floja.

-Muy bien, Manuel -contestó Margarita-. ¿En dónde están hoy los demás muchachos?

-Bludsoe y Joaquín se han ido a reparar el seto. -¿Y dónde está Benjamín?

-¿Benjamín? ¡Ah, usted quiere saber dónde está Benjamín Wade ! No le he vuelto a ver desde ayer. Le vi persiguiendo a un puma, de madrugada. No debe de estar lejos, porque sus perros andan por ahí.

Entonces, Manuel, ¿no has oído hablar de la pelea que tuvieron ayer Jaime y Wilson Moore?

Manuel hizo un gesto de sorpresa.

-No, no sé nada.

-Pues se pelearon; yo los vi -explicó Margarita-. Yo fui la única que lo presencié. Cuando papá y Wade acudieron, Wilson estaba sin conocimiento, y Wade se lo llevó en un carro.

-Pero ¿cómo pudieron luchar, si yo vi el otro día a Wilson y apenas si podía andar con las muletas? -Pues precisamente por eso; Jaime aprovechó la ocasión para obligar a Wilson a luchar. Le acusó de ladrón. Wilson procuró evitar la contienda; pero todo fue inútil. Jaime se le echó encima. Wilson se defendió mientras pudo, pero acabó por desmayarse cuando Jaime, sin compasión, le golpeó el pie, y entonces se subió encima de él y continuó golpeándole.

Manuel bajó la cabeza, evidentemente para ocultar su emoción.

-¡Oh, oh! -exclamó-. ¡Quién hubiera podido creer... Se separó Margarita del cowboy y guió su caballo por el camino que conducía a la cabaña de Wade. Sin analizar los impulsos que sentía de decir la verdad a todo el mundo, lo cierto era que experimentaba vehementes deseos de explicar a todos lo ocurrido. Una vez lejos de la casa parecía como si se hubiera quitado una gran carga de encima, y las ganas que tenía de hablar eran cada vez más vehementes.

Los perros anunciaron la llegada de Margarita con una salva de ladridos. Sansón y Jim estaban en el pórtico. Los demás perros estaban atados separadamente, a pocos pasos de distancia, en el bosquecillo de álamos. Sansón, al ver a Margarita movió alegre la cola; pero no se levantó a causa del cansancio, pues había estado cazando todo el día anterior. Si Wade hubiera estado en su vivienda habría salido, sin duda alguna, a averiguar la causa de tanto ladrido. Cuando Margarita llegó, advirtió la piel de otro puma colgando de la cabaña.

Siguió el curso del arroyo. Desde que no llovía, las aguas se habían vuelto más clara. Brillantes, bulliciosas v rápidas en algunos lugares, presentaban una superficie clara y verde en los remansos. Pasó la muchacha por delante del dique construído por el castor solitario que habitaba el valle. Los tronquitos de sauce recientemente amontonados indicaban que el animal hacía sus preparativos para el invierno. Margarita recordó entonces con qué alegría se enteró Wade de la existencia de aquel castor, y con qué interés había hablado de cazar algún otro para soltarlo cerca del solitario.

Vadeó la joven el arroyo en un lugar de escaso fondo en donde las patas de Pronto asustaron a las truchas haciéndolas huir en busca de aguas más profundas. Siguió Margarita por la vereda que conducía al ranchito de Wilson Moore. Recientes pisadas de caballo le indicaron que Wade había cabalgado por allí poco tiempo antes. De repente vio a Kane y le llamó

-¡Kane, Kane, ven aquí!

Kane, en efecto, se le acercó; pero se detuvo a dos o tres pasos de distancia, moviendo, aunque sin grandes extremos, la cola.

Sage Valley era uno de los valles que se extendían al pie de la montaña de Peñas Blancas. Tenía cerca de un kilómetro de ancho y estaba dominado por varios picachos. El extremo opuesto a Peñas Blancas estaba bordeado por un oquedal de álamos. El arroyo pasaba vocinglero junto a los árboles. Aquí y allá veíanse vacas y caballos pastando en los feraces y abundosos prados. Margarita quedó muy sorprendida al ver tantos animales, no acertando a sospechar a quién podrían pertenecer, porque todo el ganado de Bellounds estaba más lejos, en donde tenía que pasar el invierno. Entre los animales que tanto la habían sorprendido divisó Margarita la blanca alfana que Bellounds había regalado a Moore ¡Y un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar que su propietario quizá no pudiera volver a montarla detrás de la vivienda de Wilson se destacaban algunos grupos de álamos. El lugar era magnífico; Wilson Moore difícilmente hubiera podido elegir otro mejor. Ningún cambio en la cabaña; sin embargo, ésta había Perdido su aspecto de soledad y ruina. La última parte de la cuesta le pareció a Margarita extraordinariamente larga. Guando se apeó y ató a Pronto, su corazón latía con inusitada rapidez.

La puerta del rancho estaba abierta y Kane se adelantó a Margarita, entrando él el primero.

-¡Aquí, Kane! -oyó la muchacha-. Como vuelvas a salir sin mi permiso, puedes tener por segura una paliza.

-Era la voz de Benjamín Wade.

-Acabo de oír un caballo -dijo la voz, menos sonora, de Wilson.

Wade acudió inmediatamente a la puerta de la cabaña.

-¡Es nada menos que la señorita Margarita! -anunció haciéndola entrar.

-Buenos días -dijo ella con voz alegre y afectuosa.

-Margarita, ¿es posible que hayas venido a verme? Oyó la joven esta expresión de asombro antes de ver a Wilson acostado en el otro extremo de la habitación, debajo de una ventana.

-Claro que sí. ¿Cómo te encuentras?

-¡Oh, en la gloria en este momento! Siento únicamente que me hayas de ver hecho un inválido.

Margarita no supo qué responder. En realidad aún no había visto bien a Wilson en su lecho. Parecía tener cubiertos los ojos con espesa neblina, y un nudo le apretaba la garganta. Por fin logró sobreponerse y echando una mirada alrededor de la estancia, la encontró admirable.

-Menas mal, Wilson -exclamó-. ¡ Vives en un palacio!

La sorpresa que Magdalena experimentó al contemplar el interior de la cabaña fue, en efecto, considerable. Un hada parecía haber transformado por completo la miserable vivienda del antiguo buscador de oro. En las mejoras introducidas advertíanse las manos expertas de un carpintero, de un albañil y de un decorador. Margarita miraba de un extremo a otro, desde la gran ventana bajo la cual Wilson yacía doliente, hasta el ancho hogar de la chimenea, y desde el suelo, alfombrado con pieles de gamo, hasta el techo de paja sostenido por troncas de álamo. Las grietas de los muros estaban tapadas con arcilla roja. No había polvo ni suciedad y en el ambiente flotaba el olor de la artemisa, del humo de maderas fragantes y el de la carne asada. Sobre las brasas había un olla que exhalaba un tufillo delicioso, y el modo de meterse el humo por la chimenea indicaba la buena construcción de ésta.

En las paredes había varias cabezas de gamo, de cuyos cuernos colgaban las prendas propias de los cowboys: espuelas, cuerdas, correas, armas... En un rincón de la pieza había un aparador recientemente construído, y junto al aparador, una mesa, nueva también. Había, además, en la pared, varias perchas, de las cuales colgaban sillas de montar, bridas, mantas, ropa...

-Él ha hecho todo esto -dijo Wilson señalando a Wade, con gran satisfacción al contemplar el' asombro de Margarita-. ¡ Y tan de prisa! ¿No es maravilloso? ¿Y a un hambre así se le ha puesto el apodo de "Desdichas"? ¡Yo le llamaría «Enviado del Cielo»!

Cuando Margarita volvió hacia Wade la cabeza, llena de admiración y de gratitud, a éste se le cayó el palo que tenía para atizar el fuego, y ella notó que al agacharse a recogerlo, le temblaban las manos. ¿Qué tendría de extraño aquel temblor, para impresionar, como impresionó, a la joven?

-Wade, es muy posible que sea usted un enviado del Cielo -le dijo más en serio que en broma.

-¿Un ángel bueno yo? - exclamó riendo el cazador -. Me falta virtud para tanto.

Entre los varios adornos que Wade había introducido en la estancia había un jarro con margaritas, en el alféizar de la ventana.

-Wade me las ha traído - explicó Moore, cuando advirtió que Margarita se fijaba en las flores -. Sabe que son mía flores favoritas. No tardarán en desaparecer de los campos bajo las heladas, y mientras pueda quiero contemplarlas. También Wade prefiere las margaritas a las demás flores.

De nuevo la muchacha volvió a sentir la misma emoción extraña de otras veces, una emoción profunda que ella misma no acertaba a comprender ni a analizar. Bajó los ojos, y, al bajarlos, notó que Wilson tenía la mano vendada.

-¡Cómo, Wilson! ¿También la mano? -preguntó ella con pena.

-Has visto a Jaime esta mañana? -preguntó Wilson sonriendo.

-No.

-Pues si le hubieras visto habrías comprendido por qué llevo el puño vendado - explicó el cowboy. -Han :sido los golpes que le diste? -preguntó Margarita, con un estremecimiento que ella misma no acertó a emprender si era de horror o de alegría.

-¡Oh, Wilson, fue horroroso lo de ayer! -exclamó la muchacha-. ¡Jaime hubiera querido matarte!

-¡Y yo le hubiera matado a él sin reparo si hubiera tenido un revólver en mis manos!

-¡Es preciso que no os volváis a encontrar más! -declaró ella.

-Ése es mi mayor deseo -afirmó Moore con un acento que indicaba que nadie como él comprendía la necesidad de no volver a cruzarse con Jaime Bellounds.

-Sí, Wilson, tú evitarás el encuentro, ¿verdad? Hazlo por mí, te lo ruego -imploró Margarita acariciando suavemente la vendada mano de Wilson Moore.

-Sí, haré todo lo que pueda par evitarlo. Marcharé por los caminos extraviados, huiré de los ruidos, como un coyote, me ocultaré, otearé... Pero, Margarita, si alguna vez, a pesar de todas mis .precauciones, lo encuentro...

-¡Oh, no, no, déjaselo al cazador Wade! -interrumpió éste. Y luego, cambiando de tema y dirigiéndose a Margarita, le dijo:

-Señorita Margarita, creo que va a tener que ayudarme usted a alimentar al herido, puesto que está aquí.

-Sí, sí, con mucho gusto- dijo la joven con alegría, yéndose a sentar al borde de la cama -. Benjamín, acerque usted aquella caja y ponga la comida encima de ella.

Mientras Wade preparaba las cosas, Margarita, dulcemente conmovida con la proximidad de Wilson, procuró distraer sus sentimientos con la conversación.

-¿No puedes utilizar la mano izquierda para comer? -preguntó.

-¡Mira! -contestó Wilson mostrando la mano que tenía oculta debajo de las mantas.

-¡Oh! -exclamó la muchacha con un estremecimiento de horror al verla completamente vendada.

-Dos huesos rotos -explicó Wilson-. El amigo Wade es gran médico. Nunca he visto otro igual.

-Y un gran cocinero, porque la comida que te ha preparado huele muy bien. Anda, prepárate -dijo Margarita.

-Dobla aquella manta, pónmela detrás para que me apoye en ella y ayúdame a incorporarme un poco - dijo Moore.

¡Qué emoción más deliciosa para Margarita el inclinarse sobre él y pasarle el` brazo por detrás de la espalda y ayudarle a moverse! Le recordaba aquello los sentimientos maternales con que cuidaba a las muñecas en su infancia. Y sus mejillas se tiñeron de carmín.

-¿No te puedes mover? -preguntó, al advertir lo mucho que pesaba el cuerpo de Wilson.

-Difícilmente -contestó Moore, con la frente cubierta sudor que acreditaba el dolor que producía en él cualquier movimiento.

-Me has dicho que tu pie va bien.

-¡O h, sí! Todavía lo tengo; puedo asegurártelo.

-¡Oh! -exclamó Margarita, y sin más comentario comenzó a servirle la comida.

-Es un placer estar herido para que le cuiden a uno así -manifestó Wilson.

-No digas tonterías -repuso ella.

-Margarita, no eres la misma. Ya no eres una niña. Eres una mujer, y muy hermosa por cierto.

-¿Vas a comer?

-¿Comer? Sí, sí; tengo mucho apetito.

A Margarita le costó gran trabajo alimentarle. Con la n que sentía, le era muy difícil servirle bien. Además, le asaltaban temores que ella misma no acertaba a explicarse. ¿No se fijaría Wade en cómo le temblaban las manos? ¿Y no le extrañaría tal debilidad? Mas de

pronto, predominó entre sus pensamientos una idea. ¿Por qué había de disgustarle que Wade leyera en su corazón? ¡Quizá le entendiera él en aquel momento mejor de lo que se entendía ella misma!

-No quiero más -declaró por fin Moore.

-No lo has hecho mal, para estar como estás -observó Margarita.

Y luego, cambiando de tema, preguntó

-¿Piensas pasar aquí todo el invierno?

-Sí.

-¿Es tuyo todo el ganado que he visto en el valle?

-Sí, he adquirido cerca de cien cabezas con el dinero que he llegado a ahorrar.

-No es mal principio. Me alegro de veras. Pero ¿quién va a cuidar de ti y de tu ganado, mientras permanezcas sin poder moverte?

-Benjamín Wade, sin duda -respondió Moore señalando al cazador, ocupado en aquel momento en limpiar varios utensilios, y sin dar muestras de oír lo que acerca de él se hablaba.

-¿Quieres que te traiga algo para comer o para leer? -preguntó Margarita.

-Lo que deseo es que vengas tú -manifestó el cowboy.

-¡Claro, hombre! ¿Cómo puedo traerte nada sin venir personalmente?

-Es verdad, tienes razón; tráeme, pues, un poco de confitura y un libro.

-Te lo traeré mañana mismo.

-Lo espera, porque sé cómo cumples tú lo que prometes.

-En tal caso, queda tranquilo. Hasta mañana, pues, porque ahora debo irme; ya es tarde.

-Estaré impaciente hasta que vuelva a verte.

Salió Margarita bastante de prisa, y cuando estuvo fuera, las colinas le parecieron más suaves, más encantadoras que nunca, y el cielo más rutilante y más azul. Cuando, después de desatar a Pronto, se preparaba a montarlo, Wade se acercó a ella seguido de Kane.

-Si va usted despacio, señorita Margarita, la alcanzaré dentro de un rato y la acompañaré -le dijo.

Montó, pues, la muchacha, y comenzó a descender la cuesta con gran lentitud. El rancho de Wilson estaba mucho más elevado de lo que ella había supuesto y las perspectivas que desde él se alcanzaban eran sorprendentes y bellísimas.

Al final de la cuesta, Wade se reunió a ella.

-Le ruego, señorita, que no diga usted a Bellounds que cuido a Wilson -le suplicó con sus maneras amables y persuasivas.

-Bueno, no se lo diré; pero, ¿por qué quiere usted guardar el secreto? Papá nada tendría que objetar. Es hombre capaz de hacer él mismo lo que usted hace.

-No lo dudo; pero Wilson está peor de lo que parece y necesita muchos cuidados. Por si acaso, le ruego no diga nada porque no quiero perder el empleo, ni quiero tampoco exponerme a que Bellounds me impida seguir cuidando al pobre muchacho.

A todo esto, Margarita y Wade habían llegado a la primera alameda. Margarita detuvo su caballo, por lo cual Wade se vio obligado a hacer lo mismo. Ella le miró y la expresión pesimista que advirtió en su cara le confirmó sus sospechas.

-Wade -le dijo-, no me oculte la verdad; quiero conocer el verdadero estado de Wilson.

-Señorita Margarita, yo conozco algo la Medicina y soy algo cirujano y no le hablaría a usted. con tanta franqueza sino necesitara su ayuda -contestó el cazador.

-¡Oh, cuente usted conmigo! -exclamó la joven-; pero déme a conocer la verdad entera de lo que haya. Wilson tiene el pie completamente deshecho. Jaime se lo aporreó con una fuerza terrible y la primera rotura se ha agravado considerablemente. Temo se declare la gangrena de un momento a otro. Ya sabe usted lo que es la gangrena : un proceso de descomposición de la carne. En cuanto recelé el peligro advertí a Wilson que tenía que dejarse cortar la pierna; pero el muchacho me dijo que antes que perder el pie prefería morir. Si la gangrena se

presenta, únicamente cortándole en seguida la pierna por la ingle se le podrá, tal vez, salvar la vida.

-¡Oh, no puedo creer que seamos tan desgraciados! -exclamó Margarita- Ya presumía yo que el daño era grave; pero usted me dice ahora que por muy bien que vaya todo, siempre se quedará... ¡Oh, no puedo creerlo, no puedo creerlo...!n todo caso, señorita Margarita, lo que puedo asegurarle es que Wilson no volverá a montar nunca más a caballo. Por lo menos como antes, como un hombre del Oeste.

Esto a Margarita le pareció la mayor de las desgracias. Los ojos se le llenaron de lágrimas y en el pecho sintió una violenta opresión.

-¡Pobre Wilson! -exclamó, enternecida-.¡Tanto que le gustaba montar! Era el mejor jinete de la pandilla y es horrible que haya de quedarse cojo para toda la vida, si solamente con la ayuda de las muletas ha de poder andar. ¡Todo por culpa de ese malvado de Jaime Bellounds! ¡El bruto, el cobarde! ¡Le odio! ¡Oh, le odio! ¡Y pensar que me he de casar con él el primero de octubre! ¡Oh, Dios mío, piedad!

Sin darse cuenta de lo que hacía, Margarita se apeó del caballo y una vez en tierra se desató en un torrente de lágrimas. Una tristeza profunda, un desconsuelo sin límites, se había apoderado de ella y sacudía todas sus fibras.

Muchas lágrimas cayeron al suelo y fueron absorbidas por la madre Tierra.

Wade bajó también del caballo y con gran suavidad y ternura le puso una mano en el hombro, mas sin decir palabra. únicamente después de haberla dejado desahogar le alzó la cabeza y le dijo:

-Muchacha, las cosas no son nunca tan desgraciadas como a primera vista nos parecen. Venga, siéntese a mi lado y óigame.

-¡Oh, Benjamín, algo extraño ha sucedido dentro de mí que no sé lo que es, que no acierto a analizar; pero me anuncia males y terribles consecuencias, algo que acabará por matarme

-Lo sé, lo adivino -explicó Wade atrayendo hacia sí la cabeza de Margarita-. Señorita Margarita, yo soy un hombre a quien le han sucedido las mayores desgracias del mundo. Y sin embargo, aún estoy vivo, aún respiro, y aún puedo ocuparme de ayudar a los demás. Nadie se muere hasta que Dios quiere. Usted es una muchacha llena de prendas y atractivos y una voz interior me dice que usted ha nacido para ser feliz. Yo soy un hombre de experiencia. Escuche...

-Pero, Benjamín -interrumpió ella-, usted nada sabe de mí. Le acabo de decir que a pesar de odiar a Jaime Bellounds me he de casar con él. Su padre me recogió siendo yo una niña y me ha criado y cuidado como a una hija. Todo se lo debo a él; no tengo padres, ni parientes. Nadie me quiere en el mundo.

-¡Que nadie la quiere! -repitió él con acento de reconvención-. ¡Es curioso cómo nos equivocamos siempre! Niña mía, usted exagera sus penas, y hace usted mal. ¡Dice usted que nadie la quiere, cuando, al contrario, la queremos todos! Manuel y Joaquín la quieren. ¿Cómo no han de quererla, si usted es como una aurora de luz que les ilumina la vida? El mismo Jaime la quiere y ama con toda la intensidad de que es capaz. El viejo Bellounds la quiere, sin duda alguna, con un cariño real, positivo, intenso... Y yo, ¡oh!, yo la quiero a usted lo mismo, lo mismo que si fuese usted mi hija. Deseo ser para usted el amigo, el hermano que usted necesita, y si me deja, creo que llegaré a ser para usted como una madre.

La ternura de aquel hombre conmovió profundamente a Margarita.

-¿De veras me quiere usted tanto? -preguntó la muchacha presintiendo que al fin iba a hallar en aquel hombre lo que había necesitado tanto desde niña-. ¿De veras desea usted ser para mí todo lo que dice?

-Sí, muchacha, por poco que usted me lo permita.

-¡Oh, cuán bueno es usted! Lo comprendí la primera vez que le hablé. ¡Cuántas veces he estado tentada de acudir a usted para contarle mis pesares! Yo quiero a papá y papá me quiere

Librodot

a mí; pero él no me entiende. ¡Está demasiado ciego por su hijo! ¡Nunca he tenido a nadie, a nadie!

-Ahora me tiene a mí -aseguró Wade can una dulzura en la voz que le llenó a Margarita el alma de esperanza-. Por lo mismo que he pasado tanto, la podré ayudar a usted más. Muchacha, si una mujer no tiene valor y entereza, ¿qué se podrá esperar de un hombre? ¡Hay más valoren una mujer que en un hombre! La vida tiene caprichos extraños y ha sido cruel con usted al colocarla, huérfana en realidad, al lado de un hombre completamente absorbido por su hijo. ¡Tiene usted que arrostrar su suerte con ese mayor valor que las mujeres tienen! Supongamos que detesta usted al Impetuoso Jaime, supongamos que ama usted a Wilson... No me mire de ese modo, muchacha, y no me niegue lo que yo he leído en su corazón. Sí, usted ama a Wilson. La cosa no es para esperar nada bueno; pero nunca se puede adivinar lo que puede su cuando se procede con rectitud! y honradez. Si usted cree que el deber la obliga a casarse con Taime, por ser éste el único modo de pagar la deuda que tiene usted contraída con Bellounds, cásese y sea valiente. No ha sido usted quien ha querido las cosas, y si usted procede con valor y lealtad todo se solucionará mejor de lo que usted se imagina. Algún día le contaré a usted mi vida para que vea que siempre hay algo peor. Por arduas que sean las circunstancias que atravesamos no hay que perder nunca la esperanza. Cuando le cuente mi historia verá que yo, en medio de mis mayores penas, no he dejado nunca de luchar y trabajar, ni he dejado nunca de admirar la belleza de las flores, y de las montañas, y de todas las cosas del mundo, encontrando tal deleite en todo, que no he necesitado sino del placer infinito de la contemplación para considerarme muy dichoso de haber nacido. ¡Imagínese, hija mía, la felicidad que yo puedo encontrar en enseriarle a usted todo eso l ¡Qué gloria, qué suerte para mí! Y si llego a deberle tanta ventura, ¿qué habrá en el mundo que yo no sea capaz de hacer por usted?

Margarita levantó la cabeza radiante de júbilo y dijo:

-¡Oh, Wilson tenía razón! ¡Usted es un enviado del Cielo! ¡Un ángel para mí!

IX

Un espíritu nuevo, poderoso, irreprimible, animaba a Margarita. Hasta las misteriosas profundidades de su alma había llegado la chispa precursora de un gran incendio y cuando la infeliz salió de aquellos momentos de estupor, se encontró con una gran pasión en su alma.

-¡Oh, Benjamín! -exclamó abriendo y elevando los brazos como si pretendiera abrazar los mismos cielos -. ¿Tendré fuerzas suficientes para resistir?

-¿Para resistir qué? -preguntó Wade.

-Para resistir estos impulsos de mujer que se han despertado en mí.

-Ninguna joven ha vuelto a la infancia una vez se ha despertado en ella la mujer -contestó él con un dejo de tristeza en la voz.

-Quería morir, y ahora deseo vivir, luchar... Benjamín, usted me ha devuelto la salud del alma. Débil y sola, creo que muchas veces esperaba como en sueños la persona que había de hablarme como usted lo ha hecho. Parece como si yo le hubiese conocido en algún otro mundo antes de conocerle en la tierra, y mientras usted me hablaba, del mismo modo que hubiera podido hacerlo mi madre, mi corazón saltaba de alegría como en presencia de un antiguo amigo. ¡Oh, qué sentimientos a la vez bellos y extraños ha suscitado usted en mí!

-Usted es joven, Margarita -dijo Wade apoyándose en la acción del estribo-, y no tiene usted todavía la menor noción de todo 1o extraño y terrible que encierra la vida. Extraño y terrible, mas también hermoso. ¡Quién sabe! Quizá yo fuera realmente algo suyo en alguna

existencia anterior. Por mi parte, me inclino a creerlo. No sé qué fui de usted, ni cuándo el' Destino nos. puso por primera vez en contacto. Tal vez éramos flores, tal vez pájaros. No puedo negar que la idea cautiva mi espíritu.

-¡Pájaros; también a mí me agrada la idea! -contestó Margarita- A mí las aves me gustan mucho en general; pero entre ellas también hay búhos, cuervos v gavilanes.

-Indudablemente, muchacha; en la Naturaleza ha de haber de todo. Si no hubiera feo y malo, no habría tampoco bueno y bello. Pero ahora volvamos ya a casa, que está haciéndose tarde.

-Diga, Benjamín, ¿no sería mejor que yo me volviese a ver a Wilson ahora mismo?

-¿Para qué?

Para decirle la verdad y explicarle por qué no podré visitarle mañana, ni pasado, ni nunca-contestó ella con voz temblorosa.

Calló Wade un momento para meditar la contestación, y en su silencio, le pareció advertir a Margarita la disconformidad.

-Yo creo que valdría más dejar la explicación para mañana -dijo al fin-; Wilson ha tenido ya bastante excitación por hoy.

-Entonces iré mañana-asintió ella, y a la luz crepuscular cabalgaron en silencio.

-Buenas noches, muchacha -dijo Wade al pasar por delante de su cabaña-. Recuerde que ahora ya no está sala en el mundo.

-Buenas noches, Benjamín, mi buen amigo -respondió ella continuando su camino.

No estaba aún tan oscuro para que Margarita, cuando encontró a Joaquín Montaña en el corral, no advirtiera la espuma que cubría a su caballo. No parecía estar Joaquín de muy buen talante; pero ella comprendió que volvía de Kremmling y se le acercó. Al verla, él se le ofreció diciéndole:

-Entrégueme usted a Pronto, señorita Margarita, yo cuidaré de él para que usted pueda ir a cenar, que sin duda la estarán esperando.

En el hogar del rancho ardía un buen fuego junto al cual el ranchero estaba entregado a la lectura.

-¡Hola, hija! -dijo saludándola con su amabilidad acostumbrada-. ¿Conque de dar un buen paseo, eh? ¡Y qué guapa estás, muchacha! O eres la más bonita de todos estos contornos o tengo telarañas en los ojos. ¿Cómo estás tan colorada?

-Hace frío y el viento sopla con fuerza; pero no vengo de muy lejos; de ver a Wilson Moore nada más.

-¡Ah, ah! Bueno, ¿y cómo está el pobre? - preguntó el buen hambre.

-Él dice que se encuentra mejor; pero a mí me parece que sigue mal -respondió la joven.

-¿Tiene algún amigo que le cuide?

-¡Oh, sí!, los Andrews y otros. Su cabaña no carece de nada. Se ve en seguida que no está solo.

-¡Cuánto me alegra oír eso! Enviaré a Manuel o a Wade para que vean si podemos hacer algo en favor del herido.

-Sí, papá -dijo Margarita-; no esperaba yo menos de tu generoso corazón.

-Mira, Margarita -dijo el ranchero mostrando un montón de sobres-, todas estas cartas son de personas de Kremmling que desean les invitemos a la boda. ¿Quieres que vengan?

-Si; cuantos más seamos, mejor -contestó Margarita.

-¡Quién sabe! Tal vez fuera mejor no invitar a nadie.

-¿Por qué, papá?

Porque mi hijo no tiene simpatías. ¿Para qué han de asistir a su boda los que no pueden verle? -explicó Bellounds con tristeza.

En aquel momento Jaime apareció con la cabeza vendada y ocupó su sitio en la mesa.

-Anda, Margarita, sentémonos a la mesa, que ya es hora -dijo el ranchero alegremente.

-Tengo un hambre canina -dijo ella al ocupar su sitio frente a Jaime.

-¿Dónde has estado? -le preguntó intrigado éste.

-Buenas tardes, Jaime; veo que ya te has fijado en mí. Hoy he montado a Pronto por primera vez después del accidente. He llegado hasta Sage Valley.

Él la miró con el ojo que el vendaje dejaba al descubierto y se puso luego a pinchar la carne y las patatas apresuradamente para disimular su mal humor.

-¿Qué te pasa, Jaime? ¿Te encuentras mal? -preguntó Margarita con solicitud' demasiado acentuada para ser espontánea y sincera.

-No; me encuentro perfectamente.

-Pues cualquiera diría que estás enfermo. Por lo menos, a juzgar por tu cara. Estás pálido, y, sin embargo, a trechos tu piel está roja. Y tu único ojo visible refleja y acusa el dolor de tu alma.

-¿Te burlas? -preguntó Jaime.

-¡Que ocurrencia! ¿Cómo puedes pensar eso? Sólo he querido expresarte mi asombro de verte así. ¿Vas a casarte can la cabeza vendada?

Jaime sintió el latigazo de la ironía y su padre acudió en su ayuda diciendo

-¡Oh, oh! ¡Por vida de..., muchacha!, nunca te hubiera creído capaz de ser tan rencorosa. ¡Vamos, vamos, olvídese de una vez lo pasado y no haya rencillas entre sí!

Una vez sola, volvió a entregarse a sus emociones, tan contrarias a la externa y acentuada gravedad mostrada al ranchero y su hijo. Dominábale el afán de analizar sus propios sentimientos, de investigar la causa del cambio que las palabras de Benjamín Wade habían determinado en ella. ¿Por qué se había sentido tan atraída desde el principio hacia aquel hombre? Margarita se inclinaba a creer que era por el influjo que en ella ejercía la expresión de nobleza y bondad que loas años de sufrimiento habían dejado en su rostro.

Y la muchacha hizo en aquellas circunstancias cuanto pudo por retener de urna manera definitiva en su alma los sentimientos y las ideas que habían surgido en su pecho al conjuro de las palabras del hombre que había sabido poner en su voz la ternura de una madre.

Comprendía los deberes que la ligaban al ranchero, quien había sido un padre para ella. Cualquier cosa que él le pidiera, ella debía otorgársela. Y en cuanto al hijo con quien ella debía vivir durante todos los días de su, vida, su deber consistía en ser para él una buena esposa, en soportar y disimular sus defectos, en ayudarle siempre con paciencia, lealtad y todo el afecto posible. Era preciso evitar la repulsión instintiva que su novio le inspiraba, pues una mujer honrada no podía aborrecer al marido. Era preciso vencer el aborrecimiento, la antipatía. Todo ello era difícil y le costaría cada día más; pero ella lo aceptaba con la entereza y decisión de las almas grandes.

Su espíritu permanecería inalterable a través de todas as adversidades. Se encerraría dentro de sí y viviría ajena a todos los cuidados y preocupaciones frecuentes en las almas vulgares, porque las palabras de Wade habían despertado en ella la esperanza, la idea, el anhelo de una vida interna de emoción y sentimiento. Y pensaba en lo que había sido, en lo que hubiera podido ser, en la belleza y misterio de la vida, en algo que la atraía dulcemente, irresistiblemente: en la Naturaleza. ¿Quién podría separarla de las suaves, grises, aterciopeladas colinas, y de las purpúreas cumbres y las oscuras cordilleras en cuyas inmensidades la encontraron como una margarita entre las breñas?

El amor, un amor súbito, inexplicable, peligroso en su misma exquisita dulzura, era su secreto. Aquél era el único sentimiento que ella no se atrevía a mirar cara a cara, por lo que tenía de misterioso y amenazador. Mas la conciencia que tenía de este sentimiento iba envuelta y mezclada a la vigorosa y firme corriente de su espíritu.

-Iré a verle -se decía-, se lo confesaré todo. Es preciso que él' lo sepa. Luego le diré adiós... ¡para siempre!

¡Cuánta dulzura habría en la confesión; pero también cuánta amargura, cuánto dolor en el eterno adiós! Amedrentábanle las posibles derivaciones y consecuencias. ¿Qué cosas podrían suceder? ¡Cuán oscuro se presentaba el desenlace! Era imposible prever en qué podrían terminar las cosas, antes de dar el gran paso que proyectaba. Y las horas transcurrieron lentas sin que el sueño acudiera a cerrar sus párpados. El silencio y la quietud de la casa se convirtieron en un tormento, y el aullido de los coyotes, al recordarle las horas de fa infancia que nunca más habían de volver, 1'e llenó el alma de nostalgia y amargura.

Cuando al día siguiente llegó la temida y anhelada hora, montó Margarita a caballo v se lanzó en dirección de Sage Valley con la velocidad del viento; pero al llegar al lugar en donde las palabras de Wade habían suscitado en ella todos los conflictos de su rica vida interior, sufrió una reacción que le hizo marchar lentamente, deteniéndose a cada paso.

Las emociones de la muchacha se apaciguaron a la vista del caballo de Wade atado junto a la cabaña de Wilson. El cazador estaría en el interior de la vivienda y por lo tanto ella no se vería obligada a revelar su secreto inmediatamente. Esta esperanza la reanimó y sus lánguidos pasos recuperaron el acostumbrado vigor. La puerta estaba abierta; pero ella, antes de entrar, prefirió llamar desde fuera:

-¡Qué tarde llegas! -exclamó Wilson con acento de cariñoso reproche y espontánea alegría cuando la vio entrar. El muchacho estaba tendido en la cama, solo en la habitación.

-¿Dónde está Benjamín? -preguntó Margarita.

-Estaba aquí hace un instante preparándome la comida. Te esperaba; ¡pero has tardado tanto en llegar! La comida se ha enfriado. Yo, pensaba que ya no venías y no he querido comer. Pero Wade estaba seguro de que no faltarías. En fin, ya estás aquí y ahora todo está bien. Margarita se acercó a su cama y le miró con una emoción insuperable. Parecía que la mano invisible de un gigante le apretara el corazón. Wilson tenía mejor aspecto. La hinchazón y la rubicundez de su rostro habían cedido algo, y, en aquel momento al menos, sus ojos no acreditaban ningún sufrimiento. Su mirada era dulce, acariciadora, elocuente. Si Margarita no hubiese ido allí con su determinación bien tomada, aquella mirada le hubiese arrancado de todos modos la confesión que pensaba hacer. ¡Oh, la mirada de aquel hombre! ¿La habría mirado siempre de aquel modo? ¿Sería posible que ella, con incomprensible ceguera, no hubiese reparado en ello hasta entonces?

-Veo que estás mejor -exclamó llena de alegría.

-Sin duda, ahora; pero he pasado muy mala noche. No he podido dormirme hasta la madrugada. En cambio, Wade me ha encontrado dormido. ¡Cuánto te agradezco esta visita, Margarita! ¡Qué bonita estás! Nunca te he visto tan radiante. Y tus ojos brillan de un modo...

-¿Te gusto? -preguntó mecánicamente, con la atención puesta por completo en otros pensamientos.

La pregunta hizo reír al muchacho.

-Ven, acércate- suplicó adelantando hacia ella una mano vendada.

Margarita cayó de rodillas cubriéndose la cara con las manos, y aunque procuró contenerlas, no pudo reprimir algunas lágrimas.

-¡Vamos, Margarita, no llores! ¿Qué es eso? Sólo he querido sentirte cerca de mí, tocar tu mano...

-¡Tómala! -contestó ella tendiéndosela, mientras continuaba tapándose los ojos con la otra.

Deseaba conservar su secreto algunos momentos todavía, ocultar su mirada, sentir esa misteriosa mezcla de tristeza y alegría exaltadas que sólo pueden agitar el corazón de la mujer una vez en la vida.

-¿Qué te pasa? -preguntó él, alarmado.

Y tomando posesión de la mano temblorosa que ella le ofrecía insistió

-¿Qué te pasa, di, Margarita? ¡Es tan extraña tu actitud que no sé si estoy loco o si sueño! Por piedad, Margarita, no llores; ¡mírame...!

Margarita entonces descubrió sus ojos, entregándose por completo a la gloria del momento.

-Wilson, siento a la vez rubor, miedo y alegría -dijo con voz entrecortada.

-¿Por qué? -preguntó él sin acertar a comprender.

-Por... por algo que tengo que decirte -murmuró.

-¿Qué es ello?

-¿No lo adivinas? -preguntó Margarita inclinándose hacia él llena de ternura.

Él palideció intensamente y sus ojos brillaron como centellas.

-No, no lo adivino. No me atrevo a creer en lo que veo, por temor a equivocarme -exclamó.

-Es algo real desde hace años, desde siempre -explicó ella-, aun cuando yo no lo he comprendido hasta anoche.

-Margarita, por favor, ¡no te burles de mí!

-¿Te acuerdas cuando, tiempo atrás, me enfadé contigo porque me besaste?

-¿Crees que es posible que yo olvide un beso, dado o robado?

-¡Te amo! -exclamó ella sintiendo coloreársele las mejillas por el rubor.

Esta confesión trastornó a Wilson Moore. Pasándole el brazo alrededor del cuello, atrajo a la muchacha junto a su pecho y le besó apasionadamente los ojos, las mejillas, los labios, y luego otra vez ojos, mejillas, cabellos y labios, una y otra vez, con júbilo, con ternura, con inmenso cariño.

-¡Dios mío! ¡Quién lo dijera! No hay hombre más feliz que yo en la tierra.

Margarita permanecía con la cabeza apoyada en el pecho del cowboy, sin ningún deseo de moverse de allí. La exaltación, la gloria, la alegría del amado eran otras tantas fuerzas que la retenían junto a él.

-¡Oh, sí, te amo, te amo! -repetía con entusiasmo.

-¡Oh, sí, lo creo; ya no es posible dudar; pero levanta la cara; déjame leerlo en tus ojos!

Ella levantó la cabeza; pero sus ojos estaban nublados por las lágrimas y la emoción le impedía hablar. El cowboy, presa de la emoción del momento, comprendiendo que aquella felicidad no podía durar, quiso eternizarla.

-¡Bésame, Margarita! -suplicó.

Ella lo vio a través de sus lágrimas, se inclinó hacia él y juntó sus labios con los suyos, accediendo así a darle a la vez el primero y último beso.

- ¡Otra vez, otra vez! -suplicó él.

-No; basta con uno -replicó ella, y; manteniendo el braza alrededor del cuello del cowboy, bajó la cabeza y prorrumpió en sollozos.

Calló Moore, manteniéndola junto a sí con la mano libre, respirando con dificultad y sosegándose paulatinamente. Margarita tuvo entonces la sensación de que en aquella situación había algo irregular, vitando. Él seguía reteniéndola junto a sí, en silencio, silencio que se hacía cada vez más insostenible. El momento era delicioso, y Margarita hubiera querido prolongarlo indefinidamente, ya que no otra cosa podía esperar de su amor. Pero no se atrevía a permanecer junto a Wilson más rato, porque sabía que si él la besaba otra vez, el propósito de cumplir su deber de gratitud se desvanecería como el humo.

Separarse de él no era posible sin lacerarle el corazón; pero apelando a toda su voluntad le soltó, se levantó, se secó los ojos y se dispuso a marcharse.

Hasta Margarita llegó desde el exterior una voz que le hizo estremecer. Era Wade que llamaba a sus perros. Wade, con su voz, la volvía a la realidad.

-He de casarme con Jaime Bellounds el primero de octubre -explicó.

El cowboy se incorporó cuanto se lo permitieron sus fuerzas. Margarita no podía ver sin gran sufrimiento la demudación y súbita palidez de su rostro.

-¡No puede ser, no puede ser! -exclamó el desdichado.

Librodot

--¡Sí, ha de ser; es inevitable! -aseveró ella.

-¡No! -insistió él, desesperado.

-Sí, Wilson; es inevitable, te digo que es inevitable. He venido a decírtelo.

-¡Pero, hija mía, si acabas de decirme que me quieres! -afirmó él clavando en ella una mirada a la vez suplicante y acusadora.

-Lo he dicho y lo sostengo.

El enojo se trocó en horror, en espanto.

En aquel momento entró Wade en la cabaña y se colocó junto a Margarita. Ella le tendió la mano, temblando, pero sin poder separar su mirada de Wilson. Wade apretó la mana que Margarita le ofrecía entre las suyas rudas y callosas.

En vano pugnaba Wilson por dominarse.

-Margarita, si tú me quieres a mí, ¿cómo podrás casarte con Bellounds? -preguntó.

-Es preciso. ¿Por qué?

-Debo cuanto soy a su padre y él exige de mí ese sacrificio. Todo su afán consiste en que ayude a Jaime a ser un hombre casándome con él. El viejo Bellounds me quiere, y yo también le quiero a él; no puedo matar sus esperanzas. Él cree, él espera que si yo me caso con su hijo, su hijo cambiará. Es mucho lo que le debo y no puedo negarme a su deseo. Tengo un deber que cumplir con él.

-También tienes un deber que cumplir contigo misma -contestó él con ímpetu- Bellounds tiene toda su fe puesta en ese casamiento. Está ciego; pero tú no lo estás y debes comprender que su hijo será siempre el mismo. Debería darte vergüenza.

-¡Vergüenza! -repitió Margarita.

-Sí, vergüenza casarte con un hombre amando a otro. No puedes amar a dos a la vez. Y te darás al hombre aborrecido, serás su mujer... ¿Entiendes, comprendes lo que significa eso?

-Sí, lo entiendo, me hago cargo -aseguró Margarita desfalleciendo.

¿En dónde estaba su primitiva fortaleza? Aquel hombre de mirada ardiente le partía el corazón con sus reproches.

-¡ Y serás la madre dé sus hijos! -exclamó Wilson horrorizado- ¡Madre de sus hijos, cuando me amas a mí! ¿Has pensado en ello?

-¡Oh, no! Nunca pensé en ello -confesó Margarita.

-Pues has de pensar antes de que sea demasiado tarde -imploró Wilson-. ¡Oh, Margarita, dime que no destrozarás tu vida; dímelo!

-No puedo, Wilson. ¡Necesito casarme con él!

-Margarita, antes de consentir que sea tu marido; le mataré.

-No digas eso. Si volvieras a luchar con él, si algo terrible ocurriera, yo me moriría de pena…

La joven tuvo que apoyarse en Wade para no caer. Las fuerzas le faltaban por momentos y, aunque su espíritu era valeroso, presentía lo inevitable, y la angustia de Wilson le llegaba hasta lo más hondo de su ser.

-Escucha -le dijo el cowboy-. Se trata de tu vida, de tu felicidad, de tu salud. Bellounds está ciego por su pero Jaime no vale nada. No creas, Margarita, que son las celos los que me hacen hablar así. Tengo celos, es verdad; pero no son los celos los que me hacen decir que no es digno de ti. Ningún hombre lo es; pero él menos que nadie. Destrozará tu corazón, te amargará la vida, destruirá tu salud, te matará, tan cierto como yo me llamo Wilson. Podría demostrarte quién es él, pero te ruego que no me obligues a hablar. Créeme, Margarita, no te engaño, Jaime Bellounds no es digno de ti.

-Te creo, Wilson -exclamó Margarita-. Pero eso no influirá para nada en mi decisión. Eso quiere decir nada más que mi deber es penoso.

-Te tratará lo mismo que a un caballo o a un perro; llegará a pegarte...

-No; no lo hará. Si algún día se atreve a ponerme la mano encima...

Librodot

-Se cansará de ti. Jaime Bellounds no es hombre capaz de perseverar en sus afectos. Nunca se ha apegado a nada ni a nadie y no variará. La inconstancia es su principal característica. Desea siempre lo que no puede alcanzar; mas tan pronto lo consigue, se hastía. Le conozco desde su más tierna infancia. Margarita, tú tienes un concepto equivocado del deber. Una mujer no necesita sacrificarse hasta el punto de arruinar su vida sólo por complacer al hombre que la recogió y prohijó en su abandono. Ningún deber esta por encima de los que toda mujer tiene para consigo misma.

-¡Oh, eso es verdad, Wilson! Y muchas veces he pensado en ello; pero pecas de injusto, de severo, cuando supones que no puede haber en Jaime un fondo de bondad. Su padre asegura que yo puedo corregirle. Tal vez tenga razón; yo, por lo menos, he de procurarlo.

-¡Corregir a Jaime Bellounds! ¡Trabajo tendrías! Jaime Bellounds es incorregible. ¡El cobarde! ¿No te demostró lo que era cuando saltó sobre mí y me golpeó el pie hasta hacerme perder el sentido? ¿Qué más necesitas para convencerte?

-¡No me digas nada más, te lo suplico! -exclamó Margarita-. Ahora veo que no debí venir. Wade, haga usted el favor de acompañarme a casa.

-Pero, Margarita -exclamó Wilson fuera de sí-, yo te amo; y él, tal vez te ame también, pero ha sido un... Aquí Moore se interrumpió como si se hubiese mordido la lengua, como si quisiese tragarse las palabras que había pronunciado, como si luchara con sentimientos bajos, desesperados y ruines que pugnaran por dominarle.

Ella, sin embargo, no oyó sino el desesperado grito de amor que la hizo vibrar.

-Hablas como si sólo en tu pecho anidara el amor -dijo sintiendo de nuevo la oleada de sangre en sus venas-. Olvidas que yo te amo a ti tanto como tú a mí; o quizá más todavía, porque soy mujer y las mujeres amamos con el corazón, y con el alma, y con todo nuestro ser. Moore se dejó caer en la cama rendido, tronchado.

-¡Wade, amigo mío, por lo que mas quieras, di algo! -murmuró dirigiendo al cazador una mirada imploradora-. Explica a Margarita lo que significará para ella el casamiento con Bellounds. Y si esto no la conmueve, explícale lo que ese casamiento significaría para mí. Nunca más volveré a reunirme con los míos. Permaneceré en esta choza toda mi vida. Si ella no me hubiera dicho que me amaba hubiera podido soportarlo todo; pero ahora es imposible, su matrimonio será mi muerte.

-Muchacho, vuelves a delirar -dijo Wade-. Esta mañana, cuando llegué, estabas hablando en sueños, y ahora tus palabras no son mucho más sensatas. Tanto tú como Margarita habéis de escucharme. Tú tienes razón y ella también. En mi vida he tenido que juzgar una causa entre dos personas que estuvieran en el fondo tan de acuerdo como vosotros.

Y soltando suavemente a Margarita se acercó a Moore y le arregló la venda, que se le había aflojado, y las mantas en desorden. Luego sentóse en el borde de la cama y se inclinó ligeramente, pasándose la mano por la cabeza cuyo pelo comenzaba a escasear y encanecer. Al levantar la mirada, sus ojos, a pesar de la tristeza que en ellos resplandecía, despedían una extraña luz que inundó el alma de Wilson de esperanza.

-¡Wade, por el amor de Dios, salva a Margarita! -imploró el vaquero.

-¡Oh, sí, hable, Wade! -exclamó la joven, incapaz de resistir la mirada suplicante del vaquero.

-Muchacha, usted obrará de acuerdo con sus convicciones -dijo Wade de un modo imprevisto-. Y tú, Moore, serás un hombre y no la agobiarás más con tu pena. Ninguno de los dos podéis hacer nada. El viejo Bellounds no cederá. Él no renunciará nunca a la esperanza de salvar a su hijo. Quien tal vez cambie es Jaime. Repasando en mi memoria los hechos de las personas que he conocido, recuerdo una porción de jóvenes como Jaime, que han renunciada fácilmente a lo mismo que han deseado con vehemencia. La Naturaleza me ha dotado del don de presentir lo que ha de suceder a las personas por quienes me intereso. Mis presentimientos no fallan nunca. Cuando en la vida de tales personas se cierne alguna

Librodot

desgracia, sienta un deseo irresistible de contar mi historia. De ahí que la gente me sacara el apodo de «Desdichas». Pero en este momento no siento ninguna necesidad de contaros mi vida; así, pues, mis buenos amigos, podéis estar tranquilos. Creedme: algo inopinado ocurrirá el mismo primero de octubre, o antes, tal modo que Margarita no se casará con Jaime Bellounds.

X

Un día, Wade dijo a Bellounds:

-No es posible juzgar a los perros por su aspecto. Y con las hombres pasa lo mismo. Muchos parecen buenos siendo en realidad verdaderamente malos, y al contrario. El perro que ha nacido para matar ovejas no hará otra cosa en su vida. Hay perros buenas y perros malos. He conocido perros mejores que muchos hombres. Cuando un perro sale fiel, quiere a su amo por malo que éste sea.

-Tiene usted razón; pero yo creo que las que yo tengo no han tenido quien los educará hasta ahora -contestó el ranchero.

-Yo estoy formando con ellos una jauría de primera -aseguró Wade-. Jim es un perro excelente, pero ladra poco. Sansón, en cambio, tiene menos olfato que Jim, pero su ladrado se oye a varios kilómetros de distancia, por lo cual puedo compensar con uno la deficiencia del otro. Los dos perros se entienden perfectamente y me valgo de ellos para ir adiestrando al resto de la jauría. Denver es un perro que abandona la pista de un puma o de un oso en cuanto husmea las pisadas de un venado, y es demasiado viejo para corregirse de ese defecto. La mayoría de los perros jóvenes que hay en la jauría muestran magníficas, disposiciones. Hay dos, sin embargo, que me desconciertan.

-¿Cuáles? - preguntó Bellounds.

-En primer lugar, Kane -respondió el cazador-. Es un perro rarísimo. No puedo conquistarlo. Ahora me tiene ojeriza porque le vencí una vez que intentó morderme. Pero al fin, poco me importa. Todos sus afectos son para Margarita; creo que podría ser un gran defensor para ella. ¿De dónde procede ese animal, Bellounds?

-Si no recuerdo mal, nació en un carromato que atravesaba las praderas. Su madre era de buena raza, procedía de la Luisiana.

-Eso explica un instinto que he observado en él -repuso Wade-. A Kane le gusta seguir las huellas del hombre. Le he sorprendido varias veces siguiéndolas. No le gusta, en cambio, cazar pumas ni osos. El otro día, cuando toda la jauría seguía aullando y ladrando la pista de un puma, Kane se mostraba contrariada y acabó por marcharse. Si caza, le gusta cazar solo. Al principio creí que se trataba de un degollados de ovejas; pero luego he rectificado el error. Su madre debe de haber sido una descubridora de esclavos y Kane ha heredado su instinto.

-Bueno, pues edúquelo usted para seguir la pista de los hombres. A veces, un perro así puede ser útil. Y si se aficiona a Margarita y usted no tiene nada que objetar, regáleselo a ella. Precisamente hace tiempo que me está pidiendo un perro.

-Ésa me parece una idea felicísima. La muchacha suele salir sola y nunca se le ocurre llevar un revólver para defenderse.

-Tiene usted razón -afirmó Bellounds-. Es una imprudencia. Wade, ¿cree usted que deberían, suprimirse esos paseos?

-No, con tal de que la muchacha no se aleje demasiado.

-¿Y si Margarita llegara hasta la otra vertiente de la cordillera?

-Sería una imprudencia, Bellounds -contestó Wade-. Pero no irá tan lejos, porque yo la he prevenido del peligro, pues he encontrado algunas veces a varios hombres de mala catadura entre estas montañas y Buffalo Park. No san cazadores, ni buscadores de oro, ni ganaderos, ni viajantes.

-¡Qué me dice usted! -exclamó Bellounds-. ¿Acaso relaciona usted la presencia de esos hombres desconocidos con los robos de ganado que he advertido en estos últimos días?

-No digo tanto, pero las caras de esos hombreas no me gustan -aseguró Wade.

-Tal aseveración en boca de usted tiene mucha importancia. Pronto llegará el mes de octubre y los campos se cubrirán de nieve. ¿Cree usted que esos forasteros acamparán en los bosques?

-N o, no lo creo; ni Luis lo cree tampoco. ¿Se acuerda usted de él?

-Sí, el buscador de oro que tiene su vivienda cerca de Buffalo Park. Ha estado aquí. Es un buen hombre; pero tiene demasiada afición al oro.

-He encontrado a Luis varias veces en mis correrías. El otro día perdí la jauría persiguiendo a un puma; Luis oyó los ladridos y retuvo a los perros hasta que llegué yo. Entonces fue cuando me dio algunas noticias interesantes. También a él le preocupó la aparición de esos desconocidos por las proximidades de Buffalo Park, y procuró indagar qué clase de gente, eran. Un día, cuando más descuidado estaba, alguien le soltó un tiro. Luis estaba convencido de que el malvado fue uno de los desconocidos; pero no vio a nadie y no puede asegurarlo. Lo que sí asegura es que el tiro fue intencionado, aunque; por fortuna, no le ó. Luis dice que esos hombres van con frecuencia a Elgeria y sospecha que están en relaciones con Smith, que tiene un negocio allí. ¿Conoce usted bien a Smith?

-No, ni ganas -contestó Bellounds secamente-. Ese Smith me ha sido siempre antipático, y además se ha portado mal con amigos míos de Elgeria. Creo que es verdad todo lo malo que se dice de él; a mí el corazón nunca me engaña y estoy seguro de que no lleva en balde la cicatriz que ostenta su cara.

-Bellounds, voy a confiarle a usted un secreto -dijo Wade con ademán misterioso-. Yo conozco bien a Smith. Es uno de los hombres perores que he encontrado en mi vida. Yo le hice la cicatriz. Desde entonces me teme y me odia. En cuanto me ve, empuña el revólver.

-No me sorprende lo que usted me dice. ¡Qué mundo éste! No tema usted que revele a nadie su secreto. Pero, dígame, ¿por qué se acuerda usted ahora de Smith?

-Luis y yo averiguaremos si hay alguna relación entre Smith y los desconocidos y las diversas desapariciones de ganado que se han notado de algún tiempo a esta parte.

-Sí, es cierto, ha habido varios abigeatos; no en la proporción en que antes ocurrían estas cosas, ni creo que nunca vuelvan a suceder a orillas del Colorado; pero siempre es conveniente descubrir cuanto antes a los ladrones.

-Lo que le digo a usted, Bellounds, es que...

-Wade, ¿va usted a pronosticarme ahora alguna de esas desgracias cuya predicción le ha valido a usted su apodo? -interrumpió Bellounds, alarmado.

-No; por ahora no me atormenta ningún presentimiento -declaró Wade-. Lo que iba a decirle es que si Smith se dedica a robar ganado, será difícil atraparle. En todo caso no se dejará coger sin lucha. Es baquiano y no empieza ahora. Seguramente ha tomado ya sus precauciones. No va a operar abiertamente, como antes. Si se dedica a robar ganado, o a comprar y vender ganado que otros roben para él, será en pequeña escala y no se le podrá probar fácilmente.

-Bueno, Smith será todo lo astuto que usted quiera; pero acabará mal. Los hombres como él tienen siempre mal fin. ¿Por qué le odia usted?

-Él es quien me odia a mí. Cuando yo la emprendí con él, lo hice en defensa de otra persona.

-¡Ah, pues en ese caso deje usted ya en paz a ese hombre! No vaya a traer la desgracia por aquí, como hace temer su apodo. De todos modos, no vacile en indagar la causa de sus sospechas.

El ranchero, después de estas palabras, se marchó dejando a Wade bastante pensativo. «Teme que de un momento a otro le prediga alguna desgracia que haya de caer sobre Peñas Blancas»

-Quizá, quizá tenga razón. De momento, sin embargo, nada me presagia el corazón. Es curioso como un hambre empieza a decir una cosa y acaba diciendo otra. Empecé con el propósito de hablar a Bellounds de «Fox...» Fox era el mejor perro de toda la jauría y al principio ni siquiera se fijó Wade en él, cosa que le tenía disgustado consigo mismo. Descubrió, por fin, a Fax, por una casualidad. En el corral había algún agujero por donde se escapaban los perros, de menor tamaño; pero Wade no había podido hallarlo. Los muchos agujeros que había podido descubrir eran todos tan pequeños que por ninguno de ellos hubiera podido salir ni un gato.

Un día, en el momento en que el cazador buscaba desesperado la abertura por donde se escapaban los canes, un perro no muy grande, con el pelo gris, oscuro, corto y ensortijado, de ojos grandes y brillantes, se presentó ante él moviendo expresivamente la cola.

-¿Qué quieres? ¿Qué te pasa? -le preguntó Wade-. No hay que decir que ya había parado, mientes en el animal desde mucho antes; pero sin suponer en él nada extraordinario. Hasta entonces le tuvo por un perro de lo más vulgar. En aquella ocasión, el can insistió de tal modo, que Wade le examinó con especial atención. No era joven ni viejo; no era de pura raza, no había a primera vista nada que denotase en él especiales disposiciones aprovechables; pero fijándose, advirtió Wade en su mirada el brillo de la inteligencia.

Sospechando que el animal quería ayudarle, Wade comenzó otra inspección por el corral. Los postes que sostenían la empalizada estaban enclavados en ciertos sitios junto a las rocas y Wade tuvo que andar a gatas mas de una vez para ver si podía dar con el agujero. El perro le seguía mirándole con unos ojos en los que Wade creyó advertir un asomo de ironía. Pero a medida que andaban, en los ojos del perro se iba retratando la alegría. De repente, cuando el cazador pasó por el lugar más abrupto de todo el gran corral, el perro dio un salto y unos alegres ladridos y en seguida se agazapó y metió medio cuerpo debajo de una roca completamente adosada a la empalizada, y volvió luego a saltar v a hacer cabriolas delante del cazador como si celebrase un gran triunfo.

-¡Muy bien, muy bien! -le dijo Wade acariciándole-. Eres un gran perro y desde este momento Fu nombre es Fox.

Así fue corno Fox se presentó a Wade, aprovechando una ocasión para demostrar su inteligencia. Si antes Wade no se había fijado en él, era por no ser Fox un perro de raza. Pero desde aquel momento tuvo mil ocasiones vara comprobar su inteligencia. La experiencia que Wade tenía de los perros le había hecho llegar a la conclusión de que nunca acababa uno de descubrir todas las maravillas del instinto canino.

Al principio, Wade, a pesar de la inteligencia que había observado en Fox, no se determinaba a llevarlo a cazar, por no parecerle perro de caza; pero tanto insistió Fox en salir con el resto de la jauría, que el buen cazador se resolvió, al fin, a llevárselo. El primer día que Fox salió del corral con los demás perros mostró ya sus extraordinarias facultades. La cacería fue de las más difíciles a causa de las muchas pistas que se cruzaban y entrecruzaban y de la aspereza del terreno; pero Fox supo seguir hasta el fin una pista laberíntica que Jim y Sansón no supieron descubrir. Esto deleitó a Wade, que aquella noche trató de averiguar por los Andrews algunas noticias relativas a Fox, porque los Andrews fueron los que vendieron el perro a Bellounds. Todo lo que Wade pudo averiguar fue que Andrews sospechaba que el hombre que había proporcionado el perro, lo había robado. Bellounds no había dedicado

Librodot

nunca gran atención a Fox. Wade se reservó para él solo su descubrimiento, ofreciendo cada día a Fox nuevas ocasiones de lucir sus habilidades.

Mucho antes de terminarse aquella semana, Wade tenía puesto todo su afecto en Fax, perro que reputaba ya como un animal excelente. A Fox le gustaba la caza, sin que le importara qué clase de animal perseguía, pendiente siempre tan sólo de la voluntad de su amo. Era un prodigio descubriendo los caballos que se ocultaban y estaban quietos, o fingían estar cojos, para evitar el trabajo. Sabía hallar inmediatamente las reses descarriadas. Era capaz de descubrir y acorralar una ardilla en un árbol. Adaptaba sus métodos de caza al animal que perseguía. Cuando perseguía un alce o un gran venado procuraba permanecer siempre bien a la vista del cazador y se abstenía de ladrar y aullar, y continuaba la pista, sin demostrar excesiva ansia o impaciencia, hasta que daba con la caza, o hasta que su dueño le mandaba desistir. Los osos y jaguares despertaban en él sus instintos salvajes y le transformaban. Seguíales la pista saltando, ladrando y aullando, y cuando sus manifestaciones de feroz alegría se acentuaban, Wade conocía que la caza estaba próxima. Peleábase con los osos como un perro matrero y experimentando que sabía cuándo podía atacar y dar un mordisca, cuándo debía apartarse y esquivar los zarpazos y las dentelladas. Cuando acorralaba en un árbol a los pumas y los jaguares, Fox perdía inmediatamente todo el interés por la caza. Su principal característica, sin embargo, consistía en saber seguir hasta el fin toda pista iniciada. Wade creía que si ponía a Fax sobre la pista de un conejo, la continuaría aunque ésta se entrecruzara con pistas de osos o pumas. Otra particularidad de su carácter le llevaba a no robar nunca un pedazo de carne ni a pelearse con los perros que la robaban.

En sus extraños presentimientos, Wade tenía a Fox y a Kane como perros que debían de desempeñar un papel importante en los sucesos que habían de arrollarse en Peñas Blancas.

Wade salió de la cabaña de Moore, llevando tras sí una acémila, algunos días antes del primero de octubre, fecha que le quitaba el sueño. Había dejado a la jauría en el rancho, haciéndose acompañar únicamente de Fox.

-Desearía comer carne de alce, Wade -le había dicho Bellounds el día anterior-. No hay nada como la carne de ese animal. A mí me criaron con ella y hace más de una semana que rabio por volverla a comer. Sé que ahora hay alces por estos alrededores, pues el otro día vi uno de lejos. ¡Ah, si yo no fuese tan viejo! Pero usted, Wade, irá y me cazará alguno.

-Hace tiempo que no veo ninguno por estos contornas -respondió Wade; pero guardándose mucho de añadir que había evitado expresamente el' encuentro con tales animales. La verdad era que Wade admiraba a los alces sobre todos los demás animales, y la simpatía que sentía por ellos le impedía matarlos, no siendo en casos de extrema necesidad.

Tanta simpatía le inspiraban los alces que muchas veces había preferido quedarse con hambre a matar ninguno de los que andaban cerca de él.

Mientras marchaba tenía el pensamiento puesto en Moore, que fiaba en él como un hijo en su padre. El pie del cowboy no había experimentado la menor mejoría y esto tenía a Wade mucho más preocupado que al mismo Moore. Lo que más trastornado tenía al muchacho era la proximidad del primero de octubre. No hablaba de esta fecha sino cuando la fiebre le hacía delirar; pero no pasaba inadvertida para Wade toda la inquietud can que Moore veía aproximarse al temido primera de octubre. ¿Qué raro sentimiento de confianza en Wade le hacía esperar que él sería quien impidiese el casamiento de Margarita?

Durante veinte años no había conocido Wade la felicidad que ahora experimentaba al vivir cerca de Margarita, advirtiendo día por día de un modo cada vez más cierto y evidente que ella era carne de su carne y sangre, de su sangre, imagen exacta de la mujer que le había dado el ser y a quien él, en un rapto de celos injustificados, le había hecho insensatamente tanto daño, precisamente por haberla amado tanto. Margarita era :su hija. Veía en ella una continuación de sí mismo. Y saboreaba la felicidad de ver cómo la joven, de sentir por él

Librodot

afecto y simpatía, había pasado gradualmente a confiar en él y a quererle. Aquél era el hecho más hermoso v terrible de su vida.

Hermoso, porque resucitaba en su memoria el pasado, su juventud, los días dichosos y dorados del dulce amor correspondido; terrible, porque resucitaba la tragedia, recordaba la equivocación y la injusticia, y porque en el corazón del cazador comenzaban a despertarse las presentimientos de futuras desgracias. La experiencia le había demostrado que todo era inútil cuando el corazón le anunciaba desgracias. Pero tenía fe en la justicia inmanente; creía en el triunfo de los buenos y en la derrota final e inevitable de los malos.

La situación de Margarita infundía a Wade pena y temor. A pesar de todo, abrigaba la esperanza de que las cosas tomaran al fin un giro favorable a la muchacha. Pero ¿cómo confiar demasiado en esta corazonada, cuándo todo parecía conjurarse en contra de la joven?

«Empiezo a creer que no debí dejarla en la idea de casarse con Jaime Bellounds -monologaba Wade marchando por las verdes veredas-. De momento no supe oponerme, vencido por su sentimiento de la gratitud v del deber. Pero una voz interior me dice que hice mal.

¿No se quieren ella y Wilson con toda el alma? ¡Son tan jóvenes y la vida tiene tal encanto, a su edad, cuando está glorificada por el amor 1 Pensando en el amar debí quitar a Margarita la idea de casarse con Jaime... Pero por otra lado, ¿cómo echar en olvido las esperanzas que el viejo Bellounds tiene puestas en Margarita y la creencia de ella de pagar, casándose con Jaime, la deuda de gratitud que tiene contraída con el vieja? Además, yo mismo creo en la posibilidad de que Jaime cambie, pues la experiencia me ha enseñado que no hay que perder nunca la esperanza de enmienda. Ni siquiera he podido conversar aún a solas con Jaime, y no sé de él sino lo que he oído decir. No es de extrañar que tenga algún prejuicio en contra suya considerando el sitio donde le vi en Denver. Crea que lo primero, ahora, es hablar con el muchacho y ver la que lleva dentro.»

Con este soliloquio terminó Wade sus reflexiones aquel día, primero, porque ya había llegado a una determinación, y segundo, porque ya era hora de ocuparse en la caza.

Cuanto más ascendía, más numerosos y espesos eran los grupos de álamos y más abundante, fresca y alta la hierba. De repente encontró ante sí una larga línea de abetos semejante a un muro. Penetró aquel espeso bosque en el que no se oía el menor ruido. Los mismos cascos de los caballos no producían, al chocar con el mullido y blando suelo, sino un sonido sordo y apagado.

Wade torció hacia la izquierda para evitar los abruptos y rocosos desfiladeros, cubiertos de troncos arrancados y arrasados por el viento, que hubiera encontrado en su camino de haberse dirigido hacia la derecha. Marchaba por un terreno nuevo para él, consistente en abetos de no muy gran tamaño, tan cercanos unos a otros que era difícil pasar entre ellos sin tronchar las ramas muertas y bajas. Fox trotaba frente a su amo, parándose y volviéndose a mirarle de vez en cuando para recibir órdenes e instrucciones.

La mayor iluminación de la espesura indicó al cazador que se acercaba al lindero del bosque, abundantemente bañado par los rayos del sol. Al salir de la espesura, se encontró frente a un calvero de varias áreas de extensión, algo pantanoso. Fox pegó su hocico al suelo y esperó. Como el viento soplaba en dirección contraria a ellos, les era fácil acercarse a la caza sin ser notados. Fox movió significativamente la cola y miró a Wade con inteligentes ojos. Wade entonces continuó marchando con precaución. El terreno estaba cubierto de hierba y helechos, con pantanos cubiertos de musgo y algunas encinas chaparras. El caballo de Wade se hundía a veces en el lodo hasta los corvejones. En el otro lado de los pantanos se notaban algunas huellas recientes.

-¡Son huellas de aloe; bueno va! -exclamó Wade bajando del caballo-. Han huído a tiempo, porque nos han oído venir. Ahora, Fox, pon tu hocico en el suelo y marcha despacio y con cautela.

Librodot

Con el fusil dispuesto comenzó Wade a ascender lentamente la cuesta, a pie, llevando al caballo de la brida. Las huellas de un gran alce eran recientes. Fox acomodó su paso al del cazador. La cuesta era empinada y conducía a un espeso bosque. A intervalos, Wade, cuando se detenía para tomar aliento, oía el rompimiento de algunas ramas en la espesura. Llegó al fin a la cumbre de la montaña, para encontrar un espacio ancho, abierto frente a él con el fondo cubierto de espeso bosque, y a su derecha una gran superficie quemada y desolada. Fox dio unos aullidos y mostró deseos de lanzarse hacia delante. Y Wade vio delante de sí un enorme alce que le miraba en actitud más de sorpresa y curiosidad que de espanto. Era un hermoso y viejo macho con magnífica cornamenta. Wade lo contempló un rato sin hacer ningún movimiento para tirar, y el alce desapareció de su vista.

-Demasiado viejo. Su carne había de ser ya muy dura -explicó Wade al perro, que le miraba desilusionado. Pero quizá éste no era el' único motivo que tenía Wade para no matar al hermoso animal.

El cazador ,montó de nuevo y dirigió su atención hacia la parte incendiada. Era una inmensa mancha negra que se extendía por las verdes laderas de la montaña. Llegaba por un lado hasta una ancha cuenca, v por otro hasta una cuesta despoblada. El suelo estaba cubierto de troncos calcinados, árboles que primero habían sido destruídos por el fuego y después tronchados y derribados por el viento. Aquí y allá algún tronco enhiesto resistía todavía valientemente los embates de los vendavales. Los árboles muertos producían una impresión melancólica. Más lejos, hacia la izquierda, se divisaban algunos abetos y cedros, tras de los cuales se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, un espeso bosque verde oscuro y púrpura.

En la hierba observó Wade señales de haber servido de lecho a algunos animales.

-¡Cabras monteses! -exclamó-. ¡Y sus huellas son recientes! Estoy por matar una cabra y llevar su carne a Bellounds diciéndole que no me ha sido posible encontrar un alce.

El cazador no sentía por las cabras la inmensa simpatía que le inspiraban los alces. No era embustero; pero por salvar un alce hubiera mentido sin vacilación. Continuó marchando con ojo avizor para descubrir cualquier movimiento en aquel desierto que se extendía delante de él. Si había animales, por lo menos no se movían. Wade cruzó la cuenca, y, siguiendo un tortuoso camino a través del bosque de árboles muertos, llegó a un espeso bosque que bordeaba la falda de la montaña. Llegó luego a la parte abierta del terreno, desde donde pudo observar las grandes extensiones de verde gris que se ofrecían a la vista. A lo lejos se divisaba la antigua montaña de Peñas Blancas, bella y majestuosa, enhiesta como un eterno vigía de aquellas inmensidades.

Wade encontró frescas huellas de cabras en la arcilla húmeda del pie de la montaña. Pero las cabras se habían encaramado a las rocas más altas, como si hubiesen tenido alas.

Fox esperaba impaciente la orden de ponerse sobre la, pista; pero Wade no se decidía a darla.

-No hemos salido a cazar cabras, sino alces - explicó, por fin, al impaciente perro.

Así anduvieron dos o tres kilómetros, hasta llegar a un lugar en donde había abundante pasto para los alces. Wade vio las huellas de un gran aloe, y más lejos observó un tronco carcomido hecho añicos por un oso; pero ni la pista del alce, ni la del oso, parecieron despertar en Fox el deseo de cazar.

Andando, andando, llegó a un lugar en donde tres arroyuelos se reunían para formar una sola corriente de agua cristalina, quizá de medio metro de profundidad y varios de anchura.

La hierba crecía allí abundante y lozana, con signos inequívocos de haber sido recientemente ramoneada. Aquella mañana habían andado por allí unos cuantos alces.

Abundaban las huellas de hembras, más pequeñas y ovales que las de los machos, pero también las había de machos, grandes y más redondas. Además, en algunos lugares la hierba estaba aplastada, con señales evidentes de haber servido de lecho a algunos de aquellos animales.

Librodot

Fox siguió la pista hasta los bosques de las alturas, en donde los alces, indudablemente, habían ido a esconderse, y en donde Wade ató su caballo. Con las debidas precauciones, para no descubrir su presencia, llegó a un lugar desde el cual divisó una hondonada en la que abundaba el agua y la hierba dio un rodeo para observar mejor sin ser visto y no tardó en percibir lo que había despertado los instintos cazadores de Fox. Un rebaño de alces pacía tranquilamente a un centenar de metros de distancia. El cazador no les pasó inadvertido; pero la presencia de aquel huésped inesperado no pareció alarmarles excesivamente. Emprendieron una retirada lenta, deteniéndose de cuando en cuando para mirarle. Wade contó rápidamente unas dos docenas de animales, hembras en su mayor parte. Del rebaño se destacó un macho magnífico, con enorme cornamenta, cabeza y cerviz negras, y cuartos traseros grisáceos, soberbio y señero, como un genio de los bosques. Se detuvo un instante y en seguida emprendió una moderada carrera hacia el interior del bosque rozando con su cornamenta las ramas de los árboles. Otros alces siguieron su ejemplo. Wade levantó su fusil en ademán de ir a disparar; pero dejó pasar al soberbio macho primero, y después otro, y otro animal, sin hacerles daño. De mala gana, obligado- por las circunstancias, apoyó el fusil en el hombro y disparó. El estampido retumbó siniestramente en la inmensidad de los bosques. Fox se precipitó con grandes muestras, de alegría, y cuando el humo se hubo disipado, Wade vio al perro meneando el rabo junto al cadáver de un alce. Los demás habían huído.

Fue Wade a buscar los caballos y volvió con ellos al lugar en donde Fox aguardaba junto al precioso botín.

-Ahí tienes, Fox, ese animal no volverá a ver más la luz del sol. Los hombres somos carnívoros, como las fieras. Yo lo siento; pero es así -explicó al perro.

Descuartizó luego al animal y cargó a los caballos con toda la carne que éstos fueron capaces de llevar, colgando el resto de un árbol, de modo que los coyotes no pudieran alcanzarlo. Volvió a montar y emprendió el camino hacia el oeste, por senderos y veredas que aunque le obligaban a dar un rodeo, tenían la ventaja de evitar la aspereza del camino directo. Al fin llegó a una senda que había recorrido varias veces y que no podía serle más familiar. De vez en cuando Wade se detenía para dar resuello a los animales.

Al llegar a un sitio cubierto de flores, en donde, no se sabía qué admirar más, si los perfumes que embalsamaban el aire o la belleza misteriosa del paraje, Wade se apeó y sentóse apoyando la espalda en el tronco de un álamo.

Se dispuso a pasar allí un buen rato ofreciendo aquel banquete a sus sentidos. Aquél era uno de los momentos que llenaban de dulcedumbre sus horas de soledad. A ser posible, hubiera dejado de pensar en sí mismo, en los demás y en todo cuanto de ordinario le preocupaba, para entregarse por completo al goce de sentirse vivir. Después de los primeros momentos de delicioso bienestar empezó a considerar cuán hermosa es la tierra, cuán pródiga es la Naturaleza en tesoros de hermosura para los que la aman, y cuán dulce sería vivir aunque no fuera más que para disfrutar de todos aquellos dones. Pero la idea de que toda aquella belleza era transitoria, efímera, que aquellas flores desaparecerían pronto, imprimía en su espíritu un matiz de melancolía y tristeza.

Pero si el invierno había de cubrir aquellas flores con su manto de nieve, la primavera, el verano y luego los últimos calores con sus flores otoñales volverían a llenar la superficie de la tierra de aromas y de vida, en el incesante rodar de las estaciones. Las hojas de los álamos no tardarían en amarillear y desprenderse, la hierba secaríase, y la Naturaleza entera se desnudaría; pero al otro año, y al otro, y siempre, mientras el sol luciera en el Universo, la primavera determinaría un nuevo renacimiento de todas las fuerzas misteriosas de la Naturaleza.

Únicamente el hombre, cuando se va, se va para no volver.

Librodot

XI

La ocasión que Benjamín Wade buscaba se le presentó antes de lo que él hubiera podido imaginar.

Al llegar al rancho de Peñas Blancas vio a Jaime Bellounds perezosamente sentado en el pórtico. Como estaba solo, Wade creyó llegado el momento de trabar conversación con él.

-¡Hola, Bellounds!, ¿quiere usted hacer el favor de ayudarme a descargar esta carne? -le dijo.

-¿Por qué no? -contestó el joven levantándose y disponiéndose a ello.

Wade condujo la acémila a la puerta de una pieza contigua a la cocina, en donde se guardaban las provisiones. Allí, con ayuda de Jaime Bellounds, descargó la carne y la colgó en varios ganchos. Una vez terminada esta operación, púsose a la obra cuchillo en mano.

-Esto necesita todavía un poco de arreglo -dijo disponiéndose a escamondar algún trozo.

-Wade, fuera de mi padre, no he visto a nadie que sepa descuartizar un alce tan bien como usted - dijo Jaime Bellounds.

-Sí, tengo cierta habilidad para algunas cosas.

-¡Cierta habilidad! -exclamó Jaime-. Ya me gustaría a mí tener la habilidad que usted tiene para todo. Yo sé montar; pero nada más. Nadie me ha enseñado a hacer ninguna otra cosa.

-Todavía es usted joven y tiene tiempo sobrado para aprender mucho. La mayor parte de lo que sé lo he aprendido siendo más viejo que usted.

La voz, las palabras y el misterioso atractivo de aquel hombre parecieron despertar por primera vez en el joven Bellounds el interés por otra persona.

-Papá dice que no tengo constancia; pero me parece que podría aprender de usted - contestó el joven Bellounds

-Creo que sí. ¿Por qué se cansa usted tan pronto de todo?

-No lo sé. He comenzado a aprender muchas cosas con el mismo entusiasmo con que empecé a aprender a montar a caballo; pero así como aprendí fácilmente a montar, todo lo demás me ha costado trabajo y yo pierdo en seguida la afición cuando veo que las cosas no me salen bien. Detesto el trabajo.

-Mala cosa, muchacho. El trabajo es lo mejor del mundo. Sin él no se consigue nada. En cuanto a mí, puedo decirle que cuando considero todo lo que he hecho en la vida, lo que me produce mayor placer es el recuerdo de lo que me ha costado más esfuerzo, sudor y sangre.

Wade continuó por este camino con ánimo de ver si podría despertar algún buen instinto en el muchacho; pero bien pronto se convenció de que era tiempo perdido cuanto en tal sentido intentara. Bellounds le escuchaba sin gran atención, con absoluta frialdad. De repente, para cambiar de conversación, fijándose en el fusil de Wade, dijo:

-Parece un buen fusil. Papá tenía antes otro como ése. Un día quiero ir a cazar con usted.

-Me gustará que me acompañe. ¿Tiene usted puntería?

Algo tenía antes de ir a Denver -contestó Jaime-. Pero desde entonces no he vuelto a disparar un fusil. Déjeme el suyo a ver si doy en aquel tarjetón y desde el lugar en donde se encontraba señaló con el dedo un poste, cerca de la puerta del corral, con un tarjetón para tirar al blanco.

En el corral había varios caballos, y por las proximidades pacía algún ganado; pero Jaime en todo pensó menos en desistir de su capricho, ni siquiera por consideración a las funestas consecuencias que pudiera tener para algún animal. Wade vio que sería inútil toda reflexión y le puso el fusil en las manos.

-Apunte un poquito más abajo del punto en donde quiera usted poner la bala -le dijo.

Bellounds apuntó y disparó, haciendo saltar una lluvia de astillas del poste. El estampido fue formidable y- el rancho pareció temblar como sacudido por un terremoto.

-¡Di en el blanco! -exclamó Jaime con alegría-. Temí errar el tiro, después de tanto tiempo de no manejar un arma.

-Pues ha sido un buen tiro -dijo Wade felicitándole. La puerta del rancho se abrió con ímpetu y en ella apareció el viejo Guillermo Bellounds, con la expresión de la alarma retratada en su semblante.

-¿Qué diablos sucede? -preguntó adelantándose hacia su hijo, al verle con un fusil entre las manos-. ¡Válgame Dios! Cuando no haces una barbaridad, haces otra.

-No es nada, patrón -dijo Wade-. Yo le he dejado mi fusil para que me demostrara su puntería.

-De momento he creído que volvíamos a los días en que teníamos que defendernos de los ataques de los indios; luego he pensado si Jaime andaría a tiros con alguien. En fin, celebro que no haya sido nada. ¿Ha traído usted la carne que le pedí? -preguntó el viejo ranchero.

-Sí, señor. Supongo que habrá algún trozo para mí.

-Toda la que usted quiera. Esta noche cenará usted con nosotros -dijo Bellounds.

-Muchas gracias, patrón. No faltaré.

Cuando el viejo Guillermo volvió a meterse en el rancho, Jaime dio las gracias a Wade por su intervención en favor de él.

-Ya ve usted qué pronto imagina mi padre algo malo de mí. Le ha bastado oír un tiro para figurarse que había armado pendencia con algún vaquero.

-A los viejos hay que perdonarles muchas cosas. No discuta usted con su padre, ni le disguste; piense que cualquier día se le puede morir.

Esta reflexión hizo su efecto. En el rostro del joven Bellounds se retrató el afecto, la pena, el remordimiento... Pero las buenas disposiciones en él duraban poco. Wade pudo comprobarlo al observarle con su sagaz y experta mirada.

-Bellounds, ¿ha tenido usted alguna noticia del estado de Wilson Moore? -le preguntó Wade sin usar de preámbulos.

-No contestó Jaime cambiando súbitamente por completo de sentimientos y de expresión.

-Pues temo que se quede cojo para toda la vida -contestó Wade clavando una mirada penetrante en el joven Bellounds.

-¡Cojo! -exclamó éste-. Bueno, ya no presumirá de ser el mejor jinete.

Si alguna vez su cara tenía algo de suave y humana, en aquel momento no expresaba sino ferocidad. No era alegría, ni odio, ni, mucho menos, arrepentimiento. Era exaltación, brutalidad pura. Al verle tan esclavo de sus salvajes instintos, Wade no pudo menos de compadecerse de él.

-Bellounds, es muy reprobable lo que usted hizo can Wilson Moore -declaró, no obstante, el cazador.

Todos los colores del arco iris pasaron en un momento por el rostro de Jaime Bellounds. Se puso morado, escarlata, con signos de la cólera próxima a estallar.

-¿Es usted amigo de Wilson Moore? -preguntó temblando de rabia y coraje.

-Lo mismo que desearía serlo de usted -respondió sin inmutarse Benjamín Wade.

-No quiero su amistad, y le advierto que usted durará poco en Peñas Blancas.

-Tampoco usted durará mucho.

Una palidez mortal cubrió el rostro de Jaime Bellounds. Esta vez no era la cólera, sino el miedo lo que le había hecho cambiar de color, porque las fatídicas palabras de Benjamín Wade habían sonado en su oído como una profecía.

-Joven, usted necesita que le hablen como yo lo hago ahora -continuó Wade-, y si tuviera buen sentido se aprovecharía de mis palabras. Yo soy un desconocido para usted; pero le aseguro que soy un hombre que prevé los acontecimientos Poco me importa que no quiera sa-

ber quién soy yo. Me basta con que me escuche y con que saque la utilidad consiguiente de mis palabras. Nadie puede dejarse arrastrar ciegamente por los impulsos en toda ocasión, como usted hace, sin acabar mal. Los que obran de este modo, tienen mal fin; esto está en la, lógica de las cosas. No está usted solo en el mundo; considere que hay en él otros hombres que tienen deseos y sentimientos lo mismo que los suyos. Ha de vivir en relación con otros seres semejantes a usted. Con su padre, con Margarita, con los cowboys, conmigo, con los demás rancheros de la comarca, incluso con los habitantes de Kremmling y demás ciudades. No puede usted seguir como hasta aquí sin perjudicarse, y perjudicar a su padre, a Margarita, y a mucha gente... Nunca es demasiado tarde para empezar a enmendar una vida. Lo sé por experiencia. Pero muchas veces es tarde para reparar el mal que se ha inferido a otras personas. La Naturaleza me ha dotado de una especie de visión del futuro y le aseguro que usted no durará, a menos que comience pronto a dominar sus ímpetus, a cambiar de carácter, a mejorar de conducta. Una vez en la pendiente, las cosas se enzarzan, los desmanes se suceden. Ha atropellado usted a Wilson, ha maltratado usted a Pronto, se ha emborrachado usted en Kremmling, y ahora está usted próximo a estallar. Bellounds, es preciso que cambie usted radicalmente. Otros han cambiado. Yo mismo era un hombre que me dejaba llevar de todos los impulsos cuando era joven; he hecho algo peor que toda cuanto usted pueda llegar a hacer en la vida, y, sin embargo, aquí me tiene completamente distinto de lo que era, disfrutando únicamente con poder ayudar a otros, y ofreciéndole a usted mi sincera amistad.

Bellounds había escuchado todo esto mudo, entre asombrado y enojada, pero cuando Wade terminó su homilía le dijo colérico:

-¿Qué diablos le hace hablar así por esa boca? ¿Es usted un cura disfrazado de cazador? Sepa que no le consiento que se mezcle en mis asuntos. Guárdese sus sermones, sus consejos y su amistad, que no necesito nada de usted.

-¿Me rechaza?

-Sí.

-¿No quiere mis consejos, ni mi amistad?

-¡No; no quiero oírle, no quiero verle! ¡Quíteseme de delante!

-¡Acabarás mal, joven, acabarás mal! -le pronosticó de nuevo Benjamín Wade, presintiendo el futuro. Bellounds se encogió cínicamente de hombros y se retiró.

Wade terminó de arreglar la carne y montó a caballo para ir a pasar un rato con Moore. A su regreso entró en su habitación y se cambió de traje, poniéndose el mejor que tenía. Tan absorto estaba en sus pensamientos, y tan preocupado, que se olvidó de dar de comer a los perros. Era la hora de la puesta del sol cuando salió de su vivienda. Joaquín Montaña y Manuel prorrumpieron en exclamaciones al verle. Él se paró para oír sus bromas.

-¡Oye, Benjamín, hoy no es domingo! -dijo Manuel.

-Estás muy elegante, ¿cómo es eso? -preguntó Montaña.

-Bellounds me ha convidado a cenar.

-¡Qué suerte tienes, camarada! A nosotros no nos invita nadie -dijo Manuel, y añadió-: ¿Qué te ha sucedido con el Impetuoso Jaime? Pasaba a caballo cuando oí que te decía que no quería nada de ti; que no quería ni verte... Por lo que deduje que tú le habías ofrecido tus consejos y tu amistad.

-Sí, señor.

-Se ve que te gusta perder el tiempo -declaró Manuel-. No te alabo el gusto. Eres un individuo singular.

-¿Singular? -dijo Montaña-. Es un hombre que disfruta ayudando a los demás. A mí también me gustaría hacer algo, si pudiera, en favor de ese pobre loco de Jaime.

-Tú eres el loco, Montaña -replicó Manuel-. El Impetuoso Jaime, sabe perfectamente lo que se hace. La prueba de que tiene la cabeza muy clara es que juega al poker mejor que tú.

-Tal vez sí. ¿Y tú, Wade, juegas al poker?

-No me gustaría que pudierais decir nunca que os había robado el dinero -contestó Wade.

-¡No tienes pocas pretensiones! Ven esta noche a jugar can nosotros. El Impetuoso Jaime se ha invitado él mismo. No faltará, porque el juego le atrae demasiado.

-Bludsoe también será de la partida, así que tú serás el quinto.

-¿No tendrá miedo de jugar conmigo el joven Bellounds?

-¿El Impetuoso Jaime tener miedo de jugar contigo? ¡Qué disparate! Él se imagina ser el mejor jugador del mundo.

-¿Sabe jugar, como él cree?

-¡De ninguna manera! Cualquiera de nosotros juega mejor que él; pero donde no llega su habilidad llegan sus trampas.

-¿No le disgustará al viejo Guillermo esa partida?

-¿Tenemos la culpa de que el Impetuoso Jaime se nos agregue? Nadie puede impedir que nosotros juguemos, si nos da la gana.

-Seré de la partida -prometió Wade, y se alejó meditabundo.

Cuando llegó al rancho, Margarita le estaba esperando.

Estaba lindamente ataviada, y a Wade le palpitó el corazón al verla tan bonita, tan sonriente, con una voz que era un encanto, con una cara y actitud que parecía ser un resurgimiento del pasado. Y le miraba con una dulzura y una ternura que parecían decirle que ella esperaba algo de él.

Apareció en seguida el ranchero y le invitó a entrar, diciéndole

-¡Hola, Wade!, la cena está ya casi a punto. ¿Qué ha habido entre usted y Jaime que él dice que no quiere cenar con usted?

-He querido darle algunos consejos -contestó Wade.

-¿Sobre qué?

-Sobre el carácter general y el auxilio y presta ayuda que nos debemos unos a otros.

-¡Hum! ¡Jaime me ha dicho que usted ha estado predicándole como un exaltado!

-Jaime no ha dicho la verdad; él es quien estaba exaltado y echaba lumbre por los ojos -contestó Wade.

-¿Le ha dicho usted que era un chico mal criado, y que no valía para nada, y que acabaría mal?

-Si no es eso mismo, algo parecido -asintió Wade.

-A ver, cuénteme usted lo pasado entre los dos -dijo Bellounds con el semblante hosco y desabrida voz. Wade contó ce por be todo lo hablado, sin apartarse un punto de la verdad. Tenía gran curiosidad por saber cómo tomaría el viejo Bellounds su relato, especialmente en lo relativo al desprecio que Jaime había hecho de la amistad ofrecida. Mientras hablaba, Wade saboreaba dulcemente los efectos que sus palabras producían en Margarita.

-¿No ha sido excederse, amigo Wade, lo que usted ha hecho? -preguntó el ranchero, evidentemente disgustado.

-Sin duda; pero he seguido, al hacerlo, los impulsos del corazón. Si Jaime hubiese aceptado la ayuda que le he ofrecido, habría salido ganando.

Esta réplica hizo callar al viejo Bellounds. Nadie habló ya ni una palabra más mientras esperaban la cena, y aun durante ella el ranchero se mostró taciturno. Margarita, en cambio, no sólo sirvió la mesa, sino que se mostró locuaz y animosa. ¡Qué feliz fue Wade aquella noche contemplándola! ¡Y cuánta amargura iba mezclada al propio tiempo con tanta felicidad! Porque era triste y amargo para Wade pensar que nunca podría revelarse a Margarita como su padre, sin descubrirle al propio tiempo toda la crueldad que él tuvo para con su madre, y lo injusto que fue con ella. De lo contrario tendría que comprar la felicidad de oírse llamar padre por la muchacha a costa de una mentira. Había, además, otra imposibilidad: Margarita amaba a Bellounds como a un padre. Wade tenía que rendirse a lo inevitable. Margarita ignoraría siempre lo que él era de ella, y si ella había de tenerle algún

Librodot

cariño tenía que ser únicamente en virtud de la simpatía, para ella misteriosa, que pudiera sentir par él y las bondades y ternura que él pudiera tener para ella.

Wade no permaneció mucho rato después de la cena, a pesar de que Bellounds recuperó su cordialidad. Cuando salió del rancho, la noche había envuelto la tierra en su capa de sombras. Margarita le acompañó un corto trecho hablando con él alegremente. En el momento de despedirse le estrechó la mano y le preguntó en voz baja:

-¿Cómo está Wilson?

El cazador contestó con un significativo movimiento de cabeza, apretando dulcemente las manos de Margarita para infundirle valor. La muchacha, compungida y sin más apoyo que él, clavando en Wade los dulces dardos de sus grandes ojos oscuros, le dijo:

-¡Oh, amigo Wade, faltan sólo tres días para el primero de octubre!

-No se preocupe, muchacha -contestó él con voz grave y afectuosa-. Para el caso, lo mismo que si faltaran mil años.

Ella levantó las manos como si le fuera a abrazar; pero su gesto era una deprecación a las estrellas, al cielo, al espíritu de las alturas, al destino.

Wade le dio con ternura las buenas noches, y se perdió en la oscuridad.

Los cowboys y el joven Bellounds comenzaban su partida de poker cuando el cazador entró en el tabuco, débilmente iluminado -y lleno de humo, en que estaban reunidos. Joaquín Montaña estaba fijando velas de sebo en mitad de una rústica mesa; Manuel registraba sus bolsillos, indudablemente en busca de dinero; Bludsoe barajaba las grasientas cartas, y Jaime Bellounds llenaba su pipa ante los chisporroteantes leñas de la chimenea.

-¡Pues no encuentro mi dinero! -exclamó Manuel-. Joaquín, ¿no te lo llevaste tú cuando fuiste a Kremmling?

-¡Anda, pues es verdad! -dijo Joaquín acordándose de repente.

-¿Y dónde lo tienes?

-En verdad, en verdad, que no lo recuerdo. Creo que se quedó en Kremmling. Pero va te lo devolveré de un modo u otro.

-Mejor que ahora, mismo, nunca, me parece a mí.

-¿Has llegado aquí dispuesto a perder tu dinero? -preguntó Bludsoe.

-Muchachos, yo era ya un gran jugador de poker cuando vosotros todavía mamabais -replicó Wade, imperturbable.

-Sí, yo sé que sabes jugar -dijo Joaquín-. Bueno, coge un cajón o una silla y siéntate con nosotros. ¿Y tú, Jaime? No pareces hoy tan dispuesto a jugar como otras veces.

-Prefiero que seamos sólo cuatro en la partida.

Esta declaración causó cierta sorpresa. Los cowboys se miraron unos a otros, desconcertados. Wade preguntó con calma

-¿No quieres jugar conmigo?

-Tú lo has dicho. No quiero jugar contigo.

-¿Por qué, si puede saberse?

-Porque he oído lo que Montaña ha dicho de ti y pienso que tal vez tengas demasiada habilidad con las cartas -respondió Jaime recalcando la palabra ‚demasiada» de un modo insolente.

Tal reticencia dirigida a un hombre del Oeste era un insulto. Loas cowboys se miraron unos a otros clavando en seguida sus ojos en Wade; pero éste no se inmutó lo más mínimo.

-Por mi parte no tengo ningún interés en jugar. Jugad vosotros y yo miraré.

De este modo eludió las consecuencias desagradables que hubiera podido tener la intemperancia del joven Bellounds. Manuel se quedó con la boca abierta; manifestó su asombro dando una tremenda patada en el suelo, y Bludsoe barajó nerviosamente las cartas encima de la mesa, dirigiendo a Wade una mirada de aprobación e inteligencia. Bellounds cogió una silla y se sentó junto a la mesa.

-¿A qué tanto jugaremos?-preguntó Joaquín.

-A diez centavos-contestó rápidamente Manuel. En aquel mismo instante se inició una discusión. Bellounds quería jugar a dólar el tanto. A los cowboys, esto les parecía excesivo.

-No puede ser, Jaime; si tu padre supiera que habíamos jugado contigo a dólar el tanto nos despediría a todos -explicó Bludsoe.

Esta razonable objeción no hizo ningún efecto en el joven Bellounds, quien se mantuvo en sus trece hasta hacer perder la paciencia a los cowboys. Manuel, con la cara colorada por la excitación, dijo:

-Si quieres nos jugaremos hasta la camisa, vamos allá. Wade, préstame dinero.

Se metió Wade la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas de oro que ofreció al cowboy. En otra ocasión Manuel se hubiera quedado atónito ante aquella fortuna; pero aquel día la cogió como si fuese la cosa más natural del mundo el recibir semejante cantidad. Con Jaime era imposible jugar por puro pasatiempo.

Comenzó el juego bajo las inteligentes miradas de Wade, quien va de niño sabía jugar admirablemente al poker. Más tarde, siendo ya un hombre, lo había jugado infinidad" de veces con montones de monedas amarillas y revólveres cargados sobre la mesa. El interés que demostraba aquel día por las peripecias del juego no podía ser sincero. El interés estaba puesto únicamente en la persona del joven Bellounds, pues había oído hablar mucho de la pasión que las cartas despertaban en Jaime; pero tal vez no hubiera en el fondo sino habladurías y chismorreo. De todos modos, él saldría de dudas aquel día, pues tenía por bien sentado que no había nada como el juego para descubrir el carácter de un hombre.

Bellounds se apasionaba jugando; su alegría era enorme cuando ganaba v su rabia no tenía límites cuando perdía. De las complicaciones del juego no tenía sino una vaga noción. No jugaba por entretenerse, y casi no jugaba tampoco por ganar; jugaba principalmente para satisfacer lo que era en él una pasión dominante. Wade lo observó en cuanto comenzó el juego. Bellounds defendía, además, su derecho con gran tesón, dudando siempre del derecho de los demás. Y como si todo esto no bastara para ganar, si era preciso, hacía trampas.

Wade estaba indignado. La compasión que antes sintiera Por aquel joven, sentíala entonces Por su Padre, que tantas ilusiones tenía puestas en él y en el cual creía con fe ciega e inquebrantable.

-¿No tenéis nada para beber? -vociferó Jaime.

-No; ¿dónde quieres que lo tengamos? -contestó Joaquín.

Bellounds ni siquiera debió de oír estas palabras, porque al cabo de poco rato repetía la pregunta. Los cowboys volvieron a decir que no. Wade sabía que mentían, pues le constaba que tenían aguardiente; pero la negativa de los cowboys le convenía porque le daba ocasión para ofrecerse a ir a buscar él el suyo y ver lo que decía a esto el joven Bellounds. Le pareció mejor, no obstante, aguardar todavía un rato.

La suerte no favoreció aquel día a Jaime. No era un cordero entre lobos; pero el modo de perder dinero casi parecía demostrar que los otros estaban allí para despojarle hasta el último céntimo.

-Jugaré de prestado - aseguró con febril impaciencia cuando ya no le quedaba ninguna moneda. Su rostro estaba desencajado, los ojos parecían querer salírsele de las órbitas.

-Pues yo no presto dinero -dijo Manuel recogiendo sus ganancias- Wade, toma lo que me has prestado, y muchas gracias.

-Tampoco yo te puedo prestar ni un dólar -declaró Joaquín.

Bludsoe se había llevado una buena parte de las ganancias de aquella noche; pera permaneció callado sin mostrar ningún deseo de prestar nada. Jaime le miraba con ansiedad.

-Os lleváis mi dinero y quiero el desquite -vociferó.

-Te lo hemos ganado y estamos dispuestos a darte el desquite cuando quieras -replicó Manuel sin alterarse.

Librodot

Wade ofreció a Bellounds un Puñado de dinero.

-Aquí tienes dinero-dijo con sus penetrantes ojos brillando en la penumbra de la habitación. Wade quería ver lo que Jaime haría en aquel trance.

-Venga, pues, el desquite - clamó cogiendo ávidamente el dinero y dirigiendo una mirada infernal a los cowboys.

El juego volvió a empezar con más ardor que nunca. La suerte, mudable y engañosa, pareció favorecer al principio a Jaime, iluminando su cara, transformándola; mas cambió luego y lo mismo sucedió con la expresión de su rostro.

-¡Os digo que quiero beber! -rugió como un insensato-. Sé perfectamente que tenéis aquí aguardiente, porque lo he olido al entrar.

-Pues se ha terminado -declaró Joaquín, menos reservado y taciturno que sus dos compañeros.

-Yo tengo un aguardiente de lo mejor que hay, aunque, tal vez, demasiado fuerte. El menor sorbo le quema a uno el garguero -dijo el cazador.

-¡Anda por él! -farfulló Jaime con la avidez retratada en la mirada.

Wade miró aquel rostro encendido, aquellos feroces ojos, y a través de ellos vio el alma desnuda del joven. A decir verdad, él había buceado en muchos de aquellos abismos.

-No vayas a buscar tu aguardiente, Wade -dijo Joaquín-. Aquí tenemos nosotros bastante Para emborracharnos todos, y Jaime podrá beber si quiere.

-Muy bien, muchachos -dijo Wade-. ¡Buenas noches!

Les dejó jugando y volvió a su cabaña. La noche estaba silenciosa y fría, iluminada sólo por el resplandor de las estrellas. El aullido de un coyote solitario se dejó oír desde lejos, para ser contestado por el de un perro. Wade se detuvo ante la entrada de su vivienda para contemplar un rato las altas cumbres coronadas de estrellas.

«Lo siento por el viejo Bellounds -murmuró el cazador-, pero mataré a Jaime antes que permitir que Margarita se case con él.»

Primero de octubre, gran fiesta en el rancho de las Penas Blancas. Un hermoso día otoñal, con las verdes praderas abundantemente bañadas por el sol. A lo lejos, la cresta de la cordillera lucía, esplendorosa, las galas de su belleza incomparable.

Wade había vuelto de visitar a Wilson Moore. En sus oídos resonaban todavía las palabras llenas de temor del pobre muchacho.

Fox expresaba la simpatía hacia su amo por medio de sus inteligentes miradas. No se trataba de ir a cazar pumas ni alces aquel día; pero algo flotaba en el ambiente, y Fox tenía demasiada intuición de 1-as cosas para no sentirse interesado y sorprendido.

Antes del mediodía, una galera tirada por un tronco de caballos sudorosos se detuvo a las puertas del rancho. Además del cochero iban en la galera dos mujeres, parientes de Bellounds, y un hombre de rostro pálido, cuyo traje negro y modesto denotaba en él al pastor protestante.

-Entren ustedes-les dijo Bellounds dando la bienvenida a todos con gran cordialidad.

Wade fue el encargado de indicar al cochero en dónde tenía que dejar los caballos. Los demás servidores del rancho se abstuvieron de hacer acto de presencia, cosa que Bellounds no pudo menos de observar con contrariedad. Wade hubiera podido indicar, sin embargo, en dónde se encontraban.

La puerta del rancho estaba abierta y de ella salía ruido de voces en animada conversación. ¡Con qué interés debía escuchar Wade, cuando ni siquiera oyó detrás de el los pasos de Margarita!

-Buenos días, Wade -le dijo la joven. Él volvió la cabeza con rapidez.

-Buenos días, Margarita -contestó-. Está usted tan bonita este primero de octubre como la florecilla de su nombre.

-¡Este primero de octubre! -repitió ella con melancolía-. El día de mi casamiento.

Librodot

La resignación con que pronunció estas palabras impresionó profundamente a Wade. Se evidenciaba que la muchacha todavía no había perdido por completo la esperanza. Había encontrado, no obstante, en ella, fuerza bastante para resignarse a la renuncia de sus sueños de amor.

-Hoy no he podido verla a usted antes-le explicó Wade, con su voz persuasiva y tierna =, porque he tenido que ver a Wilson para convencerle de que el casamiento de usted todavía no puede darse como seguro.

-¡Oh! -suspiró Margarita.

Wade vio como su pecho se agitaba y acudía a su rostro una oleada de sangre. Sólo aquel instante era ya para Wade una gran recompensa a sus años de sufrimiento.

El ranchero apareció en aquel momento para llamar a la muchacha.

-Oye, Margarita, ¿sabes dónde está Jaime? -le preguntó.

-No le he visto, papá-contestó Margarita, temblorosa.

-Me extraña que no esté ya por aquí. ¿Y usted, Wade, tampoco le ha visto?

-Por allí viene-contestó el cazador señalando por el lado de las habitaciones de la servidumbre una figura que se acercaba tambaleándose y haciendo eses.

El viejo Bellounds levantó enérgicamente la cabeza lanzando una mirada de águila.

-¡Qué es eso! -exclamó consternado al ver la extraña figura de su hijo-. ¡Wade, por favor, explíqueme lo que le sucede!

Wade nada contestó. El buen hombre compartía en aquel instante la emoción de sentir entre sus manos la mano temblorosa de Margarita y la compasión que despertaba en él el viejo Bellounds.

Para éste no podía caber ya ninguna duda.

-¡Oh Dios mío! ¡Está borracho! -exclamó con acento de supremo dolor.

Salieron a la puerta del rancho el Pastor y los parientes con la alegría natural de todo invitado a bodas. Pero el gozo se trocó pronto en sorpresa y desconcierto cuando Bellounds les rogó, con la mayor consternación retratada en su semblante, que volvieran a meterse dentro.

Margarita permaneció en donde estaba, apoyándose temblorosa en Wade, para quien era una felicidad extraordinaria sostenerla.

El novio llegó hasta donde ellos le esperaban. Estaba, en efecto, borracho; no algo bebido, ni bebido a medias, sino total, completamente borracho, borracho como una cuba, repulsivo, tremendamente borracho.

Su padre se adelantó hacia él con la melena erizada como la de un león. Parecía un gigante irritado. Como una maza formidable dejó caer sobre el rostro encendido de su hijo su puño de hierro. Jaime cayó redondo al suelo.

-¡Desdichado! -exclamó apartándose de é1-: Has tronchado para siempre mi felicidad y la de la muchacha con quien tenías que casarte.

XII

Aquel año el invierno se retrasó. Muy adelantado noviembre, todavía hacía calor.

Una mañana, cuando Wade se dirigía a visitar a Moore, toda la tierra parecía envuelta en densa niebla. No se veía ni a un metro de distancia. Más tarde, terminada la visita, la niebla empezó a disiparse descubriendo pronto a trechos el azul del cielo. A la mañana siguiente la niebla era todavía más espesa. Wade creía que al llegar a la parte alta de las montañas, adonde se dirigía para cazar, encontraría la atmósfera despejada. Pero se equivocaba. Ni el

suelo lograba ver desde el caballo y éste ponía las patas en donde su instinto le dictaba, en medio de la oscuridad.

De repente Wade salió de la niebla para penetrar en una región donde el sol brillaba en todo su esplendor. Presa del mayor asombro detuvo inmediatamente su caballo. Aquel fenómeno era nuevo para él. La cumbre de la montaña estaba cerca. Por debajo se extendía ante sus atónitos ojos un inmenso océano de nubes, en vivo contraste con el azul rutilante del cielo. La cumbre de Peñas Blancas se erguía valientemente en aquella inmensidad opaca, como una isla en un mar de espuma. Como otra isla, o mejor, como un continente, se elevaba, por encima de las nubes la línea sinuosa de la cordillera. Wade contemplaba aquella magnificencia en verdadero éxtasis. Estaba el solo en las alturas. No se oía allí el menor sonido. La calma era completa. Ante aquella grandeza suprema Wade comprendió cuán poco pesaban sus penas y sus esperanzas.

Otro día amaneció con densos nubarrones en el cielo, ventisca y aguanieve. La noche de aquel día trajo el invierno.

A la mañana siguiente Wade fue a ver a Wilson Moore marchando sobre una alfombra de nieve de dos palmos de espesor. La claridad era tan excesiva, con tanta blancura por todos lados, que hacía daño a la vista.

Al entrar Wade en la habitación de Moore, éste se despertó con el ruido de la puerta.

-Buenos días, Wilson -dijo Wade sacudiéndose la nieve de las botas-. Se acabó el verano y las flores yacen sepultadas bajo un sudario de nieve. ¿Y tú, cómo te encuentras?

La larga permanencia en cama había impreso en el rostro del cowboy una gran palidez y demacración; pero su sonrisa acreditaba que el ánimo no decaía.

-Buenos días, Wade -contestó Moore-. En este momento me encuentro bastante bien. Esta noche, sin embargo, creía morirme de frío. No he podido casi dormir.

-Toda la noche me he estado acordando de ti -dijo Wade-. Vamos a ver cómo arreglamos esto.

-He oído la tormenta. ¡Dios mío, cómo soplaba el viento y con qué fuerza se metía la nieve en la habitación!

-Ha caído una gran nevada. Dos palmos de nieve en el suelo hay esta mañana. Por fortuna, aquí cerca tengo preparada una gran cantidad de leña. Ahora mismo voy a cortarla y a colocarla a tu alcance. Creo que lo mejor será que me quede a dormir aquí.

-¿No se enfadará el viejo Guillermo?

-Si se enfada, que se enfade. Pero lo probable es que ni siquiera se entere. Hace mucho frío aquí y necesito calentar la habitación. Aquí tienes algunas cartas que Manuel trajo de Kremmling el otro día. Léelas mientras te preparo la comida.

Moore echó una ojeada a los varios sobres y lanzó un suspiro.

-¡Cartas de casa! ¡No quiero leerlas! -exclamó.

-¿Por qué? -preguntó Wade.

-Porque cuando les escribí no les dije que estaba herido y ahora siento algo así como si les hubiese engañado.

-De todos modos, tú habías decidido no volver nunca a tu casa.

-¡Nunca, nunca! Pero dime, Benjamín, ¿no ha contestado Margarita a la carta que te entregué para ella?

-Todavía no. No seas impaciente, Wilson, ya te contestara.

-¿Cuándo? ¡Hace ya tres semanas que se la llevaste!

-Calla y lee, o te doy así en la cabeza con esta cachiporra -ordenó Wade en tono de broma afectuosa, esgrimiendo un leño.

Pronto preparó el cazador un hermoso fuego que calentó, a la vez que alegró, la habitación. Del almuerzo, que preparaba sobre las brasas, salían vahos apetitosos. Mas, ¡oh

Librodot

sorpresa!, cuando se volvió para servir a Moore vio al joven cowboy llorando con la lectura de una carta.

-¿Qué es eso, Wilson? -preguntó sin atreverse a dar crédito a sus ojos.

-Nada, nada, que me encuentro mal; nada más que eso.

-¡Oh, no!; hay algo mas. Dime por qué lloras.

-Porque mi padre me ha perdonado.

-¿Que te ha perdonado? No sabía que hubieras hecho nada que necesitara perdón.

-Pues he hecho, sí, he hecho una porción de cosas. Tenía dieciséis años cuando tuve una pelotera con mi padre y me vine aquí a cuidar ganado. Pero al cabo de algunos días escribí a mi madre y a mis hermanas. Desde entonces ellas no han cesado de suplicarme que vuelva a casa. Pero esta carta es de mi propio padre. Quiere volverme a ver, me perdona. Desea que vuelva a casa a cuidar la hacienda. ¿No es tremendo? ¡Ahora, cuando no puedo moverme, cuando me será imposible volver a montar nunca más a caballo!

-¿Quién ha dicho que no volverás a montar? -preguntó Wade-. Yo nunca he dicho eso. Lo único que he dicho es que no volverías a montar como antes. Pero podrás montar lo suficiente para todos los menesteres del rancho si logramos salvar la pierna. Muchacho, me acabas de dar una buena nueva. Esa carta trae magníficas noticias. Cuando Margarita se entere tendrá una gran alegría.

El vaquero tenía aquel día más apetito, lo cual tranquilizó bastante a Wade, pues era buen síntoma, precisamente cuando él había tomado ya una decisión importante respecta al pie herido. No se había atrevido a tocar el último vendaje por temor a posibles complicaciones, después de hacer cuanto pudo para evitar la temida gangrena.

-Wilson, voy a ver cómo tienes el pie, y luego te diré una cosa -declaró, cuando el temido momento no pudo aplazarse más.

Adelante, Wade, y si ves que mi pierna no puede salvarse, alcánzame el revólver.

Wilson Moore dijo esto sonriente, casi alegre; pero en sus ojos Wade advirtió una expresión que le llenó de pavor.

-Muchacho -le dijo-, no hay que desesperarse nunca. Por mi parte, preferiría perder una pierna y contar con el amor de Margarita, a tener las dos piernas bien sanas sin que ella me quisiera.

-¡Por Dios, Wade, no me tortures! -suplicó Moore.

-Siempre pones el dedo en la llaga. ¡Claro que lo importante es que Margarita me quiera!

-Bueno, a callar ahora, y a dejarme ver ese pobre pie. Al principio, las manos de Wade no trabajaron con su precisión y rapidez habituales; pero al fin el pie quedó al descubierto, descolorido y deformado, y al verlo, el cazador recuperó la seguridad y presteza de sus movimientos: su examen fue minucioso y hábil.

-Muchacho, esto marcha bien. No hay el menor síntoma de gangrena. ¡Salvaremos la pierna! - exclamó con una alegría sin límites.

-¡Déjamelo ver! -suplicó! More, apoyándose sobre el codo para incorporarse un poco y poder ver el pie.

-¡Dios mío, ha quedado torcido! -exclamó el infeliz con un acento de dolor une partía el corazón -. Wade, esto es irremediable, quedaré cojo para toda la vida. El Impetuoso Jaime me ha matado.

El cazador le obligó con suavidad a volverse a echar.

-Wilson, no te quejes; temí que la cosa iba a ser muchísimo peor.

-¡Pero yo nunca perdí la esperanza, nunca! Mas ahora, ¿qué esperanza queda? ¡Oh, no volveré a andar jamás como antes!

-Bueno, bueno, la desesperación no remedia nada. Ahora, a estarse quieto y a dejarme trabajar. Hoy has tenido varias buenas noticias, de modo que me parece que ya es hora de que oigas las malas.

Librodot

-¿Qué malas noticias me traes?-preguntó Moore, alarmado.

-Si Margarita no te ha escrito es porque ha estado tres semanas en cama, enferma.

-¡Oh, no! -exclamó Wilson, desolado.

-Sí, y yo la curo -manifestó Wade con orgullo-. Al principio era la señora Andrews quien la cuidaba; pero Margarita preguntaba constantemente por mí y. me llamaba delirando, hasta que por fin yo me encargué de ella y empezó a mejorar.

-¡Cielos, Margarita está enferma y tú nunca me dijiste nada! -exclamó el desdichado cowboy -. ¡Me cuesta creerlo! ¡Si estaba llena de salud! Dime, Wade, ¿qué tiene?

-La señora Andrews dijo que era neurastenia y el viejo Guillermo creía que era anemia. Jaime, en cambio, aseguraba que la enfermedad era fingida.

Aquí el cowboy profirió unos cuantos juramentos v Wade le reconvino amenazándole con no contarle nada más si seguía de aquel modo.

-Me callaré -prometió Moore.

-Bueno, ese diablo de Jaime es aún peor de lo que la gente se imagina... Lo que te digo, Wilson, es que nadie más que yo sabe lo que tiene Margarita. Estuvo viviendo bajo una gran tensión nerviosa hasta el primero de octubre, y el giro que tomaron las cosas, con el viejo Guillermo derribando a su hijo de un puñetazo en la cara y con la boda deshecha, fue una sacudida demasiado fuerte para el organismo de la chica. Desde aquel día Margarita estaba pálida, sin apetito. Su cara y su decaimiento denotaban una gran fatiga. Nada me dijo; pero yo comprendí lo que tenía. Pasábase la mayor parte del día metida en su cuarto, como único medio de evitar todo encuentro con Jaime. Él, entonces, adoptó una actitud que sorprendió a todo el mundo. Se mostró diferente de lo que había sido hasta entonces. La misma Margarita no salía de su sorpresa. Yo fui el único que no me dejé engañar. Comprendí que se había encaprichado por Margarita como un niño malcriado por un juguete nuevo. Con su conducta llegó a hacer olvidar a todos su borrachera. Se ve que cuando quiere, el' chico sabe portarse bien. Sabe dominar su temperamento v sus impulsos. Esto convenció todavía más al viejo Guillermo de lo que su hijo necesitaba para trocar sus antiguos instintos por hábitos de honradez y de trabajo. Y el buen hombre volvió a suplicar a Margarita que se casara con Jaime y la boda quedó fijada para más adelante; pero no sin que Margarita cayese verdaderamente enferma. Tardaron en llamarme; pero cuando pude hablarle averigüé lo que tenía. En cuanto me vio se agarró a mi brazo como el náufrago a una tabla de salvación. Comprendí entonces que era el amor lo que la tenía en tal estado.

-¡El amor! -repitió Wilson Moore sin aliento.

-Sí, el amor por un afortunado cowboy llamado Wilson Moore. Tal lucha ha estado sosteniendo la pobre dentro de su corazón que a estas horas ya se habría muerto si no hubiera sido por mí. No creas, Wilson, que nadie se muere de amor, pero Margarita se hubiera muerto; yo la he salvado. Me necesitaba y aunque tardaron demasiado en llamarme, todavía acudí a tiempo, logrando hacerla comer. Ahora, por fortuna, está ya fuera de peligro.

-Wade, creo en la divina Providencia desde que tú llegaste a Peñas Blancas-dijo Moore con el brillo del más intenso júbilo retratado en su mirada-. Pero dime, ¿cómo hiciste para curarla?

-Lo primero que hice fue darle la seguridad de que no tendría que casarse nunca con Jaime Bellounds, después de lo cual me dediqué a hablarle constantemente de ti.

-¡Dios mío! ¿Será entonces verdad que me ama?

-Sí, Wilson, y su amor es de los que crecen con el tiempo.

Moore se estremeció y cerró los puños como si tuviese que resistir un dolor intenso, tan honda y extraordinaria fue su emoción.

-¡Oh Dios mío! -exclamó-. Amo a esa muchacha más que a mi vida, y saber que sufre por mi amor y que está enferma por miedo de tener que casarse con otro hombre es más de lo que puedo- resistir.

-Reporta tu emoción, muchacho; las cosas ahora se presentan bien. Podemos abrigar las mejores esperanzas en cuanto a ti y en cuanto a ella. Todo se arreglará, te lo aseguro.

-Wade, eres un hombre adorable -manifestó el cowboy-. Si no es por ti yo hubiera llegado a enloquecer. Tengo fe en ti y haré cuanto me indiques. Pero, dime ¿cómo pudiste asegurar a Margarita que no tendría' que casarse con Jaime? ¿En qué te fundas para tal' seguridad?

-Porque sé que no se casará nunca con él - respondió Wade con su simpática y atractiva sonrisa.

-¿Y cómo lo sabes?

-Yo me encargaré de impedirlo, si es preciso.

-¿Cómo? Bellounds no desistirá nunca. Jaime continuará haciendo creer a su padre, a Margarita y a todo el mundo que es otro hombre. Amigo mío, ¿cómo podrías impedir la boda?

-La verdad es, Wilson, que aún no he pensado en cómo la impediré. Pero eso no importa, desde el momento en que te aseguro que salvaré a Margarita. ¿Para qué pensar en lo que haré mañana? A cada día le hasta su propio afán. Confía en mí, Wilson. La fe y la esperanza que tienes en mí deben servirte para ayudara tu restablecimiento. Porque no has de olvidar que tú estás más en peligro que Margarita.

-En tus manos me entrego, Wade -declaró el joven cowboy con calor-. Si me lo mandas dominaré mi desesperación, dominaré mi dolor, llegaré incluso a alegrarme por haber quedado cojo.

-¿Dominarás incluso tu odio?

Wilson Moore abrió los ojos con sorpresa y asombro.

-¡No vas a pretender que perdone a Jaime! -exclamó.

-¿Por qué no? El odio es un fermento que envenena la sangre. Más estragos, más daño hace en quien lo siente que en la persona odiada. Yo no le odio y tengo para ello más motivos de los que tú puedes imaginar. Es preciso que rechaces el odio de tu corazón, convenciéndote de que, más que de odio, el hijo del viejo Guillermo es digno de compasión. Nació con mala estrella. Más le valiera no haber nacido. ¿Me prometes no odiarle?

-Wade, tú tienes miedo de que yo le mate, ¿no es eso? -murmuró Moore.

-Sí; no lo niego. Temo que en un momento de ofuscación, de delirio, le mates. Considera, te ruego, lo que significaría esto para Margarita. Ella y Jaime se han criado como hermanos. Además, ya sabes lo que piensa ella de la gratitud que debe al viejo Guillermo y lo mucho que le quiere. Si tú matas al hijo, matas de disgusto al padre. ¡Imagínate lo que Margarita habría de sufrir con ello todo el resto de su vida! Tú que deseas su felicidad no puedes echar sobre ella tanto ¿olor.

-Tienes razón, tienes razón, Wade. Tú siempre tienes razón en todo. ¡Te juro que no mataré a Jaime! Y para poder cumplir mejor esta promesa, procuraré no odiarle. ¡Todo por Margarita!

-¡Bravo, muchacho! ¿Cómo expresarte la alegría que me das con esa promesa? Bueno, voy a traer leña, no vaya a apagarse el fuego.

-Wade, mientras tú partes la leña, yo escribiré otra carta a Margarita. Acércame el papel y el lápiz... ¡Y no te des prisa en terminar tu tarea!

Wade salió de la habitación con el hacha y la pala. El montón de leña estaba cubierto de nieve. Lo primero que Wade hizo fue practicar un camino entre la cabaña y la leña, con la pala. Trabajar en la nieve le agradaba. La blancura, la suavidad, la pureza de la nieve recién caída le cautivaba. El aire era sutil, penetrante. La escarcha crujía bajo sus pies, el aliento se confundía con el humo de la pipa.

Wade manejaba el hacha con la misma destreza que un leñador de profesión. Saltaban las astillas y el cazador aspiraba con delicia el aroma de la madera hendida. Cuando se cansaba de manejar el hacha, cogía la leña partida y la amontonaba junto a la puerta de la cabaña. De

cuando en cuando suspendía unos momentos el trabajo para contemplar extasiado e1 impoluta sudario que cubría la tierra.

Al cabo de dos horas de trabajo, después de haber partido una gran cantidad de leña, consideró que ya había hecho bastante aquel día y volvió a entrar en la habitación de Wilson Moore. Éste estaba aún tan absorto en la escritura que ni siquiera le oyó entrar.

-Di, Wilson, ¿estás escribiendo un libro? -preguntó el cazador al verle tan ocupado.

-Me falta ya poco para terminar -contestó Moore-. Si Margarita tampoco me contesta ahora...

-Por cierto que tendré que entregarle ahora dos cartas, porque todavía no le he entregado la primera -confesó Wade.

-¡Ah, bandido! ¿Cómo es eso?

-Mira, date prisa, que he de irme ya. Aquí tienes un hierro con el que podrás atizar desde la cama el fuego y añadirle más leña cuando haga falta, empujándola con él. Volveré antes de que anochezca y si no te traigo entonces una carta, de Margarita es que yo no conozco a la muchacha.

-Mira, Wade, si me traes una carta no habrá para mí en la tierra otro hombre mejor que tú. Te obedeceré en todo. Estaré quieto en la cama, me callaré, dormiré. En fin, haré cuanto tú me ordenes.

-En ese caso será menester que la carta no falte -dijo Wade recogiendo todo lo que había escrito Moore y guardándoselo en el bolsillo-. Adiós, Wilson, hasta luego, y no olvides las buenas noticias que han llegado para ti con la nevada.

-¡Adiós, enviado del Cielo! -contestó Wilson. Mientras, de regreso al rancho, Wade cabalgaba por los senderos cubiertos de nieve, sus pensamientos eran más optimistas. Decíase que si tuviera que nacer de nuevo, buscaría desde el principio su felicidad en la dicha de los demás. Al llegar a su habitación, púsose a trabajar para practicar un camino desde ella al corral. Tal montón de nieve había, que la tarea no le resultó nada fácil. Por fortuna, había construído un abrigo para los perros. Después de la gran nevada era inútil intentar la caza. En el rancho había grandes provisiones de carne de gamo y de alce, que se conservarían perfectamente el tiempo que fuere necesario, porque con el frío estaban completamente congeladas. Por lo tanto, Wade tendría que dedicarse a hacer en el rancho las tareas propias del invierno, cortar y acarrear leña, cuidar los perros y el ganado, etc. Lo que más trabajo le había de dar serían los perros, aunque su número, estaba muy disminuído. Kane había pasado a ser posesión de Margarita y vivía con ella. Cuando veía a Wade le dirigía una mirada de resentimiento y desconfianza, no pudiendo olvidar que había sido vencido por él. Sansón, Jim y Fox vivían con Wade en su misma habitación y acogieron su llegada con tumultuosa alegría.

A primeras horas de la tarde llegó el cazador al rancho. El espesor de la nieve no era allí tan considerable, pues el viento había arrastrado grandes cantidades de ella. En la herrería alguien estaba martillando el hierro. En los corrales y potreros el ganado se solazaba a sus anchas sin temor al frío.

El cazador llamó a la puerta de Margarita.

-¡Adelante!-dijo ella.

Wade la encontró sola en su aposento, sentada en la cama, con varias almohadas tras la espalda y abrigada con una blusa de lana. Su gran palidez y sus ojeras daban a su cara una expresión de aplastamiento y tristeza.

-¿Ya no le importo a usted, Wade? -dijo Margarita en tono de reproche.

-¿Cómo no? ¿Por qué lo dice usted?

-¡Ha tardado usted tanto en venir a verme! Estoy por decirle que ahora ya casi podía haberse ahorrado usted la visita-contestó ella, haciéndose la interesante.

-Sí, ésa es la recompensa de todos los que se preocupan de servir a los demás, y puesto que usted me recibe así, me parece que lo mejor será que me vuelva ahora mismo por donde he venido, sin darle lo que traía para usted.

E hizo ver que se iba, al mismo tiempo que ponía la mano sobre su bolsillo como si quisiera defender algún precioso objeto que llevara en él. Margarita se puso más encarnada que una amapola. Sentía lo que había dicho y la curiosidad la mataba.

-¿Por qué se enfada, Wade? ¡Si mi única culpa ha sido esperarle a usted con demasiada impaciencia! A ver, ¿qué me trae usted?

-¿Quién ha estado antes aquí? -preguntó él avanzando-. Este fuego está medio apagado. Lo primero es encenderlo mejor y voy a arreglarlo.

-La señora Andrews acaba de salir de aquí. Ha querido verme; amabilidad doblemente de agradecer con el tiempo que hace. Ha venido en trineo. ¡Qué invierno más crudo se nos prepara! La nieve ha entrado hasta mi cama. Hoy me encuentro mucho mejor. Será, tal vez, por no haber visto a Jaime en todo el día.

Wade se rió de la ocurrencia y Margarita unió su risa a la de él.

-Está usted algo sarcástica hoy, lo que me parece un buen síntoma -dijo Wade-. Por cierto que le traigo noticias que la ayudarán mucho a reponerse.

-¡Oh, dígamelas, dígamelas pronto! -exclamó ella.

-Wilson conservará su pierna. Además, hoy ha recibido una carta de su padre diciéndole que le perdona y que desea verle.

-¡Dios ha escuchado mis plegarias! -declaró Margarita cerrando los ojos fervorosamente.

-Su padre quiere que vuelva a su rancho, para administrarlo -añadió Wade.

-¡Oh! -exclamó alarmada la muchacha-. Pero Wilson no irá, supongo yo.

-Por ahora, no; más tarde, cuando pueda llevarla a usted con él.

Margarita se tapó la cara con las manos y guardó silencio unos segundos.

-¡Esas profecías..., oh! -exclamó.

-Todas se realizan, eso es lo extraño. ¡Ojalá fueran todas venturosas, en vez de ser agoreras, funestas, negras como cuervos, en su mayoría! Bueno, ¿se encuentra usted mejor hoy?

-¡Oh, sí, sí! Pero dígame, Benjamín, ¿qué es lo que me trae?

-¡Tiene usted mucha prisa! Yo deseo conversar un rato con usted y si le entrego antes lo que le traigo va no habrá conversación posible. ¿Dijo usted que Jaime no ha estado por aquí hoy?

-No, hasta ahora, gracias a Dios.

-¿Y qué hay del viejo Guillermo?

-Benjamín, usted nunca me pregunta por él de otro modo, como si quisiera recordarme que no es en realidad mi padre-expresó con pena la muchacha.

-¡Ah, ah! -exclamó Wade bajando la cabeza-. Es raro que nunca me acuerde... Bueno, en fin, ¿qué hay de él?

-Me ha estado hablando un gran rato de sus propósitos de ir a Kremmling. Dice que quiere llevarse a Jaime con él. Papá, ¿sabe usted, Wade?, no puede engañarse. Lo que pasa es que tiene miedo de dejarle aquí a solas conmigo. De modo que yo sé perfectamente que todo lo que ha dicho de tener que llevárselo consigo para ayudarle a vender el ganado y en las compras que ha de efectuar son meros pretextos. Pero ¿querrá Jaime acompañarle?

-Sí, ya sabe usted que ahora se muestra dócil y sumiso.

-Bueno; ahora, Benjamín, creo que es tiempo ya de que me diga usted lo que me ha traído -dijo ella con voz mimosa.

-¿Le gustaría recibir una carta de Wilson? -preguntó Wade sin decidirse a terminar la conversación.

-¡Que si me gustaría! ¡Pregunta usted si me gustaría! -exclamó ella expresando mucho más con la mirada que con las palabras-. ¡Si no he hecho otra cosa que rezar para que la carta llegara!

-Pues si tanto la desea usted dígame qué me daría por una carta de dos horas largas de escritura.

-¿Qué le daría? ¿Qué le daría? ¡Oh, Benjamín, creo que le daría a usted un beso! -exclamó loca de alegría.

-¿De veras? ¡Ahora lo veremos! -dijo Wade enseñando la carta con aire de triunfo.

Lo que para ella había de broma y juego en esto, no impidió que Wade sintiera una gran emoción, y así, temblando de placer interior, se inclinó hacia ella y le puso en las manos la carta de Wilson Moore. Y el mundo pareció borrársele de la vista cuando ella, cumpliendo su promesa, le atrajo hacia sí y le besó en la mejilla cordialmente, efusivamente, generosamente, con dulce y franca gratitud.

La Providencia había concedido a Wade diversos momentos de venturosa emoción en aquellos últimos días, pero nada comparable a la felicidad dé aquel beso. Cuando se sentó de nuevo junto a la cama de la muchacha su cara irradiaba felicidad.

-¡Oh, oh! -exclamó-. Así, pues, señorita, ha dado usted un beso al viejo Benjamín Wade...

-Sí, y por cierto que hace ya tiempo que deseaba dárselo -contestó ella, realzada su hermosura con el brillo de su mirada y el leve tinte de carmín de sus mejillas.

-Muchacha, lea usted ahora la carta y contéstela, mientras yo haré ver que leo, pero vigilaré desde la silla y le avisaré a usted con mi tos si advierto que alguien se acerca.

-¡Oh, piensa usted en todo! -exclamó ella, admirada. El cazador fingía estar ocupado en la lectura cuando, en realidad, lo único que hacía era echar miradas furtivas a su hija. ¡Qué bella estaba! La enfermedad y los sufrimientos habían acentuado la dulzura de su expresión. Tanto se absorbió en la lectura de la carta que llegó evidentemente a olvidarse de la presencia del buen viejo a su lado. Él espiaba con delicia las diferentes emociones que la lectura producía en ella. La vio palidecer, enrojecer, cambiar mil veces la expresión del rostro. En sus ojos, sin embargo, brillaba de un modo constante la luz de la felicidad. Y Wade se estremecía cuando se estremecía ella, y sentía palpitarle el corazón lleno de cariño paternal cuando la veía a ella temblar de amor. «Wilson debe de haberle escrito palabras mágicas», pensaba. Llegó, incluso a sentir celos al ver a su hija tan encantada con la lectura. En el fondo de su corazón, la voz familiar que de vez en cuando le advertía lo que había de suceder se dejó oír de nuevo para asegurarle que Margarita se moriría pronto y trágicamente si no podía vivir con Wilson Moore. Aquellos momentos tenían un gran valor para Wade, por las observaciones que podía hacer. Entonces fue cuando comprendió que él no había llegado a Peñas Blancas por casualidad, sino movido por fuerzas e impulsos providenciales. ¡Cuántos años había tardado en encontrar a su hija! Margarita leía y releía, y volvía a leer y releer la primera carta de amor que había recibido en su vida. Wade, con su perspicacia natural y con la sagacidad- que prestaba a su mirada el amor de padre, veía materialmente todas las sensaciones porque pasaba el corazón de Margarita, sus inocentes temores, la lucha, la confusión de su pudor y su pureza con la llama voraz del amor que por primera vez ardía en su pecho. Entonces, y sólo entonces, fue cuando Wade comprendió cuántos misterios de pasión y de ternura ofrece el corazón femenino.

XIII

Mi querido Wilson : Tus cartas me han dejado sin aliento. No acierto, no me atrevo a expresarte todo lo que me han hecho sentir.

»Las buenas noticias me llenan de alegría. Cuando Wade me dijo que conservarías la pierna, mis ojos se llenaron de lágrimas y, mi corazón de júbilo. ¡Cuánto he de agradecer a Dios que al fin haya escuchado mis plegarias! Es un gran consuelo ver que después de todas las angustias y de todos los temores las cosas no resultan ser tan terribles como parecían. Has de tener mucho cuidado, sin embargo, para no comprometer tu curación. Has de permanecer quieto en cama, con paciencia hasta que Wade, a quien has de obedecer en todo, te permita dejar el lecho. Esperemos que el pie, a pesar de todo, no quedará tan mal. Tal vez puedas volver a montar, si no tan maravillosamente como antes, por lo menos lo suficiente para recorrer las posesiones de tu padre y cuidar de su ganado. Porque, mi buen Wilson, tú tendrás que volver a tu casa. Es tu deber. Tu padre envejece día por día y te necesita. Te ha perdonado, ¿quieres más generosidad? Puedes considerarte feliz. A mí me mata la pena de pensar que has de abandonar Peñas Blancas; pero no tengo derecho a ser egoísta. Quiero seguir el ejemplo que nos da Wade no acordándose nunca de él, pensando siempre en los demás.

»No temas, Wilson, que me case con Jaime Bellounds. Parece que hayan transcurrido ya varios años desde el horroroso primero de octubre. Entonces había dado mi palabra y tenía que cumplirla; pero lo que sucedió me desligó del compromiso. He cambiado de parecer; veo las cosas de distinta manera. Sigo queriendo a papá lo mismo que antes; compadezco a Jaime y continúo creyendo que yo podía ser su salvación. El concepto de los deberes que tengo para con su padre no ha variado lo más mínimo. Pero no puedo casarme con él. Sería una maldad. No hay derecho a casarse sin amor. A veces no puedo reprimir ciertos sentimientos de aborrecimiento y odio. Una cosa es mi gran deuda de gratitud y otra los deberes que tengo conmigo misma. Nada hay en el .mundo que pueda obligar a una mujer a entregarse sin amor. No hay deber que exija tal sacrificio. El amor que me inspiras ha abierto en esto mis ojos. No creo, sin embargo, que sea únicamente este amor lo que me hace ser egoísta. Ciertas voces interiores del verdadero sentido del deber así lo reclaman igualmente, porque me figuro que yo podría llegar a casarme con Jaime, a pesar de amarte a ti, arruinando así mi vida, si entendiera claramente que con ello cumplía un deber. Pero, al contrario, si lo hiciera cometería una gran maldad. Comprendí esto, sobre todo, cuando tú me besaste. Desde entonces la menor idea de aproximación e intimidad entre Jaime y yo me llena de disgusto y pavor.

»No estoy, por lo tanto, ni estaré nunca, dispuesta a casarme con Jaime Bellounds. Sé que tendremos disgustos, los presiento, los veo venir; pero nada podrá destruir mi resolución. Papá me quiere cada vez más, se va haciendo viejo y continúa con la obsesión del casamiento, como único remedio que podría salvar a su hijo. Cada vez que tiene noticia de algo que demuestra que Jaime no es lo que él querría que fuese, tiene un disgusto de muerte. Pero no acaba nunca de perder por completo su fe, su esperanza en el chico. Te aseguro, Wilson, que si algún día papá viera a Jaime como nosotros lo vemos, aquel día sucedería algo espantoso. La fe que todavía tiene puesta en él es algo hermoso y terrible a la vez. Por ella quise yo sacrificarme para salvar a Jaime. Mas ¿para qué recordarlo si ya he resuelto no casarme con él? Cada día, cada hora que pasa, mi corazón se rebela más ante la idea de tal sacrificio. Sé que tanto él como su padre harán cuanto puedan para persuadirme; pero no lo lograrán. Llegarán, tal vez, a querer forzar mi voluntad; mas, si lo intentan, me hallarán firme y sólida como la masa ingente de Peñas Blancas. ¡No; casarme, nunca! En todo lo demás cumpliré hasta lo último todos mis deberes de gratitud para papá. Permaneceré a su lado. No

Librodot

me casaré contigo, a pesar de 1o mucho que te quiero. Cada minuto que pasa, mi amor hacia ti crece; pero no me pidas que me vaya contigo, no quieras llevarme a tu casa; desecha esa pretensión, no insistas. Con tu insistencia no harías sino atormentar mi alma. ¡Ser tu esposa, tu mujer! ¡Cuán dulce, cuán hermoso sueño; pero no puedo comprar tanta felicidad a costa del dolor del viejo que me recogió y me ha prohijado! Es tan férreo y tan extraordinario en todo cuanto se refiere a su hijo que, a pesar de lo muchísimo que me quiere, estoy segura de que si yo me casara contigo me volvería para siempre la espalda. Y si él me desconoce, si él no quiere saber nunca más nada de mí, ¿cómo quedo? No olvides que soy una expósita... ¡Oh, Wilson, te aseguro que es imposible concebir una situación más trágica que la mía! No puedo decirte más. Entiéndeme.

»Tú has despertado en mí el amor y Wade me ha salvado. ¡Qué bien me ha cuidado y cuánto le debo! Los hombres sois tardos (dispénsame, Wilson) en entender el corazón de las mujeres; pero él, ¡oh, Wilson!, él entiende el mío como podría entenderlo mi misma madre. Te digo esto porque deseo comprendas cómo y cuánto le quiero. Una de las principales causas del cariño que le tengo es lo bien que se porta contigo. Siempre me habla de ti alabándote de tal modo que creo que si yo no te hubiera amado ya desde antes, te amaría desde ahora, debido a él Es un excelente amigo. No sé lo que es poderse confiar a una madre; pero te aseguro que me siento feliz desde que he confiado mis cuitas a ese hombre. Por Manuel supe que Wade había ofrecido su amistad a Jaime y que Jaime le había contestado llenándole de improperios. El corazón me dice que al rechazar Jaime la amistad generosa de Benjamín Wade, firmó para sí su propia desgracia.

»En una palabra, Wade es nuestro amigo, y para mí, especialmente, es más de lo que acierto a explicar. Te digo esto para que aumentes la fe que tienes puesta en el y le creas en todo y por todo. ¿Han necesitado nunca dos jóvenes un amigo experimentado más de lo que lo necesitamos ahora nosotros? Yo necesito la fortaleza, el ánimo que él me inspira. ¡Pobre de mí si no le tuviera a él! Porque soy débil, soy medrosa, vacilo, tiemblo... ¡Oh, Wilson, no soy más que una mujer! Pero Wade me inspira un valor, una fortaleza. Wade me inspira un ánimo que mantiene viva mi esperanza y me permite continuar luchando. Es imposible perder la esperanza con ese hombre al lado. A veces creo que sabe muchas más cosas de las que dice. Gracias a él tendré el valor de vivir según sus convicciones, de ser fiel conmigo misma y de ser siempre leal contigo.

»Con mucho amor, tu » Margarita. »

3 de diciembre.

«Mi queridísima Margarita: Tu última carta era más bien una esquela y dije a Wade que - no volviera mas por aquí sin traerme una larga carta tuya. Hoy, por fin, me la ha traído.

»Hoy estoy radiante de alegría. Me levanto por primera vez. ¡Ya puedo abandonar el lecho, Margarita! ¿Concibes mi felicidad? Ando con muletas y sin atreverme a descansar el pie en el suelo; no parque me duela, sino porque Wade me lo ha prohibido. Es el mejor hombre del mundo.

»Ya como, recupera fuerzas y voy sintiéndome mejor cada día. ¡Y pensar que juré a Wade perdonar a Jaime Bellounds, y no odiarle! Mucho me ha costado cumplir lo prometido; pero ahora, fácil me sería ir a encontrarle: para darle la mano.

»En cuanto esté bien, lo que Wade asegura será en primavera, rogaré a mi padre me acompañe a Peñas Blancas. Entre Wade y yo le convenceremos, si no le basta (que sí le bastará) el hecho de ir a conocerte. En cuanto te quiera, cosa que no tardará en suceder, iremos a pedir tu mano al viejo Guillermo.

»Wade aprueba mi plan y dice que Bellounds se pondrá en razón. Se compromete a hacerle comprender que tu casamiento con Jaime sería la desgracia de todos. Es curioso como

Wade se incluye en la desgracia general que presiente para ti, para mí, para Jaime y el viejo Bellounds, si éste te obligase a casarte con su hijo. A veces, cuando me asegura que todo va bien y que tú y yo nos casaremos, un extraño sentimiento de temor se apodera de mí. Tengo fe en él y soy feliz; pero no puedo evitar los lúgubres pensamientos que pasan rápidos por mi mente. La duda de lo que haya podido ser y de lo que haya podido hacer y sea todavía capaz de realizar nuestro amigo, me turba y me desazona sin que yo mismo acierte a explicarme el porqué. Al fin y al cabo, yo, Margarita, soy un hombre.. He sido vaquero durante más de diez años, y he visto muchas cosas. He tenido que tratar con toda clase de hombres: cowboys, indios, mejicanos, mineros, buscadores de oro, rancheros, cazadores... Muchos de esos hombres han hecho que yo tenga de la humanidad un concepto muy distinto del que tú puedas tener. Wade ha sido todo lo que un hombre puede ser, por lo cual parece él solo un compendio de toda la humanidad. A pesar de su amabilidad y de su bondad y de su idealismo, hay en él una fatalidad extraña y terrible.

»Mi corazón se contrae cuando pienso que este hombre está conmigo. Porque veo algo en él que no acierto a expresar con palabras; algo inevitable y fatal. Todo lo que el presiente sucede. Por eso tengo la firme esperanza de que has de ser mi mujer. Serás mi mujer gracias a Benjamín Wade. Nadie puede deber a otro hombre un don más precioso. No puedo sofocar, sin embargo, cierto vago temor de algo que no acierto a expresarme en qué puede consistir. No quisiera comunicarte mis temores; pero es preciso que te dé noticia de mis extrañas fantasías. No hagas demasiado caso de estas supersticiones. Piensa únicamente que Wade es uno de los principales factores en nuestras esperanzas para el futuro. Mi fe en él es tan grande que raya en locura. Después de ti, él es la persona a quien más quiero en el mundo. Creo que le quiero casi más que a mis propios padres. Gracias a él la vida para mí ha vuelto a ser deseable. El mismo beneficio le debes tú; pero tú, querida Margarita, no eres sino una muchacha tierna y delicada como las flores de tu nombre y es conveniente no cierres tus ojos a lo que Wade es capaz de hacer, porque si te empeñas en quererle y en idealizarle sin parar mientes en lo que constituye su principal característica, es decir, en su lado trágico, será espantosa la sacudida que sufrirás el día que él realice algo verdaderamente terrible. Dios sabe que no sospecho nada malo de él. En mi mente no adoptan forma alguna definida mis temores; sé únicamente que por ti sería él capaz de realizar lo que fuese, sin detenerse ante nada. Te quiere tanto como yo mismo; sólo que de otra manera. ¡Tal es el poder que la cara dulce y pura de una mujer bonita ejerce sobre los hombres!

»Y basta por esta vez. »

«Apasionadamente, Wilson. »

10 de enero.

« Querido Wilson : En ésta, como en todas mis cartas, he de decirte que voy mejorando. Pronto ya no habrá que hablar para nada de mi salud. Hace ya bastantes días que me levanto; pero sólo hace cosa de una semana que he comenzado a engordar. Creo que es la ausencia de Jaime lo que me hace ganar peso. Además, como si esto no fuera bastante, ahora como con bastante apetito. Y me -muevo y hago ejercicio.

»Quieres que te cuente detalladamente todo lo que hago. ¿Cómo es posible? Te contaré, sin embargo, todo lo que acuda a la punta de mi pluma. He trabajado bastante en ayudar a papá a poner en claro sus cuentas, muy embrolladas desde que Jaime se encargó de los libros. Leo mucho, sobre todo tus cartas. Cuando nieva me siento al lado de la ventana para ver caer los copos. Me gusta verlos caer; pero no me gusta el sudario en que queda envuelto el mundo después de la nevada. El frío me hace estremecer y me obliga a refugiarme junto al fuego. Debo de tener algunas gotas de sangre india. En las noches de luna me encanta contemplar la testa blanca v refulgente de Peñas Blancas. No puedo evitar, sin embargo, la impresión

Librodot

pavorosa que su quietud, su extensión y su blancura producen en mí. No sé por qué, a pesar de toda su belleza, esta montaña suscita en mí la idea de la muerte. Paso muchas horas sentada, sin hacer nada, pensando en ti, en lo mucho que mi amor ha crecido y en lo mucho que ha arraigado en mi corazón.

»Como ya sabes, Jaime se fue de casa antes de terminar el año, diciendo que se iba a Kremmling. Pero papá supo que había ido a Elgeria. No te 'he escrito todavía que Jaime tuvo con papá una pelotera por cuestión de dinero. Jaime sostuvo durante tanto tiempo su buena conducta que yo llegué a creer que había cambiado de verdad. No me dejaba a sol ni a sombra, insistiendo no tanto en que me casara con él como en que le quisiera. Llegó casi a volverme loca con sus asiduidades. Un día no pude más y le quité toda esperanza. Entonces volvió a asomar el antiguo Impetuoso Jaime, el Jaime de siempre. Irritado y colérico, lanzó sobre mí un montón de improperios` mirándome con unos ojos que despedían fulgores de cólera. Entonces fue cuando tuvo el altercado con papá y se marchó. Jaime pedía dinero. Aunque procuré no oír nada, algunas palabras llegaron hasta mí, no las bastantes, sin embargo, para que yo sepa ahora si papá se lo dio. El caso es que Jaime se fue.

»Al principio, papá continuó como siempre; incluso parecía, en realidad, más amable y cordial que nunca. Mas de repente, se apoderó de él una gran melancolía, siéndome imposible devolver la placidez a su atribulado espíritu. Cuando Benjamín Wade nos venía a ver Por las noches, papá le obligaba a contarnos alguna de sus terroríficas historias. Ya sabes que no hay otra como Wade para contar historias sangrientas. Papá quería oír las más truculentas; yo, pobre de mí, no quería oírlas, pero no podía resistir la tentación de escucharlas ni lograba vencer el interés que conseguían despertar en mí, porque ¡ qué bien refiere Wade las escenas espeluznantes!

»Creo que no es solamente la ausencia de Jaime lo que ha cambiado de un modo tan radical el humor y el carácter de papá. ¡Pobre papá, cuánto le compadezco, cuánto sufro al verlo sufrir! Todo el día está caviloso y pensativo. ¡Quiera Dios que esto no pare mal, porque si continúa así, el día menos pensado se enferma o se nos muere! Lo que más le apena es no saber cuándo volverá su hijo. ¡Quizá no vuelva nunca! Benjamín Wade, sin embargo, afirma que volverá. Según él, Jaime ni sabe ni quiere trabajar, y cuando se le acabe el dinero tendrá que volver, porque no siempre podrá vivir del juego. ¿No estás oyendo tú mismo a Benjamín Wade en una de sus profecías? Primero anuncia la desgracia y en seguida conforta el ánimo asegurando que nada es en realidad tan grave como parece, y que nunca es demasiado tarde para remediar el mal, que el amor es el mayor bien de la vida, y que en este mundo no hay sino amar, confiar y esperar; puesto que al fin todo se arregla. Y, Wilson, estoy por decir que sus esperanzas en el remedio y arreglo de las cosas resultan tan infalibles como sus anuncios de calamidad. Benjamín Wade es un ser extraordinario; por eso no puedo menos de creer, a veces, que lo que dice es verdad, y que yo acabaré por ser tuya. ¡Qué felicidad entonces! ¡Qué felicidad! Pero, ¿qué te estoy escribiendo? Wilson Moore, no vayas a figurarte, querido, que estoy enamorada de ti...

»Con muchísimo amor, » Margarita. »

Febrero.

«Mi queridísima Margarita: La primavera se acerca y mi curación también. Hoy he dado un puntapié a Wade con mi pie enfermo y no me ha dolido. Wade se queja de mi impaciencia y dice que dentro de poco no habrá quien me haga estar quieto. ¡Tiene razón! Estoy loco de alegría pensando en que no tardaré en volver a verte. El día que te vea te como. Estoy hambriento, lo mismo que el puma que andaba por estos contornos últimamente y que Wade mató el otro día cerca de la cabaña.

»Margarita, ya puedo andar admirablemente, sin necesidad de muletas. Puedo encender el fuego y hacer la comida por más que Wade diga que esto último no. Según él, si yo te quiero a ti mucho, no debo dejarte nunca comer una comida hecha por mí. Ya puedo realizar múltiples tareas, aun cuando hasta ahora no me he alejado de mi cabaña. Mi ganado ha resistido muy bien el invierno. Ya sabes que este valle está al abrigo de los vientos fríos, y la nieve no ha alcanzado nunca gran espesor. No obstante, tuve que comprar algunas cantidades de paja a los Andrews. Ahora espero la primavera con gran ansiedad, y, el verano con sus margaritas. Wade vuelve a dormir en su barraca. ¡Cuánto le echo de menos! No obstante, la soledad de las noches no me disgusta.

»Hoy, cuando Wade ha llegado con tu carta, me ha preguntado: «A ver si sabes el número de cartas que llevas recibidas de Margarita.» «No sé-he contestado-, he perdido la cuenta; pero desde luego, dos o tres docenas, de paso.» Entonces él me ha dicho que había recibido cuarenta y siete cartas. ¡Cuarenta y siete! Me parecían demasiadas y le he dicho que no podían ser tantas. Ante mi incredulidad, él se ha empeñado en hacérmelas contar, y, ¡es increíble!, ha salido el número exacto. ¡Cuarenta y siete cartas maravillosas de la muchacha más encantadora de la tierra! Pero lo extraordinario del caso es que Wade llevaba la cuenta de las cartas mucho mejor que yo. ¡Es increíble!

»Por lo que me dices, Jaime Bellounds todavía no ha vuelto a Peñas Blancas. Compadezco de veras a su pobre padre. ¡Qué cosa más triste ha de ser tener un hijo como él! Pero para nosotros todo es alegría; la primavera se acerca y pronto te veré. ¡Pronto veré tu' boquita hermosa y tus ojos expresivos! Y nadie, nadie, podrá separarme ya nunca más de ti.

»Con muchísimo cariño, «Wilson. »

19 de marzo.

«Mi queridísimo Wilson: Tus últimas cartas, que he leído y releído repetidas veces en estos últimos días, y que guardo bajo mi almohada, han sido a la vez mi fuerza y mi debilidad desde el regreso de Jaime.

»,Si no te he escrito no ha sido por miedo, aunque, desde luego, si esta carta cayera, por desgracia, en manos de papá, o, peor todavía, en las de Jaime, algo gordo sucedería aquí. No obstante, no ha sido el miedo lo que me ha impedido escribirte, sino la falta de valor y ánimo, aunque no ha pasado minuto sin que me dijera que debía escribirte y sin que ratificase mi decisión de hacerlo. No sé cómo expresar lo que tengo que decirte. En tan lamentable estado de espíritu estoy, que he llegado, incluso, a rehuir la conversación con Benjamín Wade. Su fe en mí, su esperanza, su afecto, son para mí un revulsivo demasiado fuerte en los momentos en que mi espíritu vacila y desfallece.

»Trataré de explicarte en esta carta lo que deseo sepas y comuniques, además, a Wade, para que no interprete mal mi esquivez de estos días.

»Jaime volvió a casa el día 2 de este mes. Recordarás, sin duda, el borrascoso temporal de aquel día. ¡Cuánta nieve, cuánta lluvia y cuánto viento! Parece que oigo el golpear de la nieve en las ventanas y el rugir del vendaval. Tal era el estruendo, que no oí las pisadas del caballo, ni los pasos de Jaime en el pórtico, ni el chasquido de su látigo, ni sus silbidos. En el interior de la habitación teníamos un hermoso fuego. Papá estaba mirándolo complacido cuando de repente su rostro palideció. Había reconocido las pisadas de su hijo. Nunca le he querido y compadecido tanto como aquella noche. Pensé en la vuelta del hijo pródigo. Sonaron unos golpes en la puerta y papá se levantó a abrirla. Era, en efecto, Jaime; pero no el Jaime que yo había conocido hasta entonces. Estaba demudado, pálido, alicaído, mustio, envejecido. Entró sin decir otra cosa más que « ¡buenas noches!», dejó su sombrero sobre una silla y se arrimó al fuego:` Con lo empapados que estaban su calzado y ropa, comenzaron pronto a despedir vapor.

Librodot

»Miré a papá y me quedé sorprendida de verle tan frío y dueño de sí, con el dominio absoluto de sus nervios tan característico en él en los momentos críticos. »-Por fin, pues, ya estás en casa -dijo. »

-Sí, aquí estoy-contestó Jaime.

-¡Mucho tiempo has estado fuera!

-¿Quieres que me quede?

Esta pregunta dejó de momento sin palabras a papá. Miró con ojos de asombro a su hijo. Jaime adoptó un aire insolente de provocación e indiferencia.

-Claro que quiero que te quedes -respondió papá sin ambages-. ¿A qué viene tal pregunta?

-Soy mayor de edad y no puedes obligarme a estar aquí si yo no quiero. Soy libre de hacer lo que me acomode -contestó Jaime.

-Lo serás; pero no si esperas heredarme -declaró papá.

-Guárdate en confitura todo lo que tienes -replicó Jaime con insolencia.

Papá se puso blanco como la cera. La insolencia le había herido. Calló un momento y en seguida me dijo que me retirara a mi cuarto. Me iba ya a retirar cuando Jaime dijo

-No, que no se vaya. Es mejor que se quede. Conviene que oiga lo que he de decir.

-Las cosas que has de decir son, pues, muy importantes, ¿verdad? Está bien, habla.

Jaime empezó a hablar entonces con voz tan moderada que me admiró. Dijo que a principios de invierno había comprendido que estaba verdaderamente enamorado de mí. Que este amor había cambiado su carácter haciéndole comprender que hasta entonces había sido un ser inútil en la tierra. Que por amor a mí había resuelto cambiar, que lo había intentado y lo había conseguido. Durante seis semanas, su conducta no pudo ofrecer motivo para el menor reproche, lo cual, si hemos de hacer honor a la verdad, preciso es confesar que es cierto. Explicó las luchas que sostuvo consigo mismo hasta averiguar que, verdaderamente, podía dominarse. El valor y el propósito de enmienda eran debidos al amor que yo le inspiraba. Este amor era el primero, el único noble sentimiento que hasta entonces había germinado en su corazón. Quería que, tanto papá como yo, entendiéramos perfectamente que por fin había encontrado la persona que podía ayudarle a mantenerse en el buen camino, y que esa persona era yo. Que yo no podía dudar de la honestidad de su intención y de la sinceridad de sus palabras, a pesar de lo cual le rechacé declarándole que no podría amarle nunca. Que entonces, desesperado, renunció a mí y pidió dinero a su padre para marcharse, y no habiéndolo obtenido, lo robó sin escrúpulos ni remordimiento. Había estado en Kremmling, y luego en Elgeria.

-Allí me fui -dijo, sin el menor asomo de rubor- a entregarme al juego y a la .bebida. Estando borracho no me acordaba de Margarita. Volvía a recordarla, en cambio, en cuanto pasaban los efectos del alcohol. Cada vez su imagen se aferraba a mi cerebro con más persistencia y tenacidad. Únicamente encontraba alivio en la bebida. El dinero duró mucho más de lo que yo esperaba, porque la suerte se me mostró muchas veces favorable en el juego. Cuando me quedé sin un dólar pedí dinero prestado, no a mis camaradas de juego, sino a algunos rancheros que te conocían y sabían que si yo no les pagaba la deuda, la pagarías tú. En Elgeria, en el establecimiento que allí tiene Smith, anduve a tiros con un tal Elbert. Jugando con él a cartas observé que hacía trampas y le reconvine. Entonces él sacó su revólver y disparó sobre mí, pero erró el tiro. En respuesta, yo le metí un bala en el cuerpo. Tres días después, Elbert moría de resultas de ello. Esto me hizo meditar y de nuevo volví a comprender lo que era y lo que podría ser. Volví a Kremmling a regenerarme por el trabajo, y me contraté con Judson, uno de los rancheros a quienes había pedido dinero prestado. Por las noches visité los garitos y lugares en donde se jugaba y resistí perfectamente la tentación de beber y jugar. Vi que podía dominarme, y con esta seguridad decidí volver a casa, y aquí estoy.

»Escuché a Jaime temblando, asustada. Pero el efecto que estas palabras hicieron en mí no fue nada comparado con el que hicieron en papá. Se quedó un rato sin poder hablar, como si un gran nudo en la garganta le quitase el aire de los pulmones, y, levantándose sombrío y colérico, preguntó

-Bueno, y tu vuelta aquí, ¿qué significa?

-Significa que creo que todavía no es demasiado tarde -contestó Jaime-. El mal que he hecho, hecho está; pero me he reportado y mis pasiones no me dominan. Todavía te quiero, papá, a pesar de lo cruel que fuiste conmigo. Al fin y al cabo, soy tu hijo y desearía compensar de algún modo, con mi conducta, todos los disgustos que te he dado. Puedo hacerlo, y lo haré sin duda alguna si Margarita consiente en casarse conmigo. No sólo me interesa el casamiento, sino su amor; necesito que me quiera, estoy loco por ella. ¡Es terrible!

-¿Cómo podré creerte, desdichado, qué pruebas me darás de tu sinceridad? -rugió papá, presa de una tempestad de encontrados sentimientos.

-No sé qué pruebas podré darte; sólo sé que soy sincero y que digo la verdad-contestó Jaime, pálido y firme.

Su padre, entonces, encolerizado, le arrojó un sinfín de improperios al rostro. Mi corazón latía con una violencia inusitada. Papá estaba lívido, tenía el cabello en desorden, sus ojos echaban llamas. ¡Qué triste y terrible era la escena!

Pero Jaime le oyó sin inmutarse.

-Tienes razón, papá, de hablar como lo haces y de decirme lo que dices - declaró -. Tienes razón en todo. Pero, ¿soy yo el único culpable? ¿Quién me ha traído a este mundo? No soy yo el único responsable de la que hago. Tú podrías insultarme, pegarme, castigarme; pero yo podré echarte en cara los malditos tres años de infierno a que me condenaste. Mas, ¿qué adelantamos ahora con lanzarnos uno a otro nuestros motivos de resentimiento? Estoy perdido si tú no me concedes a Margarita, si no la obligas a quererme. El amor de Margarita es mi salvación. La necesito, no sólo por mí, sino por ti y por ella. Aun queriéndola como la quiero, hasta la locura, no deseo casarme con ella solamente por mí, no; yo ya sé que no valgo nada, que no soy digno de ella. Deseo casarme con ella porque éste es el único medio de salvarme y porque este casamiento puede ser la paz y la felicidad para los tres. He venido para decir la verdad. Siento por Margarita lo mismo que tú hayas podido sentir por mi madre, ¿entiendes? Soy tu hijo; hay en mí algo de ti. No todo es maldad y perversión en mí. ¿Queréis tú y Margarita creer lo que digo?

Necesitó papá un buen rato para que este discurso tuviera la virtud de convencerle. Pasado este tiempo, sin embargo, sus meditaciones parecieron encaminarse todas a la conclusión de que la reforma de Jaime era segura si yo consentía en casarme con él. Nunca pasé por un momento más angustioso. Y la verdad era que papá no se equivocaba: ¡yo podía salvar a Jaime! Lo vi, lo comprendí, lo sentí entonces. No hay mujer que se engañe en tan críticos momentos. El mismo Wade me dijo un día que yo podría obrar el milagro de reformar a Jaime, si me fuera posible amarle. Esta verdad se presentó de una manera clara y evidente ante mis ojos el día 22 de este mes, trastornando mi espíritu y conmoviendo todo mi ser.

Comprendí lo que significaba para papá el casamiento: sus primitivas esperanzas realizadas, su dignidad vindicada, su oprobio olvidado, su amor recompensado. Debía de ver estas cosas, sin embargo, como un hombre que las considera con un pie sobre el abismo. Aunque consciente del peligro, la alegría teníale, no obstante, transfigurado. Su gran corazón pugnaba por salir al encuentro de esta oportunidad de la manera más generosa, con un olvido total y absoluto del pasado, con la mayor gratitud. Pero su voluntad le dictó una resolución definitiva y siniestra.

Elevando los puños, con la cabeza erguida y la mirada sombría, con la voz llena y sonora y la actitud de un soberano, dijo:

-Hijo mío, acepto tus palabras y te concedo a Margarita; pero, por el amor que yo tuve siempre a tu madre, te juro que si vuelves a robar te mataré.

Y no pudo decir más, ni yo me siento con ánimos para seguir escribiendo.

Con mucho cariño siempre, Margarita. »

XIV

La primavera no se hizo esperar aquel año. La nieve se fundió en los valles y las florecillas empezaron a asomar entre la verde hierba. Los caballos y los potros en sus pastos relinchaban, triscaban y hacían cabriolas. En las laderas de las montañas, el ganado vacuno mostraba también la alegría de la primavera con carreras y mugidos. Las águilas volvían a poblar los picachos libres de nieve, y los alces se asociaban al resurgimiento general con sus berridos.

Los osos negros, pardos y grises salieron de sus refugios de invierno cubriendo el húmedo suelo con sus huellas. Por las noches, los lobos y los coyotes proclamaban su deseo de vivir y su hambre con el pregón de sus aullidos.

En las cumbres, no obstante, el invierno se obstinaba en continuar dejando sentir sus rigores. Los negros nubarrones, los aguaceros y las ventiscas retardaban la acción de los calores y la nieve se fundía lentamente. Día llegó, sin embargo, en que el verde triunfó de lo blanco y de lo gris, y la primavera, heraldo del verano, tomó definitiva posesión de todo el terreno.

Benjamín Wade permanecía oculto entre los sauces que bordeaban uno de los arroyos. Hacía algún tiempo que todas las mañanas se ocultaba por allí como un indio al acecho de alguien. Aquel día, por fin, pudo copar a la persona que esperaba y cuando Margarita pasó por allí le salió al encuentro, surgiendo de pronto de su escondite.

-¡Oh, me ha asustado usted, Benjamín! -exclamó la sorprendida muchacha, sujetando con las riendas al caballo.

-Buenos días, Margarita -dijo Wade-. Siento muchísimo el susto; pero hace días que necesito hablarle y como usted parece huirme no he tenido más remedio que salirle al encuentro como un salteador de caminos.

Wade miró a su hija con el ansia de quien no ha podido ver al ser querido en varios días. Le bastó una mirada para que sus recelos tuvieran plena confirmación. La palidez, la suave y resignada expresión de Margarita eran signos que no podían engañar a su corazón de padre.

-Bueno, ya me tiene usted delante. Dígame ahora lo que quiere de mí - preguntó ella sin el menor, intento de eludir la conversación.

-Deseo que me acompañe usted a ver a Wilson Moore -declaró Wade tratando de leer en los ojos la impresión que estas palabras habían hecho en su hija.

-¡No! -repuso ella con las mejillas encendidas por el temor y la alarma.

-Sea usted razonable, Margarita, y diga si yo me he opuesto nunca a ninguno de sus deseos.

-No; nunca.

-¿Duda usted de mi buena intención, de mi cariño hacia usted? -preguntó con voz tierna y persuasiva.

-No, Benjamín, no, al contrario. Veo su bondad, veo su cariño, y esto es precisamente lo que me hace ser débil y me quita la fuerza para resistir teniéndole a usted delante.

-Así, pues, ¿ya no es usted aquella muchacha fuerte de antes? ¿Ya ha comenzado a desfallecer?

-¡Oh, no; oh, no; todo lo contrario! No es debilidad, es fortaleza lo que usted me inspira.

-No crea usted, Margarita, que ignoro lo que le pasa, no... Wilson me dejó leer la última carta que usted le ha escrito...

-Lo esperaba; incluso creo que lo deseaba. Era necesario que usted tuviese conocimiento de mis penas.

-Es una carta honrada y valiente, una carta escrita con gran espíritu de lealtad por una muchacha que tiene sus convicciones y que no quiere faltar a sus deberes de gratitud. Pero en su aflicción usted olvidó el efecto que la carta había de producir en Wilson Moore.

-¡No le he olvidado nunca! ¡He pasado las noches sin dormir, pensando en él! ¿Le ha hecho mucho daño la carta?

-Margarita, creo que si usted no va hoy mismo a verle se matará, o matará a Jaime -declaró Wade con gravedad.

-¡Iré a verle! -decidió Margarita-. Pero diga, Wade, ¿cree usted de verdad que Wilson, tan noble y valiente, podría llegar a la cobardía del suicidio o a la bajeza de la venganza y del crimen?

-Margarita, usted es una niña y no comprende las complicaciones del alma humana. Es muy duro lo que Wilson ha pasado este invierno. Gracias a mis cuidados y a las cartas de usted está todavía con vida. Ha recuperado la salud; pero no está aún :su alma completamente limpia de amargura, ni hay en él aún fuerzas bastantes para luchar contra las tendencias mórbidas del corazón.

-¿Para qué quiere verme? -preguntó Margarita, temblorosa, con lágrimas en los ojos-. La entrevista sólo servirá para aumentar su pena, para agravar y empeorar las cosas.

-No pienso yo lo mismo. Wilson comprende perfectamente su situación y lamenta no poder hacer nada por remediarla. Mas lo que principalmente le atormenta es el miedo de haber perdido el amor de usted y por eso es preciso que usted le vea.

-¡Pobre muchacho! ¿De manera que cree que yo no le quiero? ¡Dios mío, qué estúpidos son los hombres! Sí, Benjamín, iré a verle; acompáñeme usted.

Por toda respuesta, Wade asió la brida del caballo de Margarita llevándole por un sendero estrecho y áspero que le obligaba a marchar delante del animal. Al principio, el cazador no se volvió a verla ni a mirarla. Marchaba con la cabeza baja, no sólo porque necesitaba fijarse bien en donde ponía los pies, sino también porque oprimíale un sentimiento vago e impreciso de inevitable catástrofe. Sus sentidos estaban alerta. Oía el sordo murmullo del arroyo, el ruido de las aves que huían, las pisadas de los ciervos en las piedras, el canto de los pájaros, y veía con deleite las florecillas silvestres a uno y otro lado del camino.

Condujo luego al caballo por senderos abruptos que le permitieron ponerse al' lado de Margarita. A los pocos pasos le cogía dulcemente la mano estremeciéndose de emoción al dulce contacto. ¡Con qué claridad leía él hasta el fondo del corazón de su hija! Era de las que querían cada vez más, de las constantes en sus afectos, de las que únicamente dejan de querer cuando mueren.

-Margarita, ésta no es la única mañana que la he esperado -le dijo-. ¡Y con qué desilusión volvía siempre a reunirme con Wilson sin usted!

-¡Tanto desea verme!

-Veo que nos ha tenido usted medio olvidados a él y a mí estos días -dijo Wade.

-No, eso nunca. He procurado, desde luego, aunque inútilmente, acordarme de ustedes lo menos posible. Embargaban tantas cosas mi espíritu que hasta las mismas noches sin dormir han transcurrido veloces.

-¿Confiará usted en mí como antes?

-Benjamín, nada tengo que añadir a lo que escribí a Wilson. Y cuanto más pienso, más me confundo. Wade opuso a esta contestación un largo silencio. Bastábale de momento sentir entre sus manos el suave calor de la de Margarita y experimentar el consuelo de contemplar a su hija, una vez más, cerca de él. La fragancia de la selva penetraba como un espíritu sutil que estimulaba en él la tendencia a amar la obra del Creador. Peñas Blancas se erguía ante sus ojos alto y solemne, con su nevada cumbre, hasta la bóveda azul del cielo, despreciando la acción del tiempo y de los huracanes. Una nube había, nada más, en el horizonte de Wade.

-Allí está esperando Wilson -dijo señalando a un bosquecillo de álamos que se divisaba a poca distancia -. Está muy cerca de la casa, y hay un camino que conduce a aquel lugar; pero Wilson no puede montar muy bien todavía y no hemos encontrado mejor sitio.

-No me importa que papá y Jaime sepan que he visto a Wilson. Yo misma se lo diré.

-Como usted quiera; pero si ha de seguir mi consejo, no les diga nada -contestó.

Continuaron cabalgando cuesta abajo hasta llegar al bosquecillo. Era un lugar encantador, con el suelo cubierto de hierba y cuajado de flores. Moore esperaba montado en su caballo, lo que no pudo menos de sorprender a Wade por haberle dejado un rato antes sentado en un tronco. Por lo visto, después de aquellos meses de zozobras y temores, Moore quería que Margarita le viera a caballo. Wade oyó, sin volverse a mirarla, el grito de alegría que se escapó del pecho de la muchacha. Cuando llegaron al lugar en donde Moore estaba esperando, Wade no pudo resistir la tentación de presenciar el encuentro de los enamorados.

Margarita, mujer al fin y, por lo tanto, capaz de ocultar la agitación interior, a no ser en momento de gran consternación, reveló menos emoción que el vaquero; pero la penetrante y larga mirada de Wilson Moore hizo desaparecer el carmín de sus mejillas.

-¡Oh, Wilson, qué alegría me da verte de nuevo a caballo! -exclamó- No sé si dar crédito a mis ojos. De cuantas cosas han sido objeto de mis oraciones, ésta es la que le he pedido a Dios con más fervor. ¿Puedes ponerte de pie sobre los estribos como antes? ¿Dominas el caballo y te sostienes bien en la silla? A ver el pie.

Moore mostró un pie deforme, calzado con zapato.

-No puedo calzarme la bota -explicó.

-¡Oh! -exclamó Margarita sin poder evitar que la sonrisa desapareciese de sus labios-: No podrás apoyar ese pie en el estribo, ¿verdad?

-No.

-Pero no tardarás en poder calzarte la bota, supongo.

-En la vida, Margarita-declaró él con tristeza.

A la penetrante mirada de un padre no pasan inadvertidas las emociones de la hija amada. Cuando Wade notó que con fuerza y poder incontrastables los antiguos sentimientos de amor volvían a apoderase del corazón de Margarita, tomó el partido de retirarse.

-Ahora, muchachos -dijo-, uno sobra aquí. Voy a apartarme de vosotros, para vigilar estos contornos, mientras habláis.

-Benjamín, usted no se moverá de aquí -ordenó Margarita precipitadamente.

-¿Por qué no le dejas marchar, Margarita? ¿Te da vergüenza, o tienes miedo de estar a solas conmigo? - preguntó Moore con amargura.

En los ojos de ella brilló un fuego inusitado. Rara vez perdían su dulce y apacible serenidad; pero en aquel momento despidieron llamas.

-No, Wilson -contestó-; no estoy amedrentada ni puedo tener reparo alguno en quedarme a solas contigo. Pero la presencia de Wade no me estorba. Delante de él puedo estar contigo con la misma naturalidad con que estaría a solas, y creo que tú también. ¿Por qué ha de marcharse, pues? Conviene que se quede, porque si papá o Jaime llegaran a enterarse de que tú y yo nos habíamos visto, la presencia de Wade quitaría ante ellos importancia a nuestra entrevista. ¿No comprendes que a nada bueno puede conducir jugar con el peligro?

-Dispénsame, Margarita. Creí que no te fiabas de mí, y eso me ofendía.

-Mi caballo está demasiado inquieto -dijo Margarita-. Apeémonos; creo que hablaremos mejor.

El corazón de Wade pudo observar con sumo agrado el amor reflejado en los ojos de Margarita al ver apearse al cowboy. No lo hizo mal el' pobre Wilson, para estar tan lisiado como estaba.

¡Momentos llenos de significación para Wade! Ni Wilson Moore ni Margarita sospechaban, en su valor para el sufrimiento y su confianza exenta de recelos, el peligro a que se exponían con aquel encuentro. Wade, por el contrario, lo presentía, y les compadecía, sufría anticipadamente por ellos sus torturas, padecía sus angustias.

-¡Dime todo cuanto tengas que decirme! -rogó impulsivamente Margarita.

Moore acercó, cojeando, a un tronco una gruesa rama de álamo que halló por el suelo, y se apoyó en ella. Margarita dejó en ella sus guantes.

-Nada que tú no sepas -respondió Moore-. Todo te lo he escrito ya, excepto que estas tres últimas semanas han sido un infierno para mí.

-Tampoco yo las he vivido en el cielo -replicó Margarita con un ligero acento de reproche que fue para Moore como un pinchazo en el corazón.

Los enamorados empezaron entonces a hablar de la proximidad de la primavera, de los caballos y el ganado, de los pastos y de los mil detalles inherentes a la vida del rancho, cosas todas de ningún interés para ellos en aquellos instantes y que sólo servían para reservar su pensamiento sin permanecer callados. Pero Wade les escuchaba y leía en sus corazones.

-Usted, Margarita, y tú, muchacho, estáis perdiendo un tiempo precioso, malgastándolo en palabras hueras -interrumpió-. Bien veo que mi presencia os impide hablar con libertad y me voy para que podáis decir a vuestras anchas lo que os importa.

-No, Wade, no te vayas - ordenó Wilson Moore.

-¿Cómo, Benjamín, estaba usted aquí? Me da vergüenza confesar que me había olvidado completamente de su existencia - dijo Margarita con zaragatería.

-En tal caso, que la conversación verse sobre lo que les interesa -repuso el cazador-. Margarita, háblenos usted del viejo Guillermo y de Jaime.

-¿Qué quiere usted que les diga de ellos?

-Díganos lo que haya -contestó Wade-. Yo he observado que han cambiado de algún tiempo a esta parte, y a Wilson, Manuel y Montaña, y los Andrews, también les han dicho algo en este sentido.

-¡Ah! -exclamó Margarita entendiendo por fin la intención de Benjamín Wade -. Papá se ha reconciliado con la vida. La alegría le ha rejuvenecido y su bondad ha subido de punto. Todo a causa del cambio observado en Jaime. Tanto ha cambiado que es preciso verlo para creerlo. Desde que volvió a casa y tuvo una explicación con su padre es otra persona muy distinta. Ya no me persigue, y me trata con tanta afectuosidad como respeto. Me colma de atenciones sin insistir ni hacerse pesado. Cualquiera diría que lo que más le interesa en el mundo es mi aprecio. Trabaja como nunca había trabajado; en los libros de papá, en el rancho, en el campo... Se mueve y acciona dominado por un solo pensamiento. Habla poco. Su antigua petulancia, su terquedad, su egoísmo y, especialmente, su impetuosidad, sus arrebatos, todo eso ha desaparecido. No estando acostumbrado, como no lo estaba, al trabajo duro, ha sufrido, sin quejarse, la fatiga. Ha sufrido, sobre todo, heroicamente la sed. Una vez oí que le decía a papá: «Es una sed terrible. Nunca me había abrasado como ahora; pero la resistiré, aunque me mate. ¿No sería mejor, sin embargo, beber algún sorbo al principio e ir suprimiendo poco a poco la bebida hasta acostumbrarme?» Mas papá respondió: «No, hijo mío, nada de contemplaciones. No claudiques. Resiste valientemente. No se contemporiza con los vicios. No bebas. Verás como al' final la sed desaparecerá y entonces estarás contento de haber resistido.» No he olvidado todavía su pasada conducta; pero él nos la hace olvidar a todos poco a poco. Me alegro, sobre todo por papá; mas también me felicito del cambio por

Librodot

el mismo Jaime. No cabe duda que al fin ha dominado sus malos instintos, que el cambio es real y efectivo, y que el antiguo potro indómito es ahora un hombre cabal.

Moore escuchó lleno de ansiedad y cuando Margarita acabó, bajó pensativo la cabeza -y se puso a cortar inconscientemente astillas de la rama de álamo con su cuchillo.

-Margarita, he oído hablar mucho del cambio de Jaime -dijo después de pensar un rato-. ¿Qué puedo decirte, sino que lo celebro y me alegro por su padre, por él y por ti? Muchos creen que no hay que fiarse, y que Jaime finge ahora para desquitarse después; pero yo no lo creo. Su cambio a mí no me :sorprende y creo en la sinceridad del muchacho, porque si yo fuera una bala perdida como era él, por ti cambiaría de carácter, lo mismo que Jaime.

Margarita tuvo que volver rápidamente la cabeza para sustraer su rostro a las miradas. Wade, sin embargo, vio perfectamente cómo se le humedecían los ojos y cómo, también, temblaban sus labios.

-Siendo así, tú, Wilson, ¿crees que Jaime ha cambiado verdaderamente y que no volverá a sus antiguas mañas?

-Sí, ciertamente, así la creo.

-¡Oh, Wilson, cuán bueno eres! ¡Cuánta nobleza hay en tu corazón! ¡Hablar así, cuando hubieran sido tan humanos, tan disculpables, tan naturales la ironía, la duda y el escarnio!

-Margarita, la honradez me obliga a decir lo que sinceramente creo. Habla tú también con la misma sinceridad y dime si de veras crees que Jaime perseverará en ese camino sin volver a dejarse arrastrar jamás por el juego, por la bebida, o por la cólera.

-Sí, lo creo, con tal que...

Su voz tembló, su voz le faltó... Y no pudo acabar la frase.

More se dirigió al cazador.

-¿Y tú qué piensas, Benjamín? ¡Habla! Tu opinión nos interesa. Muchas veces te la he preguntado; pero nunca has querido decírmela. Ahora, sin embargo, imagino que querrás hablar. Di, ¿crees que Jaime sabrá mantener la resolución de ser otro distinto del que era?

Wade había eludido hasta entonces la contestación a esta pregunta, porque a su juicio todavía no había llegado el momento de hablar con claridad; pero en aquel instante creyó deber decir sin ambages lo que pensaba.

-No -declaró rotundamente.

Del pecho de Margarita se escapó un gemido, un grito ahogado.

-¿Cómo no? -preguntó Wilson con la faz demudada.

-Tengo para creerlo razones que vosotros ni siquiera podéis sospechar.

-Te desconozco, Wade. No es propio de ti el desesperar de nadie-declaró Moore.

-Algunas veces, sin embargo, es inútil esperar la enmienda -repuso el cazador moviendo melancólicamente la cabeza -. Concedo cuanto queráis en lo tocante al cambio de Jaime; pero os aseguro que no es definitivo. Creo, como vosotros, que el cambio es sincero, que Jaime no finge y que con bastante buen resultado, por ahora, podrá dominar sus malas pasiones, sus instintos y sofocar sus fieros impulsos. No hace comedia. Es una lucha entre su voluntad y su temperamento, y un triunfo de la voluntad. Pero que esto dure, ¡ni pensarlo!

-¿Por qué no ha de ser duradero ese triunfo de la voluntad sobre el temperamento? -preguntó Moore, extrañado e impaciente.

-Porque el cambio llevado a cabo por Jaime no está inspirado en consideraciones de orden moral, sino en los apremios de la pasión.

Wilson Moore palideció. Margarita permaneció sin decir palabra con los ojos fijos en el cazador. Ni uno ni otra parecían ser capaces de oponer una réplica sensata a lo que acababan de oír.

-El amor puede realizar milagros -prosiguió diciendo Wade-. Pero el amor no puede cambiar el carácter, el temperamento de un hombre. Genio y figura, hasta la sepultura. Los hombres aman, odian y sienten, según su naturaleza. No sería contrario a la naturaleza de

Jaime perseverar en su nueva vida si su amor por Margarita durase. Pero ahí está el toque: el amor de Jaime no durará. No, Jaime no es de los constantes en amor.

-¿Cómo lo sabes?-preguntó Moore.

-Porque para que él pudiera ser constante en su pasión de ahora, lo primero que necesitaría es que su amor fuese correspondido. No, Jaime no es de la pasta de los hombres capaces de amar eternamente sin ser correspondidos. La pasión, ahora, se ha adueñado de él. Realizará milagros; pero el milagro que necesitaría realizar para ser constante sería cambiar su fuerza moral, su sangre, sus hábitos, su propensión, su temperamento, su naturaleza, y esto excede de lo que él es capaz de hacer.

-¡Oh! -exclamó Margarita-. Si sólo necesita Jaime mi amor para perseverar en el cambio del bien, yo procuraré quererle, obligaré a mi corazón a quererle.

-Muchacha, no se engañe usted. No podrá usted mandar a su corazón. Es imposible, de toda imposibilidad, que usted quiera nunca a Jaime-repuso Wade.

-¿Cómo lo sabe usted? -preguntó ella luchando con su propia debilidad.

-La conozco a usted más de lo que se conoce usted misma, muchacha.

-¡Oh, Wilson, Wade tiene razón, tiene razón! -exclamó Margarita-. Para él mi alma no puede tener secretos. Por eso ahora he tenido que huirle. ¡Tiene razón, no amo a Jaime, no le amaré nunca; es tontería intentarlo!

-Margarita, si Wade te conoce tan a fondo, tendrás que escucharle como antes-le dijo Wilson cogiéndole la mano con infinita ternura.

Wade les contemplaba con una compasión y un afecto que no excluían la recta y honrada expresión de sus opiniones.

-Usted, muchacha, y tú, Wilson, escuchad -dijo con su acento más afectuoso-. La cosa es ya de por sí bastante mala para que necesite que vosotros la empeoréis sin necesidad. No os engañéis, como la mayoría de las personas que sufren y luchan, porque es difícil ver las cosas claras cuando el espíritu gime bajo el pesó de la adversidad. Pero yo lo veo todo muy claro. Una palabra necesitaría pronunciar, nada más, para lanzar al Impetuoso Jaime de nuevo a sus antiguos excesos.

-¡Oh, no la pronuncie, Benjamín, no; de ninguna manera! -suplicó Margarita con una angustia que demostraba hasta la saciedad de qué modo Wade la tenía dominada.

Moore palideció intensamente y Wade comprendió por este detalle que seguramente conocía también lo que él había averiguado de Jaime Bellounds, lo cual aumentó la simpatía y el afecto que sentía por el noble cowboy.

-No la pronunciaré mientras usted no me obligue -dijo Wade a Margarita acentuando intencionadamente sus palabras.

Y luego, juzgando que vivían un momento crítico y que era menester aprovecharlo, volviéndose hacia Moore, añadió:

-Wilson, tú crees conocerme y no me conoces. La partida toca a sus últimas, y, sin embargo, yo todavía no he mostrado mi juego. Todo, antes que consentir que Jaime Bellounds se case con Margarita, y si ella lleva su espíritu de gratitud hasta realizar tamaño sacrificio, yo me encargaré de impedir el matrimonio antes de que pueda llevarse a cabo.

Pronunció estas palabras con una voz que ni Wilson ni Margarita le habían oído nunca. Y su mirada y la expresión de su cara armonizaron perfectamente con su voz. La respiración entrecortada y los ojos desmesuradamente abiertos de Margarita mostraban la impresión que el discurso había producido en ella. La palidez de Moore indicaba su asombro, sus temores, y, al propio tiempo y sobre todo, su instintiva, e irreprimible alegría. Wade se alejó unos cuantos pasos para dominar mejor y esconder la emoción que se había apoderado de él. Había que verle dando paseos a derecha e izquierda, con la cabeza baja, pero sin flaquear ni abatirse.

Cuando volvió la cabeza, fue para ver lo que él ya se imaginaba. Moore estrechaba entre sus brazos a Margarita.

-Margarita, ¿espero que no habrás repetido la promesa de casarte con él?-le decía Wilson Moore.

-No, eso no; no he prometido nada todavía. Únicamente he estado haciéndome reflexiones para decidirme. Pero, Wilson, no me mires de ese modo tan terrible.

-¿No volverás a comprometerte? ¿No señalarás otro día para la boda? -preguntó Moore apasionadamente, apretándola contra su pecho y clavando sus ojos en los de ella para dominarla a la vez con la fuerza de sus brazos v la de su mirada. Todos los músculos de su rostro estaban en tensión y su mandíbula inferior temblaba

-¡Júrame -le decía- que no te casarás con Jaime Bellounds, que no te dejarás sorprender, ni forzar, ni persuadir! ¡Júrame que no serás nunca su mujer; júramelo!

-¡Sí, Wilson, te lo prometo, te lo juro! -exclamó dando rienda suelta a la pasión que se agitaba en su pecho-. Nunca seré de él; sería una indignidad. Ha sido una locura creer lo contrario; no puedo ser de él, puesto que soy tuya.

-¿Verdad que sí? ¿Verdad que me amas a mí sólo, a mí sólo? - preguntó en transportes de júbilo y embriaguez.

-¡Sí, sí; te amo y soy tuya!

-Repítemelo, repítemelo para que nunca más pueda dudarlo, para que los celos no puedan volver a atormentarme.

-Sí, Wilson mío, te amo más de lo que tú puedas imaginar, más de lo que acertaría nunca a expresarte - murmuró-. Mi corazón no puede más. ¡Prefiero la muerte a vivir sin ti!

-¡Corazón mío, ángel mío! -susurró él en su oído-. ¡Mujer admirable, criatura sin igual! ¡Creí volverme loco pensando perderte!

Wade se fue adonde sus pasos no pudieron ya ser oídos por los enamorados y su ausencia duró largo rato. Eran para él aquellos instantes como un resurgimiento de su vida pasada, triste e inolvidable. Cuando volvió a reunirse con los enamorados, Margarita y Wilson estaban sentados en un tronco, hablando muy entusiasmados de los sufrimientos pasados y de sus esperanzas para lo por venir. Al verle, Margarita se levantó para decirle en tono de afectuoso reproche

-Aquí tiene su obra, Benjamín. De esto es usted el principal culpable.

-Muchacha, yo no he sido en esto sino un insignificante instrumento puesto en las manos de Dios, que es quien providencialmente ha guiado mis pasos- replicó el cazador.

-De todos modos, cuanto más va, más le quiero a usted -declaró Margarita besando a Wade con infinita ternura-. Yo sólo soy una hoja agitada por vientos huracanados. Pero suceda lo que suceda, lo afrontaré todo con valor. Ahora, Wade, acompáñeme usted a casa.

Se despidieron de Wilson, dejándole sentado con la cabeza apoyada entre las manos. Su voz temblaba cuando contestó a las palabras de la despedida. Mientras Margarita montaba, Wade se orientó para volver a encontrar el camino, y cuando marchaban uno al lado del otro, percibió, con disgusto, un cuerpo que se movía al otro lado del bosquecillo de álamos que tenía delante.

Era un hombre que andaba escondiéndose detrás de los árboles, y desapareció prestamente. Wade, escamado, rogó a Margarita que espoleara al caballo para llegar cuanto antes a casa. Pero ella prefirió seguir al paso. Cuando ya estaban donde Moore no podía verlos, Wade volvió a distinguir la silueta del hombre que se escondía y advirtió que llevaba un fusil. Esto volvió a inquietarle hasta el punta de tener que rogar nuevamente a Margarita que pusiera su caballo al trote.

-¿Por qué quiere usted que me apresure? ¿Se queja de no verme y, ahora que me tiene a su lado, quiere usted que me adelante? ¡Benjamín, usted ha descubierto algún peligro!

Margarita era demasiado observadora para no notar la inquietud de Wade y la dirección sospechosa de sus miradas.

-¡Benjamín, allí hay un hombre, y ese hombre e hombre! ¡Oh, sí, allí hay un hombre y ese hombre es Jaime! -exclamó allí Margarita, presa de la mayor excitación.

-Usted le llama Jaime; pero yo le llamo el Impetuoso -declaró Wade con su trágica sonrisa.

-¡Oh! -exclamó Margarita, dirigiendo hacia el lado en :donde se movía el cuerpo una mirada llena de terror.

-¡Regrese usted de prisa a casa, Margarita, y déjeme a mí con él! -volvió a aconsejar el cazador.

-¿Cree usted, Benjamín, que me habrá visto en los brazos de Wilson?

-Tan cierto como que ha venido aquí a espiarnos, lo ha visto; lo adivino, 1o veo en su modo de andar. Ya no es el Jaime reformado de estos días, es el Impetuoso Jaime de antes. Son sus movimientos los mismos movimientos del muchacho colérico e incorregible que todos hemos conocido. Ya ve usted como no me engañaba cuando predecía que su regeneración duraría poco. ¡Ande, Margarita, dése prisa en llegar a casa y déjemelo para mí!

No dejó Wade de otear con la mirada los lugares en donde había visto la silueta de Jaime Bellounds, a pesar de lo cual se dio perfecta cuenta de que Margarita había vuelto la cabeza hacia él y miraba con gran atención.

-¡Que se lo deje para usted! ¿Para qué, amigo mío? - preguntó.

-¿No comprende usted que ya está excitado, colérico, y que una vez puesto en el disparadero la llenará a usted de insultos, si usted no se marcha a tiempo?

-¡Pues no quiero irme! -dijo resueltamente la valerosa muchacha, y para demostrar lo muy decidida que estaba a permanecer junto a Wade, lo primero que hizo fue echar pie a tierra.

Wade continuó buscando a Jaime Bellounds con la mirada, y una vez más confirmó, con melancolía, la infalibilidad de sus presentimientos cuando vio al irritado joven acercarse apresuradamente con ademanes descompuestos y las señales más inconfundibles de la cólera en el rostro. Al verles parados en mitad del camino, Jaime Bellounds se acercó a ellos a todo correr. En su mano desecha llevaba el fusil cogido de un modo muy significativo. Su rostro estaba lívido, morado, rojo; sus ojos echaban llamas. ¡Qué poco habían durado la mesura, el comedimiento y el aire de gravedad y ponderación!

Cuando Jaime alcanzó a Benjamín Wade y Margarita, tenía la boca cubierta de espuma como un perro rabioso. Mostrando el fusil a Wade, le dijo

-¡Mira, perro viejo, esto es para ti en cuanto abras la boca! -rugió fuera de sí.

El sentido del peligro verdaderamente inminente nunca le había fallado a Wade; pero confiando en la fuerza de su mirada, fijó sus tranquilos y valientes ojos en los del joven Bellounds y le dijo:

-Éste es el momento de matarme, Jaime, si quieres; porque no llevo arma alguna. Mátame, estoy indefenso. Será una hazaña más que podrás añadir a las muchas tuyas del mismo género.

La suavidad de su voz, su serenidad, su ironía, y, sobre todo, la fuerza misteriosa e irresistible de su mirada, fueron, otras tantas manos invisibles y poderosas que agarrotaron al joven Bellounds obligándole a estarse quieto. El fusil se detuvo, el gatillo, que ya estaba alzado, volvió a bajarse cuidadosamente, y la culata pasó del hombro al suelo. La ira de Jaime salió sólo por la boca.

-¡Ya arreglaremos cuentas tú y yo otro día! -tartajeó en su insensata furia-. ¡Pero no te mezcles para nada en lo que hemos de tratar aquí Margarita y yo, o te descerrajo un tiro aquí mismo.

Y volviéndose en seguida hacia Margarita, señaló con un dedo acusador el lugar del encuentro con Wilson y dijo con voz jadeante

-¡Te he visto allí, te he estado espiando! Margarita le miró fijamente, pálida, muda.

-¡Niégalo; anda, niégalo si te atreves! Dime que no eras tú la que yo he visto.

-No, no lo niego. No tengo por qué negarlo. Yo soy, en efecto, la que has visto.

-¡Ah, enes tú la que he visto en los brazos de Wilson, la que ha permanecido largo rato con él en amoroso coloquio, fa que le ha besado! ¡Oh, sí, la que le ha besado!

-¿A qué preguntas, si lo has visto? -repuso ella con perfecto aplomo.

-¿Lo confiesas? -rugió el desdichado con las venas del cuello y de las sienes hinchadas como si fueran a reventar.

-Sí, ¿por qué no lo he de confesar si es verdad? -declaró ella con el ímpetu, la pasión de una mujer digna y brava a quien ningún hombre podría provocar impunemente.

-¿Le amas? -preguntó Jaime en voz baja, incrédulamente, con ansia loca de una contestación negativa. ¡Con qué goce interior, con qué emoción vio Wade en su hija a la madre, cuando Margarita respondió sincera y valiente, decidida y enamorada

-¡Sí, le quiero, le quiero! Quiero a Wilson Moore. ¡Le amo sí, sí, sí!

Bellounds exhaló un grito de rabia ante la adversa realidad y toda su instintiva energía le falló de tal modo que a punto estuvo de desmayarse. Palideció, se tambaleó; balbuceó algunas palabras sin sentida. Hubo un momento en que ni veía, ni oía, hasta tal punto se embotaron sus sentidos.

Wade adivinó la tragedia interior de aquella alma desdichada y. su generoso corazón dio cabida a la piedad. Por vicioso que fuese Jaime Bellounds, había heredado al menos de su padre la facilidad de amar, aspecto humano y simpático de su carácter que podía hacerle perdonar muchas cosas.

-¡Le amas, le amas! -exclamó exasperado, despechado, enajenado, loco, el infeliz-. ¡Le amas!

Y levantando una mano, sin dominio alguno de sí mismo, sin saber lo que hacía, sin pararse a considerar las consecuencias irreparables de tal violencia, dio a Margarita, antes de marcharse, un golpe tan fuerte en la boca que, a no ser porque Wade la sostuvo, la pobre criatura hubiera caído al suelo cuan larga era.

XV

Después de estos sucesos con Wade, Wilson y Jaime Bellounds, Margarita abandonó casi por completo sus antiguos paseos a caballo.

Wade procuraba verla al entrar o salir del rancho, y bastábale esto para adivinar lo que pensaba la muchacha. Margarita conservaba la serenidad de espíritu, a pesar de los trances por que estaba pasando, y el valor, frente a su problema de solución imposible. Habíase propuesto esperar los acontecimientos y los esperaba con calma, serenamente.

Otra caza interesaba a Wade, aquellos días, más que la de los lobos y los pumas. Como un indio que presiente el peligro, o ha oído los pasos de sus perseguidores, Wade cabalgaba con las mayores precauciones y pasaba largas horas oculto entre las matas y fragosidades del terreno examinándolo todo con sombría y penetrante mirada. Sus ojos sabrían encontrar lo que buscaban, sabrían divisarlo del mismo modo que columbraron la figura de Jaime Bellounds cuando se ocultó para espiar a Margarita el día de su encuentro con Moore. Wade trabajaba más de prisa que nunca a fin de que le quedara tiempo, una vez concluída la faena, para dedicarse a sus pesquisas. Todas las noches pasaba una hora con los cowboys oyéndoles contar el empleo del día y escuchando sus opiniones. Vagaba luego por las proximidades del rancho buscando la ocasión que debía de ayudarle a atenuar la gravedad de los sucesos que se

avecinaban. Muchas veces Margarita había pasado tan cerca de él, que oyó sus suspiros y casi habría podido tocarla.

El Impetuoso Jaime volvió a sus antiguas violencias y la tristeza se enseñoreó del espíritu de su padre. La esperanza no resplandecía ya en su mirada.

Al llegar el mes de mayo fue preciso atender a las tareas de la estación. Wade tuvo que ayudar a marcar terneros bajo las órdenes de Jaime Bellounds, capataz de Peñas Blancas. El recuento del ganado acusó la pérdida de más de un centenar de cabezas entre toros, novillos y terneros. A Bellounds, la noticia le produjo un disgusto enorme. Los cowboys atribuyeron la desaparición de las reses en parte a los rigores del invierno, en parte a las fieras, y en parte menas considerable a los ladrones. Wade, sin embargo, negó que las fieras hubieran destruído muchas reses. En cuanto a los rigores invernales, podía afirmar que ni una sola res, había muerto de frío. El joven capataz fue quien asombró a todos pronunciando la palabra «robo».

-Hay demasiados vagabundos y malos vecinos por estos contornos -dijo, y desapareció dejando a cuantos le oyeron perplejos y meditabundos.

Jaime Bellounds se entregó de nuevo a la bebida, aun cuando nadie volvió a verle borracho. ¿Dónde encontraba el aguardiente? ¡Misterio! Galopaba mucho; dirigía a los vaqueros por un lado, y luego él se iba por otro; mostrábase huraño, astuto, más intolerante que nunca. Algunas noches iba a Kremmling, o decía que había ido a Kremmling. Al día siguiente, los cowboys tenían que cuidar a algún caballo medio muerto por la fatiga. Otras noches engatusaba a los cowboys para que jugaran al poker con él y perdía cantidades fantásticas que nadie sabía de dónde las sacaba.

Margarita notificó a Wade que Jaime la tenía completamente olvidada y que el viejo Guillermo atribuía el desvío a la tardanza de ella en fijar la fecha de la boda. A esto Wade repuso como única contestación:

-No; olvide lo que les dije a usted y a Wilson aquel día.

Wade sorprendió dos o tres veces muy de mañana a Jaime Bellounds en la herrería. El descubrimiento no hubiera tenido nada de particular en sí si no se hubiera debido a una corazonada. Wade, en efecto, había ido por allí porque una misteriosa voz del corazón le dijo que allí descubriría algo, y por eso la presencia de Jaime en aquel sitio le sumió en un mar de reflexiones. ¿Qué habría ido a hacer allí? No existía ciertamente razón alguna que justificase la presencia reiterada de Jaime en la herrería. Wade, como Fox, una vez puesto sobre una pista, la seguía hasta el fin, sin dejarse distraer por nada. En cuanto se le presentó ocasión, entró en la herrería y lo escudriñó todo con vista tan fina como el olfato de su perro, y observó en el polvo del suelo las huellas de un redondelito con puntos en el centro. Estas huellas no le habrían llamado grandemente la atención si no le hubiesen recordado vivamente las que viera en el suelo de tierra de la cabaña de Wilson Moore. ¡Las huellas de las muletas de Wilson Moore! Wade, al verlas, apretó los dientes como un lobo dispuesto a dar la dentellada, y, en efecto, ganas de morder y despedazar le vinieron en presencia de aquel enigma.

Las nubes que oscurecían el horizonte de Wade se arremolinaban y condensaban cada vez más negras, cada vez más siniestras. Más que nunca sus presentimientos, las voces proféticas de su corazón, le anunciaban desgracias. Por donde él iba, iba la desgracia. Estaba visto que éste era su triste sino.

Bellounds tuvo que contratar nuevos hombres. Bludsoe se le había despedido. Joaquín estaba tan cambiado y receloso que no salía nunca sin su revólver. Manuel Billings había amenazado con marcharse.

Cuántas veces veía el viejo ranchero a Wade parpadeaba y movía la cabeza como esforzándose en combatir, con su buen sentido y espíritu de justicia, las ideas supersticiosas que se le aferraban al cerebro. Wade adivinaba los pensamientos que turbaban a Bellounds, lo cual le producía dolor y contrariedad.

El cazador visitaba todos los días a su amigo Wilson Moore, y la conversación giraba casi siempre alrededor de lo que absorbía la atención de ambos. Wade fue haciéndose menos comunicativo, más taciturno, hasta que un día Wilson Moore le dijo:

-Wade, tú no eres el mismo de antes. No hay en ti la esperanza comunicativa que era una de tus principales características. Te veo taciturno, pensativo, lúgubre...

-Tienes razón; hay algo que me preocupa.

-¿Qué es ello?

-No ha llegado el momento de decírtelo.

-¡Presientes desgracias! -exclamó Wilson Moore, alarmado.

Wade aparentó no haber oído y dio otro curso a la conversación.

-Has comprado algún ganado últimamente, ¿verdad, Wilson?

-Sí. Ya sabes que tenía algún dinero ahorrado. ¿Para qué guardarlo sin utilidad? He comprado algunas reses baratas. En cinco años tendré quinientas cabezas, tal vez mil. Mi padre podrá estar satisfecho al ver lo bien que empiezo.

-Sí, empiezas bien, en efecto; ¿has adquirido algunas reses sin marcar?

-Sí. ¿Crees que hay peligro de que los dos ladrones de ganado de que me has hablado me las roben?

-Ya no son dos; son cuatro los que sé que andan por estos contornos.

-He tenido cuidado de hacerme extender un documento que acredita la transacción -dijo Moore-. Esto ha disgustado a los vendedores, alguno de los cuales apenas si sabe firmar; pero yo he exigido el documento a todo trance.

-¿Has vendido ya algún ganado?

-Todavía no; pero los Andrews se han encargado de ir a venderme algunas reses a Kremmling.

-¡Ah, ah! Bueno, me alegro; pero adiós, que ya es tarde.

Y Wade dio pruebas de las preocupaciones de su espíritu saliendo sin entretenerse en tranquilizar a Moore como si ni siquiera hubiese notado su ansiedad.

Aquella noche Wade se paseó un buen rato con los antiguos cowboys v los nuevos braceros del rancho frente al almacén en donde Bellounds guardaba las herramientas v aperos. Sus deseos de ver al hijo del viejo Guillermo quedaron satisfechos. Jaime Bellounds hizo su aparición, siendo recibido con muestras de respeto y sumisión por los mismos que antes se mostraran tan rebeldes y despreciativos con él, porque los cowboys se habían dejado alucinar por el cambio que tanto había llamado la atención a todo el mundo. La conversación giró sobre las tareas del rancho, el ganada y los chismorreos de vecindad. Wade aprovechó una pausa en la conversación, y observando al hijo de Guillermo Bellounds con ojos que brillaban como carbunclos bajo el ala de su ancho sombrero, dijo:

-¿No sabéis, muchachos, que Wilson Moore está vendiendo ganado? Los Andrews se han prestado a ir a vendárselo a Kremmling.

-Siempre dije que ese Wilson acabaría siendo un gran ranchero -declaró Manuel Billings-. Es un chico que ha nacido para rico.

La noticia no suscitó ningún otro comentario; pero lo que interesaba a Wade era penetrar los más recónditos y secretos pensamientos de Jaime Bellounds, y su escrutadora y perspicaz mirada descubrió perfectamente una ligera inmutación en su rostro, algo que no procedía del interés, ni de la indiferencia, ni del desdén, sino más bien de la sorpresa. Bajó luego Jaime Bellounds la cabeza, dio unos pasos absorto y ensimismado, y concluyó por alejarse.

Cualquiera que fuese la causa de la impresión de Jaime Bellounds, Wade tomó, en vista de ella, una rápida determinación. Se dirigió al rancho y llamó con los nudillos a la puerta. La luz del interior lanzaba a través de las ventanas sus resplandores a los oscuros ámbitos de la noche. Margarita fue la que abrió la puerta e introdujo a Wade. En el hogar chisporroteaba un alegre fuego. Wade dirigió a Margarita una expresiva mirada con ánimo de tranquilizarla.

-Buenas noches, señorita Margarita; ¿puedo ver a su papá?

-¡Ah, es usted, Benjamín! -exclamó ella afectuosamente-. Sí, pase usted; papá está en el comedor.

El ranchero levantó los ojos de la lectura.

-Buenas noches, Wade; ¿qué se le ofrece? -fue su saludo.

-Bellounds, he limpiado de jaguares y demás alimañas todos los contornos, y últimamente mi trabajo en el rancho ha aumentado de tal manera que apenas si me ha quedado tiempo para ocuparme de mis cosas, y he tomado la resolución de marcharme.

-¡Wade, usted ha tenido alguna agarrada con Jaime! -exclamó el ranchero, levantándose alarmado.

-Nada más lejos de la verdad. Jaime y yo no hemos tenido palabras desde hace varios días. Es cierto que siempre existe el peligro, pero no es ése el motivo que me induce a marcharme.

Esta declaración devolvió evidentemente la tranquilidad a Bellounds.

-Bueno, ¡qué se le va a hacer! Puede usted irse cuando quiera... Mañana mismo, si le parece. Yo le pagaré a usted a fin de mes. Ya falta poco.

Wade le dio las gracias, y esperó nuevas observaciones. Margarita, entre tanto, tenía puestos en Wade sus grandes e interrogadores ojos. Éste trató nuevamente de tranquilizarla con una mirada; pero ella no perdió por eso su expresión de sorpresa y gravedad.

-¡Oh, Benjamín! ¿Piensa usted dejar estos parajes? -le preguntó.

-No, por ahora. En Peñas Blancas pienso permanecer todavía algún tiempo-contestó Wade.

Bellounds, mientras tanto, movía la cabeza con pena y contrariedad.

-¡Recuerdo las épocas en que nadie me abandonaba! -suspiró-. ¡Cómo cambian los tiempos! Soy viejo; quizá se me ha agriado el carácter. Y además, ahí está el chico, que goza de pocas simpatías.

Y con un encogimiento de hombros rechazó de su imaginación los pensamientos pesimistas.

-¿Puedo preguntarle qué es lo que intenta usted hacer ahora, Wade? -interrogó.

-Sin duda. Me propongo ir a trabajar con Moore. Ha comprado algún ganado recientemente y necesita quien le ayude a cuidarlo. Además, su padre es rico y el chico heredará algún día una buena hacienda. Creo que con él estaré bien.

Bellounds movió la cabeza indicando que comprendía. Frunció el ceño y sus ojos se fijaron en las brasas de la chimenea. En la determinación de Wade vislumbraba próximas complicaciones. Quedó un momento pensativo, y después, supeditando sus personales inquietudes a su sentido de justicia, dijo:

-Bueno, Wade, estamos en el país de la libertad. Debido a las especiales circunstancias que usted conoce muy bien, yo hubiera preferido que Moore no hubiese fijado sus reales tan cerca de mi rancho; pero él es libre de asentarse donde quiera y usted lo es de ir a trabajar con quien le acomode. Él y usted pueden estar seguros de mi buena voluntad y mejores deseos. Supongo que lo mismo puedo pensar yo de ustedes.

-A usted no hay quien no le quiera bien -aseveró Wade-. Sentiría que usted interpretara mal mi marcha. Ya ve usted, yo me voy con Moore en vista de que no tiene a nadie que se ocupe de él. Usted ha de hacerse cargo, puesto que es hombre capaz de moverse a piedad y poner afecto en una persona digna y desgraciada.

-Sí, sí; me hago perfecto cargo, y la prueba es que no por irse con Moore pierde usted mi amistad. Todo lo contrario; me atrevo a decirle que ahora le aprecio a usted más que antes.

-Gracias, Bellounds. Hablemos ahora de los perros. Le devuelvo a usted la jauría perfectamente adiestrada, pero me gustaría que me vendiese usted a Fox.

-Nada de vender, amigo Wade. Si tiene usted especial cariño, a Fox, puede quedárselo. Yo se lo regalo.

Librodot

-Muchas gracias-le dijo el cazador disponiéndose a salir-. Fox me será de suma utilidad, porque no hay otro como él para las pistas, y me propongo descubrir los ladrones que le roban a usted el ganado.

-¿Piensa usted hacer eso? -preguntó el ranchero, sorprendido.

-Sin duda alguna. Me gusta la caza del forajido más todavía que la de la fiera. Hay un interés más especial en ella. No olvidemos que como autor de los robos puede sospecharse de cualquier persona que viva o aparezca por estos contornos, y Moore es vecino de usted.

-¡Patarata! -contestó efusivamente el ranchero- ¿Cree usted que puede nadie sospechar de Wilson Moore?

-Alguien ha habido que, si no claramente, ha dicho algo con intención -explicó Wade -. Usted sabe, además, que de todos los rancheros se ha dicho que han robado un poco en sus comienzos.

-¡Oh, oh, eso es diferente! -manifestó el ranchero-. Todos al principio hemos reunido algunas reses sin dueño conocido, y sin marca, que hemos visto por los campos. Pero robar, lo que se llama robar ganado, no, eso no, y antes sospecharía yo de mi propio hijo que de Wilson Moore.

¡Con qué honrado ardor hablaba Bellounds en defensa de un muchacho que había trabajado a sus órdenes y de cuya probidad no podía dudar! ¡Ni siquiera había vacilado en ponerle por encima de su propio hijo; tan noble, tan sincero, tan honrado era Guillermo Bellounds cuando se trataba de dejar la verdad a flote!

Wade hizo un gesto de despedida con la cabeza y se dirigió hacia la puerta, diciendo

-Eso es lo que yo estaba seguro de oír de sus labios, Bellounds. Si doy con los ladrones vendré a notificárselo inmediatamente. Buenas noches.

Margarita le acompañó hasta el extremo del pórtico, como solía hacer antes de que la felicidad del ranchero se viera entenebrecida por la tristeza del viejo Guillermo.

-¡Benjamín, usted intenta algo! -le dijo cogiéndole las manos con ansiedad.

-Sí; pero no pierda la tranquilidad -contestó Wade.

-¿Han acusado a Wilson de ser el ladrón? -preguntó con una intensidad de emoción imposible de describir.

-Alguien ha insinuado algo.

-¡Qué infamia! ¡Qué villanía! ¿Quién ha sido? ¡Dígame usted quién ha sido! -imploró palideciendo.

-Calma, muchacha; está usted temblando -le dijo Wade acariciándole las manos.

-Wade, papá y Jaime -me apuran más que nunca para que señale nueva fecha para la boda. Papá está ahora muy enfadado conmigo. Jaime ha empezado a perseguirme nuevamente. ¡Me da miedo! No me respeta. Cuando me ve me agarra con manos que parecen garfios. Necesito de toda mi fuerza para desprenderme de él y marcharme. ¡Oh, Benjamín!, ¿qué debo hacer, pobre de mí?

-No se deje usted avasallar, pobre niña. Resista a Jaime y diga al viejo Guillermo que necesita usted algún tiempo. Y aproveche las ausencias de él para montar a caballo y buscarme por los senderos de Buffalo Park.

¡Qué trágica palidez retratábase en la cara de la pobre muchacha cuando Wade se soltó suavemente de sus manos para marcharse!

Cargó Wade a sus caballos con todos sus avíos y, seguido de su fiel perro Fox, se fue a la vivienda de Wilson Moore. Éste le recibió con muestras de gran alegría y le acribilló a preguntas.

Desde aquel día, Wade frecuentaba las alturas de Peñas Blancas, por la mañana y la tarde, solo con sus pensamientos, presintiendo cada vez con mayor inminencia la gravedad de los sucesos que se avecinaban fue un día del mes de junio cuando, aprovechando una visita de Jaime a la ciudad de Kremmling, Margarita se encontró con Wade en el camino de Buffalo

Park. Quería verle la muchacha, para encontrar en él el apoyo y el consuelo que necesitaba. En esto Wade, con sus palabras, con su ternura, fue más lejos de lo que ella esperaba. Tanta fortaleza proporcionó a Margarita aquella entrevista, que 1'a muchacha rogó a Wade que se vieran más a menudo, y él le prometió salir a encontrarla con frecuencia sucediera lo que sucediese, y así, desde aquel día, Margarita se aventuró a más frecuentes salidas.

Durante la segunda semana de junio, Wade se llegó a visitar a Luis, el buscador de oro, y oyó de él algunas noticias interesantes relativas a los ladrones. También Luis tenia sus sospechas y de acuerdo con ellas había dirigido sus pesquisas. Luis se enteró de que a Gore Peak habían llegado tiempo atrás algunos hombres de mala catadura que se hacían pasar por buscadores de oro. Todas las caras eran completamente desconocidas para Luis. Aquellos hombres habían llamado a su cabaña, le habían comprado y pedido algunas cosas, y aprovechando luego su ausencia le robaron. Luis, creía que andaban por allí probablemente para ocultarse y sustraerse a sus perseguidores después de haber cometido tropelías en alguna otra localidad. Por otra parte, Smith y los suyos se pasaban los días galo-pando de un sitio a otro como rancheros tras los caballos perdidos. La banda se componía de tres hombres contando a Smith. Luis les había visto transportando ganado. Otra noticia lió Luis a Benjamín Wade, de un interés extraordinario para éste: fue que en cierta ocasión, poco después de haber visto pasar a fa banda de Smith y los suyos, vio a Jaime, Bellounds galopando por el bosque.

Wade pernoctó en la cabaña de Luis y a la mañana siguiente galopó diez kilómetros en la dirección que le había indicado éste, hasta que al fin halló, en un, valle, la cabaña que buscaba. Era una rústica construcción situada junto a un manantial que surgía en el fondo de una quebrada, perfectamente oculta por el lindero de un bosque. A no ser por el agua y por las huellas de caballos, Wade no hubiera dado jamás con aquella cabaña. A pie y con el fusil en la mano avanzaba por el bosque como un cazador a la zaga de ciervos sedientos. Ni humo, ni ruido, ni caballos, y sólo tras de mucho avizorar a derecha e izquierda logró Wade descubrirla en el lindero del bosque. Era una cabaña vieja, ruinosa, con el suelo sucio y un hogar en mal estado. Tres aberturas tenía, incluyendo la puerta; las otras dos no se sabía si eran portezuelas o ventanas. El interior era espacioso y claro; las ventanas y hendiduras de las paredes, de madera, dejaban penetrar en él gran cantidad de luz. Wade se fijó en una baraja diseminada por el suelo como si alguien la hubiese echado violentamente contra la pared. Esto 1e hizo pensar, sin querer, en Jaime Bellounds. Aparte de los naipes, el único detalle que mereció un examen escudriñador por parte de Wade fueron unas huellas de caballo con la forma especial, que él conocía, de la herradura de la mano izquierda. Del examen de las huellas, Wade tuvo que concluir que si no eran las del mismo Manchado, eran de otro caballo con todos los cascos, muy especialmente el de la mano izquierda, muy parecido a los de la montura de Wilson Moore. Manchado tenía el casco de la mano izquierda algo deforme y necesitaba una herradura con los extremos más juntos y la curva más ojival.

Por la noche de regreso al rancho, preguntó el cazador a Moore si había montado su caballo Manchado últimamente.

-Claro que sí -fue la contestación-. ¿Qué otro caballo podría yo arriesgarme a montar? No pensaras que puedo montar los potros indómitos como antes.

-¡Sí, he visto las huellas camino de Buffalo Park!

El vaquero lanzó una carcajada a la par irónica y melancólica.

-¿Estás loco, Benjamín? ¡En las proximidades de Buffalo Park! ¿Crees que puedo haber llegado tan lejos?

-No; verdaderamente, no. Ya se me había ocurrido. Y sin embargo, ¡es curioso!, acabo de ver unas idénticas a las de Manchado.

-Pues no eran las de él; puedes estar completamente seguro -aseguró el cowboy encogiéndose de hombros. Cuatro días permaneció Wade oculto en un bosque de álamos en

una de las alturas que dominaban a Peñas Blancas, tranquilo y sombrío como un indio, atalayando los caminos que se extendían ante su vista, aguardando lo que sabía no había de fallarle.

Al quinto día, muy de madrugada, los cowboys comenzaron a salir del rancho, de dos en dos, o de tres en tres; pero ninguno guió a su caballo hacia el sitio en donde estaba apostado Wade. A medida que iba levantándose el sol, el día anunciábase caluroso.

Al cabo de otra hora, Jaime Bellounds hizo su aparición. Miró en tomo suyo al salir de la casa y, no viendo a nadie, entró en un potrero donde guardaban los caballos. Durante unos minutos quedó fuera de las miradas de Benjamín Wade, para volver a aparecer luego montado en un caballo blanco con el cual se dirigió por los prados a la ladera de la montaña, desde donde marchó hacia un oquedal bastante cercano a la cabaña de Wilson Moore. En realidad, este oquedal marcaba el límite entre las tierras pertenecientes al rancho de Peñas Blancas y las que Wilson Moore había adquirido recientemente. Al penetrar en el oquedal, Jaime volvió a desaparecer, no sin que Wade hubiese podido antes asegurarse de que había desmontado.

-La razón que éste tiene para venirse a emboscar aquí es para mí tan clara como la luz del día - se dijo el cazador.

Después de un rato, Bellounds reapareció, conduciendo su caballo a un lugar en donde Wade sabía que existía un camino cuyo extremo iba a parar a la cabaña de Moore. Al llegar allí, Jaime volvió a montar, guiando el caballo hacia el Oeste. Contrariamente a su costumbre de lanzar el animal a galope, lo puso a paso de andadura, como un vaquero cuando se dirige a su trabajo diario. Wade tuvo que trasladarse a otro punto de observación para poder seguir con su sombría mirada a Jaime en su marcha ladera abajo, a lo largo del arroyo bordeado de sauces, y :luego, al otro lado del arroyo, en su ascensión hacia Buffalo Park.

Una hora después de haber desaparecido Bellounds, Wade bajó al otro lado de la cumbre; encontró a su caballo en el mismo sitio donde lo dejara y, montando en él, se dirigió a toda prisa al camino que había recorrido el joven Bellounds. En el polvo del suelo las huellas aparecían con inconfundible claridad, y la correspondiente a la herradura de la mano izquierda se diferenciaba netamente de las otras por su forma casi triangular, análoga, o más bien idéntica, a la forma de la herradura del caballo de Wilson Moore.

-¡Ah, ah! -exclamó Wade felicitándose de haber encontrado precisamente lo que buscaba-. Ahora, Impetuoso Jaime, sé muy bien de lo que eres capaz.

El cazador siguió la pista hasta el bosque. Allí vaciló unos instantes. Los hombres que necesitan dejar falsas pistas suelen emboscarse, y el Impetuoso Jaime podía andar oculto por aquellas cercanías. Por fin el cazador decidió que no debía arriesgarse; pero proseguiría con el oído atento y la mirada más aguzada que nunca para descubrir el menor signo que acreditase la presencia del capataz de Peñas Blancas.

A tal fin, se apeó :para seguir el camino andando. No tardó mucho en convencerse de que Jaime Bellounds había ido allí a algo non sancto. Apenas había ascendido un par de kilómetros por el bosque de álamos y abetos, cuando para Wade llegó a ser una cosa evidente que Jaime Bellounds había ido allí en busca de ganado. A partir de aquel momento, Wade redobló las precauciones. La humedad' de la hierba le facilitó la tarea. Era evidente que Jaime hacía pasar el ganado por la hierba húmeda, a fin de que cuando ésta se secara no quedase rastro; pero mientras tanto la pista estaba allí clara, inconfundible. En muchos lugares, sin embargo, las huellas eran tan poco perceptibles que hasta al mismo Wade, con su vista fina y perspicaz, le costaba trabajo descubrirlas. Pero en otros lugares, las huellas indicaban con más claridad la dirección que había seguido el joven Bellounds.

Wade empleó toda la mañana en ascender en dirección del lindero del frondoso bosque. Allí, en una concavidad del terreno, en la que brotaba un manantial, percibió las huellas de algunas reses que habían hecho alto para beber. Entre estas huellas había las de un caballo

con un casco sensiblemente deforme. El hombre que montaba este caballo se había apeado de él. Allí veíanse las huellas de un pie descalzo con un botín de cowboy y junto a estas huellas unos círculos redondos, con puntitos en el centro, como los vestigios de unas muletas.

-¡Miren el somormujo! ¡Y parecía tonto! -exclamó lleno de indignación Benjamín Wade-. Aquí hay abundantes pruebas de que Wilson Moore es quien roba las reses de Bellounds. ¡Impetuoso Jaime, eres mucho más taimado de lo que yo me figuraba! Por lo visto, el macaco se metía en la herrería para construirse unas conteras semejantes a las de las muletas de Wilson Moore, y sabiendo que Moore usa de ellas cada vez que baja del caballo, el miserable ha dejado aquí con toda su mala intención estas señales.

Wade abandonó entonces la pista, y conduciendo su caballo a un bosquecillo de abetos, se sentó un rato sobre un peñasco para reposar y meditar. ¿Convenía continuar siguiendo a Bellounds? Más bien parecía preferible evitar el riesgo de ser descubierto. Un poco más lejos el bosque comenzaría a clarear. Mejor sería contentarse de momento con los resultados obtenidos.

-Esta vez el Impetuoso Jaime ha estado hecho todo un artista - monologó Wade -, Deja unas huellas que todo el mundo podrá comprobar, y luego hará recaer las sospechas del abigeato sobre Wilson Moore. De seguro, sus cómplices son Smith y los suyos; aunque ¿qué me importa, al fin y al cabo, a mí todo esto, de momento? ¡Lo urgente es desbaratar los siniestros planes del energúmeno!

De deducción en deducción llegó Wade a convencerse de que Jaime Bellounds era el que robaba a su propio padre.

-¡Vaya puñalada para el corazón del pobre viejo! -exclamó-. ¿Quién se atreverá a decírselo cuando todo eso se descubra? Por nada del mundo querría ser yo el encargado de hacerlo. Antes preferiría quedarme mudo.

Este aspecto del problema absorbió la atención del cazador, conmoviendo hasta lo más hondo su compasivo corazón. Andaba cabizbajo, taciturno, como si una mano invisible le hubiese agarrado por la garganta y, sofocándole, le condujese por caminos de soledad y amargura a los antros del dolor y de la desesperación sin límites. Cada vez más inminente, cada vez más terrible, inevitable y fatal presentía él la tragedia. Como siempre en tales casos, Wade experimentaba la necesidad de contar historias trágicas matizándolas con el relato de los momentos más angustiosos y terribles de su propia vida. Y no teniendo quien le escuchara, empezó a hablar con su caballo, con los árboles, con los espíritus invisibles que poblaban ' la selva y el espacio.

Esta necesidad de hablar y contar historias trágicas siempre, pero especialmente cuando presentía la tragedia, era en Wade algo verdaderamente morboso. Él lo reconocía así y luchaba por sustraerse a tan extraños impulsos. La victoria al fin era suya; pero no lograba sobreponerse a esta misteriosa y sombría propensión sino después de esfuerzos que le dejaban con la frente sudorosa y el corazón agitado.

-Mañana vendré para seguir esta pista y ver dónde termina -se dijo. Y agobiado por la carga de sus pensamientos, deshizo lentamente el camino hecho, llegando a la cabaña de Wilson Moore cuando las sombras de la noche comenzaban a extenderse por la tierra, y el vaquero tenía la cena casi a punto.

-¡Por fin llegas, amigo! -dijo Wilson-. Tienes aspecto de fatiga. Bueno, quítate las botas, lávate y pongámonos a cenar.

-Sí; estoy fatigado -contestó el cazador moviendo pesadamente la cabeza-. Y no tardaréis Margarita y tú en saber una porción de cosas. Pero como todo lo que he hecho hoy y estos días va encaminado a eliminar dos obstáculos que se presentan a vuestra felicidad, bendigo el cansancio. Veamos ahora la cena, que no sólo llego cansado, sino también con hambre.

Aquella noche Wade no quiso sentarse junto al fuego para evitar preguntas.

Librodot

A la mañana, a pesar de haber desaparecido el cansancio de la víspera, y aun cuando el cielo amaneció más azul que nunca, y la melodía de los pájaros alegraba el ambiente y la fresca brisa matinal templaba los ardores del incipiente verano, Wade sintió la opresión, la desazón, el malestar precursores de catástrofe.

Tan preparado estaba su espíritu a los acontecimientos, que cuando vio llegar a todo galope a Margarita, las hebras de sus cabellos reflejando los dorados destellos del sol, no se sorprendió ni inmutó, limitándose a exhalar una ligera exclamación.

-¿Qué sucede? -preguntó Moore.

- ¡Mira! -le dijo Wade poniéndose a cargar la pipa.

-¡Cielos, es Margarita! -exclamó, sobresaltado-. ¿Qué pasará para que venga a estas horas, tan de prisa?

Salieron los dos a recibirla. No tardó en llegar, parando el caballo, soltando la brida y apeándose casi simultáneamente. Estaba pálida; la suavidad, la dulzura de su rostro se habían trocado en expresión decidida y resuelta. Otra Margarita muy distinta de la tierna y gentil Margarita de siempre

-No he dormido en toda la noche y en cuanto me he levantado he cogido el caballo para venir aquí.

Moore ni siquiera la saludó, de tal modo llegó a perder el habla por la impresión recibida al ver el insólito aspecto de la muchacha y los temores que su llegada a aquellas horas y de aquel modo suscitó en él.

-Buenos días, Margarita -le dijo el cazador cogiéndole la mano-. No tiene usted cara de sueño; no se le conoce el insomnio. Pero entremos; no permanezcamos aquí parados.

Hizo entrar a la joven en la cabaña y Wilson Moore les siguió. La muchacha estaba evidentemente en un estado de gran agitación; pero ni el temor, ni el desfallecimiento, ni la desesperación habían hecho presa en su ánimo.

-Benjamín, Wilson, ha sucedido una gran desgracia -dijo-. ¡Lo peor que podía suceder!

Moore continuaba sin poder hablar. Wade mantenía entre las suyas las manos de la joven.

-¡Lo peor, Margarita! -comentó Benjamín Wade-. Eso es una palabra muy seria. La he oído pronunciar muchas veces siempre con verdadero motivo; pero esta vez lo peor no ha sucedido todavía. Usted, a sus veinte años, ¿sabe siquiera a qué extremos de sufrimiento se puede llegar? Cuéntenos sus cuitas, y yo la convenceré de que el mal es mucho menor de lo que imagina.

-¡Jaime es un ladrón de ganado! -dijo la muchacha con imponente gravedad.

-¡Ah, ah! Bueno, ¿qué más? Continúe... -insinuó Wade.

-Jaime recibe dinero del ganado que entre él y otros roban a su padre.

-La noticia no es nueva para mí. Ya lo sabía -declaró el cazador.

Después de esta explicación necesaria, Margarita halló en sí misma valor para manifestar lo que había ido a decir :

-He decidido casarme con Jaime Bellounds.

Oír Wilson Moore estas palabras, lanzar un grito ahogado y dar un salto, fue una sola y misma cosa. Pero Wade le contuvo y dirigiéndose a Margarita le rogó con voz confortadora y cariñosa que explicara los motivos de la grave resolución.

Margarita contó entonces cómo el día anterior había salido a caballo con la esperanza de encontrar a Wade. Recorrió los bosques, los lugares apartados, todos los sitios en donde ella creía que había probabilidades de dar con él, mas no encontrándole siguió, en su deseo de verle, hasta los bosques contiguos a Buffalo Park. Acordándose de los consejos de Wade, adelantó al paso con toda clase de precauciones. Se internó por la espesura llegando hasta donde no se había atrevido nunca a llegar, v, desde luego, hasta donde penetrar era imprudencia.

Se disponía ya a deshacer el camino hecho cuando oyó pisadas de caballo. El suyo enderezó las orejas. Alarmada y temerosa, Margarita acechó a su alrededor. Por otra parte le quedaba la esperanza de que fuese Wade el que se acercaba. Por fortuna, Pronto era un caballo en el que se podía tener confianza absoluta. Permanecería quieto y tranquilo, sin que se le ocurriese descubrir su presencia con manoteos ni relinchos. Margarita fue a ocultarse tras un grupo de abetos con espesas y largas ramas que se arrastraban hasta el suelo. Allí se dispuso a esperar, obligando a Pronto a no moverse.

Aguzando el oído, no tardó en advertir que eran varios los jinetes que se acercaban, y no uno solo, como al principio se había figurado. Aquello aumentó su ansiedad. Mirando entre las hojas pudo divisar tres jinetes, uno de los cuales era Jaime Bellounds. Sus gestos y los movimientos enfáticos de sus cabezas demostraban claramente que iban enfrascados en una discusión. La casualidad hizo que se detuvieran a pocos pasos del escondite de ella. Mala catadura tenían los dos hombres que iban con Jaime; uno de ellos, el que parecía ejercer autoridad, tenía el rostro afeado por una gran cicatriz.

Como no hablaban en voz muy alta, Margarita apenas pudo coger el sentido de lo que decían; pero por alguna palabra suelta, y, sobre todo, por los gestos, logró averiguar la causa de la contienda. El de la cicatriz no quería ir más lejos; ya había ido bastante más de lo que se había propuesto. Lo que exigía era "más ganado», no calificando el que hasta entonces se le había entregado sino de «cuatro miserables cabezas sin valor suficiente para justificar los riesgos en que por ellas se había metido". Bellounds no sabía qué responder a las airadas razones del de la cicatriz, y las pocas que oponía salían de su boca en voz tan tenue que Margarita apenas pudo oír la mitad de la mitad. Lo único que de su actitud se desprendía con perfecta claridad es que necesitaba «dinero». El hombre de la cicatriz era Smith, y de sus movimientos de cabeza y sus gestos dedujo ella que se negaba en absoluto a dar dinero, exigiendo, en cambio, «más ganado». Únicamente después de recibir el ganado que pedía accedería a entregar las sumas convenidas. Bellounds se exasperó entonces de tal modo, que la discusión estuvo a punto de convertirse en reyerta. Smith echó mano a su revólver y señalando a lo lejos pronunció unas cuantas frases, entre las que sonaron varias veces las palabras Gore Peak. El hombre bajito que iba con Smith, apeándose del caballo, dibujó un plano en el suelo, mostrando punto y dirección. Cuando Jaime movió la cabeza indicando que estaba convencido, o, por lo menos, suficientemente enterado, este tercer miembro de la pandilla volvió a montar a caballo y no dio muestras de volver a querer intervenir en la conversación. Bellounds callaba y meditaba. Por fin, después de nueva y más agria discusión, el hombre de la cicatriz sacó de su faltriquera una bolsa con monedas, a cuya vista Jaime levantó la cabeza, palideció, y con mirada inflamada por la codicia, se apoderó del dinero con un rápido movimiento y, haciendo girar al caballo, lo espoleó y desapareció como alma que lleva el diablo.

El de la cicatriz le vio marcharse, moviendo acompasadamente la cabeza, y exclamo:

-¡Hum, ese Bellounds me inspira poca confianza! A lo que su compañera repuso

-¿A qué inquietarse, si nosotros no nos hemos comprometido para nada? Él solo es quien arregla todo el negocio.

Volvieron luego sus caballos en dirección opuesta a la tomada por Jaime, y no tardaron en perderse de vista. Margarita quedó tan sorprendida, tan asustada y horrorizada, que no se atrevió a salir de su escondrijo sino un buen rato después, y aun entonces prefirió dar un rodeo a seguir el camino directo, llegando al rancho después de la puesta del sol. Jaime no se presentó a cenar, lo que tuvo todo el rato a su padre, que no parecía haber notado la ausencia de ella al mediodía, en un estado de gran abatimiento. Margarita pasó toda la noche rezando y pensando.

Al concluir el relato, la joven, jadeante todavía por la prisa y la agitación con que había hablado, miró interrogadoramente a Moore; y después a Wade.

-He tenido que confiaros este secreto vergonzoso -dijo-. Ha sido preciso, porque necesito vuestra ayuda, pues si vosotros no me ayudáis, si no puedo contar con nadie, a todos nos aguarda un fin desastroso.

-Te ayudaremos, Margarita; pero ¿cómo? -preguntó Moore, pálido como la muerte.

-No lo sé, no lo sé todavía; pero estoy viendo lo que va a suceder si no nos apresuramos a evitarlo. Wilson, tú debes volver con tu familia, al menos por una temporada - manifestó ella.

-No parece éste el momento más oportuno para que Wilson se aleje de Peñas Blancas - aseveró Wade categóricamente.

-¿Por qué no? ¿No comprende usted que yo temo...?

-No tema usted. Convengo en que es indispensable evitar lo que se avecina; pero no es tan necesario como usted cree el que, para ello, lo primero sea que alejemos de nuestro lado a Wilson Moore.

-¡Oh!, Benjamín, mi buen amigo, ¿cómo lo haremos para impedirlo? ¿Cómo?

-Eso es lo que estoy pensando...

-Benjamín, es necesario que usted vaya a encontrar a Jaime, que le hable, que le convenza, que le asuste, a fin de que no vuelva a cometer nunca más una acción tan baja.

-Muchacha, fácil me sería, si quisiera, meter a Jaime el miedo en el cuerpo, pero ¿qué adelantaríamos con ello?

-Lograríamos contenerle de momento. Luego yo me casaría con él y lograríamos salvarle.

-¿De verdad cree usted, Margarita, que casándose :con el Impetuoso Jaime lograría reformarle?

-Sí; ya había dominado sus malos instintos. Lo vi, lo sentí. Por amor a mí su parte de ángel triunfó de su parte de demonio. Pero oyó de mis propios labios que yo amaba a Wilson y volvió a precipitarse en el abismo de sus vicios. Volvió a hacer gala de procacidad v protervia. Bebió, jugó, y ahora nos arrastra a todos al fin desdichado que le aguarda. Pero yo le cambiaré casándome con él. Amándole, porque le amaré, o, por lo menos, procuraré de tal modo simular el amor, que él creerá que le amo.

Wilson Moore, pálido como la muerte, la miró con ojos de angustia y dolor.

-¡Margarita, por el amor de Dios! -le dijo-. ¿Será posible que quieras arruinar tu vida, que quieras arruinar la mía, por ese ladrón? ¿Por qué, Margarita, por qué?

Ella se acercó a Wilson como si quisiera abrazarlo; pero se detuvo a tiempo, limitándose a contestar con voz ahogada por el horror

-Porque si no le salvo, papá le .matará.

-¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo? -exclamó Wilson Moore sin querer dar crédito al vaticinio-. El viejo Bellounds podrá gruñir, llorar, reñir, amenazar, desesperarse, todo, menos hacer daño a su hijo.

-Wilson, te equivocas -aseguró Benjamín Wade-. Se ve que no conoces al viejo Guillermo. Yo sí le conozco y te aseguro que Margarita tiene razón; si Jaime continúa robando, su padre lo matará.

-Escucha, Wilson, y no la emprendas contra mí, porque no tengo más remedio que llevar a cabo mi resolución - arguyó la joven -. Yo sé que papá es capaz de matar a Jaime. Se lo oí jurar un día. ¡Oh, fue terrible; no lo olvidaré nunca! ¡Sí, Wilson, sí!; si papá averiguase algún día que su hijo robaba ganado como un vulgar cuatrero, le .mataría, no lo dudes. Tan cierto como te estoy hablando. ¡Imagínate lo horrible que esto sería :para mí! Porque yo tendría, en suma, :la culpa del crimen, por haberte amado, y habérselo dicho a Jaime, haciendo con ello imposible su salvación.

»¿Qué debo, qué puedo hacer yo ahora, sino apresurarme a reparar el mal, sino esforzarme en prevenir mayores catástrofes? Wilson, papá me ha querido siempre inmensamente, habiendo sido para mí lo mismo que un padre. ¡Ah, si al menos hubiese tenido verdaderamente un padre! Pero expósita y recogida por él, cuanto tengo, cuanto soy, a él se lo

debo. Mas aun siendo esto así, no es sólo a causa de lo que le quiero y de lo que le debo por lo que estoy dispuesta a sacrificarme:¡ es para salvar su alma!

¿Debo dejar que ese hombre que ha sido tan bueno, tan generoso con todos, se condene al final de sus años por haberse dejado arrastrar por la furia, por la indignación y la ira hasta el más horrible v nefando crimen? ¿Bellounds, el buen Bellounds cometiendo un parricidio en las postrimerías de su vida? ¿Bellounds, el buen Bellounds condenado al fuego eterno por haber matado a su hijo? ¡No, no; yo no puedo permitir que eso suceda!

-¿Y tu propia alma, Margarita? -musitó Wilson, horrorizado ante la magnitud del sacrificio.

-Yo no cuento para nada -respondió la resuelta muchacha.

-¡Margarita, Margarita...! -suplicó Wilson con el corazón destrozado.

Entonces, como en todos los instantes críticos, le pareció a Wade que los dos enamorados se volvían hacia él en demanda de apoyo, de guía, de una solución salvadora. Esto era el supremo, el mayor consuelo para él. ¡Cuán acelerada, cuán cálidamente entraba y salía la sangre en su corazón!

-Margarita, yo no le fallaré nunca - dijo con su más afectuosa y dulce voz -. Si es posible contener a Jaime en la pendiente por que se ha precipitado, yo le contendré. No sé, sin embargo, si será posible. No abrigo muchas esperanzas. Pero lo que le juro, lo que le aseguro, muchacha, es que en ningún caso las manos del honrado Guillermo se mancharán con la sangre de su hijo.

-¡Oh, Benjamín, Benjamín! -exclamó ella sin saber cómo expresar su gratitud-. ¡Le querré a usted, le bendeciré toda mi vida!

-Muchacha ¿qué no haría yo por usted? Ahora haga usted lo que yo le diga. Vuelva a su casa y diga que está dispuesta a casarse con Jaime en agosto. Por ejemplo, el 13 de agosto.

-¡Una fecha tan lejana! ¿No sería mejor, más seguro, fijar el casamiento para una fecha más próxima?

-¡No, de ninguna manera; no me es posible decir por qué! No insista; tenga solamente confianza en mí y bástele saber que lo que le digo es lo que conviene.

-¿Y por qué el 13, una fecha de mal agüero? - preguntó intrigada la muchacha.

-Porque -contestó Wade cerrando los ojos para repasar mejor en su mente las reminiscencias- en tal día, hace veinte años, me casé, y por tal motivo para mí el 13 dé agosto es una fecha memorable. ¡Veinte años! Dieciocho hace que la perdí, y, ¿no es esto extraño, Margarita?, mi mujer tenía entonces una cara muy parecida a la de usted.

-Nunca pensé que usted hubiese estado casado, Wade -le dijo Margarita dulcemente, poniéndole las manos en los hombros-. Algún día me contará usted su casamiento. ¡Quién había de pensar! Pues bien, Wade, si usted quiere, fijaré el 13 de agosto para mi boda.

-Sí, con ello ganaremos tiempo. Vamos a ver si mientras tanto conseguimos reformar a Jaime. Así, pues, ¿convenido?

-Sí, mis buenos amigos -dijo Margarita, próxima a desmayarse después de la gran tensión nerviosa en que había estado hasta entonces.

Wilson Moore se quedó en la puerta de su cabaña, viéndola alejarse, fijos en ella dos ojos, inmóvil como una estatua.

-¡El 13 de agosto! -exclamó cuando la silueta de la muchacha se perdió en lontananza -. Precisamente la época en que hay más margaritas en los prados. El mes de las margaritas, como yo le he llamado siempre.

Quedó un rato pensativo y, levantando la cabeza, esperanzado, exclamó:

-¡Pero quién sabe! No perdamos todavía la esperanza... ¡Quizás ahora, más que nunca, sea para mí agosto el mes de mis flores más preciadas, el mes de mi felicidad...

XVI

¡Cuántas ideas cruzaron a un tiempo por la mente de Wade, mientras el cazador tenía sus ojos puestos en Margarita viéndola alejarse! Nunca había pensado tan intensamente. No era conveniente enterar a Wilson Moore de todos los motivos que tenía para proceder de aquella manera. Margarita no corría peligro alguno de momento. Lo que necesitaba era tiempo. Ni por un instante creyó Wade que la boda con Jaime Bellounds pudiera llegar a realizarse. Más le preocupaba de momento el pobre Wilson Moore. ¿Qué le diría, qué le ocultaría? ¡Ardua duda!

-Ven acá, hijo mío -le dijo al cabo de un rato de silencio.

-Amigo, las cosas se presentan mal -suspiró el descorazonado cowboy.

Wade trató de confortarlo.

-Nada es nunca tan grave como parece -le dijo con voz afectuosa y compasiva.

Moore movió escépticamente la cabeza.

-¿No has visto cuán inconmovible y tenaz se ha mostrado Margarita? No me queda más esperanza que la que tú me infundes. Tú quieres ganar tiempo. Por lo visto crees que el Impetuoso Jaime concluirá por labrar pronto su propia ruina.

-El Impetuoso Jaime ha colgado de un árbol el nudo corredizo y no le falta ya más que meter la cabeza.

-¡Wade, no sabe uno qué pensar de ti! -exclamó Wilson Moore, desconcertado-. ¿Dónde está todo el afecto que has demostrado tenerme? Me has cuidado con paternal solicitud, me has salvado la pierna y la vida. Has demostrado los mejores sentimientos respecto a mí, y ahora hablas de ese maldito enemigo mío como si le compadecieras. ¡Dices que él mismo labrará su propia ruina! No lo creas; no tendremos tanta suerte. Cada día las cosas se presentan peor. No obstante, tú, cuando peor es el cariz de todo, más fuerte, más tranquilo te presentas. No sé si sueño o si estoy despierto. Todo está desquiciado. Wade, siento decirlo; pero muchas veces me parece que tienes la cabeza trastornada.

-Sí, hijo mío -asintió Wade con aire resignado-. ¿Quién puede ser bastante fatuo para creerse completamente cuerdo? ¡Tal vez tengas razón!

-¡Oh, no; oh, no! -exclamó Wilson, arrepentido, poniendo afectuosamente la mano en el hombro de su amigo-. Perdóname; yo soy el que no sé lo que me digo. Mi corazón no puede más con tanto dolor.

-¿Qué sabes tú, Wilson, de todo lo que tu corazón puede llegar a soportar? -dijo Wade melancólicamente-. La verdad es que todo hombre puede resistir mucho más de lo que se imagina. Lo sé por experiencia, y te aseguro que Jaime está construyendo su propia fosa.

Levantó Moore la cabeza y se retiró un poco hacia atrás para observar mejor a su amigo. Wade sintió perfectamente la fuerza de penetración de aquella mirada.

-¿Cómo, de qué modo crees tú que Jaime acabara por perecer?

-Margarita nos ha dado noticias muy interesantes de Jaime, ¿verdad? Pues bien, todavía no sabe lo que yo sé. Jaime Bellounds ha preparado una hábil y diabólica coartada para hacerte pasar a ti por el ladrón de las reses de su padre.

-¡Imposible! -exclamó Moore palideciendo.

-Nunca hubiera creído que tuviera suficiente astucia para imaginar tan diabólico plan -dijo Wade-. Hace unos días expresó delante de su padre y de los cowboys sospechas maliciosas que, aunque no se referían directamente a ti, preparaban el terreno para acusaciones más precisas. Las palabras de Jaime causaron gran sorpresa; pero nadie acertó a vislumbrar su infame trascendencia. Aquella misma noche me despedí del viejo Bellounds y desde entonces no he hecho otra cosa que espiar a su hijo. No soy primerizo en la materia; pero te aseguro

que nunca había visto a nadie tan hábil como Jaime. En resumen se procuró un caballo, muy parecido al tuyo, y fabricó para su casco de la mano izquierda una herradura idéntica a la de tu Manchado. Se hizo además unas piezas de hierro exactamente iguales a las conteras de tus muletas y se las guardó cuidadosamente. Yo le vi galopando por los lugares más cubiertos de hierba para no dejar huella en el suelo y llegar con toda clase de precauciones al bosquecillo de álamos que tú sueles frecuentar. Allí, sin duda, puso a su caballo la herradura especial que había fabricado, y salió de la espesura al camino abierto, procurando dejar claramente las huellas del caballo en el suelo. Después volvió a ocultarse, y, procurando de nuevo no dejar vestigio de su paso, se fue a robar nuevas reses a su padre, conduciéndolas a través de los pastos, con tanta habilidad, que a la mañana siguiente ni yo mismo hubiera sido capaz de descubrir la pista. Pero cuando llegó al lugar que él había calculado, volvió a dejar, expresamente, las huellas por el camino y, más aún, en el barro formado por un manantial, que el muy taimado aprovechó para apearse del caballo, no descansando en tierra más que un solo pie, y dejando en el suelo marcas hechas con las piezas que había fabricado con intención de simular las conteras de tus muletas. Algo más lejos, y pegada a la espesura del bosque, hay una cabaña en la que encontró a sus cómplices. Allí volvió a dejar las huellas de su caballo en el suelo. Claro como el agua: si yo no hubiese sospechado de él y no hubiese descubierto su trama, este plan habría servido para hacerte pasar a ti como el ladrón de las reses desaparecidas.

-¡Oh, y pensar que juré a Margarita que nunca mataría a ese infame!

-¡Claro que lo juraste! ¡Y mantendrás tu promesa! No puedes faltar a tu palabra, ni te conviene tampoco, por Margarita, manchar tus manos con la sangre del hijo de Guillermo Bellounds.

-¡No, no! Claro que no lo mataré. Pero ¡oh, Benjamín, cuánto me costará contenerme! ¡Con qué placer iría a descerrajarle un tiro!

-¡Si, lo comprendo, pero desecha esas ideas! -le interrumpió Wade bruscamente- Ahora comprenderás ya, ¿verdad?, por qué decía yo que Jaime Bellounds concluirá por meter él mismo la cabeza en el lazo que le ha de estrangular.

-No, Benjamín, te confieso que ni lo que tú me has dicho, ni lo que Margarita nos ha contado, me permite vislumbrar de qué modo ha de quedar Jaime cogido en sus propias redes.

-Hijo, tú eres todavía muy joven y no sabes cómo las gastan los hombres verdaderamente perversos. No comprendes, no te imaginas hasta dónde pueden llegar en el camino de sus infamias. El Impetuoso Jaime no sólo roba el ganado de su padre y te prepara una celada, sino que anda en malos tratos con gente maleante, a la que pretende envolver en la acusación que piensa lanzar contra ti. Para acusarte necesitará mostrar tus huellas a su padre, y esto no lo puede hacer sin que se descubran las de sus compinches. Uno de ellos, el de la cicatriz, se llama Smith. Es un hombre a quien conozco de antiguo, y por lo que Margarita ha contado, fácil, me es colegir que ese Smith no se fía del Impetuoso Jaime. Así, pues, en el juego de Jaime Bellounds ha de entrar, mal que le pese, una fuerza con la que él no cuenta, que no podrá dirigir ni desviar y que acabará por dar al traste con él.

-¡Quién sabe, quién sabe, Wade! Por todas partes adonde vuelvo la mirada no veo sino amenazas y tinieblas. Es muy posible que el Impetuoso Jaime perezca; pero si no es así, y triunfa, ¿qué será de Margarita?

-Hijo mío, no he llegado yo tan lejos en mis cálculos -contestó Wade, interesado en no dar contestación categórica a esta pregunta-. Bástale al día su propio afán. -Wade, no es la primera vez que me recuerdas esa sentencia bíblica. En otras ocasiones me ha convencido: pero ahora necesito algo más. Mi fe vacila. Hasta hoy he rezado, porque sabía que Margarita rezaba. Pero ¿de qué sirven las oraciones cuando los hechos se desenvuelven con una fuerza incontrastable? Tenemos frente a nosotros un hombre fanatizado por el cariño a su hijo, y a

un mozo perverso y egoísta que no se detendrá ante nada. Y por encima de uno y de otro tenemos una muchacha tan abnegada y buena, que es capaz de sacrificarse y arruinar su vida para pagar su deuda de gratitud. ¿No comprendes, Wade, que para ella esa boda sería peor que la muerte?

-¿Quién lo duda? - respondió Wade bajando la cabeza como si cediera al peso de una gran pesadumbre. Las palabras de Moore despertaron nuevamente en él sus más tenebrosos presentimientos; pero por nada del mundo hubiera querido permitir que su amigo leyera en el interior de su alma aquella angustia.

-¡Ah! -exclamó Wilson Moore-. ¿Admites que más le valdría a Margarita morir?

-¡Sí, sí, Wilson, lo admito! -confesó Wade. Entonces Moore precipitóse sobre él y, zarandeándole con trémulas manos, le dijo:

-¡Habla, Wade, dime lo que piensas! Tú no eres franco conmigo, me ocultas algo.

-¡Tranquilízate, por favor, Wilson! -fue la respuesta de Wade-. Te excitas demasiado. ¡Te juro que te he dicho todo cuanto sé!

-No, no; no es posible que tú acojas con tanta frialdad la idea de un matrimonio que ya mismo confiesas sería para Margarita peor que la muerte. Así, pues, o has cambiado, y no eres el que eras, p alguna me guardas en tu cabeza. Es incomprensible lo que tu extraña actitud me afecta. Siento de repente ganas de saltar, y sacudirte irritado por tu frialdad, y en seguida me parece adivinar en ti alguna razón superior y tu confianza se me contagia. Dime, Wade, ¿qué crees, qué esperas? ¡Explícamelo! ¿No te equivocas? Porque al fin, tú, no eres infalible.

-No, no soy infalible; pero en esta ocasión mi confianza está justificada. No soy más que un hombre; un buen amigo tuyo. Comprendo que en esta ocasión mis palabras y mi actitud han de desconcertarte; pero yo no puedo explicarte, no puedo hablar... Es preciso que los dos obremos como honradamente creamos deber obrar, sin más guía que los dictados de nuestros propios corazones y las luces de nuestras inteligencias. Tú, Wilson, harás lo que la conciencia te mande, puesto siempre tu ánimo en el interés de Margarita, sin acordarte para nada de ti mismo. Y yo, por mi pare, haré cuanto deba hacer, en bien suyo. ¿Cabe otra solución?

-No, en realidad no cabe más solución que ésa -contestó Moore bajando la cabeza en señal de convencimiento. -En tal caso, ni una palabra más. Aquí está mi mano. Ya hemos hablado bastante. Ahora necesitamos hechos y no palabras.

Moore estrechó silenciosamente la mano que el cazador le tendía, siendo inútil su intento de adivinar las razones que Wade tendría rara seguir esperando con tanta firmeza en medio de tanta adversidad.

Las observaciones de Wade durante la semana siguiente llevaron a su ánimo el convencimiento de que Jaime Bellounds se proponía no descansar hasta dar remate a sus desalmados propósitos. Había comenzado por cumplir las promesas hechas a Smith, aprovechando la luz de la luna para llevarle cierto número de cabezas de ganado. Estas reses formaban parte de las que el ranchero había vendido a algunas personas de Kremmling y que había guardado en la gran dehesa alambrada del valle contiguo al rancho de los Andrews. La falta de las reses no se descubrió antes de que recontaran el ganado en Kremmling, habiéndose atribuido la desaparición a la huída de los animales a través de los bosques, cosa difícil de evitar con un número de vaqueros desproporcionadamente inferior al exigido por la gran cantidad de reses.

El cazador, sin embargo., se enteró del robo al día siguiente mismo de la noche en que fue cometido, y hubo de reconocer que era casi increíble que Jaime Bellounds hubiese podido realizar una hazaña difícil incluso para el más adiestrado cowboy. Pero Jaime la realizó tan hábilmente y tan de prisa que antes de rayar los primeros albores del día estaba ya de vuelta en casa. La coartada estaba magníficamente preparada, ¿cómo no comprenderlo así?

En espera de los acontecimientos, Wade vigilaba ° constantemente el rancho de Peñas Blancas, sin dejar de observar, por eso, las sendas, trochas y veredas circunvecinas. Lo importante para él era estar presente cuando Jaime Bellounds acusara a Wilson Moore de ladrón del ganado.

Y así sucedió. Wade estaba hablando con los cowboys un domingo por la tarde, cuando cuatro hombres, entre ellos Jaime, se apearon de sus caballos, jadeantes y sudorosos, al llegar frente al rancho de Guillermo Bellounds.

-Mira, Montaña, ¿no es aquel jinete el juez Burley, de Kremmling? -preguntó Manuel Billings sin dar crédito a sus ojos.

-Si no es él, es su retrato -contestó no menos sorprendido Montaña-. ¿Qué vendrá a hacer aquí?

Sin acertar a explicarse lo que sucedía, los dos cowboys dirigieron una interrogadora mirada a Wade.

-¿Qué dices tú a eso, Benjamín? -le preguntó Manuel indicando con la mano a los cuatro jinetes-. ¡Jaime aquí, acompañado del juez Burley!

El ranchero Bellounds, que estaba a la sazón en el pórtico, saludó a los visitantes y les hizo entrar en el rancho. Silenciosos quedaron Wade y los cowboys mirando la puerta del rancho, sin saber qué pensar. Al poco rato volvió a salir Guillermo Bellounds, mirando a uno y otro lado como si buscara a alguien, y dirigiéndose luego al grupo de cowboys les dijo:

-¡Eh, muchachos!, uno de vosotros que monte en seguida y que vaya a toda prisa a buscar a Wilson Moore.

-Está bien, patrón -respondió Manuel disponiéndose a obedecer.

El ranchero volvió a meterse dentro, con la cabeza baja, como presa de una gran preocupación.

Wade dio algunos pasos para retirarse.

-¿Cómo es eso, Benjamín? ¿No quieres presenciar lo que va a suceder? -le preguntó extrañado Montaña.

-No tardaré en volver -explicó Wade, y se fue en busca de soledad. Necesitaba aislarse para meditar sobre el extraño proceder de Jaime. Sus previsiones se habían quedado cortas. Él daba ya por descontada, en efecto, la acusación de Jaime contra Moore ; pero nunca había imaginado que Jaime llevase su atrevimiento hasta el punto de presentarse ante su padre en compañía del juez. Por fortuna, el juez Burley era un hombre inteligente, justo, sereno, conocedor de las gentes. Y, por suerte también, era una de las numerosísimas personas con quien Wade había tenido ocasión de estar en estrecho contacto durante su accidentada vida. Benjamín había creído que Jaime se contentaría con acusar a Wilson Moore ante su padre, para evitar así que las sospechas de éste pudieran dirigirse alguna vez hacia el verdadero ladrón. Supuso que todo había de terminar así, porque, por grande que hubiese sido el resentimiento del pobre viejo, Guillermo Bellounds tenía demasiado buen corazón para mandar prender a un cowboy que había trabajado bajo sus órdenes. Pero una vez puesto el asunto en conocimiento del juez, ¿cómo evitar que éste usara de su autoridad para castigar al que apareciese como culpable? Precisamente Burley tenía fama de proceder siempre con la mayor severidad con los ladrones de ganado.

Las cosas se complicaban de un modo no previsto por Wade. ¿Qué diría Jaime Bellounds? ¿Qué pensaría Margarita de esta infame maquinación contra el honor y la libertad de Wilson Moore? ¿Cómo reaccionaría el mismo Wilson? Wade se vio obligado a reconocerse incapaz de contestar a estas preguntas y no menos incapaz de trazarse, con anticipación, una norma de conducta. Únicamente las circunstancias podrían dictarle lo que debía hacer.

De momento se fue al camino por donde tendrían que pasar Billings y Moore, y con gran sorpresa suya los vio llegar mucho antes de lo que esperaba. Les salió al encuentro, deteniéndolos con la mano. En la actitud de Moore no se notaba ninguna emoción particular.

Librodot

-Wilson, creo que haríamos bien en hablar del caso nuevamente -le dijo Wade.

-¿Para qué? -preguntó el joven cowboy con sequedad.

-Para convenir lo que hemos de hacer ahora que el viejo Guillermo y el juez Burley te esperan.

-Es inútil; según lo que quieran de mí, haré y diré. ¿No te acuerdas de nuestro trato?

-Sí; pero las cosas han tomado un sesgo que no podíamos esperar y acaso...

-No necesitas preocuparte por mí -interrumpió Moore-. Acompáñame, me gustará que estés presente cuando tenga que contestar al juez. Manuel irá a buscar a los demás vaqueros.

-Indudablemente, y ten por cierto que si necesitas ayuda no te faltará.

Cuando salieron de la espesura, Manuel torció en dirección de los corrales y Wade continuó al lado de Moore hasta el rancho. El ruido de los cascos de los caballos hizo aparecer a Bellounds.

-¡Hola, Moore!, apéate y entra -dijo ásperamente.

-Si le es a usted lo mismo, Bellounds -contestó el joven cowboy con alguna frialdad -, prefiero tratar lo que sea aquí mismo.

El ranchero no parecía tener la entereza y seriedad propias de él en los momentos difíciles de la vida; mas, accediendo al deseo de Wilson Moore, rogó a los que estaban en el rancho que se dignasen salir afuera.

Voces, pasos, ruido de espuelas, y las personas que llegaron acompañando a Jaime hicieron su aparición seguidas de éste. La principal de estas tres personas era un hombre alto, vestido de negro, con el ensortijado pelo lleno de polvo, con claros ojos y boca y barbilla delimitadas por un bigote caído que le daba carácter. Lucía en su chaleco una estrella de plata y llevaba un revólver metido en una funda que colgaba muy, baja en su lado derecho. Bajo su brazo izquierdo llevaba un paquete.

Wade creyó llegado el momento de mostrarse y dio unos pasos hacia delante; no se equivocó si creyó proporcionar con su presencia una alegría al juez Burley.

-¡Que me maten si ese que está ahí no es Desdichas Benjamín Wade! -exclamó gratamente sorprendido-. ¡No has cambiado nada, Wade! ¡Diez años! ¡Dios mío cómo pasa el tiempo!

-Desdichas Benjamín Wade, sí -contestó éste estrechando con satisfacción la mano que Burley le había tendido afectuosamente-. ¡Y contentísimo de verte, por cierto!

-Aquí te presento a Bridges y Lindsay -dijo Burley mostrando a las dos personas que le acompañaban-. Son ganaderos de Grand Lake que me han oído hablar varias veces de ti, de cuando luchábamos juntos en las frecuentes escaramuzas que teníamos que sostener contra los indios en el Gunnison. ¿Cómo olvidar aquello? Tú eras el mejor tirador de todos. Di, Wade, ¿qué te haces por aquí?

-Los vientos de la casualidad aquí me trajeron el último otoño y desde entonces, contratado por Bellounds, me he dedicado a limpiar de fieras estos contornos. Hace unos días, sin embargo, dejé a Bellounds para ponerme a trabajar con mi joven amigo Wilson Moore, y desde este momento me dediqué a estudiar y seguir los rastros de ganado, por curiosidad.

Burley estaba en aquel momento con la espalda vuelta hacia Bellounds y su hijo, por cuyo motivo éstos no pudieron notar la mirada inquisitiva que dirigió con viveza a Wade y a Moore al oír estas palabras.

-¿Cómo está usted, Moore? Creo recordarle, aunque hace mucho tiempo que no he estado por aquí.

El joven cowboy devolvió el saludo con contenida y digna amabilidad.

Bellounds se adelantó con una cara que indicaba bien a las claras lo que le disgustaba el negocio que tenía entre manos.

-Moore, he enviado a buscarte para un asunto muy grave -dijo secamente.

-Aquí me tiene. Sepamos lo que me quiere -respondió el joven cowboy con su clara, serena y tranquila mirada, fija en los ojos del viejo ranchero.

-Jaime, que ya sabes es el capataz de Peñas Blancas, ha presentado una grave acusación contra ti. -Veamos de una vez de qué me acusa Jaime -replicó Moore.

Jaime Bellounds entonces se adelantó con las manos en , los bolsillos, tranquilo, calmoso, dueño en absoluto de sus nervios y de la situación.

Wade observaba este encuentro de los dos rivales con una atención que la presencia del juez Burley estimulaba hasta lo indecible. Jaime miró fijamente a Moore y aguardó a que éste hablara.

-Bueno, Impetuoso Jaime, veamos de qué me acusas -repitió Moore, impaciente.

El odioso apodo, pronunciado en aquella ocasión por su enemigo, pareció inflamar la cólera de Jaime; pero el impulso colérico no duró sino unos segundos; el joven Bellounds volvió a dominarse y, haciendo alarde de calma y tranquilidad, miró de arriba abajo a su rival, despectivamente. En realidad, sin embargo, lo que interesaba a Jaime era averiguar si Moore llevaba o no algún arma, pero Wilson no llevaba arma alguna.

-Te acuso de robar el ganado de mi padre - declaró Jaime con torvo ceño y bronco acento.

Moore palideció intensamente; hubo un instante en que de sus ojos salieron llamas; pero estos claros signos de cólera e indignación pasaron pronto.

Los vaqueros que se habían congregado allí se agitaban estimulados por viva emoción. Manuel Billings rezongaba entre dientes. Joaquín Montaña temblaba como si timase de frío.

Moore continuaba con sus oscuros y penetrantes ojos fijos en los de Jaime. Hubiérase dicho que el joven cowboy había perdido por completo el habla.

-¡Me llamas ladrón! ¡Tú! -pronunció al cabo de un rato.

-¡Sí, yo! - afirmó Bellounds cínicamente.

-¿Delante del juez y de tu padre danzas sobre mí tal acusación?

-¡Sí!

-¿Delante de ese hombre que me ha salvado la vida, que me conoce y me estima, delante de Desdichas Benjamín Wade?-preguntó Moore señalando con la mano al honrado cazador.

El nombre de Wade en aquel momento y sazón, y su presencia allí, no pudieron menos de impresionar a Jaime Bellounds.

-¿Qué tengo que ver con ese Benjamín Wade, ni qué me importa a mí él ni cuantos a él se parezcan? - exclamó el procaz acusador en un arranque de su inveterado mal genio-. ¡Tan canalla debe de ser él como tú, puesto que es amigo tuyo!

-¡Alto ahí! -gritó con justa y autoritaria energía el juez Burley-. ¡Limítese usted a indicar los motivos de su acusación y modere el lenguaje! No olvide que está usted delante de un juez que no 1e permitirá extralimitaciones.

-He dicho cuanto tenía que decir -repuso el atufado capataz.

-¿En qué te basas para acusarme? -preguntó Moore.

-Te he seguido los pasos, te he vigilado, he dado con tu pista y he suministrado al juez Burley las pruebas de mi acusación.

Burley lió uno o dos pasos y colocó en el suelo su paquete.

-¿Es éste el caballo que usted monta con más frecuencia? -preguntó a Moore cuando éste, a invitación suya, se apeó.

-El único que tengo -declaró rotundamente el veraz vaquero.

Sentóse Burley en un peldaño del pórtico y desenvolviendo cuidadosamente el paquete sacó de él ciertos trozos de barro cocido. Los pedazos más pequeños ostentaban la huella de unos círculos con algunos puntos perfectamente definidos en el centro. Los pedazos mayores mostraban la huella absolutamente clara de una herradura deformada, casi triangular. El juez colocó trozos de barro cocido en el suelo. Tomó luego las muletas de Moore, llevadas siempre por él en la silla del caballo, metidas en una funda, a guisa de tercerola, y mirando la

contera estudió con atención su forma. La acopló luego a las huellas impresas en el barro y advirtió que encajaba perfectamente. Los vaqueros seguían con gran curiosidad y emoción todas aquellas operaciones y Billings movía, contristado, la cabeza. También el viejo Guillermo lo miraba todo con gran atención. Después de comprobar la correspondencia de las redondas huellas con la contera de las muletas de Wilson, Burley levantó el remo anterior izquierdo de Manchado y estudió la forma del casco. Era evidente que el caballo no estaba conforme con las maneras del juez; pero, como si tuviera noción de la superioridad jerárquica de la persona con quien tenía que habérselas, se dejó hacer dócilmente. La herradura que el caballo llevaba en aquella pala era casi triangular. Cuando el juez la comparó con la huella marcada en los trozos de barro cocido, hubo de reconocer que era exacta.

Soltó Burley al caballo después de este examen y volvió a colocar en el suelo los trozos de barro. Todos los presentes a la escena estaban emocionados. Muchos vaqueros respiraban con la dificultad propia de la persona a quien el corazón le late aceleradamente.

-¿Qué tiene usted que decir de estas huellas, Moore? -preguntó el juez.

-Que parecen mías -reconoció el cowboy.

-Son suyas -aseveró el juez.

Wilson Moore bajó la cabeza como rendido ante la evidencia.

-Estos trozos de barro cocido proceden de las orillas de un manantial próximo a Gore Peak. Hemos seguido las huellas del ganado desaparecido y hemos podado comprobar que seguían el camino de Elgeria. En Elgeria, Bridges y Lindsay han comprado recientemente algunas cabezas de ganado a ciertos hombres que no han sabido explicar la procedencia del ganado que vendían. Pues bien, las huellas de esos hombres van a juntarse con las que hemos advertido junto al manantial de Gore Peak. ¿Tiene usted algo que objetar a esto?

-No aquí-declaró Wilson Moore, sin inmutarse.

-En ese caso tendré que arrestarle y llevarle a Kremmling, y que se le instruya el correspondiente procesoa -advirtió el juez Burley.

-Está bien. Iré a Kremmling.

La indignación del viejo Guillermo era extraordinaria. Sus mejillas estaban teñidas de rojo y sus ojos despedían llamas.

-Wilson, tu proceder es canallesco -dijo sin poder contener la ira-. ¡Me he llevado contigo un desengaño enorme! ¡Confiesa, habla, di todo lo que sea si quieres que al fin te perdone! ¡Di que ha sido en un momento de locura, di que ha sido el juego, el vino, lo que te ha llevado a tal extremo; pero que tu arrepentimiento es sincero! ¡Di, habla y te perdonaré! Yo también he sido joven, también he sentido la fuerza de las pasiones. ¡Habla, habla...!

-No tengo nada que decir - declaró rotundamente Moore.

-¡Es inaudito, es inverosímil tu proceder! ¡Habla, di que ha sido por despecho, por rabia, por necesidad de vengarte! Al fin y al cabo la venganza es humana, comprensible... ¡Habla, explícate!

La ira desatada del viejo ranchero excitó de tal modo a Wilson Moore, que el pobre cowboy hubiera quizá concluido por expresar su horror y su indignación, a no sellar sus labios la súbita presencia de Margarita.

-¡Papá! - exclamó ésta apareciendo de pronto con la faz desencajada y la mirada vagarosa

-¿Qué sucede para que esté aquí Wilson Moore rodeado de tanta gente?

-Muchacha, retírate de aquí - ordenó Guillermo Bellounds.

-¡No, papá, no! Aquí sucede algo -exclamó mirando alarmada a unos y otros-. ¡Oh, éste es el juez Burley! -añadió presa de la mayor consternación al reparar en este último.

-En efecto, señorita, y si Wilson Moore es un amigo de usted, mucho me pesará hoy mi cargo de juez -respondió Burley.

-Más que amigo, es casi un hermano. Ha sido un compañero mío de la infancia y no es posible querer a una persona más de lo que yo le quiero. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué está usted aquí? -quiso saber la atribulada muchacha.

-Señorita, Wilson Moore está arrestado y detenido por mí.

-¡Oh! ¿Por qué?

-Por robar el ganado del padre de usted.

El aliento faltó a Margarita de tal modo que la muchacha se quedó un buen rato sin poder articular palabra. Por fin, sin embargo, pudo articular su protesta.

-¡Aquí hay una terrible equivocación! -aseguró.

-Así lo espero, señorita -declaró el juez Burley, hondamente afectado con la desolación de aquella delicada alma-. Los indicios, sin embargo, son fatales; fíjese usted en las huellas, señorita; fíjese en la forma especial, única, del casco del remo anterior izquierdo de su caballo. É1 mismo lo reconoce y calla. Fíjese en estas otras huellas; son las de sus muletas. Y sepa, señorita, que hemos recogido estos trozos de barro en Gore Peak entre infinidad de huellas del ganado desaparecido.

-¿Quién, le ha puesto a usted sobre la pista? -quiso saber la muchacha.

-Jaime Bellounds. Él fue quien descubrió los hechos y fue a notificármelos a Kremmling.

-¡Jaime, Jaime Bellounds! -exclamó ella echando lumbre por los ojos-. Era de esperar, el acusador no podía ser otro.

Margarita, indignada, furiosa, iracunda y colérica saltó como una fiera hacia Jaime cual si quisiera ahogarlo, estrangularlo.

-¡Tú has sido el que ha ido a buscar al juez! ¡Tú eres el que acusas a Wilson Moore! -exclamó.

-¡Sí, le acuso de robar el ganado de mi padre y he suministrado al juez las pruebas de mi acusación! -replicó Jaime con la más refinada perfidia.

-¡Ah, has apoyado tu acusación con pruebas! -ponderó Margarita con sarcasmo-. ¿Así te vengas? Pero no has contado conmigo, monstruo de maldad. -Su cara palideció de pronto intensamente -. ¡Oh Dios mío! -exclamó-. ¡Qué horrible, qué horrible!

Cubrióse la cara con las manos y todos los músculos de su faz y de su cuerpo se contrajeron como preludiando un ataque de epilepsia. Dirigiendo luego las manos hacia Moore, le preguntó

-¿Y tú, Wilson, qué tienes que decir al juez, a mi padre, a mí?

-Nada tengo que decir, Margarita. El juez tiene la prueba en sus manos. Su padre es bueno y será clemente conmigo -contestó Moore dirigiendo a la muchacha una mirada elocuentísima de amor, de sinceración, de simpatía v de una infinidad de sentimientos más.

-¡Mientes! -declaró ella-. Y ahora mismo voy a decir a todos por qué mientes así.

En Wilson Moore no se advertía la vergüenza y confusión naturales en un reo confeso y convicto de tal delito. Notábase en él únicamente una amargura rayana en angustiosa agonía. Su mano fue a buscar la de Wade y, apretándosela, quiso hacerle notar que Margarita se erguía y concentraba dispuesta a lanzar a Jaime Bellounds, en su rostro, delante de su padre y delante de todos, la vergonzosa, la infamante verdad. Innecesario mensaje: Wade había descubierto este propósito de Margarita antes que Wilson Moore.

-Margarita -le dijo Wade con la voz y el acento que tanto efecto producían en la muchacha -. Éste no es negocio para mujeres. Es asunto de Wilson y mío. Wilson es mi amigo, yo tomo sobre mí la carga de librarle del trance en que se halla y por grandes que sean las dificultades con que tropiece lo lograré.

Suspirando, sollozando, con los puños crispados, Margarita vaciló entre seguir sus impulsos o creer a Wade.

-No sé si sueño o si estoy loca, Benjamín -le dijo.

-¡Valor, muchacha! El caso es verdaderamente terrible. ¡Wilson, su amigo, su compañero de infancia! ¡Es terrible, terrible! Pero, niña mía, éste es un asunto de hombres. Vuelva usted a sus habitaciones y no presencie ni escuche nada más.

La acompañó hasta la puerta de su cuarto y al despedirse de ella, le dijo:

-Esté tranquila, hijita; la salvaré a usted y a Wilson, y a ese buen viejo a quien usted da e: nombre de padre. Se lo prometo.

Y volvió en seguida a reunirse con los que habían quedado delante del rancho.

-Burley, ¿si yo respondiera de que Wilson Moore había de presentarse en Kremmling el día que tú indicaras, permitirías que se quedara bajo mi custodia?

-Sin duda, amigo Wade -contestó generosamente Burley.

-¡Protesto! -exclamó con arrogancia Jaime Bellounds-. Moore ha cometido un delito y ha de ir a la cárcel.

-Ha de saber usted, fogoso joven, que la cárcel más próxima que tenemos está en Denver - repuso Burley, disgustado de la altanería del muchacho- Yo asumo la responsabilidad de mis actos y no necesito que usted pretenda enseñarme lo que debo hacer. Wilson Moore está arrestado y queda bajo la vigilancia de Benjamín Wade, porque así lo dispongo yo.

Montó el atribulado cowboy en su caballo y con Wade al lado emprendió lentamente la vuelta a su casa. No habían tenido tiempo de alejarse mucho, cuando el atento oído de Wade cazó al vuelo estas palabras del juez Burley:

-¡No pueden ustedes figurarse qué clase de hombre es Benjamín Wade!

-¡Tal vez no! -repuso la voz del viejo Bellounds.

-¡Seguramente, no! -asintió burlona y despectiva la del perverso hijo.

XVII

Gore Peak era la cumbre más alta de la abrupta cordillera que se extendía a lo largo de muchos kilómetros desde Buffalo Park. Redondeada y cubierta de bosques, se elevaba como un hito en medio de un inmenso país. La ladera oriental de la cordillera estaba cubierta por un espeso bosque de abetos y pinos que se extendía sin solución de continuidad hasta el borde de un valle que se estrechaba en las proximidades de Buffalo Park.

La región estaba cruzada por algunas veredas bien marcadas; una de ellas seguía la dirección del arroyo Rojo hasta Kremmling, otra iba desde Buffalo Park hasta Peñas Blancas, y la otra iba desde los límites de Peñas Blancas hasta Elgeria. El único camino que conducía a Gore Peak era un ramal que, partiendo del valle, rodeaba la montaña por el sur en busca de su parte más accesible.

Toda aquella inmensa ladera de bosques montañosos, barrancos, quebradas y despeñaderos, formaba, por lo agreste, un hermoso e imponente conjunto. Allí iban los búfalos a refugiarse huyendo de los cazadores. Allí nadie los molestaba y su seguridad era completa mientras no volvían a los parques y valles, menos frondosos y tupidos. Los alces, los ciervos y los osos habían convertido aquellos bosques en su natural vivienda.

Benjamín Wade, cazador, entonces, de piezas de mayor importancia que los jaguares y los osos, dejó su' caballo en la cabaña de Luis y penetró solo en el espeso bosque, como un indio. Luis estaba en relación con Wade para tenerle al corriente de cuantas noticias de los ladrones de ganado pudiera adquirir. Aquella noche, Wade le había acompañado hasta Buffalo Park, galopando en la oscuridad. No le faltaban, en realidad, motivos para apresurarse, pues Jaime Bellounds había ido a Kremmling y el cazador tenía sus razones para creer que no volvería por el mismo camino de la ida.

Fox, el perro favorito de Wade, quedó en la cabaña de Luis, con gran disgusto por parte del inteligente animal. fue Kane el perro que acompañó a Wade. Un día, Jaime Bellounds castigó cruelmente a Kane y éste abandonó Peñas Blancas para ir a instalarse en la cabaña de Moore, reconciliándose con Wade, a quien miraba, si no con amor, por lo menos con sumisión. Wade llevaba su fusil y un zurrón de piel con carne y pan. De su cinturón, bien provisto de cartuchos, pendían dos revólveres, uno a cada lado, bien visibles, muy bajo el de la derecha. El carácter de Wade parecía haber sufrido un cambio notable, aunque lo que estaba haciendo no era cosa nueva para él.

Dirigía sus pasos hacia la cabaña oculta por el borde del bosque que se extendía bajo Gore Peak. Era una hora muy temprana de un día del mes de julio. El verano acababa de instalarse en aquellas alturas. En los árboles, los pájaros y las ardillas manifestaban su alegría con cantos y -

movimientos rápidos. Las gotas de rocío brillaban como diamantes en la verde y lozana hierba. Sobre la nieve, en los escasos lugares en que todavía no estaba derretida, veíanse innumerables huellas de animales. Wade se detuvo para escuchar la más grata de todas las melodías para él: el mugido de un alce. Claro, vibrante, agudo, salvaje, hacía estremecer todas fibras de su organismo cada vez que lo oía. El perro oyó el mugido sin interés. Marchaba pegado a los talones de su amo, indiferente a todas las pistas y a toda vecindad de animales, como si comprendiese que aquel día no había salido él para cazar bestias, sino al hombre.

La distancia desde Buffalo Park a Gore Peak, a vuelo de pájaro, no era muy grande. Pero Wade caminaba despacio, buscando las partes más tupidas del bosque. Al llegar al camino de Elgeria no experimentó sorpresa alguna al hallarlo liso, sin señales de haber pasado nadie por él aquellos últimos días. A poco menos de un kilómetro, sin embargo, encontró en el bosque las huellas recientes de tres caballos. Algo más lejos todavía encontró otras menos recientes y claras de caballos y ganado. Estas huellas seguían la dirección de Elgeria y eran como las páginas de un libro abierto para Wade.

Sería cosa del mediodía cuando Wade trepó a unos elevados peñascos desde los cuales podía divisar una gran extensión de terreno. Un estrecho valle, casi escondido, brillaba en el fondo de la vertiente ante sus ojos. Desde el borde de este valle subía al cielo una tenue columna de humo.

-¡Ah!-exclamó el cazador al verla.

El perro dio un aullido y colocó el hocico en la mano del cazador.

Wade continuó su marcha cauta y silenciosamente. Bajó por vericuetos algo a la derecha de la dirección en que se había visto el humo. La presencia de los ladrones era probable; pero no absolutamente segura. Esperaba que Jaime Bellounds estaría con ellos, o iría más tarde a encontrarlos. Aquello era lo que Wade deseaba adivinar.

Al llegar al valle se desvió hacia su izquierda para cruzar el camino que pasaba por la parte principal de aquél, algunos kilómetros más lejos. Poco o nada sorprendió al cazador ver algunas huellas de caballo impresas en aquel camino aquella misma mañana. Las referidas huellas le eran perfectamente conocidas: Jaime Bellounds estaba con sus cómplices, habiendo ido a encontrarlos, sin duda, para recibir la parte que le correspondía de la venta del ganado.

El cambio en los movimientos y actitudes del cazador se hizo entonces más ostensible. Andaba con lentitud, con precaución, sin hacer ruido; parecía una sombra. Y mientras avanzaba, tan penetrante y viva era su mirada, que nada le pasaba inadvertido, ni el movimiento de una hoja, ni el oscilar de una ramita a lo lejos. El perro, con el pelo del lomo erizado, husmeando y escuchando, andaba junto a su amo con el mismo silencio, con la misma cautela que él. Wade esperaba, sin duda, que los ladrones habrían colocado a alguno de ellos de centinela. Por eso andaba con tanta precaución, evitando los claros, buscando el abrigo del follaje y evitando todo ruido o movimiento que pudiera delatar su presencia. Por

fin pudo ver perfectamente la cabaña y el verde valle en donde estaba enclavada. Los caballos pacían, desensillados, los ricos pastos. No se veía a ningún hombre. Pero podía haber un perro, y el cazador, por si acaso, avanzaba cada vez con mayor cautela.

Aprovechando unos claros pudo ver en línea recta la puerta de la cabaña. La línea de abetos que se extendía a su izquierda tapaba parte de ella, y Wade sabía perfectamente lo que debía hacer. Sin un momento de vacilación, dejando el fusil en el suelo, ató el perro a un árbol, acariciándole para darle a entender que debía permanecer allí quieto y callado.

Por la mirada que echó luego Wade a sus revólveres era fácil adivinar que sabía que tendría que utilizarlos pronto y que esta certidumbre ni le amedrentaba ni le tenía inquieto. Agachándose, casi arrastrándose por el suelo, paso por entre las ramas bajas de los abetos. El suelo blando y desprovisto de maleza y hojarasca no delataba el paso del cazador. Tampoco las armas producían el menor ruido, porque Wade sabía amortiguar perfectamente el roce de su cuerpo con el follaje. A veces tenía que doblar alguna rama; pero lo hacía con tal delicadeza que no producía el menor ruido. Así, en silencio, con la agilidad y destreza de un indio, se acercó a la cabaña hasta casi poder tocar con la mano los troncos de que estaba construída.

Percibió perfectamente el olor del humo de la leña y del tabaco, oyó las broncas y rudas voces de varios hombres, el barajar y distribuir de las cartas, el sonido inconfundible de las monedas de oro. Arrodillado, vigilante, el cazador reflexionó unos momentos. Todo respondía con la mayor exactitud a sus previsiones. La suerte le favorecía. Los jugadores estaban con la atención pendiente únicamente de las cartas. Para llegar hasta la puerta era necesario doblar la esquina de la cabaña, lo cual podría hacer Wade deslizándose sigilosamente, o dando con rapidez un par de zancadas. Los dos métodos eran buenos; pero lo que tendría que hacer una vez dentro de la cabaña dependía, exclusivamente, de la posición en que se hubieran colocado los hombres y del sitio en donde hubiesen dejado las armas.

Más silenciosamente que nunca, Wade se acercó a la pared de la cabaña y miró al interior por una hendidura. La luz penetraba a raudales por la puerta y las ventanas. Jaime Bellounds, en mangas de camisa, estaba sentado en el suelo, de espaldas a la pared, perfectamente iluminado. En su cara se retrataba a la vez la ansiedad del jugador empedernido y la rabia del que tiene la suerte contraria. Smith estaba sentado frente a Bellounds, de espaldas a Wade. Los otros dos hombres ocupaban los otros dos lados de la mesa. Los cuatro estaban lo suficientemente juntos para alcanzar con facilidad las cartas y el oro que tenían delante. Los fiamígeros ojos de Wade se hicieron cargo de todos estos detalles en una pequeña fracción de segundo. Pocos segundos más bastaron al cazador para examinar con toda minuciosidad el resto de la escena. Bellounds no tenía arma alguna. Smith había dejado su cinturón y su revólver en el suelo' a distancia tal que no podía alcanzarlos sin dar un salto, o varios pasos. Los otros dos de la pandilla llevaban encima sus revólveres. Wade fijó una escrutadora mirada en aquellos dos hombres y pareció quedar bastante convencido de lo que de ellos se podía esperar.

Benjamín vaciló tan sólo unos momentos, y en seguida, retrocediendo con cautela, volvió a disimular su cuerpo entre la espesura. Dio un pequeño rodeo, se acercó más a la puerta, dio un salto, otro, otro y se coló de sopetón en el interior de la cabaña.

-¡Alto, amigos! ¡No moverse! -ordenó.

La sorpresa paralizó a los cuatro jugadores. Bellounds

dejó caer las cartas y abrió la boca. No hizo más movimientos que aquéllos.

-He venido a deciros varias cosas, y cuanto mayor sea vuestra paciencia en escucharme tanto más rato viviréis -dijo Wade-. ¡No moverse!

-No nos moveremos -prometió Smith -; pero sepamos pronto quién es usted y qué nos quiere.

Benjamín estaba detrás de Smith; tan rápida, tan inopinada fue la intromisión en la cabaña, que Smith no había tenido tiempo de volverse y verle. La orden había sido terminante, y Smith, que ya sabía por experiencia lo que era preciso hacer en tales ocasiones, permaneció inmóvil, rígido, sin pestañear.

-¿Quién es usted? - repitió mascullando las palabras. -Un antiguo conocido - dijo Wade con su insinuante y suave voz.

-La voz, en efecto, no es nueva para mí.

-¿No la recuerdas, capitán? -preguntó Wade modulando y articulando las sílabas como sólo él sabía hacerlo. Smith experimentó una sacudida en todo su cuerpo; pero se dominó en seguida.

-¡Capitán! ¡Me llaman capitán! -exclamó. -Indudablemente. Ya ves que te conozco de años, capitán Folsom.

En el silencio que siguió a esta declaración púdose oír perfectamente la jadeante y entrecortada respiración del antiguo capitán de insurgentes. Hasta el cuello tenía colorado, de tal modo la sangre se le había agolpado a la cabeza. Sólo se movían en la habitación los ojos de los compañeros de Smith. Jaime Bellounds comenzaba a reaccionar. fue tal el estupor del primer momento, que su inteligencia no había funcionado hasta entonces, ni siquiera para hacerle comprender y temer el peligro.

-Bien veo que me conoces; pero ¿tú, quién eres? - volvió a preguntar Smith con sombría insistencia.

Wade guardó silencio.

-¿Quién es este hombre? - aulló Smith, desesperado. No preguntaba ya a Wade, ni a sus propios compañeros; interrogaba a los cuatro vientos, a los invisibles huéspedes que pueblan el aire. Era una pregunta desesperada, un interrogatorio a su propia memoria, una evocación del pretérito.

-Este hombre se llama Wade - dijo Bellounds con agrio acento -. Es el amigo de Wilson Moore, el cazador que te dije había trabajado el invierno pasado en el rancho de mi padre.

-¿Wade, Wade? ¡Nunca me dijiste su nombre! ¿No será...?

-Sí, capitán, sí; soy el mismo que estropeó tu bello físico años atrás.

-¡Desdichas Benjamín Wade! -rugió Smith con la voz ahogada por el resentimiento. Una violenta sacudida estremeció todo su cuerpo. Su cara palideció y su mano se movió instintivamente en busca del revólver; pero inmediatamente volvió a recuperar su impuesta rigidez e inmovilidad.

-¡Cuidado, Folsom! -le advirtió Wade-. ¡Sería una lastima que no pudieras escucharme lo que he venido a decirte! ¡Vamos, da despacito la vuelta y mira la cara de un antiguo conocido

Smith dio la vuelta como si unos invisibles y poderosos resortes le obligaran a obedecer.

Sus ojos corroboraron lo que ya sabía. Era, en efecto, Wade quien le apuntaba con el revólver. En la cara de Smith se reflejó la forzosa aceptación de una realidad terrible e inevitable, quizá la muerte. Pero, si bien era un canalla, no era un cobarde, y, a pesar de la orden de Wade. giró salvajemente para arrojar los naipes a la cara de Bellounds. Profería unas blasfemias horribles.

-¡Bestia! -decía increpando a Jaime-. ¿Por qué no me dijiste que el cazador de las fieras que devoraban el ganado de tu padre era Desdichas Benjamín Wade?

-¡Sí que te lo dije! -vociferó con la cara color de escarlata el insensato hijo de Guillermo Bellounds. -¡Mientes; nunca me dijiste que Wade, el verdadero Wade, Desdichas Benjamín Wade, estuviera en el rancho de tu padre!

-Me daba asco el nombre. Por no pronunciarlo no te di la noticia -replicó el joven Bellounds desdeñosamente.

-¡Ah, ah! ¡Por no pronunciarlo! ¡Si supieras cuántos hay que no hubieran querido pronunciarlo, como tú, y que ahora están pudriéndose bajo tierra!

Librodot

-Sí, ya sé que es un hombre muy hábil. El juez Burleyme contó una porción de cosas de él. Wade es un hombre que sabe guisar admirablemente, capaz de practicar una cura de urgencia, diestro en el lazo y las boleadoras, y

hábil en muchas cosas más -repuso Jaime con sarcástico desprecio.

-Chico, tienes razón. Hábil en muchas otras cosas más. ¡Apuesto a que pronto conocerás algunas otras habilidades suyas! Lo que me extraña, lo que no puedo comprender, es que te haya dejado hablar de él tanto rato sin haber cerrado ya tu boca para siempre.

-¡Oh, encuentro su charla muy divertida y quiero dejarle vivir porque necesito deciros algo de él muy interesante! Vamos a ver, capitán Folsom, ¿me prometes que os estaréis quietos, tanto tú como tus compañeros, mientras hablo?

-Wade, yo puedo responder de mí; pero no de los demás. No obstante, como les conozco, me atrevería a apostar que no dirán ni pío -dijo Smith con sarcasmo.

Uno de ellos, un hombre fornido, de barba hirsuta y cara hosca, protestó

-Di, Smith, ¿es una celada que nos has preparado?

-Lo que te digo es que si sales de ésta podrás considerarte muy dichoso- gruñó el antiguo capitán Folsom.

El otro no habló palabra. Era un hombre bajito, de rostro cetrino, con ojos negros y pelo lacio; evidentemente un blanco con mezcla de sangre mejicana. Vivo, despierto, alerta, permaneció inmóvil y callado aguardando los acontecimientos.

-Impetuoso, estos compañeros tuyos son ladrones de la peor estofa, según podría demostrarte, y uno de ellos es peor que los otros dos; pero comparados contigo son unos perfectos caballeros.

Jaime Bellounds sintió, en su cólera, impulsos de saltar sobre Wade; pero le faltó valor. El estupor de la primera sorpresa iba cediendo y su inteligencia comenzaba a hacerle ver la gravedad del peligro.

-¡Qué me importan tus insultos ni tus palabras! -dijo encogiéndose de hombros.

-Mis palabras te desagradarán cuando explique a estos ladrones cómo les has estado traicionando.

Bellounds dio un salto como lobo cogido en la trampa, pero el que tenía a la derecha le echó de espaldas a la pared de un soberbio puntapié.

-Mira, Impetuoso - dijo Wade moviendo con lentitud y precisión matemática el revólver y apretando el gatillo, la bala fue a alojarse en la pared, pero perforando antes y cubriendo de sangre la oreja del joven Bellounds. La palidez cubrió su cara. El terror se apoderó de él; un terror fantástico, primitivo, irrefragable. Él terror, el miedo a la muerte.

Folsom exclamó, irónico y complacido

-No te creas, Bellounds, que Wade te apuntaba a la nariz. ¡Oh, no!

Los otros hombres entendieron entonces, si Jaime Bellounds no llegó a entenderlo, que las vidas de todos estaban en las manos de un hombre nada vulgar.

-¿Sabes, capitán, que Bellounds acusó a mi amigo Wilson de robar el ganado que vosotros habéis vendido? -dijo Wade.

-¿A qué te refieres? -preguntó Smith como si no supiese de qué se trataba.

-Hablo del ganado que Bellounds robó a su padre y os vendió después a vosotros.

-¡Vamos, una vez más Wade metiéndose en lo que no le importa! Debí presumirlo en cuanto te vi. De manera que Bellounds ha acusado del robo a otro...

-Sí.

-¡Ah, oh! ¿Y quién es ese Wilson Moore de que me hablas?

-Es un cowboy muy querido de todos los que lo conocen. Hábil y valiente. Bellounds le odia porque Moore le venció dos o tres veces y porque la muchacha a quien los dos quieren ama únicamente a Wilson.

-¡Oh, oh, muy romántico! ¡Y muy interesante lo que voy sabiendo de Bellounds!

Bellounds permanecía adosado a la pared, deseando que la tierra se lo tragara, con la respiración jadeante y la frente cubierta de frío sudor. Su cara conservaba todavía la expresión de fiereza, porque sus músculos no habían hecho el menor movimiento; pero sus ojos solicitaban misericordia en vez de mirar con fanfarronería, como hasta entonces. Su mandíbula inferior temblaba.

-¡Tú, Folsom, escucha! ¡Los demás, quietos mientras yo hable 1 - ordenó Wade -. El Impetuoso robó el ganado de su padre como un ladrón consumado. No sólo robó por robar y aprovecharse del robo; otros eran, además, sus motivos. Le interesaba dejar una pista. Fabricó una herradura deformada como la que lleva la cabalgadura de Wilson Moore en una de sus patas y la puso a su caballo. Hizo luego unas conteras de hierro como las de las muletas de mi amigo Wilson, y dejó en el suelo las huellas de la herradura y la de las conteras.

-¡Ah, las huellas que yo vi primero junto al manantial y he visto luego aquí, frente a la cabaña! Me sorprendió la coincidencia; pero no pensé... ¿De manera que el caballo de Jaime lleva una herradura deformada...?

-Sí, la lleva cuando Jaime quita del casco la herradura corriente para ponerle la contrahecha. Yo he seguido las huellas de la herradura deforme y me han traído aquí. El propósito de Bellounds es bien claro... Y habéis de saber que fue a Kremmling para entrevistarse con el juez Burley y solicitar de él el castigo de los ladrones del ganado de su padre. Y logró que el juez fuese con él a Peñas Blancas para oír la acusación que lanzó contra Wilson Moore. Hizo seguir al juez Burley las huellas de la herradura deformada hasta aquí, haciéndole observar, frente a la cabaña, los círculos que habían dejado en el suelo las conteras que él fabricó, para que el juez creyese que Wilson había estado aquí. Hizo seguir, además, al juez las huellas que vosotros dejasteis al conducir el ganado pasando junto al manantial, donde el juez Burley recogió algunos terrones de barro, que hizo cocer para conservar las huellas. Impetuoso acusó a Wilson delante del juez y de todo el mundo, y Burley arrestó a Wilson Moore... La próxima semana se verá la causa en Kremmling.

La sorpresa de Folsom, al oír todo esto, no tuvo límites. -¡Nunca acaba uno de aprender! -exclamó-. Ya sabía yo que este joven robaba el ganado de su padre; pero creía que era sólo para poder dedicarse a la bebida y al juego.

-¡Pues ya lo ves, capitán, te ha estado engañando, y si yo no te hubiese advertido a tiempo, lo probable es que hubieses acabado por tener que rendir cuentas muy estrechas a la justicia!

-Si te he de decir la verdad, Wade, yo hubiera preferido habérmelas con el juez que verte a ti amablemente metida en este asunto. Siempre metiéndote en lo que no te importa, Wade. ¡Es tu manía de siempre! Pero déjame coger mi revólver...

-¡No lo pienses, capitán!

-¡Déjame coger mi revólver, sí! -repitió con voz ronca el antiguo capitán de insurgentes-. ¡Déjamelo coger,

no para que me defienda de ti, sino para saltarle los sesos a ese traidor! ¡Wade, ponme un revólver en la mano, por favor! ¡Un revólver con una sola bala, o todo lo más, con dos! Tú podrás estar mientras tanto apuntándome a la cabeza con tu revólver; pero déjame matar a este bandido.

La muerte se presentaba ante Bellounds con su horrible aspecto, y el terror, retratado en la cara del infeliz, era tal, que daba pena mirarle. Los ojos se le salían de las órbitas y su boca destilaba gotas de espuma.

-Capitán, no pienso confiarte un revólver en estos momentos -declaró Wade.

-¡Matadle! -ordenó con insensata furia Smith a sus compañeros-. Echad mano de vuestros revólveres y apuntadle a los ojos. De todos modos tendremos que luchar; vale más que empecemos nosotros. ¡Matadle!

Ninguno de los dos compañeros de Folsom hizo movimiento alguno, dominados como estaban por el pavor que Wade les inspiraba. Un largo silencio reinó en la habitación, más tenso y amenazador a cada segundo que pasaba. La explosión era inminente.

-Wade, yo he sido un jugador toda mi vida y ahora voy a hacer mi última apuesta -gruñó Folsom en el colmo de su ira.

-¡Vamos, di pronto lo que quieres apostar! -dijo Wade con su peculiar inflexión de voz.

-Apuesto, por mi vida, lo que quieras a que Wade no es capaz de matar a un hombre por la espalda - declaró Folsom intencionadamente.

-Tienes razón. Ganaste la apuesta.

Despacio, suavemente, con movimiento de tigre en acecho, Smith se puso de pie, y, antes de que nadie pudiera presumir lo que iba a hacer, dio un tremendo puntapié a Jaime Bellounds en el rostro.

-¡Toma esto a cuenta, Impetuoso! Lo demás vendrá luego. No he nacido para adivino, pero lo que es ahora estoy seguro de no equivocarme al creer que, mal como están ahora las cosas para mí, todavía están peor las tuyas.

Y aspirando luego una gran cantidad de aire se volvió lentamente para mirar al cazador.

Wade, no sé cuáles son tus intenciones, pero te veo proceder con mucha lentitud, y en esto te desconozco -le dijo.

-Ya dije al principio que hoy venía con ganas de hablar -contestó Benjamín.

-Tu conducta es muy extraña. ¿Qué te has propuesto al decirme que Bellounds me traicionaba, si no me dejas matarle?

-No he querido sino hacerle ver 1o que piensan de él los demás hombres.

-Bueno, y luego, ¿qué te propones?

-Llevaros a todos a Kremmling y entregaros allí al juez Burley.

Esta declaración fue como un guante arrojado ,a la cara de Folsom. Los ojos de éste se convirtieron en dos esferas de fuego. La muerte era para él segura si se resistía; pero si era un canalla, no era un cobarde, y prefirió arrostrar la muerte a entregarse sin lucha.

-¡Veremos quién gana! -gruñó desesperadamente. Y con la rapidez de una fiera dio un salto para alcanzar su revólver.

Hubo un instante de una intensidad dramática indescriptible. Aquel grito lanzó a la acción a los cuatro hombres a quienes iba dirigido. Los tiros sonaron casi al unísono. Gotas de sangre y denso humo llenaron la habitación. Los gritos, los insultos y las blasfemias atronaron el oído tanto como los estampidos. Las balas producían un sonido sordo y característico al hundirse en la madera de las paredes haciendo saltar un diluvio de astillas. El cazador fue a parapetarse de un salto, desde el primer disparo, detrás de unas maderas que habían servido de yacija. Eran trozos de abeto, duros y macizos, magníficos para servirse de ellos como baluarte defensivo. Wade les tenía echado el ojo desde que los vio al inspeccionar desde fuera el interior de la cabaña. Así parapetado, apuntaba atisbando por los resquicios.

El humo salía por la puerta y las ventanas, arrastrado por la corriente. En el interior, la atmósfera se clareaba. Jame Bellounds permanecía inmóvil, pegado a la pared, con ojos de pasmo ante lo sangriento de la escena que se desarrollaba ante él. El hombre chiquito, de faz cetrina, yacía en el suelo retorciéndose entre espasmos de dolor. De repente las convulsiones cesaron y un temblor característico de la muerte se apoderó de todo su cuerpo. Folsom estaba de rodillas haciendo inauditos esfuerzos para no desmoronarse. Movía el revólver buscando a todos los la

dos con la mirada ávida y rencorosa. De una de sus sienes manaba abundante la sangre por un enorme boquete. Era un espectáculo espeluznante.

-¡Por fin te tengo! -gruñó con alegría salvaje al divisar a Bellounds entre la humareda. Y levantando el revólver con un supremo esfuerzo, aprovechando los últimos latidos de una vida que se le iba por instantes, apuntó a Jaime en la frente y disparó. La bala, sin embargo,

no hizo sino rozar el pelo de Bellounds, sin herirle. Tuvo, todavía, el feroz moribundo fuerza suficiente para volver a apuntar y apretar el gatillo, pero no quedaba ya ninguna cápsula en el revólver. Con un rugido de rabia e impotencia, Smith se desmoronó entonces definitivamente, quedando tendido de bruces en el suelo.

El hombre de la barba hirsuta había logrado agazaparse detrás del hogar, en posición, sin embargo, que no le permitía disparar con facilidad, porque la mano derecha, con la que sostenía el revólver, quedaba del lado de la pared y tenía que oprimirla con su mismo cuerpo para no quedar al descubierto. Wade, que permanecía echado detrás de los maderos, no dejó de aprovechar esta ventaja, atisbando y con su mano derecha apoyada en la juntura de dos de ellos. Un madero más grande que los demás protegíale la cabeza con su parte sobresaliente. Mientras aguardaba el momento propicio iba renovando, con su mano izquierda, la carga del revólver. Su antagonista, doblando y apretando el cuerpo como pudo, asomó un poco la cabeza, sacó el :brazo, apuntó y disparó. La bala fue a hundirse en el trozo de madera que protegía la cabeza de Wade. La contestación de Wade partió una fracción de segundo más tarde de lo debido, porque la bala rozó la esquina de la chimenea casi en el mismo instante en que la cara del bandido desaparecía tras las piedras. Pero en la prisa por ocultar la cabeza, el de la hirsuta barba descubrió un poco el codo y Wade aprovechó el instante para deshacérselo de un balazo.

Ni se pedía, ni se ofrecía cuartel. Era una lucha a muerte. Una de tantas escenas de sangre y tiros características del Oeste. Pasándose el revólver a la mano izquierda, el herido apoyó el cañón del arma en una hendidura entre dos piedras, apuntó al hombro que Wade dejaba un poco al descubierto y disparó. Wade se escondió lo mejor pudo. Si el de la barba hirsuta hubiese sido audaz habría aprovechado aquel instante para abalanzarse sobre Wade y matarle. Pero le faltó decisión y en vez de hacer eso disparó desde su escondrijo otro tiro, y otro, y otro. Todas las balas pasaron cerquísima de la cabeza del cazador; pero ninguna se le alojó en los sesos. Las consecuencias de esta falsa estrategia no se hicieron esperar, porque el único superviviente de la pandilla del capitán Folsom tuvo que perder un tiempo precioso para él volviendo a cargar su revólver, con las dificultades inherentes a la necesidad de permanecer aplastado contra el ángulo de la chimenea y la pared para no ofrecer blanco a su enemigo. Su jadeante respiración denotaba bien a las claras el dolor y el esfuerzo que la operación de volver a cargar el revólver le costaba.

En uno de sus movimientos descubrió un poco una rodilla y Wade al instante le alojó en ella una bala. El dolor le obligó a hacer una contracción; descubrió entonces una cadera, y Wade hizo en ella nuevo blanco. Al verse perdido, porque era evidente que con tantas heridas ya no le era posible permanecer acurrucado y oculto, con el valor que da la desesperación salió el rufián de su escondrijo con el revólver en la mano y la mirada terrible. Quería morir matando; pero no lo consiguió. Una bala de Wade, rápida y certera, le penetró en la frente y el energúmeno cayó cuan largo era entre un charco de sangre.

Durante un rato reinó el silencio como si no hubiese habido en la cabaña ni un solo ser viviente. Wade se movió un poco para inspeccionar mejor todo. Los tres cadáveres yacían en el suelo en posiciones trágicas, aterradoras. El humo comenzó de nuevo a desvanecerse buscando salida por puerta y ventanas. Momentos después la niebla que invadía la habitación era menos densa..

Wade se levantó no sin cierto esfuerzo y se acercó a Bellounds con un revólver en cada mano. Tenía la cara y las manos ensangrentadas y de su hombro izquierdo le manaba asimismo la sangre.

Benjamín no podía tener peor aspecto. A Jaime Bellounds, atónito, aterrado, debió de parecerle un embajador de la muerte.

-¡Sal de tu pasmo, gaznápiro! -le chilló Wade.

-¡Por Dios, por Dios, no me mates! -imploró Bellounds juzgándose muerto.

-¿Por qué no? Mira esos tres cadáveres, Impetuoso.

Hoy es un día de sangre para mí. Voy a meterte dos o tres balas en el vientre para verte agonizar y morir lenta mente entre dolores espantosos.

Bellounds pedía clemencia con sus palabras, con sus manos, con sus ojos, con el temblor de su cuerpo, con sus lágrimas.

-¿Qué? - le preguntó el cazador -. ¿Todavía no comprendes que he venido para matarte a ti?

-¡Sí, sí, lo comprendo; pero no me mates, Wade, no me mates! -gimió el desgraciado- ¡Es horrible morir, no me mates! Yo nunca te he hecho ningún daño a ti. ¡Déjame vivir, Wade! ¡Por Dios, por papá, por Margarita, por lo que más quieras, déjame vivir, Wade, déjame vivir!

-Yo soy Desdichas Benjamín Wade. Tú te burlabas cuando te decían quién era yo.

El terror cubría la frente de Bellounds de un sudor copioso y frío. Los ojos parecían querer salírsele de las órbitas y sus temblorosos labios no sabían ya sino repetir insistentemente una palabra

-¡Perdón, perdón, perdón...!

-Júrame que renunciarás a casarte con Margarita -ordenó Wade mostrando los revólveres con sus ensangrentadas manos.

-¡Lo juro, lo juro!-dijo Jaime Bellounds con el alma abierta a la esperanza.

-Júrame que dirás a tu padre que has cambiado de parecer, que ya no quieres casarte con Margarita, que prefieres que sea Wilson Moore quien se case con ella.

-¡Lo juro, lo juro! Pero si tú dices a mi padre que soy yo quien le ha robado el ganado, será él quien me matará.

-Ya arreglaremos eso. Yo te salvaré si renuncias a Margarita.

Jaime Bellounds no consiguió articular palabra; pero sus temblorosos labios y sus atónitos ojos expresaban de sobra todo cuanto él no acertaba a decir. La sorpresa, la alegría habían reemplazado al terror, y le tenían no menos suspenso y alelado.

-Anda, ven y ayúdame a vendar las heridas que he recibido-le dijo Wade para sacarle de su atontamiento.

XVIII

El cazador no recibió ninguna herida grave v, con la ayuda de Jaime Bellounds, llegó sin dificultad a la cabaña de Luis, en donde tuvo que permanecer algún tiempo, obligado por la pérdida de sangre. Jaime Bellounds regresó al rancho de su padre.

Al día siguiente, Wade envió a Luis con una acémila a enterrar a los muertos y recoger las prendas que dejaron en el teatro de la refriega. La noche de aquel mismo día volvió Luis a su cabaña, acompañado del juez Burley y de dos auxiliares suyos que habían hecho, por su parte, buen número de gestiones y pesquisas. Habían seguido las huellas de los caballos desde el manantial próximo a Gore Peak hasta el lugar de la sangrienta pelea. Burley se incautó de la gran cantidad de oro recogido, diciendo que los compradores de ganado reconocerían probablemente las monedas.

Aprovechando un momento en que los demás estaban a cierta distancia y no podían oírle, Burley se acercó a Wade y le dijo en tono confidencial:

-En la cabaña había contigo otro hombre además de los que quedaron muertos. Y ese hombre te ha acompañado hasta aquí después de la lucha.

-¡Tú sueñas, Joaquín! -replicó Wade.

El juez sonrió y en sus ojos brilló el interés, la curiosidad y la sorpresa.

-Me vas a hacer creer, Wade -dijo en tono indulgente y amistoso-, que no estás en tus cabales si me lo niegas.

-Joaquín, he de confesarte que mi cabeza anda algo descompuesta.

-Bueno, tú sabrás por qué te obstinas en negarlo; pero yo tengo la certeza de lo que digo; he seguido hasta aquí vuestras huellas y, además, Wade, amigo mío, has de saber que desde un principio recelo que hay gato encerrado en este asunto del robo de ganado.

-En eso no te equivocas. Ya me conoces; por algo te he rogado que aplazaras algún tiempo la vista de la causa porque espero no tardar mucho en poder ir a Kremmling a contarte una porción de cosas muy, interesantes.

-Wade, mucho espero todavía de ti, pero lo que hasta ahora has hecho es portentoso. Debe de haber sido una lucha titánica. Veintiséis cápsulas vacías he recogido, y el mestizo chiquitín, que murió con el revólver fuertemente asido, tenía el arma con una cápsula vacía y cinco por gastar. Te desembarazaste de él antes que de los otros dos, ¿verdad?

-Joaquín, estoy observando que te vas volviendo muy curioso. ¡No recuerdo nada de lo que sucedió

-¡Bueno, bueno; allá tú con tu silencio! -exclamó el juez sin insistir-. Esta noche, Wade, dormiré aquí, y mañana me detendré unos minutos en el rancho de Bellounds, antes de volver a Kremmling. ¿Qué quieres que diga de tu parte al viejo Guillermo?

Benjamín meditó unos instantes y contestó:

-Dile que los que vendían el ganado robado han pagado ya con sus vidas su delito .y que ellos eran mucho más culpables que Wilson Moore. Di esto y nada más. Sobre todo no le digas que sospechas que había otro hombre con los ladrones. A los cowboys diles que iré a verles dentro de breves días, y si por casualidad puedes dirigir dos palabras aparte a Margarita, dile que mis heridas no son graves y que todo irá bien, si Dios quiere.

-Perfectamente -dijo Burley. No añadió entonces ni una palabra más; pero miró un rato a Benjamín Wade como a un individuo admirable y superior a quien hay que respetar sin intentar siquiera comprenderle.

Las heridas se curaron pronto; pero pasó algún tiempo antes de que el cazador se encontrara con fuerzas para montar a caballo. Tenía que volver a Peñas Blancas, mas se encontraba poco dispuesto a enfrentarse de nuevo con Jaime Bellounds. La imagen de este desgraciado surgía insistentemente en su espíritu como un augurio siniestro. Una mañana, sin embargo, se levantó temprano y cabalgando despacio, con muchas paradas, llegó a la cabaña de Wilson Moore antes de ponerse el sol. Con gritos y grandes manifestaciones de alegría le recibió Moore, ayudándole a bajar del caballo con el afecto y la solicitud de un hijo, Benjamín estaba demasiado cansado para hablar, y se dejó servir y cuidar por Wilson sin la menor protesta.

-¡Ahora me toca a mí! -exclamó éste, encantado ante la perspectiva de devolver servicio por servicio.

-Gracias, Wilson; no tardaré en estar completamente repuesto -dijo Wade-. ¿Tienes noticias de Peñas Blancas?

-Sí; Manuel me las trae todas las noches.

Y en seguida Moore relató la lucha sostenida por Wade, según la versión de Burley. Contada por el juez, la hazaña adquiría caracteres épicos. El viejo Guillermo se enteró del caso con muestras de profundo disgusto. No tuvo ni un elogio para el vencedor. Contrariamente a su costumbre de celebrar todo acto de valor y entereza, la audacia de Wade parecía haberle desagradado extraordinariamente en aquella ocasión. Jaime Bellounds había regresado de Kremmling y estaba presente cuando Burley llevó a Peñas Blancas la noticia de la muerte de los ladrones. Lo que pensó de aquella noticia nadie pudo averiguarlo; los cowboys pudieron advertir tan sólo que al día siguiente se emborrachó, jugó con ellos y

perdió más dinero que deseaba perder, como si el dinero que llevaba en el bolsillo le inspirase horror. A Margarita se la había visto muy poco; pero este poco había bastado para despertar el interés y la piedad de todos los cowboys.

Wade no hizo el menor comentario a todas estas noticias. Al día siguiente, sin embargo, se levantó, al parecer bastante repuesto, y contó a Moore con todos los detalles la lucha que sostuvo con Smith y sus dos compañeros y de qué modo había llegado a aterrorizar a Jaime Bellounds, logrando, por este medio, arrancarle el juramento de renunciar a la boda con Margarita.

-No hay que esperar, de ningún modo, que el Impetuoso cumpla sus promesas -manifestó Moore-. Le conozco y sé que cuando jura piensa cumplir lo jurado; pero al día siguiente ya no se acuerda de su juramento.

-No quiero suponer tanta contumacia en él, aunque temo que tengas razón - replicó Wade - . Sé de hombres perversos que han cambiado. En todos los hombres hay un fondo de bondad. Por malo que un hombre sea, la bondad innata que hay en el fondo de su corazón puede salvarle. De las mayores depravaciones se han elevado algunos a la virtud más acendrada. Éste es el momento

que Bellounds puede aprovechar para ahondar en su corazón v salvarse. No estoy seguro de que lo haga; pero tampoco quiero perder toda esperanza.

-¡Wade, cuán grande es el desengaño que te espera! -exclamó Wilson Moore con aire de profunda convicción-. También yo, como tú, tengo fe en la bondad innata de los hombres; pero Jaime es un ser aparte en la creación, y no renunciará nunca a casarse con Margarita.

El día que Wade eligió para ir a Peñas Blancas procuraba convencerse a sí mismo de que la fiebre que le quemaba la sangre era efecto de sus heridas, mas bien que del hervor de sus ideas. Era domingo y en el rutilante azul del cielo flotaban, sueltas y graciosas, ligeras y blancas nubecillas. Las tonalidades maravillosas de las montañas ofrecían a la vista el hermoso espectáculo de sus colores. Daba gusto respirar la paz y la dulzura del aire.

Los cowboys salieron precipitadamente, con grandes muestras de alegría, al encuentro de Wade en cuanto uno de ellos anunció a voces su llegada; pero Guillermo Bellounds, que estaba a la sazón a la puerta de su rancho, metióse adentro rezongando y como enojado, así que le divisó a lo lejos. Wade fue el único que notó esta falta de cortesía. Margarita, en cambio, corrió como los cowboys a recibir al héroe con el júbilo y alborozo de quien ve llegar a la persona largo tiempo esperada.

-Papá sabe que está usted aquí, y me ha encargado le excuse... ¡Oh, Benjamín, qué dicha tan grande la de volver a verle! No parece que haya usted estado herido. ¡Qué lucha más formidable la que sostuvo usted! ¡Cuánto sufrí y temí por usted! Pero todo ha pasado, felizmente.

-Margarita, es verdaderamente una felicidad para mí volverla a ver-exclamó Wade sintiendo la profunda, la deliciosa emoción que experimentaba cada vez que se encontraba en presencia de su hija-. ¡Estoy restableciéndome muy de prisa! Mis heridas no han sido graves, pero me han hecho perder mucha sangre, y ya voy siendo viejo para estas cosas. ¿Y usted, Margarita, qué me cuenta?

-Muchas penas, Benjamín -respondió la joven bajando sus azules ojos, como una imagen del dolor- ¿Qué

puedo esperar yo, sino penas? Pero aún he de dar gracias a Dios por habérmelo devuelto a usted con vida.

-Gracias, Margarita; siempre hemos de dar gracias a Dios por algo... Le traigo a usted un encargo de Wilson ; pero quizá haría mejor en no dárselo.

-¡Oh, sí, por favor! -suplicó la muchacha.

-Pues Wilson me ha encargado le dijera que la ama cada día más y más, y que el amor que le tiene es lo único que le hace desear la vida, y que si usted se casa con Jaime podrá usted ir a llevarle una corona de flores al día siguiente a su tumba.

¡Era inexplicable el placer que Wade experimentaba en torturar así a la muchacha!

Ella tenía las mejillas sonrosadas cuando Wade comenzó a hablar, blancas cuando terminó el discurso.

-¡Es verdad, es verdad! -exclamó-. ¡Esa boda será su muerte, como será también la mía!

-¡Ánimo, Margarita, todavía faltan muchos días para el 13 de agosto! Y ahora, dígame, ¿por qué se escondió el viejo Guillermo cuando me vio llegar?

-Teme que usted le quiera contar alguna historia espeluznante relacionada con los robos de ganado. -¡Ah, ah I , todavía no, todavía no... Y Jaime, ¿cómo se porta estos días?

Antes de que la muchacha tuviera tiempo de pronunciar una palabra, Wade leyó la contestación en su rostro.

-Amigo mío, me da pena decírselo. ¡Tiene usted siempre tanta confianza en la bondad humana! ¡Está usted siempre tan dispuesto a pensar bien, en vez de pensar mal! Jaime se ha portado peor que nunca, mostrándose conmigo más brutal. Un día se emborrachó como una' sopa. Todos los días bebe, unas veces más, otras menos, pero siempre más de lo conveniente. La bebida le pone en un estado deplorable. Papá no dice nada; pero yo veo que vive temeroso de lo que va a ocurrir. Jaime quiere ahora que nos casemos inmediatamente. Su presión en este sentido comenzó el mismo día que volvió de Kremmling. Desea marcharse de Peñas Blancas. Papá lo sabe y esto le tiene triste. Claro está que yo no he consentido en anticipar la boda ni un día.

La presencia de Margarita, tan dulce y confortadora, no bastó a sostener el optimismo de Wade. Sufrieron sus ideas y sus sentimientos un cambio rápido. fue como si

todo lo hermoso que Dios ha creado en el mundo se hubiese trocado súbita e inopinadamente en negrura y fealdad, como si la luz se hubiese convertido en tinieblas.

Imaginóse estar solo en una lúgubre estancia oyendo los pasos siniestros de un tétrico mensajero que subiera pausadamente la escalera para anunciarle males y desgracias.

-¿Jaime no ha renunciado a casarse con usted, Margarita? -preguntó con el ánimo hondamente contristado el cazador.

-¡Renunciar a casarse conmigo! ¡Qué idea! ¡Nunca, nunca...! ¿Cómo ha podido usted esperar semejante cosa?

-¿No le ha ofrecido renunciar a la boda para que usted pudiera casarse con Wilson Moore? -repitió Wade, necesitando una confirmación de lo que Margarita le decía, para poder creerlo.

-¿Está usted loco? -preguntó a su vez la asombrada muchacha.

-Margarita, Jaime estaba en la cabaña jugando con los otros ladrones cuando yo los sorprendí a todos -explicó el cazador-. Recuerde que le prometí asustarle para ver si con el pavor despertaba su conciencia. La ocasión no podía ser mejor. Primero me dirigí a sus cómplices y les revelé el plan que había trazado para perderlos y hacerles caer en manos de la justicia. Su primer impulso fue saltarme al cuello, pero le faltó el valor. Entonces yo, para empezar, le perforé una oreja de un tiro. Folsom, el capitán de la pandilla, rugía como una fiera. Quería a todo trance vengarse de Jaime, matándole. Me pedía un revólver para meterle una bala en los sesos. Los otros ladrones también querían acabar con él. ¡Mala ralea! Les dije que me proponía llevarlos a todos a Kremmling para entregarlos al juez y comenzó el tiroteo. La lucha fue dura F larga. Folsom, herido de muerte, de rodillas en el suelo, blandía el revólver con el odio, más que con el horror o el miedo, en su mirada. Cuando se disipó un poco el humo y pudo divisar a Jaime, su alegría se tradujo en un estremecimiento que lanzó las gotas de sangre a gran distancia. Apuntó a Jaime en la frente; pero no le acertó y murió profiriendo una atroz blasfemia. Con él eran dos los cadáveres. De los tres ladrones

Librodot

únicamente quedaba uno que se había ido a cobijar detrás de la chimenea. Jaime tuvo que presenciar el duelo y la impresión que recibió fue enorme. Primero acerté a mi enemigo en el

brazo, luego en la rodilla, y por fin le coloqué dos balas en la cadera. Cuando terminó la lucha yo estaba cubierto de sangre y mi aspecto debía ser sumamente siniestro. Hice creer a Jaime que mi propósito era matarle. Clamó entonces por su vida, acobardado, amilanado, reducido al más deplorable estado de miedo y pavor. Daba grima verle; pero era lo que yo necesitaba para arrancarle una promesa y le hice jurar que renunciaría a la boda concertada permitiendo con tal renuncia que usted se casara con Moore.

-¡Oh, oh, Benjamín, qué horrible es todo eso! ¿Cómo ha podido usted contarme una cosa tan sangrienta? - exclamó Margarita, horrorizada.

-Necesitaba explicarle cómo logré que Jaime me prometiese renunciar a usted.

-¡Promesas! ¡Qué valen las promesas ni los juramentos para Jaime Bellounds! -fue el comentario, impregnado de amargura, de la joven-. ¡Perdió usted inútilmente el tiempo y el esfuerzo con un hombre sin fe, sin conciencia y sin entrañas!

-¡Ah, ah! -y Wade miró fijamente frente a sí, como si viera a lo lejos algo inesperado y desagradable. Después, con paso firme, ni lento, ni apresurado se dirigió hacia el pórtico del rancho y subió los peldaños.

-Escuche, Benjamín, ¿adónde va usted? -preguntó Margarita adelantándose para detenerle.

Wade ni siquiera respondió; como si se hubiera olvidado de repente hasta de su existencia, sin mirarla, sin decirle ni una palabra, puso la mano en la puerta y la abrió con decisión y energía, entrando y volviéndola a cerrar tras de sí.

Guillermo Bellounds estaba de pie, con la espalda apoyada en la gran chimenea de piedra, los brazos cruzados y la cara hosca, como en guardia contra algún invisible enemigo.

-¿Qué le trae a usted por aquí?-preguntó ásperamente, como si la sola presencia de Benjamín Wade le hiciese presentir una catástrofe.

-Muchas cosas, y ninguna agradable -fue la respuesta concisa y categórica del cazador-. Necesito hablar con usted sin que se nos interrumpa.

-Cierre usted la puerta.

Colocó Wade la barra en sus muescas y, quitándose

luego el ancho sombrero, enjugó el sudor de su frente.

-Bellounds, ¿ve usted un enemigo en mí? -fue su primera pregunta.

-Bien mirado, Wade, no hay razón alguna para ello -respondió honradamente Bellounds -. Pero presiento algo, Wade, ¿a qué negarlo? Usted en este momento me parece un embajador de la tragedia. En realidad, me lo ha parecido usted desde que me contó la horrible historia del Gunnisson.

-Bellounds, nadie puede sustraerse a los decretos del Destino, y está escrito que yo tenga que contarle a usted algún día una historia peor.

-Quizá le escuche, quizá no, amigo Wade; no se haga usted muchas ilusiones al respecto.

-¿Continúa usted en su idea de casar a Margarita con Jaime? -preguntó el cazador.

-Ella lo quiere.

-Usted sabe perfectamente que eso no es verdad. Diga más bien que Margarita está decidida a sacrificar amor, felicidad y vida para pagar la deuda de gratitud que tiene contraída con usted.

La cara del ranchero se cubrió de rojo y su mirada resplandeció con el fuego de los años de lucha e ímpetu juvenil.

-Wade, me parece que va usted demasiado lejos -arguyó-. Aprecio su buen corazón, y el interés que suele usted tomarse por los demás me predispone en su favor. Pero éste es asunto mío y usted no tiene por qué intervenir en él. Demasiado se ha entrometido ya en todo lo mío, y ha de saber que si no hubiese sido por usted, Margarita se habría casado ya con mi hijo.

-¡Ah, ah! Por eso he de agradecer a Dios que guiara mis pasos a Peñas Blancas. Bellounds, el gran error de usted consiste en creer que su hijo no es indigno de la muchacha. En cuanto a mí, debo decirle, y puede usted creerme, que tengo derecho a intervenir en este asunto.

-¡Oh, oh! Wade, cada vez me resulta usted más misterioso.

-Bien, comprendo que no puede usted ni siquiera sospechar el fundamento de mi derecho; pero nada importa eso de momento, con tal de que usted me crea. Y si me cree, me permitirá que le pregunte por qué no pone usted

en la chica parte del amor que ha puesto usted de un modo tan exagerado y ciego en su hijo.

Bellounds apretó los puños y miró a Wade con cólera y enojo, no pudiendo ver en él sino un enemigo de sus más preciadas esperanzas.

-¡Por vida de...! ¿Quién le ha permitido a usted...? -exclamó.

-Inútil indignación, Bellounds -interrumpió Wade-. Ahora hablamos de hombre a hombre. ¿Me cree usted tan loco o tan menguado, que me vaya de aquí sin decirle a usted lo que le debo decir? Hablemos como lo haría si Jaime no fuese su hijo.

-Eso es imposible - declaró el ranchero rotundamente.

-En tal caso, calle y escuche: su hijo de usted lo menos que hará será labrar la desgracia de Margarita. ¿No lo comprende?

-¡Quién sabe! Ese casamiento es mi única esperanza.

-¿No ve que será la ruina, la muerte de ella?

-Usted exagera sus temores, Wade; no se mueren tan fácilmente las mujeres.

-Algunas sí; Margarita se moriría si llegase a casarse con Jaime.

-¿Cómo, si llegase a casarse? Sepa usted que se casará.

-¡No se casará! Quíteselo usted de la cabeza.

-¿Es usted quien manda en mi casa?

-No; pero en este asunto su voluntad no puede ser soberana. Bellounds, usted está desconocido. No es usted el que era. No quiere usted que hablemos de hombre a hombre. En todo el oeste del río Colorado se le conoce a usted como el mejor de los hombres. Su nombre se cita para indicar todo lo que es noble y generoso. Pero su ceguera es tal en todo lo que se relaciona con su hijo, que tratándose de él está usted dispuesta a los mayores atropellos y a las mayores injusticias. No he venido a hacer hincapié en los defectos del chico, sino a defender la felicidad de la muchacha. Margarita no ama a Jaime. No puede amarle; pero está dispuesta a sacrificarse por usted, y yo, antes de que sea demasiado tarde, he de suplicarle que renuncie a hacerla casar con su hijo.

-Wade, por menos de lo que usted acaba de decirme he matado yo a muchos -rugió Bellounds, exasperado.

-No lo dudo -replicó el cazador con absoluta calma -; pero no ha matado usted nunca a ningún hombre como yo. Se lo digo y se lo repito, Bellounds, es incalificable lo que pretende; es egoísta, es ruin, es bajo, es cruel. ¡Abusar de la gratitud de la muchacha para obligarla a un sacrificio que le costará la vida! ¡Compréndalo, Bellounds, su obstinación será la ruina de tres vidas!

-¡Tres! -repitió el ranchero bajando la cabeza como anonadado ante el peso de palabras irrefragables.

-Sí, tres: la de Margarita, la de usted y la de Wilson Moore.

-¡Moore no tiene ya salvación posible! -fue el comentario áspero y seco del viejo Bellounds.

-¿De manera que no tiene usted ningún cariño a Margarita? -preguntó Wade con la insistencia de quien no quiere de ningún modo abandonar un partido que cree justo.

-¡Sí que la quiero! Sólo la suposición de lo contrario me irrita y enfurece.

-Bellounds, bien se ve que no es usted su verdadero padre.

Sintió el ranchero una punzada en el corazón y miró a Wade como le había mirado antes, con ira, indignación y asombro.

-¡Como si lo fuera! -protestó.

-Tendrá, usted que convenir, sin embargo - arguyó Wade con nuevo y mayor apremio -, que si ella fuese. su hija y yo fuese el padre de Jaime, jamás daría usted el consentimiento a semejante boda.

-¡Tiene usted razón! -hubo de confesar Bellounds, bien a su pesar, vencido por la fuerza del argumento y por su propia honradez.

-Entonces, Bellounds, ¿cómo puede usted esperar que yo la consienta?

-¡Cómo! -exclamó Bellounds, atónito, asombrado, creyendo no haber oído bien.

-¡Yo soy el padre de Margarita

Lo inesperado de la declaración dejó a Bellounds momentáneamente sin palabras, casi sin respiración. Fijó su inquisitiva mirada en las facciones del cazador y descubrió en ellas extraordinario parecido con las de la muchacha que él había prohijado. ¿Cómo no lo observó antes? La

semejanza era evidente, innegable; no cabía duda de que Wade había dicho la verdad.

-¡Así, pues, Dios me asista, ése era su secreto!

-¡Así!

La grandeza de la revelación le dejó sin fuerzas para mantenerse en pie y, vacilante, apoyándose con la mano en la pared, como si fuese necesaria esta precaución para no caerse, anduvo dos o tres pasos y se desmoronó en el primer sillón que acertó a alcanzar.

Wade sentóse en otro, frente a él. Su cara continuaba pareciéndose a la de Margarita, pero un tinte sombrío, una sombra siniestra la había trocado, ante todo, en el emblema de la tragedia.

-Los caminos de Dios son inescrutables -dijo-. Veinte años he pasado procurando contrarrestar la injusticia que cometí con la madre de Margarita. He ayudado a los demás, he echado sobre mis hombros sus cargas y sus trabajos, y ahora creo que si logro salvar la vida y la felicidad de Margarita, se me permitirá disfrutar de la dicha de encontrar a su madre en un mundo mejor. Reconocí a mi hija en cuanto la vi. Es el vivo retrato de su madre; tiene su sensibilidad, su voz, sus ademanes. Imposible equivocarme. Hubiera reconocido, además, a Margarita aunque hubiese sido sordo y ciego: el corazón se hubiera encargado de revelármelo. Dieciocho años han transcurrido desde el drama. Yo no era ya ningún muchacho; pero estaba locamente enamorado de Lucía. Ella me quería también con un amor que no supe apreciar sino demasiado tarde. Llegamos al Oeste desde el Misouri. Lucía había nacido en Tejas. Yo tuve siempre un espíritu andariego y jamás supe permanecer varios años seguidos en un mismo sitio. Pero se me metió en la cabeza el deseo de comprar un rancho. Mi mujer tenía algo de dinero y mi pecho estaba lleno de esperanzas. El primer año de nuestro matrimonio lo pasamos viajando por Kansas. En Dodge me detuve algún tiempo. Recordará usted que Dodge ofrecía entonces escasa seguridad. El hermano de mi mujer tenía allí un negocio. Era un joven cargado de defectos; pero mi mujer le creía poco menos que perfecto. ¡Es curioso cómo los vínculos de la sangre ciegan y enajenan! Mi cuñado tenía un amigo llamado Fol... Pero el nombre del amigo no tiene importancia. Estaban una noche los dos puestos de acuerdo para desplumar en el juego a un infeliz cuando yo me sumé a la partida y les gané cuanto dinero llevaban encima. La partida terminó a tiros, con sangre, pero sin muertos. Desde aquel día mi cuñado y su compinche fueron mis enemigos. El infeliz a quien desplumaban cuando yo intervine era un antiguo oficial del ejército rebelde, aficionado al vino, a las cartas y a las mujeres. Buena persona en el fondo, rodeó a mi mujer de atenciones durante mis frecuentes ausencias. Ella nada me dijo; pero yo lo supe y concebí una insensata y violenta pasión de celos. Margarita nació allí en ausencia mía. A mi regreso, Lucía, y la niña habían desaparecido, lo mismo que el oficial. Mi cuñado, su compañero y

otros conocidos de la misma calaña me hicieron creer que mi mujer me había engañado con el oficial y que la recién nacida no era hija mía. Me puse inmediatamente en persecución de los fugitivos y, al hallarles, maté al oficial ante los ojos horrorizados de mi mujer. Demasiado tarde descubrí, ¡ay!, la inocencia de ambos. Mi mujer me había sido siempre fiel, y si tomó el' partido de alejarse había sido atemorizada ante las insidias, ante las persecuciones, ante las pérfidas acusaciones de mis enemigos.

»Volví a Dodge para vengarme de los hombres que habían arruinado mi vida; pero no los encontré. Siguiéndoles la pista llegué hasta el Colorado. Cosa de un año después encontré a mi mujer en una caravana al norte de Denver. Le acompañaban otro hermano de ella y su padre, llegados al Oeste desde hacía algún tiempo. La disputa fue violentísima. Mi mujer no quería perdonarme, no quería reconocer el menor atenuante en mi crimen y su familia la apoyaba en sus recriminaciones. En mi exasperación, cometí la enorme injusticia de incluir a toda la familia en la misma categoría que al hermano que había sido causa de mi perdición.

»Lo que hice con ellos, Bellounds, es una historia que no contaré jamás a nadie que pueda vivir para repetirlo. Mi mujer estuvo a punto de perder la razón: tan fuerte, tan horrible fue la impresión recibida. Yo me convertí desde entonces en Desdichas Benjamín Wade. Mi mujer huyó entonces de mí, y yo la seguí por el Oeste del Colorado hasta cosa de un centenar de kilómetros de aquí, en donde la pista terminaba en medio de un gran incendio y destrucción, en el que habían perecido todos los blancos atacados por los indios. La niña quizá se escapó sin ser vista, o lo que es más verosímil, fue su madre quien acertó a salvaría escondiéndola en algún sitio en donde los hombres de usted la encontraron desfallecida entre las margaritas y flores silvestres.

Bellounds suspiró, moviendo la cabeza filosóficamente. -¡Siempre sucede lo que uno menos espera! Wade, Margarita es su hija, no cabe duda, bien lo reconozco en los rasgos de su cara. Yo la he tratado siempre como a hija propia. He hecho por ella cuanto he podido, en conciencia, y la he querido como a nadie en el mundo, después de mi hijo. ¿Me la quitará usted ahora?

-No; nunca -fue la melancólica contestación de Wade.

-¿Cómo es eso?

-Porque ella le quiere a usted. Nunca podría darme a conocer a Margarita, sin engañarla, sin ganar su cariño por medio de una mentira; porque si le descubriera la verdad y le explicara el daño que hice a su madre, no habría modo de evitar que la muchacha viera en mí un monstruo, y todo el afecto que ahora me tiene se trocaría en horror y recelo.

-¡Ah, ah, su determinación es inmutable, bien lo veo! -exclamó Bellounds.

-Sí; cambié una vez de sentimientos, y no puedo retroceder. No puedo deshacer ni borrar todo el mal que entonces hice.

-¿Cree usted que Margarita le tendría miedo si cano- cíese la verdad?

-Por lo menos es seguro que no me estimaría como me estima y aprecia ahora. Ésa es mi compensación y mi consuelo.

-¡Qué vida, Dios mío, qué vida! Wade, si de usted dependiese volver a vivirla con todo lo que usted ha amado y pasado y sufrido, ¿la aceptaría usted?

-Sí; amo la vida con todo lo que la vida trae consigo, penas y goces, esperanzas, emociones, lágrimas y dolores. No es posible separar la flor de las espinas. Creo que únicamente a nuestra edad se puede apreciar, en realidad, lo que es la vida.

-Pienso como usted, Wade, y aceptaré lo que venga, lluvia o sol; pero ni sus palabras, ni todas las desgracias que usted me anuncia, lograrán cambiar mis propósitos respecto a Jaime y Margarita. No lo piense, ni lo sueñe.

Si Margarita sigue siendo mi hija adoptiva se casará con mi hijo. En esto no hay quien me cambie.

Librodot

-Bellounds, ¿quiere usted uno o dos días para reflexionar? -imploró Wade, resistiéndose a perder toda esperanza.

-¿Para qué? Lo mismo pensaré después de ese plazo que ahora.

-¿No le hará cambiar de idea ni siquiera la seguridad de que lo perderá usted todo, su hija adoptiva, la esperanza de que él se reforme, la felicidad y la vida de ella, todo, en fin, cuanto pueda interesar a usted de una manera vital y positiva?

-He de confesarle que no penetro bien su pensamiento, Wade. Comprendo y adivino que algo piensa usted, que algo se calla; pero no acierto a conjeturar adónde se dirige, qué quiere decir con sus reticencias.

Despacio, como si el peso de la fatalidad y las circunstancias le agobiaran, se puso en pie el cazador y dijo:

-Cuando llegue el momento de contárselo todo, volveré... Pero antes de irme, una vez más, Bellounds, prefiera usted la generosidad al egoísmo; la perseverancia en la buena acción que usted comenzó al recoger a Margarita, a los afectos de la sangre. Renuncie usted, créame, a ese casamiento para que Margarita pueda contraer matrimonio con el hombre a quien ama.

,..-¿Con ese ladrón amigo de usted, llamado Wilson Moore?

-Con mi amigo Wilson Moore, sí, un hombre, créame usted, Bellounds, mucho mejor de lo que usted y yo nunca hemos sido.

-¡Jamás! -rugió el ranchero con la cara abotagada y los ojos inyectados.

Era inútil insistir. Wade, juzgándolo todo perdido, bajó la cabeza y abandonó la estancia con pasos vacilantes. Lentamente, deteniéndose a trechos, hizo el cazador su camino de regreso a la cabaña de Wilson Moore. Al verle, el joven cowboy se precipitó a recibirle con una exclamación expresiva de la impaciencia con que le había estado esperando.

-¡Oh Wade! ¿Vienes á decirme tal vez que Margarita ha muerto? -preguntó alarmado al advertir la profunda consternación retratada en el semblante de su amigo.

-No; Margarita vive y su salud es buena.

-Entonces, ¿qué ocurre para que llegues tan pálido, tan demudado?

-Nada todavía; pero en mi cabeza bulle y se agita algo. Moore, ¿quieres hacerme el favor de dejarme solo? Al atardecer, Wade fue a buscar el retiro que le ofrecía en la ladera de la colina el bosquecillo de álamos. A la hora del crepúsculo, el cielo comenzó a cubrirse de estrellas claras y rutilantes. La bóveda azul se llenó de tinieblas. Un átomo ante la inmensidad. Wade perdió la noción del tiempo. Las horas transcurrieron para él como minutos. Oyó el zumbido de los insectos, el murmullo del agua, el rumor del viento. Un lobo profanó la majestad de la noche con sus aullidos. Las aves nocturnas dejaban oír de vez en cuando sus lúgubres chillidos o turbaban la quietud del ambiente con el golpeteo de sus alas. Pero todos estos ruidos sólo servían para acentuar y hacer más sensibles el silencio y la soledad de la noche.

Wade no saboreaba la delicia de sentirse perdido en un país salvaje, como otras veces. Elevó sus ojos a la misteriosa inmensidad del cielo, y el cielo, con sus infinitas estrellas, nada le dijo. Todo cuanto había servido para confortarle en sus días de prueba y sufrimiento carecía en aquella ocasión de fuerza para conmoverle. La oscura y enorme cumbre que se elevaba fantástica y majestuosa ante él, hasta el cielo, no le inspiraba ya sentimientos de admiración entusiasta. La Naturaleza toda, en su indiferencia, parecía burlarse de él. La lucha, en aquella ocasión, había de entablarse con el ser más perfecto de la creación: el hombre.

En el interior de Benjamín, el descorazonamiento y el idealismo sostenían ruda batalla. Muchas veces había pasado el cazador por semejantes crisis del espíritu; pero nunca había desfallecido como entonces. Su inteligencia, sin embargo, decíale que no era todo falso y sombrío en la tierra. La abnegación de Margarita y la nobleza de carácter de Wilson Moore no eran ilusiones, sino realidades de un valor inapreciable. Ella y él eran de lo mejor que

produce la especie humana. Y se amaban. Representaban la esperanza y la juventud, el progreso, la preparación de una raza mejor. Wade creía en el progreso de la humanidad, en el mejoramiento de los hombres, en la superioridad de las razas futuras. Todo lo que había de noble y digno en aquéllos dos jóvenes habría de perderse, sin embargo, por el capricho inadmisible de un viejo egoísta, ciegamente enamorado de su hijo. Un conflicto tan antiguo como la vida. ¿De qué serviría el alto sentido de los deberes de gratitud de Margarita, y la nobleza de corazón de Wilson, de qué las muchas victorias que una y otro habían obtenido sobre el egoísmo natural de su amor? ¿De qué servirían sus propios buenos oficios, la ayuda espiritual que tanto había prodigado, su invencible fe en las fuerzas misteriosas que realizan el bien en la Tierra? Todo aquello había de ser conculcado y destruído por el egoísmo atroz y obstinado del viejo Bellounds y la depravación y maldad de su hijo. Wade no podía creer en la existencia de un dios que abandonara a los buenos; su esperanza, sin embargo, comenzaba a desmoronarse. Era inútil pensar en la posibilidad de ayudar a Jaime Bellounds a vencer sus malos instintos. Imposible era asimismo inspirar al viejo ranchero el desistimiento de sus proyectos egoístas. No podía hacer comprender a Moore la felicidad de la esperanza invencible y del sacrificio y la virtud sin límites. Tampoco podía salvar a Margarita con sus ideales.

Al cerrar la noche, Wade continuaba arrastrando sus congojas bajo las hojas temblorosas de los álamos. Los insectos, los búhos, los lobos, callaron. Las sombras de los árboles se fundieron con la negrura del ambiente. En el cielo, remotísimas, brillaban pálidas e indiferentes las estrellas, como minúsculas rendijas de las regiones infinitas del misterio.

En aquellas horas nocturnas, algo murió en el interior de Wade; pero su idealismo, inexplicable e invencible, sostenía su ánimo haciéndole comprender la justificación de todas las cosas en el lejano futuro.

La luz de la aurora apuntó por el oriente disipando las tinieblas nocturnas y proyectando sobre los valles y colinas su pálido rosicler. A tal hora todo parecía creación de la fantasía. Y después de la noche en vela, ante la inmensidad de un pálido mundo que hubiera podido confundirse con un producto de la imaginación, Wade sintió dentro de sí, más que nunca, el tenaz augurio de lo que aún no había sucedido. De nuevo surgía en su espíritu la imagen del hombre a quien tenía que explicar la historia trágica de su vida. ¡Cruel e irrefragable destino! Era su pasado que gravitaba y mandaba, su crimen, su remordimiento, su agonía, su incesante angustia. ¡Cuán providenciales habían sido sus pasos! La Providencia divina le guió, por inextricables y misteriosos caminos, a la casa' de su hija.

Marchaba Wade por entre los álamos con la cabeza inclinada, como un hombre materialmente cargado con un peso agobiador. Los hombros caídos, el pecho hundido, todos sus músculos en tensión. Su sangre circulaba lentamente, el corazón le latía sin fuerza, le zumbaban los oídos. El frío invadía insidiosamente sus venas, la medula se le helaba en los huesos; llevaba 1_a muerte en el alma. El gigante que acababa de trocar su negra envoltura por sus galas de tenue rosicler aparecía en su majestuosa desnudez imponente y terrible, diciendo a Wade cosas pavorosas. ¡Benjamín Wade, colmo de infortunio, que no pudo hallar nunca la paz sobre la tierra, cuya presencia llevó siempre la intranquilidad y la zozobra a cuantas personas tuvieron que tratar con él, cuyo paso quedó siempre señalado con rastros de sangre! Por donde estuvo provocó catástrofes. ¡Siempre lo mismo! Era el heraldo de la desgracia. Se había pasado la vida aconsejando y practicando el bien, amando todo lo noble y magnánimo, y odiando la injusticia, buscando siempre a quien poder ayudar; todo para no dejar nunca de ser el dolor, el castigo, la desdicha de las mismas personas a quienes él hubiera querido servir. ¡Suerte miserable la suya! El pasado gravitando siempre sobre su vida; implacable v siniestro. Los rostros de las personas que había matado danzaban a su alrededor con gestos macabros, acusándole y maldiciéndole. La procesión de espectros desfilaba continuamente ante él, silenciosa y lúgubre. Todo presagiando, todo anunciando,

Librodot

todo preparando la catástrofe. Era un despojo violentamente zarandeado y sacudido, no por el agua ni el' viento, sino por las corrientes impetuosas de la vida.

A través de las praderas bellamente iluminadas por la luz mañanera, Wade dirigió sus pasos hacia Peñas Blancas. El Destino mandaba. Las horas temidas acercábanse. Le aguardaban los sucesos trágicos. Como un preludio de lo que iba a acontecer, vio a Jaime Bellounds en su paseo matinal acostumbrado, galopando sin compasión para el caballo.

Margarita salió al encuentro del cazador, con la misma expresión de pavor y tragedia que él le había visto con la imaginación la noche anterior.

-¡Amigo Wade, necesitaba verle! ¡Oh, no puedo soportar más! -fueron sus palabras.

Las manos que temblorosamente había levantado para recibirlo tenían marcas moradas. Wade la llevó con cariño a la sombra de unos sauces.

-¡Oh, Benjamín! ¡Me ha pegado como a una bestia! -suspiró.

-Margarita, no necesita usted decirme más -repuso Wade dulcemente-. Vaya usted a contárselo a Wilson.

-¡Oh, pero yo necesito explicárselo primero a usted! ¡No puedo más, no puedo más! Me pegó, me lastimó, trató de atropellarme, y cuando papá acudió a mis voces de auxilio, mintió descaradamente, diciendo que no quiso hacerme daño, que únicamente me cogió por un brazo y me había sacudido, irritado por mi indiferencia. ¡Y papá le creyó! ¡Desdichada de mí, Wade!, Jaime volverá a perseguirme

-Margarita, vaya usted a contar el caso a Wilson -repitió el cazador.

-Deseo verle, necesito verle; pero, ¡oh Wade!, tengo miedo... ¿No será peor que él sepa...?

-No tema; vaya a verle.

Movida por una fuerza superior a su voluntad, Margarita se puso en marcha.

- ¡Margarita!

El nombre sonó estridente y trágico. Asustada y sobrecogida por lo angustioso del grito, la muchacha detuvo sus pasos y volvió la cabeza; pero Wade había desaparecido. Los sauces, bruscamente sacudidos, testificaban la celeridad del cazador.

El viejo Bellounds pegó sus fornidos hombros a la pared como quien se parapeta contra los ataques de 1a adversidad.

-¡Oh, oh! -exclamó al ver al cazador-. ¿Otra vez aquí? Bueno, desembuche lo que sea y pongamos fin de una vez a su intromisión en mis asuntos.

-¡Ahora mismo, cuando su hijo ha pegado a Margarita, pretendía ultrajarla! -dijo Benjamín Wade sin preámbulos.

-¡Oh, no! -protestó el ranchero-. La muchacha

estuvo algo insolente con él y mi hijo, dejándose llevar un poco de su genio, la cogió de un brazo, sacudiéndola para asustarla. Margarita está demasiado mimada; no crea usted...

La mano descarnada de Wade parecía un símbolo de la trágica verdad, y un presagio, cuando el cazador la adelantó para interrumpir al ranchero.

-Bellounds -le dijo-, es inútil querer incubar un huevo podrido. Su hijo de usted es malo, francamente malo; sin el menor fondo de bondad. Hubo un momento que pareció haber cambiado, convenció a todos, él mismo llegó a revestirse de buenos propósitos, pero al primer soplo volaron. Margarita estaba dispuesta a sacrificarse por usted, por gratitud' y por cariño. El bueno de Wilson Moore, por amor a Margarita, estaba dispuesto también a sacrificar su honor, antes que permitir que usted conociese la verdad. Pero a mí me llaman Desdichas Benjamín Wade, y yo voy a revelarle a usted esa verdad amarga.

Los huesos de Bellounds crujieron, como si sus músculos se hubieran puesto en extrema tensión para preparar el salto. Las manos se adelantaron como para repeler una agresión largo tiempo temida. Los ojos miraron azorados. Pero dominando el terror, y por encima de todo sentimiento, la cólera y el enojo dieron al semblante del viejo ranchero un aspecto terrible.

-Yo le diré a usted hoy la verdad, Bellounds -prosiguió inconmovible el fatídico anunciador de males-. Yo espié a su hijo y le vi jugar y beber. Yo descubrí las huellas que él dejó en el barro, para hacer pasar a Wilson Moore por ladrón. ¡Hábil y perversa coartada! Burley sospecha que hay gato encerrado en el asunto. Wilson Moore conoce la verdad; pero calló por amor a Margarita y en obsequio a usted. Estaba dispuesto a dejarse condenar sin protesta, sólo por evitarle a ella el dolor de la tragedia que temía... Pero yo soy Desdichas Benjamín Wade, y voy a hablar. Bellounds, su hijo estaba en la cabaña jugando con los ladrones cuando yo los maté. Le ofrecí guardar el secreto si él renunciaba a Margarita. Su hijo juró entonces renunciar. Mas ha faltado a su juramento, ¡y de qué modo! No le basta con querer anticipar la boda, pretende atropellar a la pobrecita, la maltrata, le hace daño... ¡El Impetuoso, siempre el Impetuoso! Es la espina que usted tiene clavada en el corazón. ¡Él es quien le robó a usted el ganado! ¡Sépalo, Bellounds, su hijo, su idolatrado hijo, es un ladrón de 1a peor estofa, y no se casará con Margarita.

XIX

Cuando Jaime Bellounds llegó a galope tendido al sendero del valle, su caballo estaba cubierto de espuma y de sudor. Las rodajas de sus espuelas vaqueras estaban trabadas por una pelota de pelo y de sangre. El caballo no había sido nunca para él' un ser merecedor de mejores tratos.

En las cercanías del cruce del sendero con el arroyo había algunos grupos de sauces diseminados por la inmensa y verde llanura. De entre los sauces salió súbitamente un hombre y asió al caballo de la brida. El animal, asustado, quiso encabritarse y huir; pero una mano de hierro le retuvo.

-¡Abajo, Impetuoso! -ordenó el hombre. Bellounds, al reconocer a Wade, dio un salto en la silla. No estaba borracho, aun cuando la rubicundez de sus mejillas indicaban que había hecho uso reciente del alcohol. Aquellos colores, sin embargo, pronto desaparecieron.

-¿Qué hay? ¿Qué me quieres? -musitó con el corazón paralizado por el pavor.

Wade le sujetó con fuerza, fijando en él su amenazadora mirada. En los ojos del jinete, medio salidos de sus órbitas, el miedo brillaba en repulsivo consorcio con la cólera y la arrogancia.

-¡Baja! -repitió Wade-. Hemos de hablar.

La voz de Wade, fría, segura, imperativa, irresistible, tuvo que recordar, forzosamente, al joven Bellounds la escena terrorífica de la última vez que la había oído.

-No; nada quiero saber -declaró Bellounds con rudeza y una insolencia impropias del miedo que le había sobrecogido-. Wade, abusaste de las ventajas el día que arrancaste de mí un juramento que no te presté de grado. Aquel juramento no me obliga a nada. ¡ No quiero cumplirlo! En cuanto a los tratos con los bandoleros, ya he pensado en lo que he de decir para explicarlos. Cuéntale tú lo tuyo a mi padre, yo le contaré lo mío, y él me creerá a mí. Me extraña que no hayas hablado todavía. Alguna razón tendrás para callar. Sospecho que callas y seguirás callando en obsequio a Margarita, y por lo tanto nada temo. Apostaría que...

Se había ido excitando a medida que hablaba y no se sabe hasta qué extremos de desfachatez y osadía habría llegado si Wade no le hubiese interrumpido.

-¿Quieres bajar? -le dijo imperioso y terminante.

-¡No; apártate! -gruñó torpemente el irritado joven. Con rápido y preciso movimiento le asió por una pierna

v tirando de ella con extraordinaria fuerza dio con el cuerpo del rebelde en tierra. El caballo, espantado, partió al galope así que se vio libre de la mano que lo retenía. Jaime Bellounds se incorporó un poco, apoyándose sobre un codo, pálido de rabia.

-¡Levántate! -le ordenó Wade dándole un puntapié. La rabia predominó un instante sobre la sorpresa y el miedo, y con ademán descompuesto y amenazadora mirada echó precipitadamente mano a su revólver.

-¡Adelante, Impetuoso, adelante, no te detengas, dispara pronto. Así ahorraremos palabras.

En la inteligencia de Jaime Bellounds, hasta entonces atenazada y obnubilada por el miedo, surgió un rayo de luz. Las intenciones de Wade no eran ya para él un secreto y su rostro pasó de la palidez a la completa blancura.

-¡Quieres que haya lucha! -exclamó temblando y sin fuerzas para hacer el menor movimiento-. ¡Estás loco, Wade, luchar yo contigo! ¿Qué probabilidades tendría de vencer? Tú, tan diestro en las armas, y yo...! ¡Oh, no, Wade, no! ¡Déjame marchar, no me asesines!

-Te dejaré tirar primero - ofreció Wade con su voz fría e impasible.

-¡Bah, me engañas! No pretendes sino que encuentren mi cadáver con el revólver en la mano y algunas cápsulas vacías, para que no puedan tildarte de asesino. Pero lo que quieres es asesinarme.

-No, Bellounds, te equivocas; quiero que te defiendas, quiero matarte luchando. Ya me viste con los bandoleros; uno de ellos, Smith, era un antiguo enemigo mío, y sin embargo, ya lo viste, le dejé tirar primero. ¡Y era enemigo

de más cuidado que tú! ¡Saca el revólver y tira! No perdamos más tiempo.

Abiertos y pasmados, los ojos de Jaime Bellounds miraban sin ver. El aire le faltaba. Llegó a sacar su revólver de la funda; pero le faltaron las fuerzas y el valor para dispararlo. Temblaba de tal modo que el arma parecía que iba a deslizársele de entre los dedos.

-¿No hay sangre, eh? ¿No hay nervio? Impetuoso, si ha llegado tu última hora, si has de morir irremisiblemente, ¿por qué no intentas rehabilitar un poco tu vida, en estos últimos instantes, con algo que te dignifique? Sé, al menos, un hombre, ahora que la muerte te espera; haz un acto de valor, muere luchando. Que no pueda decirse que has muerto llorando y temblando como un cobarde, sino defendiéndote como un hombre. ¡Anda, vamos ya, dispara!

-¡ No hay lucha posible contigo! -gimió-. Ya tienes tu mano en el revólver y es inútil intentar defenderse.

-Yo te haré luchar, aunque no quieras -declaró Wade en el tono de las cosas incontrovertibles-. ¿No te da vergüenza morir así? ¿No te bastan tus crímenes? ¿Quieres poner ahora en tu vida el estigma, el baldón de la cobardía? No, Impetuoso Jaime; quiero ofrecerte la ocasión de morir defendiéndote como un hombre. Te daré las ventajas que sean necesarias para que la lucha no sea demasiado desigual. Una vez más, Impetuoso Jaime: ¿quieres luchar conmigo?

-¡No, no quiero luchar, quiero irme! -confesó Bellounds iniciando la huída.

-¡Alto! -ordenó Wade sacando el revólver de la funda-. Si intentas huir te romperé una pierna de un balazo y luego te machacaré la cabeza con una piedra. ¿Tan idiota eres que te figuras que podrás escapar de mí? ¡Impetuoso, es inútil cuanto hagas, ha sonada tu última hora!

-¡Dios mío! -exclamó el infortunado en el paroxismo del terror.

-No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Ninguna esperanza te queda ya, Impetuoso. Lo único que puedes hacer todavía es dignificar un poco tu vida en estos últimos instantes luchando. ¡ Hazlo!

-¿Por qué quieres matarme, Wade? Nunca te hice ningún mal. ¡Déjame vivir!

-¡Margarita es mi hija! -declaró el cazador.

-¡Oh! -fue la exclamación sorda, ronca, prolongada, que la sorpresa arrancó del pecho de Bellounds.

-Margarita ama a Wilson Moore, un hombre tan noble y generoso como tú villano y cobarde.

Una lividez mortal cubrió el rostro de Jaime Bellounds.

-¡Ah, ah! -fue la exclamación sarcástica de Wade-. Parece que por fin te animas. El odio brilla en tu mirada. Tus ojos son los de una bestia ruin y envidiosa, y, cuando me llegue el turno, te meteré una bala en cada uno de ellos.

-¡Mátame, mátame! -rugió loco de rabia y celos, desesperado-. Pero que Margarita no sea nunca del odioso Wilson.

-¡Se casará con él! -aseveró triunfalmente Wade-. En estos mismos instantes Margarita está en sus brazos, contándole cómo intentaste ultrajarla.

Bellounds no sabía qué tortura le hacía sufrir más, si los sentimientos de terror que la proximidad de la muerte le inspiraba, o los celos, el despecho que sentía al pensar que su odioso rival había triunfado.

-¿Piensas, necio, que hubieras podido lograr sus besos - le dijo Wade -, como Wilson los está recibiendo ahora? ¡Estúpido, mentecato! Margarita nunca te ha tenido el menor afecto, y actualmente te odia.

-¡Tú eres el causante de su odio! -vociferó Bellounds mascullando espuma.

-¡A mucha honra! -ratificó el cazador, radiante de gozo-. Y has de saber que hace sólo unos minutos la oía con placer desatarse en injurias e insultos contra ti. No quería llamarte perro, dijo, por no agraviar a los animales. i Sí, sí, te odia, y en este momento, no lo dudes, Impetuoso Jaime, está con la cabeza apoyada en el pecho de tu afortunado rival, rogándole que fa defienda y que la libre de ti!

La blasfemia que Jaime profirió no es para escribirla.

-¡Tira y no blasfemes, impío! -insistió Wade, imperturbable-. ¿Te has olvidado de que tienes el revólver en la mano? Tira pronto, si no quieres que te diga... Porque ya estoy puesto a hablar y quiero que sepas...

-¡Calla, calla! -interrumpió Jaime Bellounds., frenético y loco. Por sus venas corría fuego; pero el terror era tan grande, que todavía permanecía clavado en el sitio, incapaz de hacer el menor movimiento. El revólver parecía pesar una tonelada y le era imposible levantarlo.

-¡No callaré, no! -continuó Wade-. Quiero que sepas que tu padre ya está enterado de lo que eres. ¡Yo, yo mismo le he dicho que te había espiado y le he explicado la infame coartada que preparaste para hacer pasar al honrado Wilson Moore como autor de los robos realizados por ti! Impetuoso Jaime, por fin tú mismo te has perdido, al querer perder a los otros. He visto a muchos hombres furiosos en la vida; pero nunca vi la furia, la cólera, la indignación, la confusión, la vergüenza y la rabia de tu padre, cuando yo le descubrí lo que eras. Tú has sido su desgracia, su deshonor, la espina que el pobre anciano lleva clavada en su corazón. Tan indignado, tan furioso, tan enojado está contigo, que si yo no te matara hoy, ahora mismo, te mataría él en cuanto te encontrase.

-Mi padre nunca me. haría el menor daño -balbució.

-¡Desdichado! Tu padre quiere matarte: ¡tan cierto como que no podrá hacerlo porque yo me anticiparé -le aseguró Wade con el tono inconcluso de una verdad indubitable-. No te matará porque yo le evitaré la ocasión de mancharse las manos con tu sangre. Hoy morirás a mis manos,

-¡Antes te mataré yo a ti, miserable! -aulló el energúmeno.

Pero aquel grito no era efecto de uno de los impulsos que 1e determinaban siempre a la acción, sino un mero grito de rabia, de odio, y el miedo continuaba impidiéndole todo movimiento. En vano procuraba levantar el revólver.

-Me harás un gran servicio, Impetuoso Jaime, si intentas matarme - le replicó con acerada mordacidad el hombre que había surgido en el camino de su vida para castigarle- Pero te veo demasiado vacilante y lento. ¿Qué esperas, qué aguardas para empezar? ¿Todavía necesitas

más para decidirte? Pues oye: Impetuoso, hay muchos muertos que a estas horas me están llamando desde el otro mundo. Ellos son los que me ordenan que no te mate a sangre fría. Una vez en mi vida maté a un hombre sin lucha, a un hombre que se negó en absoluto a pelear conmigo, y aquel hombre resultó luego ser inocente. Te voy a contar la historia. Espero que me la dejarás acabar, sin hacer fuego sobre mí, aunque tienes una pistola en la mano.

-¡ No, no; no quiero escucharla!

-Tal vez no sea necesario -repuso Wade bajando la cabeza y reflexionando. De pronto, cambiando bruscamente de táctica-: Impetuoso Jaime -le dijo-, he contado a Margarita que estuviste tres años en la cárcel.

Imposible imaginar otro golpe capaz de producir en Bellounds mayor sorpresa y tortura. ¡ Wade había revelado el secreto de la infamante pena que le infligió su padre! ¡El castigo que, en vez de corregirle, había sido su perdición! El miedo desapareció ante la ira, ante la cólera extremada. Sus ojos miraron torvos y amenazadores. Su mano tuvo fuerza para levantar el revólver...

-¿Qué, nos decidimos, por fin? - preguntó triunfante Benjamín Wade.

Margarita y Wilson estaban mientras tanto sentados en un tronco muerto, en el bosquecillo de álamos cercano a Sage Valley. Tan grave, tan extraordinario era lo que habían hablado, que ambos quedaron un rato suspensos y en silencio, él con la cabeza apoyada en las manos, absorto en sus pensamientos, y ella con los ojos fijos, inmóviles, mirando al vacío, como alelada.

-¿Has oído, Wilson? - preguntó de pronto.

-No - contestó él saliendo de su ensimismamiento.

-Ha sonado un tiro - explicó Margarita, nerviosa. En aquel mismo instante se oyeron otras dos detonaciones claras, inconfundibles. No cabía duda, alguien se estaba matando por aquellas cercanías.

-¿Has oído, has oído ahora? -repitió ella, temblando de susto y emoción.

-Sí, Margarita; ahora sí, no cabe duda, han sido dos tiros - murmuró él, más pálido que la cera.

-Wilson -explicó ella con voz entrecortada-, hace un momento, cuando me separé de Wade para venir a encontrarte, vi a Jaime galopando en la dirección de donde ahora han salido las detonaciones.

-Margarita, esos tiros los ha disparado Wade; conozco perfectamente el ruido de su revólver. ¿Estás segura de haber oído antes otro disparo?

-Sí, estoy segurísima. ¡Oh, algo horrible debe de haber sucedido! El primer tiro no ha sonado tan fuertemente como los otros dos.

-¡Cielo santo! -exclamó Moore mirando estupefacto a Margarita-. ¡Quizás era eso lo que llevaba él en la cabeza, lo que él pensaba cuando se negaba a revelar su secreto y cuando su actitud y sus palabras me parecían extrañas y misteriosas! ¿Cómo no acerté a comprenderlo, cómo no supe adivinarlo?

-¿Qué quieres decir, Wilson? ¿Qué temes? ¡Explícate! Me asustan tus palabras - dijo Margarita, acompañando sus preguntas con una mirada de ansiosa curiosidad.

Moore no se detuvo a contestar. Para un cojo fue verdaderamente notable la agilidad con que alcanzó su caballo y montó en él.

-Margarita -dijo a la muchacha-, voy corriendo a ver lo que ha sucedido. Temo que haya sido algo verdaderamente horrible. ¡Torpe de mí que no supe leer a tiempo lo que Wade llevaba dentro de su cabeza! Olvidé que era hombre de trágico sino. Si ha ocurrido alguna desgracia, volveré en seguida a comunicártelo.

E inmediatamente partió a galope.

Margarita no tenía allí el caballo y tuvo que emprender el camino de su casa a pie. Marchaba lentamente, como si sus piernas le pesaran. Estaba segura de que algo muy sangriento había acontecido. El corazón le latía sin fuerza, su respiración era fatigosa, su cerebro era un torbellino de ideas. Recordaba la cara de Wade. ¡Cuán ciega había tenido que estar para no haber leído en aquel rostro lo que iba a suceder! A pesar de caminar tan des

patio, el cansancio se iba apoderando de ella. Parecía que el paraje que atravesaba le era extraño, que el frío y las sombras envolvían sus pasos. Moore no volvía. Margarita vi ó primero a su caballo, paciendo tranquilamente la fresca hierba, frente al primer grupo de sauces. Reconoció luego, entre otros caballos más, el de Manuel Billings. Y por fin, la muchacha estuvo apunto de caer al suelo desmayada cuando vio, con la brida caída y sin jinete, al que momentos antes montaba Jaime. Si alguna esperanza había podido abrigar hasta entonces, se había desvanecido. Le llegaron las azoradas voces de varios hombres. Uno de ellos corría; Margarita pudo oír perfectamente sus pisadas. No tardó en ver a Manuel Billings saliendo de entre los sauces y dirigiéndose hacia ella a toda prisa. A ella, sin embargo, le parecía que marchaba despacio, tan impaciente estaba por oírle e interrogarle.

-Señorita Margarita, ha sido una lucha horrible - exclamó Manuel, jadeante.

Margarita trató de leer en la cara del mensajero todos los detalles del' drama, pero sus ojos se nublaron. -¡Cuénteme, cuénteme! - suplicó con horror. -Señorita Margarita - dijo el cowboy sosteniéndola suave y tierno en medio de su rusticidad -, permítame que la acompañe primero a casa.

-¡No, no! Dígame primero lo que ha ocurrido - suplicó enajenada -. No puedo soportar la incertidumbre; las fuerzas me abandonan. ¡Necesito saber inmediatamente lo que ha pasado!

-¡Quién hubiera podido pensar que Peñas Blancas había de ser teatro de un drama semejante! - repuso Manuel, profundamente emocionado-. Señorita Margarita, me figuro su dolor; pero al fin tendrá que saberlo. Los dos han quedado muertos. Cuando nosotros llegamos, Wade vivía aún, pero acaba de expirar con la cabeza apoyada en el pecho de Wilson. Jaime debió morir instantáneamente, porque Wade le metió dos balas en la cabeza, una en cada ojo. Wade tiene el pecho atravesado por un balazo.

Eran las últimas :horas de la tarde, y Margarita estaba entregada a sus propios pensamientos en su habitación, cuando el silencio de la estancia se vio turbado, primero por unos pasos, y después por unos golpes en la puerta.

-¿Papá? - preguntó la :muchacha apresurándose a abrir.

-Bueno, muchacha -le dijo Bellounds-, te encuentro menos decaída de lo que me figuraba.

-¡Oh, sí, :papá! Pasada la primera impresión, he podido reaccionar algo, y ahora me encuentro mucho mejor. Bellounds no era el mismo hombre. En su cara, la extremada violencia del gran golpe, las horas de angustia y dolor habían impreso una palidez cadavérica. Pero no en vano Bellounds era el hombre de las grandes luchas de los :primeros años de colonización; su energía inagotable, su entereza, no le habían fallado nunca, y el hombre había recuperado su antiguo temple, pocas horas después de recibida su más amarga y dolorosa lección.

-¿Te sientes con fuerza, hija, para soportar otro rudo golpe, de tal modo que desde mañana podamos empezar

una nueva vida? Creo que será mejor terminarlo así todo de una vez.

La voz de Bellounds sonaba en los oídos de Margarita con el mismo afecto, con la misma amable serenidad de los años que precedieron a los sucesos de los últimos meses.

-Sí, papá - contestó la muchacha, con admirable valor.

-Sígueme, pues. Quiero que oigas lo que he de decirte, delante del cadáver de Wade.

Entraron ambos en el rancho y pasaron a la pieza en donde Bellounds había hecho colocar en un sencillo y modesto túmulo los dos cadáveres, uno al lado del otro, cubiertos con mantas.

Mucho deseaba Margarita ver a Wade antes de que se le diera piadosa sepultura; pero no podía menos de temer la terrible prueba.

Gran valor necesitó para descorrer la manta que cubría el cadáver del heroico cazador. Un estremecimiento que llegó hasta los entresijos más ocultos de su corazón sacudió el cuerpo de la muchacha. Allí estaba la muerte pálida y fría. La expresión del cadáver no era de paz, ni de alegría, sino de esperanza. La esperanza fue lo último que murió en Benjamín Wade.

-Escucha, Margarita - le dijo el ranchero con voz grave en presencia del cadáver-. Cuando un hombre ha muerto aparece ante nuestros ojos con perfecta claridad lo que ese hombre ha sido. Wade era el hombre mejor que he conocido en mi vida. Tenía una idea fija que le torturaba, un convencimiento que le amargaba la vida. Creía que todos sus pasos iban encaminados a desencadenar tormentas y provocar males. Se figuraba que la desgracia le precedía y le seguía. En esto, sin embargo, se equivocaba. Sus propias penas le hacían interesarse por el sufrimiento de los demás. Era tan grande y admirable en su inquebrantable fe y esperanza, en la realización del bien en la tierra, como en su intransigencia con todo lo malo. Nunca vi un hombre que se le pareciera. Te quería, Margarita, muchísimo más de lo que te imaginas. Más que Jaime, Wilson y yo juntos. Ya sabes lo que la Biblia dice del que da su vida por su amigo; pues bien, Wade era mi amigo y el amigo de Jaime, aunque nosotros no lo supiéramos comprender. Era, sobre todo, un amigo de

Wilson Moore. Para ti ha sido lo que no puede expresarse con palabras. Todos sabemos qué juego de niños hubiera sido para Wade matar a Jaime sin recibir él el menor daño, si hubiese querido. Prefirió matarle obligándole a defenderse, a luchar como un hombre. De qué medio se valió para conseguirlo. Dios solo lo sabe. Lo cierto es que con su admirable sacrificio nos ha salvado a todos. A mi hijo, de la vida de maldad y perdición a que estaba abocado; a mí, del parricidio; a Wilson, del deshonor y la miseria; y a ti, de la desdicha y de la muerte. Hubiera podido separarte de mí y de Jaime, y no quiso hacerlo. Bastábale con decirte su secreto; mas prefirió no revelártelo, porque vio que me querías lo mismo que si hubieses sido mi propia hija. Pero, muchacha, has de saber que él era tu padre.

Oír esto y caer Margarita de rodillas, deshecha en llanto, junto al cadáver del hombre que, habiéndole dado el ser, había dado luego la vida por ella, fue una sola y misma cosa. Bellounds salió suavemente de la estancia y cerró la puerta tras de sí.

XX

Pródigo y rico en colores fue el mes de octubre aquel año. Las heladas se hicieron esperar más que de costumbre y las hojas de los árboles conservaban su frescura. Un día, como por arte mágico, amaneció la Naturaleza con algunas manchas doradas diseminadas por el verde; a los pocos días, los tonos ocres predominaban, y los motes cubiertos de artemisa eran de un gris amarillento, las cepas que crecían por entre las hendiduras de las peñas dibujaban líneas broncíneas en la ladera de las montañas, los helechos que tapizaban el fondo de los barrancos se retorcían y secaban, y hasta los mismos grandes peñascos y los árboles de hoja perenne parecían haberse vestido con un ropaje cálido y sombrío.

Entre las matas lucían tímidamente su tardía hermosura las últimas flores del año, y en el terreno raso se elevaban atrevidas sobre la fláccida hierba, meciendo muellemente sus tallos a impulsos de la brisa. Pero en donde las más bellas y delicadas de todas aquellas flores habían ido a reunirse como una constelación de pálidas y fragantes estrellas era en las concavidades del terreno, en las hendiduras de la montaña.

Las últimas sílabas que musitó Benjamín Wade fueron interpretadas por Wilson como un deseo de ser enterrado entre las margaritas que cubrían el suelo del bosquecillo de álamos contiguo a Sage Valley. Allí, por lo tanto, se le cavó su fosa.

Un día, Bellounds envió a Margarita a buscar a Wilson Moore, de su parte. Era una tarde tibia y serena del veranillo de San Martín, y el viejo ranchero se sentó en mangas de camisa bajo el pórtico del rancho. Su cabello estaba mucho más blanco; pero éste era el único indicio visible de los pasados trastornos.

Muy cordial fue la recepción que el viejo ranchero hizo a Wilson Moore.

-Wilson - le dijo el viejo Guillermo -, ¿querrás desempeñar el cargo de capataz de Peñas Blancas?

-¿Es posible que usted! me lo ofrezca? - preguntó a su vez Moore, sin atreverse a dar crédito a sus oídos. -Ya lo ves, te lo ofrezco, y de todo corazón, por cierto. -Pues yo, por mi parte, lo acepto agradecidísimo.

-¿Qué dirá tu padre?

-No lo se; eso es lo único que me preocupa. Le espero de un momento a otro, pues hace unos días recibí carta de él anunciándome su próxima llegada.

-¡Oh, no puedes figurarte cuánto me alegrará verle! Wilson, tú llegarás a ser un gran ganadero, estoy seguro. ¿No crees lo mismo, Margarita?

-Así será cuando tú lo dices - contestó dulcemente la joven.

-Wilson - continuó el viejo Guillermo -, tú gobernarás dentro de poco esta casa, a menos que te dejes gobernar por Margarita.

La muchacha fijó sus asombrados ojos en los del ranchero, y Moore se quedó cohibido y sin saber qué decir. -Cuanto más pronto vayáis a Kremmling a casaros, mejor - fue la declaración que acabó de asombrar a los dos enamorados-. No creo que esto pueda desagradar a dos jóvenes que se quieren de verdad - añadió con benévola sonrisa Bellounds.

Margarita le abrazó con infinito cariño, apoyando la cabeza en su hombro.

-Bueno, bueno, ya presumía yo que no te ibas a enfadar -declaró Bellounds, satisfecho con la felicidad que proporcionaba -. Wilson, es tuya; te la entrego con mi bendición y todo lo que tengo. Y te he de manifestar que experimento ahora una alegría indecible al ver que todo se ha resuelto de modo beneficioso para ti y para ella. Mi vida no ha terminado todavía, mas espero que los sinsabores sí. Nunca como ahora he sentido la necesidad de paz y sosiego, y la perspectiva de unos nietecitos que me rodeen y jueguen conmigo llena mi alma de gozo y dulce emoción. Así, pues, id cuanto antes a Kremmling, y volved pronto a casa.

El día en que la feliz pareja volvió de Kremmling después de efectuado el casamiento, Margarita logró escabullirse en un momento dado, y, abandonando a los invitados a la fiesta que se daba en su honor, voló al bosquecillo de álamos de la colina, para pasar un rato junto a la tumba de su padre.

Era la hora del crepúsculo y los últimos rayos de sol matizaban el cielo de oro y bermellón, lanzando sobre las crestas de la cordillera reflejos purpúreos. Abajo, en las hondonadas, la oscuridad empezaba a envolver las cosas con su manto. Los búhos saludaban con sus gritos la llegada de la noche. Los lobos y los coyotes comenzaban a dejar oír sus lúgubres aullidos.

Bajo los álamos reinaba el frío y triste silencio de la soledad. Temblaban las hojas sin el menor susurro. En el corazón de Margarita, la felicidad no había logrado borrar totalmente la pena. Su dolor tenía mucha semejanza con el remordimiento. No obstante, ella había llegado a tener gran cariño al hombre que yacía bajo tierra después de una vida tan terrible como hermosa y heroica, dispuesto siempre a sostener y a ayudar al bueno, o a castigar al malo, echando siempre sobre sus hombros las cargas de los demás, siempre abnegado y generoso.

¡Su padre! ¡Con qué amor, con qué previsión había velado por ella! ¡Cuán cerca de ella estaba, y cuán eficaz había sido su vigilancia, aun en los momentos en que se había creído

Librodot

más desamparada! El amor había sido el pábulo de aquella existencia, la esperanza había sido para él una compañera inseparable y en la belleza de

todo lo creado había sabido encontrar siempre la mejor compensación a la tragedia de su vida.

-Como hija de este hombre extraordinario y bueno, yo he de imitar sus virtudes - se dijo en aquel momento Margarita.-. Tendré fe, amor y esperanza; no olvidaré nunca su ejemplo.

Con los últimos resplandores de la luz crepuscular se levantó una fresca brisa que arrancó con bullicio una infinidad de hojas mortecinas y agitó las flores, transportando el polen fecundante de unas a otras para que pudieran renacer después del sueño invernal, a la llegada de los nuevos calores.